

ALMANAQUE ROSA

1933

DEDICADO AL CENTENARIO DE

GOETHE



EDITORIAL JUVENTUD, S. A. - BARCELONA

PUBLISHED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Imprenta Clarasó. · Villarroel, 17. · Barcelona

© *Biblioteca Nacional de España*

CALENDARIO

*Hora tras hora
se nos ofrece amable la vida.
El ayer poco saber nos trajo.
Conocer el mañana nos está vedado.
Mas cuando me daba miedo al anochecer,
El sol se ponía tras ver lo que me alegró.*

ENERO

1 CIRCUNCISIÓN	12 Jueves	23 Lunes
2 Lunes	13 Viernes	24 Martes
3 Martes ①	14 Sábado	25 Miércoles ●
4 Miércoles	15 Domingo	26 Jueves
5 Jueves	16 Lunes	27 Viernes
6 REYES	17 Martes	28 Sábado
7 Sábado	18 Miércoles	
	19 Jueves ②	29 Domingo
8 Domingo	20 Viernes	30 Lunes
9 Lunes	21 Sábado	31 Martes
10 Martes		
11 Miércoles ③	22 Domingo	

FEBRERO

1 Miércoles	12 Domingo	23 Jueves
2 PURIFICACIÓN ④	13 Lunes	24 Viernes ●
3 Viernes	14 Martes	25 Sábado
4 Sábado	15 Miércoles	
	16 Jueves	26 Domingo
5 Domingo	17 Viernes ⑤	27 Lunes
6 Lunes	18 Sábado	28 Martes
7 Martes		
8 Miércoles	19 Domingo	
9 Jueves	20 Lunes	
10 Viernes ⑥	21 Martes	
11 Sábado	22 Miércoles	

MARZO

1 Miércoles	12 Domingo ⑦	23 Jueves
2 Jueves	13 Lunes	24 Viernes
3 Viernes	14 Martes	25 ANUNCIACIÓN
4 Sábado	15 Miércoles	
	16 Jueves	26 Domingo ●
5 Domingo ⑧	17 Viernes	27 Lunes
6 Lunes	18 Sábado ⑨	28 Martes
7 Martes		29 Miércoles
8 Miércoles	19 S. José	30 Jueves
9 Jueves	20 Lunes	31 Viernes
10 Viernes	21 Martes	
11 Sábado	22 Miércoles	

A B R I L

1 Sábado	12 Miércoles	23 Domingo
2 Domingo	13 Jueves santo	24 Lunes ●
3 Lunes ☽	14 Viernes santo	25 Martes
4 Martes	15 Sábado	26 Miércoles
5 Miércoles	16 RESURRECCIÓN	27 Jueves
6 Jueves ☾	17 Lunes ☾	28 Viernes
7 Viernes	18 Martes	29 Sábado
8 Sábado	19 Miércoles	30 Domingo
9 RAMOS	20 Jueves	
10 Lunes ☽	21 Viernes	
11 Martes	22 Sábado	

M A Y O

1 Lunes	12 Viernes	23 Martes
2 Martes ☽	13 Sábado	24 Miércoles ●
3 Miércoles	14 Domingo	25 ASCENSIÓN
4 Jueves	15 Lunes	26 Viernes
5 Viernes	16 Martes ☾	27 Sábado
6 Sábado	17 Miércoles	
7 Domingo	18 Jueves	
8 Lunes	19 Viernes	
9 Martes ☽	20 Sábado	
10 Miércoles	21 Domingo	
11 Jueves	22 Lunes	28 Domingo
		29 Lunes
		30 Martes
		31 Miércoles

J U N I O

1 Jueves ☽	12 Lunes	23 Viernes ●
2 Viernes	13 Martes	24 S. JUAN
3 Sábado	14 Miércoles ☾	25 Domingo
4 PENTECOSTÉS	15 CORPUS	
5 Lunes	16 Viernes	
6 Martes	17 Sábado	
7 Miércoles	18 Domingo	
8 Jueves ☽	19 Lunes	
9 Viernes	20 Martes	26 Lunes
10 Sábado	21 Miércoles	27 Martes
11 Domingo	22 Jueves	28 Miércoles
		29 S. PEDRO
		30 Viernes ☽

JULIO

1 Sábado	12 Miércoles	23 Domingo
2 VISITACIÓN	13 Jueves	24 Lunes
3 Lunes	14 Viernes ㊦	25 SANTIAGO
4 Martes	15 Sábado	26 Miércoles
5 Miércoles	16 Domingo	27 Jueves
6 Jueves	17 Lunes	28 Viernes
7 Viernes ㊦	18 Martes	29 Sábado
8 Sábado	19 Miércoles	30 Domingo ㊦
9 Domingo	20 Jueves	31 Lunes
10 Lunes	21 Viernes	
11 Martes	22 Sábado ㊦	

AGOSTO

1 Martes	12 Sábado	23 Miércoles
2 Miércoles	13 Domingo ㊦	24 Jueves
3 Jueves	14 Lunes	25 Viernes
4 Viernes	15 ASUNCIÓN	26 Sábado
5 Sábado ㊦	16 Miércoles	27 Domingo
6 Domingo	17 Jueves	28 Lunes ㊦
7 Lunes	18 Viernes	29 Martes
8 Martes	19 Sábado	30 Miércoles
9 Miércoles	20 Domingo	31 Jueves
10 Jueves	21 Lunes ㊦	
11 Viernes	22 Martes	

SEPTIEMBRE

1 Viernes	12 Martes	23 Sábado
2 Sábado	13 Miércoles	24 Domingo
3 Domingo	14 Jueves	25 Lunes
4 Lunes ㊦	15 Viernes	26 Martes ㊦
5 Martes	16 Sábado	27 Miércoles
6 Miércoles	17 Domingo	28 Jueves
7 Jueves	18 Lunes	29 Viernes
8 Viernes	19 Martes ㊦	30 Sábado
9 Sábado	20 Miércoles	
10 Domingo	21 Jueves	
11 Lunes ㊦	22 Viernes	

OCTUBRE

1 Domingo	12 Jueves	23 Lunes
2 Lunes	13 Viernes	24 Martes
3 Martes ☾	14 Sábado	25 Miércoles ☽
4 Miércoles	15 Domingo	26 Jueves
5 Jueves	16 Lunes	27 Viernes
6 Viernes	17 Martes	28 Sábado
7 Sábado	18 Miércoles	
8 Domingo	19 Jueves ●	29 Domingo
9 Lunes	20 Viernes	30 Lunes
10 Martes	21 Sábado	31 Martes
11 Miércoles ☾	22 Domingo	

NOVIEMBRE

1 TODOS LOS STOS.	12 Domingo	23 Jueves
2 Jueves ☾	13 Lunes	24 Viernes ☽
3 Viernes	14 Martes	25 Sábado
4 Sábado	15 Miércoles	
5 Domingo	16 Jueves	26 Domingo
6 Lunes	17 Viernes ●	27 Lunes
7 Martes	18 Sábado	28 Martes
8 Miércoles	19 Domingo	29 Miércoles
9 Jueves	20 Lunes	30 Jueves
10 Viernes ☾	21 Martes	
11 Sábado	22 Miércoles	

DICIEMBRE

1 Viernes	12 Martes	23 Sábado ☽
2 Sábado ☾	13 Miércoles	
3 Domingo	14 Jueves	24 Domingo
4 Lunes	15 Viernes	25 NAVIDAD
5 Martes	16 Sábado	26 Martes
6 Miércoles	17 Domingo ●	27 Miércoles
7 Jueves	18 Lunes	28 Jueves
8 INMACULADA	19 Martes	29 Viernes
9 Sábado	20 Miércoles	30 Sábado
10 Domingo ☾	21 Jueves	31 Domingo ☽
11 Lunes	22 Viernes	

Goethe visto por Emil Ludwig

De muchacho, lo elegí sin conocerlo, y, no obstante, he dejado transcurrir más de veinte años sin abrir el libro que me había atraído con fuerza mágica. Cuando alguna vez caía un tomo en mis manos, salían de él llamas y lo cerraba para no quemarme, y si se trataba de un libro sobre su vida, me era imposible leerlo, pues, por un sentimiento inexplicable, me parecía que todo en él era falso o estaba visto de un modo incomprensible para mí. ¿Qué me importaba la histórica posición espiritual de un poeta que obraba sobre mí independientemente de la Historia, como Jesús sobre los creyentes? ¿Qué hacer, en cambio, con un hombre del que se me decía que había dispuesto de tal manera su vida que ésta era su mayor obra de arte? Cuando leía que había pasado una vida de felicidad, mis presentimientos se rebelaban contra tan sencillas armonías.

El prejuicio a que yo había cedido durante veinte años, y el presentimiento en que confiaba, no se debían a sus obras. Yo conocía únicamente lo que todo el mundo conoce. Götz y Hermann no me decían gran cosa; incluso Werther, Wilhelm Meister, Ifigenia, sólo me hicieron el efecto de joyas que se coleccionan, no de acontecimientos que marcan la vida. Tampoco ahora, a los treinta y ocho años, conocía yo la segunda parte de Wilhelm Meister, ni el Divan, ni Pandora, ni las Máximas y reflexiones, ni la Teoría de los colores, ni la Mineralogía, ni el tomo Sobre las ciencias naturales en general; ni la oda a la Naturaleza, ni los libros diarios, ni las cartas. No vivían en mí más que el Tasso, Fausto, las Afinidades electivas y una docena de poesías; por ellas miraba a veces, como a través de hendeduras, aquella luz enigmática que no me atrevía a afrontar.

Pero conocí su rostro. El año 1912 ó 13 cayó en mis manos un volumen que contenía 167 retratos de Goethe; no lo dejé durante todos aquellos años, sino que lo estudié punto por punto y escribí, inspirándome en estos retratos, la historia de su vida en un artículo de diez páginas, ayudado tan sólo de algunas citas de cartas del autor que figuran en la introducción del tomo. Estos retratos y las cinco palabras órficas que al construir mi casa hice grabar en la viga de mi cuarto, fueron los monitores silenciosos y constantes que me hicieron abrir definitivamente el libro cerrado. Como creo que un aprendiz entusiasta es el mejor maestro de sí mismo, decidí apuntar en seguida y a mi manera lo que aprendía. Nunca había escrito una biografía y nada me hacía presentir que con este libro podía descubrir para mí una nueva forma de expresión ni mucho menos introducir una moda en Europa. Así traspuse sin saberlo los límites de la descripción histórica, que estaban, por decirlo así, borrados por la nieve, sin presentir que los sabios se defenderían más tarde con tanto encono contra el intruso.

Era a fines de febrero; acabábamos de regresar a nuestra casa, después de ver la revolución, y la atmósfera de Europa relampagueaba. Pero mi mujer y yo nos disponíamos a ir a lejanas tierras para descubrir el imperio goethiano; de momento, para nosotros, aunque, según mi costumbre, comunicándolo todo al mismo tiempo a los que tuvieran el deseo de acompañarnos en el fantástico viaje. No tenía encargo ni editor, pero podía pasar el año relativamente bien escribiendo artículos y no necesitaba mucho para vivir en el campo. No había visto ningún mapa de aquel reino, pero sí una imagen plástica; conocía el rostro de mi héroe. Sabía también los epígrafes de las partes principales de mi libro, y así, escribí en la primera cuartilla: "Goethe. Historia de un hombre."

Nunca he vivido un año más provechoso que el que pasamos en casa y en el jardín, entre nuestras queridas montañas y nuestros animales, haciendo un viaje de ensueño a través del reino goethiano. Vivimos en un estado de humil-

dad sólo conocida por el peregrino fervoroso, sintiéndonos, a la vez, incitados por el continuo frescor del descubrimiento, por el problema de la interpretación, por la aplicación práctica, que hacían de los días otras tantas conquistas. Como leíamos con tenaz consecuencia, siempre de una vez, todos los documentos de épocas breves, de año en año a ser posible; como nunca se nos ocurrió que la obra pudiera ser más importante que la carta, la poesía más preciosa que el artículo, o que un drama tuviera más valor que un diálogo, nos hallábamos lejos de toda investigación histórico-literaria o crítica. No queríamos conocer y dar a conocer más que la carrera de Goethe desde estudiante (apenas existían datos verdaderos e importantes acerca de su infancia) hasta su muerte, o sea, desde los dieciséis hasta los ochenta y tres años.

Y como el maestro educaba constantemente al discípulo, haciéndole indicaciones, previniéndole y libertándole, íbamos comprendiendo los elementos de un hombre instructivo. En ningún momento se mostró frío para nosotros, siempre pareció precedernos y explicarnos paso a paso su propio camino, de modo que también su sentido se nos reveló paso a paso. Como desde un principio nos alentaba a seguir el presentimiento y hacer y buscar sólo lo que nos correspondía, me ceñía yo con más firmeza a aquella visión que me había formado desde hacía veinte años, y ahora desde seis por el conocimiento de sus retratos. ¿Por qué un pequeño mundo no había de encontrar algo de sí mismo en el grande? ¿No se siente impulsado el creyente a imitar a su divino profeta? ¿Y existe un camino más seguro hacia la humildad que el medirse constantemente con los grandes nombres?

Seguí su desarrollo y lo encontré en cada una de sus fases no sólo humanamente completo, sino también completamente humano. Así, los pensamientos fundamentales de su propia ciencia de la vida me proporcionaron a la vez la manera de comprenderlo y representarlo. Como él se había dado cuenta de sus errores al mismo tiempo que de

sus ambiciones, daba también la señal de advertencia para que se siguiesen paso a paso ambas cosas, y en centenares de frases me ordenaba no hacer de él un ídolo. En lento cambio aparecieron sobre un lienzo mágico los paisajes de su alma, y no necesité más que apresurarme a copiarlos todos, para no perder, a causa de un estudio de largos años, la impresionabilidad, la fe, esa disposición de ánimo humilde, atenta, agradecida. Con toda el alma trataba yo de conservarla.

Y como durante aquel año volví a encontrar todas las mañanas nuevos documentos del hombre que en la juventud decía a su amigo: "Todos tus ideales no me han de apartar de ser verdadero, esto es, bueno y malo, como la Naturaleza"; cuando reconocía que, sin plan de vida, únicamente confiando en su espíritu malo, había recorrido la primera mitad de su camino y, en cierto sentido, también la segunda, nunca obstinado en una meta, siempre entregado a la ruta; que sólo rara vez escribía por escribir (fué él quien dijo: "Para mí era lo mismo hacer un plato que un puchero"), y que, sin embargo, siempre vivía por vivir, comprendí poco a poco el motivo de que la quintaesencia de su ser sólo se encontrase en sitios especiales de sus obras y, en cambio, siempre en sus cartas, diarios y coloquios, que, junto con las reproducciones de su rostro, hacían resonar directamente la melodía fundamental. Sólo cuando todo lo que él escribió, lo que él neutralizó con arte, hasta con temor, volvía a colocarse en la viva relación del tiempo en que sintió así y, por lo tanto, escribió así, empezaba también su obra a sonar como un órgano y hacía sentir al que escuchaba.

No se me había aparecido Gœthe como antípoda de Kant, ni como discípulo de Rousseau, ni como enemigo del romanticismo, porque de todos ellos no entiendo nada. Aun podía comprender menos la figura de un jovial hijo de las musas que ingresa de pronto en la sujeción del Estado, que vuelve a ser salvado para las musas por el elevado espíritu de una dama de la corte, que es inducido después a una

unión desigual con una muchacha del pueblo, que tiene en Schiller un único amigo de igual condición para sus coloquios divinos y que vive finalmente aún larguísimo años entregado a sus estudios olímpicos entre el arte y la Naturaleza, de los que surgió el segundo *Fausto*. Todo eso del sosiego voluntario de que siempre había oído hablar, la noble armonía y el aspecto platónico, se me reveló como una máscara o un complemento.

Claramente se movía ahora ante mí un hombre volcánico, impulsado por las pasiones, a punto de estrellarse hasta los veinticinco años; al final de los treinta, desesperado; con amplia vida burguesa, a los cincuenta; rejuvenecido, a los sesenta; nuevamente en efervescencia a los setenta, y diez años aún más tarde, agitado a veces por tormentas que hacen temblar al espectador. Al genio que sentía reinar en él y que le forzaba a representar lo vivido, debía el que, aun a costa de sacrificios, saliese por último siempre victorioso en aquellas luchas; pero, de todos modos, sacudía, en siempre renovados ataques, sus propias rejas, y todavía, a través de la sabiduría acorazada de la edad, sonaba a veces el alarido estridente de una ave de rapiña prisionera.

Disponiendo de sus apuntes más íntimos, auxiliado por un tesoro de documentos que jamás volverá a reunirse acerca de una sola vida, pude escuchar los jadeos de lucha de un hombre consigo mismo a través de sesenta y cinco años, de un hombre que fué menos veces feliz y, por naturaleza, menos armónico, que todos. Y, sin embargo, a pesar de ser un poeta, un renunciador y un inquieto, jamás vi en él un melancólico, sino un hombre constantemente activo.

¿Ha existido en el mundo maestro más deseable? Vacilando entre la formación y la actividad, buscaba yo un camino, un ejemplo de cómo nivelar esas fuerzas. Como me resistía a todo sistema, como me eduqué sin religión, como, por repugnancia, subí sin filosofía, necesitaba, en mi firme inclinación hacia lo admirable y lo grande, la figura viva de un profeta, que sólo veía ahora ante mí con todos sus yerros, para admirar doblemente sus victorias. En aquellos

meses cayó sin interrupción sobre mí una áurea lluvia de sabiduría vital. En vez de perder el tiempo con la opinión de Herder, o con la relación entre el hexámetro de Goethe y el de Voss, o con los motivos para su *Götz*, o con las influencias de Hafiz en *Divan*, me arrojé sobre los 150 tomos de la edición de Weimar, y los leí únicamente como documentos de aquella historia del alma.

La frágil leyenda alemana de que Goethe tuvo una época de mayor elevación por la influencia de Schiller, o cuando menos, durante la época de Schiller, se deshizo ante la sorprendente verdad de que sólo se rejuveneció después de la muerte de aquél y tras de su propia y larga enfermedad, elevándose entonces a vivir aquel único año de genuina armonía que le inspiró *Pandora*, *Afinidades electivas* y *Divan*.

Porque siempre había oído que todo era inspiración en él, y con emoción supe que no era así, pues él dice: "No está en el curso de mi vida el hallar un bien inesperado." Dada la veracidad de Goethe, que ningún hombre poseyó en igual grado, cada frase sobre sí mismo puede usarse biográficamente, lo cual ofrecería gran peligro en otros caracteres. Así, mi trabajo, aumentado paso a paso con épocas de lectura que abarcaban cada una cinco años, se compuso cada vez más de citas, hasta formar en total una tercera parte de la obra.

Pero no encontré estas cifras en el camino trillado y fácil de los lectores de Goethe; cogí tales flores tras los setos de las apuntaciones áridas, en los matorrales de los aburridos diálogos, a veces en los escombros de las retóricas flores cortesanas, pues también se vino abajo la leyenda del cortesano y del servidor de los príncipes. Cuando se cierran las puertas, es decir, cuando el Goethe de mediana edad, y aun el viejo, sólo se deja oír en su diario o en la conversación, y está atento el que escucha, brotan de súbito los sarcasmos, tanto, que un bachiller alemán bien educado se sentiría ofendido. Allí donde, a la presentación de Goethe, se hace con gusto un vacío en escuelas y universidades (respecto a Cristina y a las guerras de la libertad), allí precisamente se

desarrolla con toda claridad su carácter natural, irrefrenable, revelando la imagen de un hombre que, sin miramiento para la corte, ni para la sociedad, ni para la nación, escoge héroes que a él le gustan: la florista imposible y el imposible Napoleón. Yo sólo necesitaba seguir su ejemplo (mientras la Prensa vociferaba la degradación de los alemanes en Versalles) para representar, sin hacer caso, cómo ciento once años antes el más grande de los alemanes rindió pleitesía al dominador de su patria, acabando, no obstante, por decirle las verdades.

Pero no fué eso lo que le convirtió en maestro de mi vida, sino más bien el grandioso conjunto de un hombre que, pensando siempre como realista, se condujo siempre como idealista. Entre su decisión y su Destino, entre la libertad y el deber, entre creencia e investigación, entre el vigor de la vida y el desengaño, se abrió camino a fuerza de lucha y encontrando siempre nuevas salidas, sólo para vivir. Y si salía con vida de una de esas crisis, aparecía con energías redobladas, se mostraba más osado, más resuelto, dándonos persistentemente el ejemplo de un corazón que renuncia, pero no se abate, que, aun reconociendo la insuficiencia de los medios, queda siempre sereno, y que, por su incondicional actividad, resiste victorioso las tentaciones de lo plutónico.

Todas las confusiones que tiene el artista, con las cuales también yo he combatido en la juventud, la lucha contra la objetivación de los acontecimientos, el anhelo del genio de vivir hechos sencillos, le había llenado de tinieblas cientos de veces, y, sin embargo, se abrió camino hacia la libertad. A su creencia en la verdad de la Naturaleza (en la que, con los desengaños, empezó a abismarse cada vez más en el cuarto decenio de su vida), vi yo oponerse la creencia innata en el presentimiento y unirse ambas en la máxima sabiduría. Acabó por demostrarme lo simbólico de todo, y, en esta costa eché el ancla.

Sin embargo, permaneció inaccesible de un modo misterioso. Así como con todos los hombres que he presentado

he cambiado diálogos constantes, les he preguntado mil cosas y a menudo me han dado contestaciones sorprendentes, nunca me he atrevido a preguntar a Goethe. Y, no obstante, influía en mis menores acciones, pues continuamente me preguntaba yo cómo hubiera hecho él tal o cual cosa.

Lentamente grabaron los años en su rostro las señales de aquella gran probatura. De un lustro a otro se ahondaron los rasgos, convirtiéndose paulatinamente en Goethe. Así como nos hemos habituado a buscar siempre a Rembrandt, Beethoven, y quizá a Miguel Ángel, en las obras de su vejez, también se acerca, no sólo nuestro espíritu, sino también la sensación de nuestro propio madurar, a los grandes acordes en que vibró su último decenio. Sólo en ellos encontré la clave de muchos enigmas, y no sentí haber esperado hasta entonces para escribir su biografía. Lo que acaso se encuentre en mi obra de sugestivo y actual, procede directamente de la tensión con que lo escribí: cuanto más sereno seguía a mi héroe, con tanta mayor seguridad obtenía el colorido de una vida que transcurrió de un modo completamente instintivo. Goethe no conoció en un principio los rasgos que por último le señalaría el espejo, pero los observaba, como todo lo que a él se refería, y con satisfacción meditativa citó la frase de un diplomático que, hablando de su retrato, dijo: *C'est un homme qui a eu de grands chagrins*.

También me importó mucho sondear lo que él pensaba de sí mismo y cómo se veía él, pues esto es más importante para el conocimiento de un hombre que el saber cómo le ve la posteridad. Los últimos años de Goethe, la mayor epopeya que poseen los alemanes, forman una magnífica relación con lo antes conocido, y convierten (en lucha por el segundo *Fausto*), la lucha vital de esta naturaleza en éxtasis de una pasión espiritual. En esto, sólo mediante el presentimiento es posible tratar de aquella vitalidad.

Cada vez que pongo la última palabra de un libro y dejo la pluma, me invade la tristeza, por mucha impaciencia de terminar que tuviera antes. Pero en el caso de Goethe no me sucedió esto. Porque así como se pierde a la persona

a quien se describe (por lo cual muchos poetas hacen objeto de sus versos y escritos a una mujer, para olvidarla) estableciéndose más tarde un sentimiento de odio, de indiferencia, como ocurre después de una gran pasión, nadie, después de describir a Goethe, puede tener la sensación de haber acabado con él. Cuando ahora leo aquellas diez páginas de mi ensayo acerca de sus retratos, escritas seis años antes sin conocer documentos, encuentro en él exactamente el mismo fundamento de lo que después escribí, con conocimiento de todas las fuentes, en dos gruesos volúmenes.

Aunque el libro ha llevado más tarde un nuevo Goethe a muchos países, sé a punto fijo que nadie puede aprender en él leyendo, tanto como el autor aprendió escribiendo. Si prescindo de todo lo que obtuve al escribir mi libro, si aparto toda sabiduría objetiva, que a propósito quedó sin citar en él; si trato de ocultar hasta la figura en sí (lo cual no es posible, como tampoco se puede olvidar un gran motivo sinfónico), me queda aún como conquista el conocimiento de que el espíritu más grande de nuestro milenario tenía que agradecer mucho más a sí mismo que al Destino. Porque las dotes de Goethe no eran mucho mayores que las de otros poetas, pero la impetuosidad interna era más fuerte en su juventud, y aquellas dotes se hallaban, por lo tanto, más en peligro. Lo que él mismo ha hecho de ellas es su mérito, reflejado en la historia de sus facciones.

Por eso fué para mí, y puede serlo para todo el mundo, un cálido estímulo de emulación, para lograr cada cual sacar de sí mismo cuanto lleve dentro. Únicamente así, no deificando a los hombres geniales, se convierten éstos en modelos y ejercen beneficiosa influencia sobre la posteridad. Esta idea de Goethe me anima desde entonces en todas las esferas de la vida y proporciona a mi libro, al mismo tiempo, una nueva finalidad, una finalidad social.

Sin embargo, al final me puse triste. Habíamos vivido un año en compañía de un espíritu elevado, escuchando a diario sus palabras, sus melodías; había sido para nosotros "el", sin necesidad de nombrarlo; todo lo habíamos refe-

rido a él, todo lo tomamos de él, y cuando nos despedimos de él, lo perdimos casi corporalmente.

A la primera corona que como muchacho coloqué sobre su tumba marmórea, he añadido otra durante treinta y cuatro años cada 28 de agosto. Por eso quizá, de cuando en cuando reaparece la silenciosa figura; a veces, errando por las montañas de granito, veo surgir ante mí al viejo con su gran capa, indicándome en buena hora con su bastón el camino que debo seguir.

Prólogo de la ya célebre biografía «Goethe: historia de un hombre», por Emil Ludwig, publicada en dos tomos, lujosamente encuadernados, por EDITORIAL JUVENTUD, S. A., Barcelona. El precio de la obra completa es de 40 ptas. o 44 ptas. a plazos mensuales de 5 ptas.

Aforismos y Pensamientos

Las grandes finalidades dan al alma una hermosa quietud; se siente satisfecha y adivina cuán grande puede ser ella misma.



No valdría la pena alcanzar setenta años de vida si toda la sabiduría humana sólo fuese tontería ante los ojos de Dios.



¿Cómo puede uno reconocerse a sí mismo? Jamás mediante la meditación; más fácilmente, actuando. Trata de cumplir tu deber y en seguida sabrás lo que hay en ti. Pero, ¿cuál es tu deber? Las exigencias del día.



La Naturaleza no entiende de bromas; siempre es veraz, siempre grave, rígida; siempre tiene razón; los yerros y faltas son del hombre.



El hombre concede que se le reprochen sus faltas, admite hasta el castigo, sufre por ellas con paciencia; sólo se irrita cuando se le obliga a renunciar a las mismas.



Resulta injusto descubrir las faltas si no se tiene al mismo tiempo el remedio para enmendarlas.



El que quiere prosperar ha de sujetarse y preocuparse poco de lo que hacen los demás.



Sólo la actividad destierra el temor y los cuidados.



La indecisión es el peor de los males.



Trabaja, que la alegría vendrá por sí sola.



Sólo cuando somos viejos nos enteramos de lo que nos sucedió en la juventud.



El que quiera lo bueno, empiece por serlo.



Sé que sólo me pertenecen el pensamiento que quiere fluir libremente de mi alma y todos los instantes de dicha que un hado amable me deja gozar plenamente.



Una vida inútil es una muerte prematura.



Por naturaleza, ninguna falta poseemos que no pueda convertirse en virtud, ni virtud alguna que no pueda trocarse en falta.



Nos asustan nuestros propios pecados cuando los observamos en otros.



El tiempo es infinitamente extenso, y cada día, un receptáculo en el que cabe muchísimo si se desea llenarlo de veras.



No basta saber, hay que realizar lo que se sabe; no basta querer, es preciso actuar también.



Todo lo que libra a nuestra alma sin darnos el propio dominio, es pernicioso.



Quien juega con la vida, nunca será nada. Quien no se manda a sí mismo, será siempre esclavo.



Sólo se debe envejecer para ser más comprensivo; no conozco ninguna falta que yo no hubiese cometido también.



El error es propio del hecho, por eso es preciso repetir incansablemente la verdad en palabras.



Todo nuestro afán consiste en sacrificar la existencia para existir.



A la humanidad le duele que la verdad sea tan sencilla; mejor sería pensar que cuesta mucho trabajo emplearla prácticamente en beneficio suyo.



El matrimonio es el principio y la cima de toda cultura. Ha de ser indisoluble, porque lleva en sí tanta felicidad que la desgracia aislada no tiene importancia.



Las grandes necesidades elevan al hombre, las pequeñas le rebajan.



Todo principio es risueño; el umbral es el lugar de la espera.



Joven, aprende a tiempo dónde se eleva el alma y el intelecto, pues las musas acompañan, mas no saben conducir.



Los celos son la intuición de una extraña afinidad electiva.



Son pocos los que tienen entendimiento y actividad a la vez. El entendimiento amplía, pero paraliza; la actividad vivifica, pero limita.

EL PRIMER AMOR DE GOETHE

A los diecisiete años, en Leipzig, se debatió Goethe al sentirse despojado (en circunstancias tragicómicas) de su primer amor, una Gretchen francfortiana. Aquello fué la cólera retadora de un muchacho. Fué como herir a un durmiente, pues se trataba de unas relaciones ideales que deben clasificarse entre los sueños matutinos de la juventud.

¿Cómo era este ser por quien él luchaba? Era Käthchen Schönkopf, de veinte años, hija de un modesto hostelero, "bien desarrollada, pero no muy alta, con una cara redonda, agradable, aunque no notablemente bonita; de maneras francas, atrayentes y gentiles, muy ingenua y sin la menor coquetería; tiene una airosa inteligencia, aunque no una elevada educación". Otras mujeres de la adolescencia de Goethe se parecerían a ella; en ninguna época fué atraído por la belleza o el intelecto femeninos; siempre fué una naturaleza dulce lo que le encantó. La ley de polaridad ordenaba que su prodigioso temperamento buscara una influencia calmante.

Pero ella era la hija de un hostelero y, al principio, el hijo del Consejero se vió dividido entre el orgullo y la inclinación. Al alejarse de ella se vestía con más extravagancia que nunca y hacía el amor a sus amigas, para apartar la curiosidad de la hospedería. Era todavía presa de las convenciones sociales; su educación prevalecía contra la Naturaleza. Sólo muy lentamente se desprendió de tales prejuicios. Mas sus impulsos amorosos eran agitados por la vitalidad de la muchacha y pedían con ansiedad las ligeras concesiones que el espíritu de la época permitía a las jóvenes para que sus enamorados les expresasen de modo inequívoco su pasión. Algunos versos barrocos dedicados a ella bajo su otro nombre de Annette, están inconfundiblemente coloreados por los

deleites de horas de satisfacción que no fueron horas de ensueño.

Era su galán y su servidor, pues aunque su alma florecía sólo gradualmente en la reverencia que había de extirpar su precoz cinismo, era por instinto obsequioso con las mujeres. y de ahí que fuese él quien siempre sufría más por las complejidades del amor.

Goethe nunca fué el hermoso seductor orgulloso de sus conquistas; nunca fué un Don Juan. Siempre fué el suplicante, siempre el agradecido; y amante rechazado, con mucha más frecuencia que aceptado.

Pero tras de la bienaventurada gratitud del amante vivían, aun entonces, a los diecisiete años, las mismas dudas que absorbían a Fausto. Su actitud era entre sometida y morbosa; y la ironía con que había jugado se convirtió en una temblorosa experiencia: "La dicha más pura que hemos experimentado, — las muchas horas de lujuria henchidas, — han huído con el tiempo, llevándose el disfrute. — ¿De qué me sirve el gozar? — Como sueños huyen los más cálidos besos, — y como un beso toda la alegría."

Su espíritu tempestuoso no podía aún caer en el fiel, entre la perspicacia y la experiencia. Su genio le guiaba mejor en la esfera del arte, pero en la vida era incapaz de distinguir entre generalidades vulgares y una personal desconfianza de su Käthchen. Era un poeta ingénito con un alma cuyo privilegio y castigo consistirían en universalizar todas las experiencias; y su dificultad era reconciliar esta perspicacia con el curso diario de la vida. Además, estaba abandonado a sí mismo, pues el único amigo que entonces tenía, Behrisch, hallábase lejos.

Era neurótico, sensible, y por lo tanto, un amante severo.

Su intención fué casarse con Käthchen, pues hundiéndose sensualmente en aquella amada atmósfera — hogar, bodega y billares, — atraído por temperamento hacia el orden y la seguridad, soñaba en sí mismo como esposo. Pero, después de haber estado más de un año enamorado de ella, empezó a atormentarla con desconfianzas y celos; inquieto como era,

no podía permitir a su corazón que permaneciese donde deseaba.

Sus cartas al amigo revelan un grado y variedad de apasionadas emociones que sólo una vez más colorearían la vida de Goethe: ferocidad y escepticismo, caos sensual y espiritual, moralidad y cinismo. Fausto y Mefistófeles, en una palabra. Contiendas eróticas con Kätchen eran, probablemente, el origen de este estado mental y de su posterior agravación.

Tras de un enfado por celos, al convencerse de la inocencia de ella, describe así la reconciliación: "Ayer el mundo era un infierno por la misma cosa que hoy es un edén... El recuerdo de los sufrimientos pasados es una bendición. ¡Y qué compensación! ¡Toda mi felicidad en mis brazos!"

En este último invierno en Leipzig, parece que, después de dos años de relaciones, tiene a la joven completamente en su poder. Las confidencias a su amigo son menos claras y más raras. Parece que los amantes se ven con más regularidad; está mejor de los nervios; planea dramas, dibuja y visita a algunas familias; luego, en marzo, hace a su amigo esta notable confesión: "Nunca podré ni querré abandonar a la muchacha y, sin embargo, debo alejarme de aquí; pero ella no debe ser desgraciada. Si continúa siendo para mí tan buena como es ahora, ¡debe ser feliz! Mas yo me he vuelto tan cruel que la llevo a la desesperación... Si pudiera encontrar al hombre apropiado, si pudiera ser feliz sin mí, ¡qué alegre estaría yo! Sé cuál es mi deber para con ella: tiene derecho a mi mano y mi fortuna, debe poseer todo cuanto yo pueda darle. ¡Maldito sea el hombre que piensa en sí mismo más que en la mujer a quien ha hecho desgraciada! Nunca la haré sufrir el dolor de verme en brazos de otra hasta que yo no haya padecido por ella ese mismo sufrimiento."

Este es un tono nuevo, el tono inconfundible del joven que se enfriaba después de satisfacer su deseo, que tiene un vago sentimiento de deuda y que encubre su resolución de ser libre con paliativos morales. Pocas semanas después, el tono es el de un hombre libre. Se han separado y él la ama más que nunca, pues "la pasión se hace más fuerte cuando

es más tranquila, y esto ocurre con la mía. ¡Empiezo a vivir, Behrisch! Si pudiera decírtelo todo... Pero no puedo; sería demasiado para mí. Bastante es que nos hayamos separado y que seamos felices. Fué difícil, pero ahora me siento, como Hércules después de sus trabajos, para contemplar el glorioso premio. Ha sido terrible hasta entendernos mutuamente... Empezamos con el amor y acabamos con la amistad. ¡Pero no yo! Yo la amo aún, sólo Dios sabe cuánto. ¡Si tú estuvieras aquí para consolarme!..."

Esta carta, llena como está de reservas, evasivas e insinueridades de todas clases — aunque el remitente estaba más engañado que el receptor — revela una creciente violencia e inestabilidad de temperamento. Gira, como un fantasma impotente, alrededor del amor ya extinguido y, sin embargo, no definitivamente acabado. Pretende quedar satisfecho con un problemático resultado futuro, y se compadece más a sí mismo que a ella; imposible es decir si lo que prevalece es el corazón o los sentidos. Nunca se le ocurre que la muchacha, que es mayor que él y no tiene posición social ni fortuna, arriesga mucho más y debe preocuparse de sí misma; y se ofende muchísimo cuando ella, recobrada su libertad, hace por fin lo que él dice le gustaría que hiciera, o sea, comprometerse con otro.

Y otra vez el corazón de Goethe es un ardiente volcán de celos y pasión. "Mi pasión se hizo más fuerte — así escribe después en sus Memorias, — pero era demasiado tarde: ya la había perdido de verdad, y me reprochaba amargamente por mi equivocación; abusé tanto de mi constitución física, sólo por despreciar la ley moral, que ello contribuyó grandemente a los males corporales que afligieron los mejores años de mi vida... Hice tal violencia al organismo de que estaba dotado, que cada uno de sus separados elementos tuvo que conspirar en violenta rebeldía para que el todo escapase a la destrucción."

¿A qué especie de excesos alude? Sin duda, su vida en aquel último año de Leipzig fué licenciosa. Aun cuando esto no fuera una consecuencia lógica de la tendencia general de su

temperamento, unas pocas palabras a su amigo nos llevarán a la misma conclusión: "Bajo la pendiente cada día más aprisa. En tres meses habré acabado, Behrisch. Buenas noches. Espero que no me dará cuenta de nada."

Su derrumbamiento llega antes de lo que había supuesto en su apocalíptica insinuación de suicidio.

Dos meses después de esta carta, en julio, despertó una noche bañado en sangre a consecuencia de una hemorragia. Conservó bastante lucidez para despertar al que dormía en la habitación contigua. Tuvo que permanecer en cama varias semanas, y estuvo durante seis meses en un estado tan crítico como solamente volvería a estarlo otra vez en su vida.

Estando aún convaleciente, se acercó, nervioso, a la hostería. Vió a la amada con aparente serenidad, pero espionando las indicaciones de su trato con el nuevo poseedor. La había entregado, y este admirador, más viejo y más tranquilo, sabría tratarla mejor. Pero el espectáculo era excesivo para el inválido, y huyó sin despedirse de la mujer que hacía mucho tiempo dejara de ser suya. Era la primera vez que huía Goethe de una mujer a quien amaba. A lo largo de su dilatada vida no haría más que repetirse esto; pero ahora demostraba ya un instinto que, poco a poco, se convertiría en experiencia que le enseñaría hasta dónde podía confiar su corazón y cuánto debía reservar de él en las catástrofes que agitaron los primeros lustros de su vida. Tal es el principio de la higiene espiritual en que Goethe halló su salvación en cada sucesivo desarrollo de su personalidad.

Destruyó la tranquilidad de su primer amor, rehusó a sus turbados sentidos la confianza en la mujer amada y así, por primera vez, se libertó para la tarea a que estaba destinado. La pasión, que generalmente tiende a oscurecer el carácter, en él iluminaba todos sus trazos. Sensual y contemplativo, arrebatado y sagaz, demoníaco y sencillo, altivo y obsequioso. Era un caos de sensaciones, todas de igual intensidad, clamorosas, indisciplinadas, sin guía.

Datos entresacados de la obra de Ludwig, «Goethe», publicada por EDITORIAL JUVENTUD, S. A., Provenza, 101 — Barcelona.

UN DÍA EN CASA DE GOETHE

Interesante información contemporánea del poeta

En las Memorias del pintor alemán Guillermo Zahn hallamos la siguiente descripción de su visita a casa de Goethe el día 7 de septiembre de 1827:

“Siendo yo aún muy joven, desconocido todavía como pintor, me encaminaba a la capital de Prusia y pasé por Weimar. Todos mis pensamientos se concentraban en el celebrado poeta, y estaba decidido a visitarlo para presentarle mi respetuosa admiración. Mas no era fácil llegar hasta él. Uno de mis amigos se había atrevido a entrar en el recinto de la casa, buscando azoradamente en el patio a algún criado que pudiera informarle, pero sólo halló a dos muchachos, los nietos del poeta, que jugaban allí promoviendo tremendo escándalo. De pronto abrióse una ventana, asomándose a ella Goethe.

Con ojos llameantes y voz estentórea, gritó:

— Pero ¿cuándo os va a dar la gana de estaros quietos?

Los muchachos se callaron y mi amigo se escapó, asustado. Este incidente me inquietó, pero no pudo apartarme de mi decisión. Por lo tanto, emprendí con fiada el camino, a pesar de no disponer de recomendación alguna. En el pasillo me recibió un criado, al que me presenté:

— Guillermo Zahn, pintor y arquitecto.

— Pintor y arquitecto — repitió de un modo mecánico el criado, contemplándome, dudoso.

— Diga usted a su Excelencia que vengo de Italia.

— Que viene de Italia — repitió el criado marchándose.

A poco volvió y me rogó que le siguiera. Subimos una hermosa y ancha escalera y entramos en una magnífica sala de recepciones, donde el criado me dejó.

Al cabo de pocos minutos entró el poeta. Tópico repetido hasta la saciedad es el de atribuir a Gœthe el aspecto de semidiós helénico, pero lo cierto es que, estando ante él, se tiene la sensación de que es único en el mundo. La edad aumentaba el respeto que imponía su elevada figura. Bajo la poderosa frente brillaban dos ojos grandes, llenos de luz, y el atezado rostro tenía el sello de lo sublime, de lo genial.

Gœthe me rogó que me sentase frente a él, y, con voz expresiva y sonora, me preguntó:

— Conque de Italia, ¿eh?

— Tres años he estado allí, Excelencia.

— ¿Acaso ha visitado también las ruinas de Pompeya?

— Tal fué el objeto primordial de mi viaje. Me instalé cómodamente en una casa antigua de Pompeya, y durante dos veranos seguí con gran atención las excavaciones.

— Me place. Le escucho con agrado — observó Gœthe, que gustaba de las frases breves.

Acercando su silla, continuó con viveza:

— He aconsejado más de una vez a las Academias de Viena y Berlín que enviasen jóvenes artistas a Nápoles para que estudien las pinturas antiguas y todos aquellos tesoros enterrados. Más me complace, pues, el que usted lo haya hecho por iniciativa propia. Sí, sí, lo antiguo ha de ser siempre el modelo de todo artista. Mas no olvidemos lo mejor: supongo que traerá usted en su baúl algunos dibujos.

— Las mejores pinturas murales las he copiado casi todas inmediatamente después de su descubrimiento, y he tratado de darles el colorido exacto. ¿Acaso su Excelencia quiere ver algunas?

— ¡Ya lo creo! — exclamó Gœthe, — y le quedaré agradecidísimo por ello. Hágame el favor de venir a comer. Comemos a las dos. Encontrará algunos amigos del arte. Estoy impaciente por ver sus dibujos. Hasta la vista, mi joven amigo — estrechándome cariñosamente la mano.

Cuando a la hora fijada volví a su casa, atravesé una serie de habitaciones, todas adornadas con igual buen gusto; entré en el comedor, donde ya se hallaba Gœthe con los demás

invitados. Eran éstos: el director superior de arquitectura, Coudray; el médico doctor Vogel, el profesor Riemer, el canciller von Müller, el consejero Meyer y el fiel Eckermann. Todos vestían frac, incluso Goethe. Me senté a la izquierda de Goethe, al lado de la señorita Ulrica von Pogwisch, protegida del poeta. Observé que la dirigía con frecuencia la palabra y que escuchaba con evidente agrado sus respuestas. Frente a nosotros sentábase la señora Otilia, la nuera del poeta y hermana de Ulrica. Encontré excelente la comida, lo mismo que los vinos. Cada invitado tenía delante una botella de vino tinto y otra de blanco. Me importaba mucho conservar la cabeza despejada, por lo que añadí agua al vino. Goethe lo vio y me dijo en tono de reproche:

— ¿Dónde ha aprendido usted costumbre tan fea?

La conversación en la mesa era animada; no languidecía nunca. Goethe sabía conducirla magistralmente, mas sin interrumpir nunca a nadie. A su mesa sentábanse sus enciclopedias vivientes, a los que consultaba de cuando en cuando. Riemer representaba la filología, Meyer la historia del arte, y Eckermann se sabía de memoria citas sin fin de cualquier ciencia. Al mismo tiempo, Eckermann escuchaba con avidez las palabras del maestro, cual si quisiera imprimirlas para siempre en su memoria, como si fuesen oráculos. Meyer, en cambio, contemplaba el rostro de su viejo y querido amigo con ojos llenos de emoción... De pronto, oímos unos pasos firmes y, al volverme, vi a un hombre bajo, corpulento, con gorra militar y guerrera verde de cazador, llena de galones. Era el Gran duque, tal como Schwerdgeburth lo retratara tan magistralmente. Había atravesado el jardín, penetrando por la puerta posterior, cuya llave poseía. Goethe lo saludó con la frase característica:

— Llega a tiempo al banquete Su Alteza Real.

Carlos Augusto llevaba una pipa corta en la mano, de la que fumaba siempre, pero que dejó apagar entonces, porque Goethe aborrecía el tabaco. También trataba de usted, en presencia de todos, a su viejo camarada.

Entretanto, la mayoría de los invitados se había despe-

dido, quedando sólo Coudray, Eckermann y la señora Otilia. Quise retirarme también, pero Goethe me retuvo:

— No se vaya. Enséñenos sus dibujos.

Se despojó del frac, se puso una bata cómoda y se sentó en un sillón, rodeándole todos. Los dos nietos, que acababan de entrar, se pusieron a su lado, mientras yo, frente al auditorio, iba enseñando mis dibujos...

El que más llamó la atención de Goethe fué "El sacrificio de Ifigenia". Se quedó contemplándolo, muy pensativo; luego, dijo con gran viveza:

— Sí, los antiguos son inmejorables en todos los terrenos del arte. Vean ustedes, señores; yo creo haber hecho también lo mío, pero al lado de los grandes poetas áticos, Esquilo y Sófocles, no soy nadie.

Me felicitó efusivamente por mis pobres bocetos y, tras de enseñarme aún su casa y darme un sin fin de recomendaciones, augurándome un buen porvenir, salí de aquella casa muy conmovido por la grandeza y la bondad de aquel hombre inconmensurable."



GOETHE A LOS 16 AÑOS



GOETHE A LOS 41 AÑOS

UN DÍA EN CASA DE GOETHE



Invitados en casa de Goethe en la sala amarilla, el comedor, donde tenía los bustos de Júpiter, Antonio y una copia del Ticiano.

De izquierda a derecha: Goethe, el pintor Zahn, Ulrica de Pogwisch (hermana de Otilia), el canceller von Müller, el médico Dr. Vogel, el director Coudray, el consejero profesor Meyer, el ayudante literario de Goethe, Juan Pedro Eckermann, el profesor Riemer y Otilia, la nuera de Goethe.



El poeta dicta a su secretario Jahn en su cuarto de trabajo. A la izquierda, junto al pupitre, una cesta para los pañuelos.

UN DÍA EN CASA DE GOETHE



Goethe contempla los dibujos del pintor Zahn. A su lado, rodeándole, están sus nietos Wolfgang y Walter, su nuera Otilia, el director Coudray y Eckermann.



Goethe paseando por la tarde con Eckermann en el jardín de su quinta, bajo los los árboles que aquel plantara antaño.



Goethe se acuesta. La alcoba junto al cuarto de trabajo, con el sillón y la cama con la colcha verde, donde el poeta murió cinco años más tarde.

UN DÍA EN CASA DE GOETHE



El poeta recibe al pintor Guillermo Zahn en la sala llamada de Juno.



El gran duque Carlos Augusto visita a su viejo amigo Goethe.



— Pero ¿cuándo os va a dar la gana de estaros quietos? — grita el poeta a los 78 años a sus nietos que juegan en el patio de su casa de Weimar.

Ilustraciones del interesante artículo «*Un día en casa de Goethe*», del pintor Zahn, contemporáneo de Goethe, que cuando pasó por Weimar, hizo una visita al famoso poeta alemán y describe aquí sus impresiones de aquel fausto día.

Véase el artículo indicado y las ilustraciones precedentes.



PRODUCTOS DE BELLEZA
J V A Q V I

ENGRACIA JUAQUI

en obsequio a la Belleza femenina les ofrece sus productos y sus sencillísimos tratamientos con Crema limpiadora, Tónico para limpiar la piel y Aceite de flores, Cremas de Belleza, Nácar, Jacobina, Astringentes, Leches, Colorettes, Polvos, Bronces y Crema morisca / Pida un folleto explicativo / De venta en las principales perfumerías.

CONSEJOS Y DEMOSTRACIONES EN ESTE INSTITUTO
Avenida 14 de abril, 377, pral.

Teléfono 75731

BARCELONA



GOETHE A LOS 50 AÑOS

¡JÓVENES!

¡JÓVENES!

que tenéis

GRANOS EN LA CARA

podéis eliminarlos completamente

con

OXILÓN

Para mantener el

CUTIS SIEMPRE JOVEN

usad siempre

CUTISÁN

*El famoso CUTISÁN
es del cutis talismán.*

Venta en toda buena Farmacia y Perfumería

Informes
oficiales:

Productos CUTISÁN

Muntaner, 10 - Barcelona



GOETHE A LOS 44 AÑOS

55 AÑOS DE EXPERIENCIA Y REPUTACIÓN

SALVADOR ALSINA

1878

MEDICAMENTOS
EXTRANJEROS
ACREDITADOS

1933



CASA ESPECIAL

DEDICADA A LA VENTA DE TODAS CLASES

MEDICAMENTOS LEGITIMOS

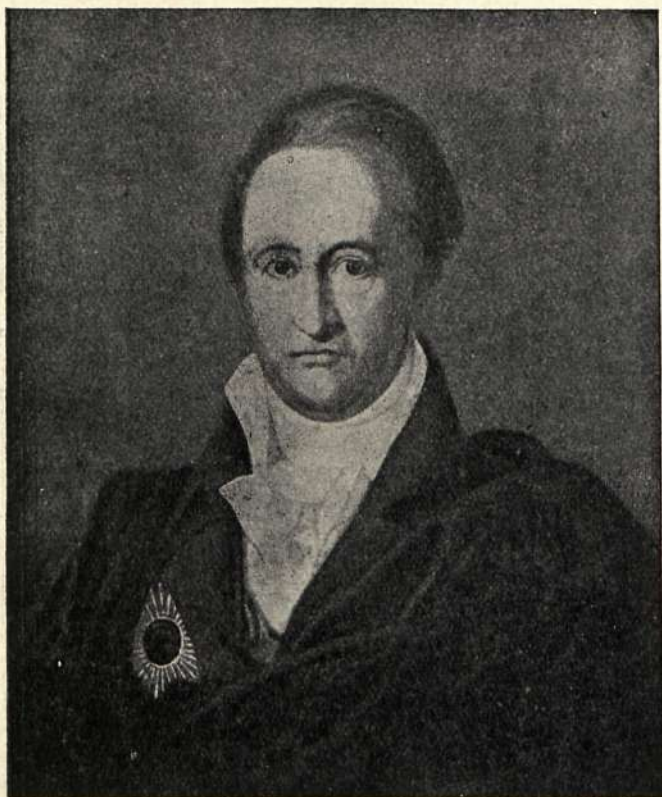
PASAJE DEL CRÉDITO, 4

BARCELONA



Teléfono: 11246

Telegramas: «SALSINA»



GOETHE A LOS 60 AÑOS

GRANOS!

FORÚNCULOS

Y TODA CLASE DE

AFECCIONES CUTÁNEAS

Aplíquese

**Ungüento
Guardias**

Es el
remedio por excelencia

Evita la inflamación

Alivia rápidamente los sufrimientos

No deja cicatriz

De venta:

ALSINA, Pasaje del Crédito, 4, BARCELONA

Y EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

Goethe, novelista

COMO verá el lector, el ALMANAQUE ROSA DE 1933 está dedicado casi por entero a honrar la memoria de Goethe, uno de los más grandes genios literarios de la humanidad y cuyas obras, en razón de ese mismo genio que las inspiró, serán tan eternas como el hombre, puesto que con ellas ha resumido todo lo que éste es, tanto desde el punto de vista mental como desde el del corazón.

Editorial Juventud rinde así su máximo acatamiento y homenaje a esta eminentísima figura del arte literario universal, cuyo primer centenario de su muerte acaba de celebrarse con caracteres apoteósicos en todo el mundo culto. Esta editorial quiere contribuir con su mayor esfuerzo a tan justificadísima y gloriosa exaltación, y cree que el mejor modo de hacerlo es poniendo las magnas obras de Goethe al alcance pecuniario de todos, y contribuyendo con la publicación de su gran biografía ("Goethe: Historia de un hombre", por Emil Ludwig), a que se conozca la lucha titánica que hubo de sostener consigo mismo el inmortal autor de "Fausto" para llegar a las supremas cimas de la inteligencia y del arte.

Como demostración de su genio novelístico, publicamos a continuación su famosa obra "Las desventuras del joven Werther", por ser de todas las suyas la de más hondura sentimental y en donde el dolor de amor llega a ser tan sobre-humanamente intenso que sólo se vislumbra la muerte como lenitivo o remedio de la terrible angustia.

Se publicó esta novela en 1773, cuando Goethe tenía 25 años, y en ella llega la pasión romántica al mayor grado,

dejando en el alma una huella indeleble de dulce melancolía y de trágica desolación. El éxito obtenido entonces por "Werther" fué inmenso, hasta el punto de asombrar al propio Goethe, y el que hoy sobreviva, no obstante ser el espíritu de la época la causa de su triunfo inmediato, se debe a la riqueza de los pormenores circunstanciales, a la espontaneidad y lozanía que lo informa y a que en él puso Goethe un estado de su alma, una pasión amorosa contrariada por las conveniencias sociales, que le llevó a pensar, como único remedio a sus amarguísimas penas, en el suicidio.

El acendrado romanticismo de la obra, unido al espíritu de aquellos tiempos, fascinó y sedujo de tal modo a los corazones jóvenes y morbosos, que no tardó en producirse una verdadera epidemia de suicidios a lo Werther. Por este detalle puede juzgarse del verdadero delirio con que fué acogida la novela, que además se tradujo en seguida a todos los idiomas europeos y sirvió de modelo a muchas obras.

Las desventuras del joven Werther

por

J. W. GOETHE

Grabados en madera de J. RIU



EDICIÓN ESPECIAL DEL
ALMANAQUE ROSA



He recogido con afán todo lo que he podido encontrar referente a la historia del desdichado Werther, y aquí os lo ofrezco, seguro de que me lo agradeceréis. Es imposible que no tengáis admiración y amor para su genio y su carácter, lágrimas para su triste fin.

Y tú, pobre alma que sufres el mismo tormento, ¡consuélate con sus amarguras, y llegue este librito a ser tu amigo si, por capricho de la suerte o por tu propia culpa, no encontrases otro mejor!



LIBRO PRIMERO

4 de mayo de 1771

CUÁNTO me alegro de mi viaje!
¡Ay, amigo mío, lo que es el corazón del hombre! ¡Dejarte a ti, a quien tanto quiero; dejarte, siendo inseparable, y sentirme dichoso! Sé que me lo perdonas. No parece sino que el destino me había puesto en contacto con los demás amigos, con el exclusivo fin de atormentar un corazón como el mío. ¡Pobre Leonor! Y, sin embargo, no es culpa mía. ¿Podía yo evitar que se desahollase una pasión en su desdichado espíritu, mientras me embelesaba con las gracias hechiceras de su hermana? Así y todo, ¿no tengo nada que echarme en cara? ¿No he alimentado esa pasión? Más aún: ¿no he solido entretenerme con ese ingenuo lenguaje de la Naturaleza, que muchas veces nos movía a risa, aunque nada tuviera de risible? ¿No he... Pero, ¿qué es el hombre para que se atreva a quejarse? Quiero enmendarme, caro amigo, quiero enmendarme, y te prometo hacerlo; no quiero volver a saborear, como lo he hecho siempre, hasta la menor gota

de amargura que la suerte nos envía; quiero vivir de lo presente y que lo pretérito sea para mí pasado totalmente. Reconozco que tienes razón cuando dices que en la tierra habría menos amarguras si los hombres (Dios sabrá por qué los ha hecho como son) no se dedicasen con tanto ahínco a recordar dolores antiguos, en vez de soportar con entereza los presentes.

Di a mi madre que no dejaré de la mano su asunto, y que le daré noticias de él lo más pronto que pueda. He hablado con mi tía: lejos de encontrar en ella a la perversa mujer de que ahí me hablaron, te aseguro que, aunque viva y hasta irascible, tiene un excelente corazón. Me he hecho eco de las quejas de mi madre por la parte de herencia que le retiene; me ha explicado su conducta y los motivos que la justifican: también me ha dicho en qué condiciones está dispuesta a entregarnos aún más de lo que le pedimos. Basta de esto por hoy: di a mi madre que todo se arreglará. He visto una vez más, amigo mío, en este asunto insignificante, que las equivocaciones y

la negligencia causan en el mundo más daño que la astucia y la maldad; bien es cierto que éstas no abundan tanto.

Por lo demás, aquí me encuentro perfectamente. La soledad de este paraíso terrenal es un precioso bálsamo para mi alma, y esta estación en que todo renace consuela por completo mi corazón, que con frecuencia se estremece de pena. Cada árbol, cada planta es un ramillete de flores, y siente uno deseos de convertirse en abeja, para revolotear en esta atmósfera de perfumes y libar en ella el necesario alimento.

La ciudad propiamente dicha es desagradable, pero en sus cercanías brilla la naturaleza con todo su esplendor. Por eso el difunto conde de M... mandó plantar su jardín en una de estas colinas que se cruzan en variado y encantador panorama, formando los valles más deliciosos. El jardín es sencillo, y se observa desde la entrada que el plano, más que engendro de sabio jardinero, es combinación de un alma sensible, que deseaba disfrutarlo personalmente. Muchas lágrimas he consagrado ya a la memoria del conde en las ruinas de un pabelloncito, que era su retiro predilecto y que también es el mío. En breve seré yo el dueño del jardín: en sólo dos días me he sabido granjear la buena voluntad del jardinero, y te aseguro que no llegará a arrepentirse de ello.

10 de mayo

Reina en todo mi ser una maravillosa calma semejante a las dulces alboradas de la primavera, de que gozo aquí con fruición. Estoy solo, y me congratulo de vivir en este país, el más a propósito para almas como la

mía; soy tan dichoso, querido amigo, me sojuzga de tal modo el sentimiento de una existencia tranquila, que de ello se resiente mi arte. Ahora no podría dibujar, ni siquiera trazar una línea con el lápiz; y, sin embargo, jamás he sido mejor pintor. Cuando el gracioso valle se vela de vapores en torno mío; cuando el sol de mediodía acaricia la impenetrable sombra de mi bosque y sólo algunos rayos diseminados penetran hasta el fondo del santuario; cuando tendido en la crecida hierba, junto al riachuelo, mi vista, más próxima a la tierra, descubre la multitud de menudas y diversas plantas; cuando siento más cerca de mi corazón los rumores de vida de ese pequeño mundo que palpita en los tallos de las hojas, y veo las formas innumerables e infinitas de los gusanillos y de los insectos; cuando siento, en fin, la presencia del Todopoderoso, que nos ha creado a su imagen, y el soplo del amor sin límites que nos sostiene y nos mece en el seno de una eterna alegría; amigo mío, si los primeros fulgores del alba me acarician, y el cielo y el mundo que me rodean se reflejan en mi espíritu como la imagen de una mujer adorada, entonces suspiro y pienso: — “¡Si yo pudiera expresar todo lo que siento! ¡Si todo lo que dentro de mí se agita con tanto calor, con tanta exuberancia de vida, pudiera yo reflejarlo sobre el papel, convirtiendo a éste en espejo de mi alma, como mi alma es espejo de Dios!” Pero me abismo y me anonada la sublimidad de tan magníficas imágenes.

12 de mayo

No sé si vagan por este país algunos genios engañosos, o si sólo existe

dentro de mí la vívida y celestial visión que da apariencias de paraíso a todo lo que me rodea. A la entrada de la ciudad hay una fuente, a la que me encadena un encanto, como a Melusina y sus hermanas. Siguiendo la rampa de una pequeña colina se llega a la entrada de una gruta; bajando después unos veinte escalones se ve brotar entre las rocas un agua cristalina. El pequeño muro que forma el recinto, los corpulentos árboles que le dan sombra, la frescura del lugar, todo atrae y produce una secreta emoción indefinible.

No hay día que no pase yo una hora en este sitio, al que las mozas de la ciudad acuden por agua; ejercicio inocente y necesario que en otro tiempo desempeñaban las mismas hijas de los reyes. Sentado aquí, pienso con frecuencia en las costumbres patriarcales; veo a los hombres de antaño hacer sus conocimientos y buscar mujer en la fuente; sueño con los genios benéficos, moradores de los arroyos y manantiales. El que no sienta lo que yo siento no sabe lo que en un día de verano es la saludable frescura de un riachuelo después de una jornada penosa.

13 de mayo

¿Me preguntas si has de enviarme mis libros? ¡Por Dios, hombre, no me abrumes con esa carga! No quiero que me guíen, que me exciten, que me animen; aquí me basta el corazón. Sólo echaba de menos un canto que me arrullase, y he encontrado en mi Homero más de lo que buscaba. ¡Cuántas veces templa con sus versos el hervor de mi sangre! Porque tú no conoces nada más desigual ni más variable que mi corazón.

Amigo mío: ¿necesitaré decírtelo, a ti, que has sufrido más de una vez al verme pasar de la tristeza al desconcierto, y de una dulce melancolía a la pasión más violenta? Trato a este pobre corazón como a un niño enfermo; le concedo cuanto me pide. No se lo digas a nadie, que no faltaría quien me lo reprochara como un crimen.

15 de mayo

Ya me conoce y me quiere la gente humilde de estos lugares, sobre todo los niños. Cuando al principio me acercaba a ella, y le dirigía amistosamente tal o cual pregunta, había quien, recelando que quería divertirme a su costa, me volvía la espalda groseramente. No me ofendía esto; pero me recordaba tenazmente lo que ya había observado yo con frecuencia, que los que ocupan cierta posición social se mantienen siempre impasibles a cierta distancia de las clases inferiores del pueblo, como si temieran rebajarse con su contacto; además, hay también aturdidos y bromistas de mal género que fingen descender hasta esa pobre gente, para hacerle sentir con más fuerza el peso de su arrogancia.

Bien sé que no somos iguales ni podemos serlo; pero, en mi opinión, el que cree necesario apartarse de lo que se llama pueblo para que éste le respete, es tan despreciable como el cobarde que se oculta de sus enemigos por temor de sucumbir.

Hace poco estuve en la fuente y encontré en ella a una criadita que, después de dejar la herrada al pie de la escalera, buscaba con la vista a alguna de sus compañeras para que le ayudase a ponérsela en la cabeza. Bajé, y fijando en ella la mirada:—

“¿Quieres que te ayude, hija mía? — le dije. — ¡Oh, señor!... — balbució poniéndose roja como una amapola. — ¡Bah!, sin cumplidos...” Arregló el rodete, la ayudé, me dió las gracias y volvió a subir las escaleras.

17 de mayo

He trabado amistades de todas clases, aunque sin intimar con nadie. No sé qué atractivo puedo tener; pero muchos se complacen en mi compañía y se me pegan, y siento el separarme de ellos cuando sólo un breve rato seguimos el mismo camino. Si me preguntas cómo es la gente de este país, te diré: — “como la de todos.” La especie humana es cosa muy uniforme. La inmensa mayoría emplea casi todo el tiempo en trabajar para vivir, y le abruma de tal modo la poca libertad de que goza, que pone de su parte cuanto puede para perderla. ¡Oh destino de los mortales!

Es muy buena gente. Si algunas veces me entrego con ella a los placeres que aún quedan a los hombres, como son el charlar alegre, franca y cordialmente en torno de una mesa bien servida, organizar una excursión al campo, un baile u otra diversión cualquiera, me encuentro en mi elemento, con tal de que no se me ocurra entonces la idea de que hay en mí otra porción de facultades que debo ocultar cuidadosamente, por más que se enmohezcan no ejercitándolas. Esto desgarrá el corazón; y, sin embargo, es nuestro destino el ser desconocidos.

¡Ay!... ¿Por qué no existe ya la amiga de mi juventud? ¿Por qué la conocí? Me diré a mí mismo: — “¡Insensato! Buscas lo que nadie encuentra en la tierra.” Y no obstante,

yo lo he encontrado; yo he poseído aquel corazón, aquella alma superior, en cuya presencia me figuraba ser más de lo que soy, porque era cuanto yo podía ser. ¿Qué fuerza de mi espíritu, Dios mío, estaba entonces paralizada? ¿No podía yo desplegar ante ella la maravillosa sensibilidad con que mi corazón abraza la naturaleza? ¿No era nuestro trato una continua concatenación de los más delicados sentimientos, de los arrebatos más vehementes, cuyos matices, aun en los temas burlescos, llevaban el sello del genio? Y ahora... ¡ay! Tenía algunos años más que yo, y ha bajado antes al sepulcro. Nunca olvidaré su privilegiada razón y su divina indulgencia.

Hace unos días encontré a M.*** V.***, joven franco y expansivo, y de una fisonomía agradable. Ha acabado sus estudios y, sin presumir de genio, está convencido de que no todos saben tanto como él. Mis observaciones atestiguan que es laborioso; en resumen, tiene vastos conocimientos. Habiendo averiguado que dibujo y que sé griego (dos fenómenos en este país) cultiva mi amistad, alardeando frecuentemente de erudito; pasa revista desde Batteux hasta Wood, desde Piles hasta Winkelmann, y me ha asegurado que conoce la primera parte de la teoría de Sulzer y que tiene un manuscrito de Heine sobre el estudio del arte antiguo. Yo le dejo hablar.

También he hecho conocimiento con el juez, hombre excelente y de un carácter abierto y leal. Dicen que da gusto verle rodeado de sus nueve hijos, y todo el mundo se hace lenguas de la hija mayor. Me ha ofrecido su casa, y un día de éstos le haré mi primera visita. Por permiso que le han concedido después de la muerte de su mujer, vive en una casa de

campo del príncipe, a legua y media de la ciudad. Esta y la morada que en ella tenía habían llegado a serle insoportables.

Por último, también he encontrado aquí algunos entes en los cuales todo me parece insoportable, y más insoportables que nada, sus demostraciones de amistad.

Adiós: esta carta te agradará; es histórica desde el principio hasta el fin.

22 de mayo

Muchas veces se ha dicho que la vida es un sueño, y no puedo desear de mí esta idea. Cuando considero los estrechos límites en que están encerradas las facultades intelectuales del hombre; cuando veo que la meta de nuestros esfuerzos es poder satisfacer nuestras necesidades, que, a su vez, no tienen más objeto que prolongar una existencia efímera; que toda nuestra tranquilidad sobre ciertos puntos de nuestras investigaciones no es otra cosa que una resignación meditabunda, y que nos entretenemos en bosquejar deslumbradoras perspectivas y figuras abigarradas en los muros que nos aprisionan; todo esto, Guillermo, me hace enmudecer. Me reconcentro en mí mismo y hallo un mundo dentro de mí; pero un mundo más poblado de presentimientos y de vagos deseos que de realidades y de fuerzas vivas. Entonces, todo flota ante mis ojos, y yo persigo sonriente mi sueño por el mundo.

Cuanto se dedican a la enseñanza convienen en que los niños no saben darse cuenta de su voluntad; pero, por más que para mí sea una verdad inconcusa, no creerán muchos que los hombres, como los niños, ca-

minando a tientas sobre la tierra, ignorando de dónde vienen y adónde van, son poco menos que autómatas y, exactamente como los niños, se dejan gobernar con juguetes, azotes y confites.

Te concederé desde luego (porque sé lo que me puedes objetar) que los más felices son los que no se curan de lo pasado ni de lo porvenir; los que pasean, visten y desnudan su muñeca, y los que, dando cautelosas vueltas alrededor del armario donde la madre ha encerrado las golosinas, cuando logran coger el manjar apetecido lo devoran a dos carrillos y gritan: — “¡Más!” Estas criaturas son envidiables. También lo son las que, encareciendo con títulos pomposos sus frívolos quehaceres, o tal vez sus pasiones, reclaman gratitud al género humano, como si para su salud y su dicha hubieran llevado a cabo alguna empresa gigantesca. ¡Feliz el que pueda vivir de ese modo! Sin embargo, el hombre humilde que comprende adónde va todo a parar, el que observa con cuánta facilidad convierte cualquiera su jardín en un paraíso, y con cuánto tesón el infeliz que gime encorvado bajo el peso de la miseria prosigue casi exánime su camino, aspirando, como todos, a ver un minuto más la luz del sol, ése está tranquilo, crea un mundo, que saca de sí mismo, y también es feliz, porque es hombre. Podrá agitarse en una esfera muy limitada, pero siempre llevará en su corazón la dulce idea de la libertad y el convencimiento de que saldrá de esta prisión cuando quiera.

26 de mayo

Mucho tiempo ha que conoces mi modo de alojarme, mi costumbre de

hacerme una cabaña en cualquier punto solitario donde me instalo, sin ningún género de comodidades; pues bien, aquí he encontrado un rincón que me ha seducido.

A una legua de la ciudad está la aldea de Wahlheim (1). Su situación a pie de una colina es muy agradable, y cuando, al salir de la aldea, se sigue la vereda se abarca todo el valle de una ojeada. Una viejecita muy servicial y de muy buen humor vende en un ventorrillo vino, cerveza y café. Lo que más me encanta son dos tilos que dan sombra con su amplio ramaje a una plazoleta que hay delante de la iglesia, rodeada de casas rústicas, de alquerías y de trojes. Conozco pocos parajes tan ocultos y apacibles. Hago que desde mi albergue me lleven a él la mesita y la silla, y allí tomo café y hojeo a Homero. La primera vez que la casualidad me condujo entre los tilos, era una hermosa tarde y encontré desierta la plaza: los aldeanos estaban en el campo. Sólo vi a un niño, como de cuatro años de edad, que se había sentado en el suelo, estrechando contra su pecho a otro niño de cinco o seis meses. Le tenía entre las piernas, formando así una especie de asiento. A pesar de la viveza con que sus ojos negros miraban a todas partes, permanecía sentado y tranquilo. Este espectáculo me cautivó. Sentéme yo en un arado que había enfrente y dibujé con sumo gusto esa escena fraternal. Añadiendo los setos cercanos, la puerta de un hórreo y algunas ruedas rotas, todo con el desorden en que estaba, vi al cabo de una hora

que había hecho un dibujo bien compuesto y lleno de interés, sin haber añadido nada de mi cosecha. Esto me aferró a mi propósito de no atenerme en adelante más que a la Naturaleza. Sólo ella posee una riqueza inagotable; ella sólo forma a los grandes artistas. Mucho puede cacarearse en favor de las reglas; casi lo mismo que en elogio de la sociedad civil. Un hombre formado según las reglas, jamás producirá nada absurdo y absolutamente malo, así como el que obre con sujeción a las leyes y a la urbanidad nunca puede ser un vecino insoportable ni un gran malvado; sin embargo, y dígame lo que se quiera, toda regla asfixia los verdaderos sentimientos y destruye la verdadera expresión de la Naturaleza.—“No tanto, dirás tú; la regla no hace más que encerrarnos en los justos límites; es una podadera que corta las ramas inútiles.” Amigo mío, permítame una comparación. Sucede en esto lo que con el amor. Un joven se enamora de una mujer, pasa todas las horas del día a su lado, le prodiga sus caricias y sus bienes, y así le prueba sin cesar que ella es para él todo en el mundo. Llega entonces un vecino, un empleado, que le dice:—“Caballerito; amar es de hombres; pero es preciso amar a lo hombre. Distribuye las horas; dedica parte de ellas al trabajo, y no consagres a tu amante más que los ratos de ocio; piensa en ti, y cuando tengas asegurado lo que necesites, no seré yo quien te prohiba hacer con lo que te sobre algún regalo a tu amada; pero no con mucha frecuencia; el día de su santo, por ejemplo, o el de su cumpleaños...” Si nuestro enamorado le escucha, llegará a ser un hombre útil, y hasta yo aconsejaré al principio que le dé algún empleo; pero ¡adiós el amor!... ¡adiós el arte! si es artista.

(1) El lector hará bien en no perder el tiempo buscando los lugares que se citen, porque ha sido necesario cambiar los verdaderos que se encontraban en el original. (Nota del Autor.)

¡Oh, amigos míos! ¿por qué el torrente del genio se desborda tan de tarde en tarde? ¿Por qué muy pocas veces hierven sus olas y hacen que vuestras almas se estremezcan de asombro? Queridos amigos; es porque pueblan una y otra orilla algunos vecinos pacíficos, que tienen lindos pabelloncitos, cuadros de tulipanes y arriates de hierbajos que serían destruidos, cosa que saben ellos muy bien, por lo cual conjuran con cliques y zanjias de desagüe el peligro que les amenaza.

27 de mayo

Ahora caigo en que entregado al éxtasis, a las comparaciones y la declamación, he dado al olvido el referirte hasta el fin lo que fué de los dos niños. Sumido en el idealismo artístico de que, en desaliñado estilo, te daba razón mi carta de ayer, permaneci dos horas largas sobre el arado. Una joven, con una cesta al brazo, vino por la tarde a buscar a los pequeñuelos, y gritó desde lejos: "Felipe, eres un buen chico." Me saludó, le devolví el saludo, me levanté, me acerqué a ella y le pregunté si era la madre de aquellas criaturas. Me contestó afirmativamente, y después de dar un panecillo al mayor, tomó al otro en brazos y le besó con toda la ternura de una madre. — "Había encargado a Felipe que cuidase de su hermanito — me dijo, — y yo con el mayor de mis hijos he ido a la ciudad a comprar pan blanco, azúcar y un puchero. (Todo esto se veía en la cesta, cuya tapa se había caído.) Quiero dar esta noche una sopita a mi Juan. (Este era el nombre del más pequeño.) El mayor es un aturdido que me rompió ayer el pu-

chero, peleándose con Felipe por rebañarlo." — Le pregunté dónde estaba el mayor, y mientras me contestaba que corriendo en el prado tras un par de patos, apareció dando brinco y trayendo a Felipe una varita de ave llano. Seguí hablando un rato con la mujer, y supe que era hija del maestro de escuela, y que su marido estaba en Suiza para recoger la herencia que le había dejado un primo suyo. "Querían engañarle, dijo, y no contestaban a sus cartas; por eso ha ido. ¡Con tal de que no le suceda nada malo! Hasta ahora no he recibido noticias tuyas." Me separé con pena de aquella mujer; di un *krentzer* a los dos niños mayores, y otro a la madre para el más pequeño, diciéndole que cuando volviera a la ciudad le comprase en mi nombre un bollito. Después de esto nos separamos.

Te juro, amigo mío, que cuando estoy agitado basta para apagar mis arrebatos la presencia de una criatura como ésta, que recorre en un abandono feliz el círculo estrecho de su vida, sin pensar en el mañana y sin ver en la caída de las hojas de los árboles otra cosa que la proximidad del invierno.

Desde ese día voy frecuentemente a aquel paraje. Los niños se han acostumbrado a verme; yo les doy azúcar cuando tomo el café, y por la tarde ellos parten conmigo su pan con manteca y su cuajada. Ningún domingo dejo de darles un *krentzer*, y si no estoy en casa cuando salen de la iglesia, lo reciben de mi hostelera, a quien dejo el encargo de hacerlo.

Son cariñosos: me cuentan toda especie de cuentos y me divierto, sobre todo, con sus pasiones y la candida explosión de sus deseos, cuando se reúnen con otros chicos de la aldea. Mucho trabajo me ha costado el convencer a la madre de que no

debe preocuparle la idea de que sus hijos puedan, como ella dice, incomodar al señor.

30 de mayo

Lo que te dije el otro día sobre la pintura es aplicable a la poesía: basta conocer lo que es bello y atreverse a expresarlo. En verdad que no se puede decir más en menos palabras. He presenciado hoy una escena que, fielmente referida, sería el mejor idilio del mundo; pero poesía, escena, idilio... ¿qué más da? ¿Es preciso, cuando debemos interesarnos en una manifestación de la Naturaleza, que se halle artísticamente combinada?

Si después de este exordio esperas oír algo grande y sublime, te llevas un gran chasco: es pura y simplemente una joven aldeana la que me ha inspirado tan irresistible simpatía... Como de costumbre, referiré mal y, como de costumbre, te pareceré, según creo, exagerado. Culpa es de Wahlheim, y siempre de Wahlheim el que suceda así.

Se había formado una reunión bajo los tilos para tomar café. Esto no me hacía gracia e inventé un pretexto para permanecer aparte.

Salió un joven campesino de una casa inmediata y se puso a componer el arado donde yo había dibujado poco antes. Me agradó su aspecto y le dirigí la palabra, preguntándole por su manera de vivir. Pronto nos hicimos amigos y, como siempre sucede con esta clase de gente, pronto hubo intimidad entre los dos. Me contó que servía a una viuda que le trataba muy bien. Por lo que me dijo y por los grandes elogios que hizo de ella, conocí al punto que se había consagrado a ella en cuerpo y alma.

Decía que no era joven, que había padecido mucho con el primer marido y que temblaba ante la idea de contraer segundas nupcias. Su relato hacía ver de tal modo hasta qué extremo era a sus ojos bella y encantadora, y con cuánto afán deseaba que se dignase elegirle para borrar el recuerdo de las faltas de su primer marido, que yo debería repetírtelo palabra por palabra, para darte cabal idea de la inclinación desinteresada, del amor y de la fidelidad de ese hombre. Necesitaría el talento del mejor poeta para pintarte al mismo tiempo de una manera expresiva la animación de sus gestos, la armonía de su voz y el fuego celestial de sus miradas. No, no hay palabras que puedan reproducir la ternura que reboaba todo su ser y su lenguaje: cuanto yo te dijera sería pálido. Llamaba particularmente mi atención el verle temeroso de que yo pudiera formar injustos pensamientos sobre sus relaciones o dudase de la intachable conducta de la viuda. El placer que sentí oyéndole hablar de su rostro y de su belleza que, sin tener el encanto de la juventud, le atraía irresistiblemente y le encadenaba, no puedo explicármelo más que con el corazón. Nunca había visto un deseo apremiante, una pasión ardiente, unidos a tanta pureza; sí, puedo decirlo; nunca había imaginado ni soñado que existiese esa pureza. No te burles de mí si te confieso que al recuerdo de tanta inocencia y de candor tanto, me abraso en oculto fuego, languidezco y me consumo.

Ahora deseo tener pronto ocasión de verla... mejor dicho, y pensándolo bien, deseo evitarlo. Más vale que la vea por los ojos de su amante; acaso los míos no la verían de la manera que ahora la veo, y ¿para qué echar a perder tan bella imagen?

16 de junio

¿Por qué no te escribo? ¿Tú me lo preguntas; tú, que tan sabio eres? Deberías adivinar que me encuentro bien y que... en una palabra, he conseguido una amistad que interesa a mi corazón. Yo he... yo no sé...

Difícil me será referirte punto por punto cómo he conocido a la más amable de las criaturas. Soy feliz y estoy contento: por lo tanto, seré mal historiador.

¡Un ángel! ¡Bah! todos dicen lo mismo de la que aman, ¿no es verdad? y, sin embargo, yo no podré decirte cuán perfecta es y por qué es perfecta: en resumen, ha cautivado todo mi ser.

¡Tanta modestia con tanto talento! ¡Tanta bondad con tanta firmeza! ¡Y el reposo del alma en medio de la vida real, de la vida activa!

Cuanto digo de ella no es más que una palabrería insulsa, una helada abstracción, que no puede darte ni remota idea de lo que es. Otra vez... no, quiero contártelo en seguida. Si lo dejo, no lo haré nunca; porque (dicho sea para nosotros), desde que he comenzado esta carta, tres veces he tenido ya intención de soltar la pluma, mandar ensillar el caballo y marcharme. Y, sin embargo, esta mañana me había jurado a mí mismo no ir; así y todo, a cada momento me asomo a la ventana para ver la altura a que se halla el sol.

No he podido resistir, he ido a hacerle una visita. Heme ya de vuelta, Guillermo: estoy cenando y escribiéndote.

Si continúo de este modo, no sabrás al fin más que al principio. Es-

cucha, pues: procuraré sosegarme para poderte hacer una detallada relación de todo.

Te dije últimamente que había hecho conocimiento con el juez S.*** y que me había invitado a visitarle en su retiro, o por mejor decir, en su reinezuelo. No me acordaba de esta visita, y acaso no la hubiera hecho nunca si la casualidad no me hubiese descubierto el tesoro escondido en ese paraje solitario.

La gente joven había organizado un baile en el campo, al que yo debía asistir. Tomé por pareja una señorita bella y de buen genio, pero de trato indiferente, y quedamos en que yo iría con un coche por ella y por su prima, que la acompañaba, para conducir las al sitio de la fiesta, y convinimos además en que de paso recogeríamos a Carlota S.*** — “Vais a conocer a una joven muy guapa — me dijo mi pareja, mientras cruzábamos la gran selva y nos acercábamos a la casa. — Cuidado con enamorarse — añadió la tía. — ¿Y por qué? — pregunté yo. — Porque ya está prometida a un joven que vale mucho y que, por haber perdido a su padre, ha tenido necesidad de hacer un viaje para arreglar sus asuntos y solicitar un buen empleo.” — Escuché estos detalles con bastante indiferencia.

Descendía el sol rápidamente detrás las montañas, cuando el coche se detuvo en la puerta del patio de la casa. Hacía un calor sofocante y las señoras tenían miedo de que descargase una tempestad, que parecía formarse entre pardas y oscuras nubes que cercaban el horizonte. Desvanecí los temores de mis compañeras, fingiendo tener profundos conocimientos del tiempo, a pesar de que también yo presentía que se nos iba a aguar la fiesta.

Ya había yo bajado del coche, cuando llegó una criada a la puerta del patio y nos dijo que hiciésemos el favor de aguardar un momento, que la señorita Carlota no tardaría en salir. Crucé el patio y avancé con desenfado hacia la casa; así que hube subido la escalera y franqueado la puerta contemplaron mis ojos el espectáculo más encantador que he visto en mi vida. En la primera habitación, seis niños, desde dos hasta once años de edad, saltaban alrededor de una hermosa joven, de mediana estatura, vestida con un sencillito traje blanco, adornado con lazos de color de rosa en las mangas y en el pecho. Tenía en la mano un pan moreno, del que a cada uno de los niños cortaba un pedazo proporcionado a su edad y a su apetito. Les repartía las rebanadas con la mayor gracia, y ellos, gritando, se lo agradecían, después de haber tenido un buen rato las manitas levantadas, aun antes de que el pan estuviese cortado. Por fin, provistos de su merienda, unos se alejaron saltando de contento, otros, de carácter más sosegado, se fueron tranquilamente a la puerta del patio, para ver a los forasteros y el coche que debía llevarse a Carlota. Ésta me dijo: — “¿Me perdonaréis el que os haya causado la molestia de entrar y el haber hecho esperar a esas señoras? Distraída en vestirme y en tomar las disposiciones que en la casa exige mi ausencia, me había olvidado de dar la merienda a los niños, que no quieren recibirla sino de mi mano.” Contesté con un cumplido insignificante: sólo me cuidaba de su rostro, de su voz, de su continente, y apenas había vuelto yo de mi sorpresa, cuando ella corrió a su cuarto por el abanico y los guantes. Los niños, permaneciendo a cierta distancia, me miraban de reojo; yo me acerqué

más al pequeño, cuya fisonomía era sumamente interesante. Se retiraba huyendo de mí, cuando Carlota, que salía ya por la puerta, le dijo: — “Luis, da la mano a ese caballero, que es tu primo.” Obedeció el niño sonriendo, y, aunque tenía las narices sucias, no pudo resistir la tentación de darle algunos besos. — “¿Primo? — dije a Carlota, ofreciéndole la mano. — ¿Creéis que yo merezca la dicha de ser pariente vuestro? — ¡Oh! — exclamó ella jovialmente; — nuestra parentela es muy extensa, y yo sentiría infinito que los demás os aventajasen.”

Al salir encargó a Sofía, niña de once a doce años, y la mayor de las hermanas que quedaban en la casa, que cuidase bien de los niños y saludase a su padre cuando volviera de paseo. Recomendó a los pequeños que obedeciesen a Sofía como si fuese ella misma, lo que muchos prometieron terminantemente; pero una traviesa rubilla, que podría tener unos seis años, se apresuró a decir: — “Es que ella no eres tú, Carlota, y nosotros preferimos que estés tú.” Los dos hermanos mayores se habían encaramado en el coche, y, por mi intercesión, Carlota les permitió acompañarnos hasta la selva, aunque haciéndoles prometer que serían buenos y no se pelearían.

Apenas nos habíamos instalado en el coche y apenas se habían saludado las señoras y hecho algunas observaciones recíprocas acerca de sus vestidos, en particular de los sombreros, y pasado revista a las personas que debían asistir al baile, cuando Carlota hizo parar el coche y mandó a sus hermanos apearse. Éstos quisieron besarle de nuevo la mano: el mayor lo hizo con toda la ternura de un adolescente; el más pequeño, con tanta viveza como atolondramien-

te. Les encargó una vez más que saludasen a sus hermanos, y continuamos nuestra marcha.

La prima de mi pareja preguntó a Carlota si había concluido el libro que últimamente le había prestado. — “No, dijo ella, no me gusta, y os lo devolveré pronto; tampoco el anterior me hizo mucha gracia.” Manifesté curiosidad por saber de qué libros se trataba, y quedé sorprendido al contestar Carlota que... (1). Encontraba en cuanto decía un talento nada común; cada palabra añadía nuevos encantos, nuevos fulgores de inteligencia a su rostro, y observé que se explicaba con tanto más gusto cuanto que veía en mí una persona que la comprendía.

— “Cuando yo era más niña, dijo, mi lectura favorita eran las novelas. Dios sabe cuánto placer sentía yo cuando podía sentarme el domingo en algún rinconcillo para participar con todo mi corazón de la dicha o de la desgracia de una miss Jenni. No quiere esto decir que semejante género de literatura haya perdido a mis ojos todos sus encantos; pero como ahora son contadas las veces que puedo leer, cuando lo hago deseo que la obra encaje perfectamente en mi gusto. El autor que prefiero es aquel en quien hallo el mundo que me rodea, el que cuenta las cosas tales como las veo en torno mío, el que, con sus descripciones, me atrae y me interesa tanto como mi propia vida doméstica, que indudablemente no es un paraíso, pero sí un manantial de dicha inefable para mí.”

(1) Me veo obligado a suprimir este pasaje de la carta, para no dar a nadie motivo de queja; aunque, en el fondo, todo escritor debe dar poca importancia a los juicios de una doncella y de un joven caprichoso. (*Nota del Autor.*)

Procuré ocultar la emoción que me causaban estas palabras; mas no lo conseguí por mucho tiempo; pues cuando la oí hablar, incidentalmente y con tanta verdad del *Vicario de Wakefield*, de... (2). No pudiendo contenerme, le dije cuanto me ocurrió en aquel instante, y hasta pasado un rato, al dirigir Carlota la palabra a nuestras compañeras, no caí en la cuenta de que éstas permanecían allí con los ojos abiertos, ajenas por completo a la conversación.

Hablamos entonces del baile. — “Si esta pasión es un defecto — dijo Carlota, — confieso francamente que no concibo nada que la supere. Cuando estoy disgustada, me acerco a mi clave, aunque esté desafinado, y me basta con mal tocar una contradanza para darlo todo al olvido.”

¡Con cuánto embeleso, mientras ella hablaba, fijaba yo la vista en sus ojos negros! ¡Cómo enardecían mi alma la animación de sus labios y sus mejillas frescas y risueñas! ¡Cuántas veces, absorto en los magníficos pensamientos que exponía, dejé de prestar atención a las palabras con que se explicaba! Tú, que me conoces a fondo, puedes formar una idea exacta de todo esto. En fin, cuando el coche paró ante la casa del baile, yo eché pie a tierra completamente abstraído. La hora del crepúsculo, el laberinto de sueños en que vagaba mi imaginación, todo contribuyó a que apenas percibiera yo los torrentes de armonía que llegaban hasta nosotros desde la sala iluminada.

(2) También suprimo aquí los nombres de algunos escritores contemporáneos alemanes, aunque, si llegan a ver estas cartas, lo sentirán aquellos a quienes alcanza parte de las alabanzas de Carlota: es indudable que nadie necesita saber las preferencias de nuestra joven. (*Nota del Autor.*)

El señor Audran y un tal... (¿quién puede retener en la memoria todos los nombres?) que eran las parejas de la prima y de Carlota, nos recibieron en la puerta y se apoderaron de sus damas; yo los seguí con la mía.

Comenzamos por bailar varias veces el minué. Saqué una por una a todas las damas, y pude observar que las menos simpáticas eran las que más deseaban prolongar el baile. Carlota y su caballero comenzaron una contradanza inglesa: tú puedes figurarte el placer que experimenté cuando le tocó hacer la figura conmigo. ¡Hay que verla bailar! Lo hace con todo el corazón, con toda el alma; todo su cuerpo está en una perfecta armonía, y se abandona de tal modo, con tanta naturalidad, que parece que para ella el baile lo resume todo, que no tiene otra idea ni otro sentimiento, y que, mientras baila, lo demás se desvanece ante sus ojos.

Le pedí la segunda contradanza y me ofreció la tercera, asegurándome que tendría mucho gusto en bailar la alemanda. — “Aquí es costumbre — añadió — que cada cual baile la alemanda con su pareja; pero mi caballero la baila mal y me agradecerá que le releve de esta obligación. Vuestra compañera tampoco la sabe ni se cuida de ello, y he observado durante la danza inglesa que bailáis a maravilla. Por tanto, si queréis bailar conmigo la alemanda, id a pedirme a mi caballero mientras yo hablo a vuestra dama.” Después le di la mano, y se convino en que, mientras nosotros bailábamos juntos, su caballero acompañaría a mi pareja.

Se comenzó, y nos entretuvimos un rato en ejecutar diferentes pasos y figuras. ¡Qué gracia, qué agilidad en sus movimientos! Cuando llegamos al vals y las parejas, como las

esferas celestes, comenzaron a girar unas alrededor de otras, hubo un momento de confusión, porque son contados los que valsan bien. Tuvimos la prudencia de dejar pasar el primer ímpetu de los demás; pero cuando los más torpes se retiraron, nos lanzamos de nuevo y dejamos bien puesto nuestro pabellón, seguidos de otra pareja, que era Audran y su compañera. Jamás he sido más ligero; yo no era ya un hombre. Tener en mis brazos a la criatura más amable, volar con ella como una exhalación, desapareciendo de mi vista todo lo que me rodeaba, y... Guillermo, te lo diré sinceramente, me hice el juramento de que mujer que yo amase, y sobre la cual tuviera algún derecho, no valsaría nunca con otro que conmigo; jamás, aunque me costase la vida. ¿Me comprendes?

Anduvimos un poco por la sala para tomar aliento; después sentóse ella y le presenté, para que refrescase, unas naranjas que yo había separado, y que eran, por cierto, las únicas que quedaban. Observé que agradecía mi atención; pero se hallaba al lado de una dama indiscreta, a quien Carlota ofrecía gajos por pura cortesía, y cada uno que tomaba era un puñal que me atravesaba el corazón. En la tercera contradanza inglesa nos tocó ser la segunda pareja. Cuando conciuíamos de hacer la cadena y yo (Dios sabe con cuánta voluptuosidad) me asía al brazo de Carlota, fijo en sus ojos, que brillaban con la cándida expresión del placer más puro y espontáneo, nos hallamos delante de una señora que, aunque ya se iba alejando de lo más florido de su juventud, me había llamado la atención por cierto aire de amabilidad que hermoseaba su semblante. Miró a Carlota sonriendo, hizo como que la amenazaba, y pronunció al paso dos

veces el nombre de Alberto con un tonillo misterioso.

—“¿Puedo — dije a Carlota, — si no es indiscreción, preguntaros quién es Alberto?” Iba a responderme; pero tuvimos que separarnos para formar la gran cadena, y cuando llegamos a cruzar uno al lado del otro, me pareció que estaba pensativa.

—“¿Por qué os lo he de ocultar? — me dijo al darme la mano para hacer una figura. — Alberto es un hombre honrado, al cual estoy prometida.” Aunque esto no era nuevo para mí, porque lo había sabido en el coche, me causó tanta sorpresa como si lo ignorase; y es que no había vuelto a pensar en ello con respecto a Carlota, que en tan breves instantes llegó a serme tan querida. En una palabra, me turbé, me desconcerté y embrollé de tal modo la figura, que, a no ser por la presencia de ánimo de Carlota y la oportunidad con que enmendaba mis torpezas, no se hubiera podido continuar la contradanza.

Aun duraba el baile cuando los relámpagos que desde mucho antes vimos brillar en el horizonte, y que yo achacaba sin cesar a ráfagas de calor, se hicieron más intensos, y el ruido del trueno apagaba el de la música. Tres señoras, seguidas de sus caballeros, abandonaron la contradanza; el desorden se generalizó y los instrumentos enmudecieron. Cuando repentino pavor o un accidente imprevisto nos sorprenden en medio de los placeres, producen en nosotros, y es natural, una impresión más honda que de ordinario, ya sea por el contraste que se destaca vigorosamente, ya porque, una vez abiertos nuestros sentidos a las emociones, adquieren una sensibilidad exquisita. A esta causa debo atribuir los extraños modales que vi hacer entonces a muchas de las señoras. La más prudente corrió a

sentarse en un rincón, tapándose los oídos y volviendo la espalda hacia la ventana; otra se arrodilló delante de ella y escondió la cabeza en el regazo de su compañera; una tercera se metió entre las dos y abrazaba a sus hermanitas, vertiendo torrentes de lágrimas. Algunas querían volverse a sus casas; otras, que estaban más amilanadas, ni siquiera tenían ánimo para reprimir la audacia de los astutos jóvenes, que se entretenían afanosos en interceptar en los labios de las bellas afligidas las tímidas plegarias que dirigían al cielo. Algunos caballeros habían salido a fumarse tranquilamente una pipa, y los demás de la reunión acogieron con júbilo la feliz idea que tuvo la dueña de la casa de trasladarnos a otra habitación cuyas ventanas tenían postigos y cortinas. Carlota, apenas entramos en la nueva habitación, hizo poner las sillas en corro y propuso un juego.

Vi que varios caballeros, enderezándose como para indicar que estaban prontos, se relamían de gusto, soñando ya en saborear una dulce prenda. — “Jugamos a contar — dijo ella. — Prestadme atención. Yo iré pasando por toda la rueda, siempre de derecha a izquierda, y vosotros al mismo tiempo contaréis desde uno hasta mil, diciendo a mi paso cada cual el número que le toque. Debe contarse muy de prisa, y el que titubee o se equivoque recibirá un bofetón.” Nada más divertido. Carlota, con el brazo tendido, echó a andar dentro del corro. — ¡Uno!, dijo el primero. — ¡Dos!, el segundo. — ¡Tres!, el que estaba al lado, y así sucesivamente. Ella fué poco a poco acelerando el paso; aquello ya no era andar; volaba. Uno se equivoca. — ¡Paf!, bofetón; el que le sigue lanza una carcajada. — ¡Paf!, otro bofetón; y Carlota corriendo cada vez más,

A mí me alcanzaron dos sopapos, y con inefable placer creí haber notado que me los aplicaba más fuerte que a los otros. El juego concluyó en medio de una risa y una algarara generales, antes de que la cuenta hubiese llegado al número mil. Las personas que tenían más intimidad formaron conversación aparte. La tempestad había cesado, y yo seguí a Carlota, que se volvió a la sala. En el camino me dijo: —“Los bofetones han hecho que se olviden de la tempestad y de todo.” Nada pude contestarle. —“Yo era —prosiguió— una de las más miedosas; pero aparentando valor para animar a los demás, he llegado a tenerlo de veras.” Nos acercamos a la ventana; se oían truenos lejanos y el ruido apacible de una abundante lluvia que caía sobre los campos. Una atmósfera tibia nos acariciaba con oleadas de los más suaves perfumes. Carlota había apoyado los codos en el marco de la ventana y miraba hacia la campiña; luego levantó los ojos al cielo; después los fijó en mí y vi que los tenía cuajados de lágrimas; puso su mano sobre la mía y exclamó: — ¡Oh, Klopstock!

Abismado en un torrente de emociones con que esta sola palabra inundó mi corazón, recordé al instante la oda sublime que ocupaba en aquel instante el pensamiento de Carlota. No pude resistir: me incliné contra su mano, se la llené de besos y de lágrimas de placer, y volvieron mis ojos a encontrarse con los suyos. ¡Oh insigne poeta! Esta sola mirada, que debieras haber visto, hasta para tu apoteosis. ¡Ojalá no vuelva yo a oír pronunciar tu nombre, tan frecuentemente profanado!

19 de junio

¿En qué punto de mi relato quedé el otro día? No lo recuerdo, y sólo

puedo decirte que eran las dos de la madrugada cuando me acosté, y que, si en vez de escribirte, hubiera podido hablarte, acaso te hubiera hecho pasar toda la noche en claro.

Nada te he dicho aún de lo que sucedió a nuestro regreso del baile, ni hoy tengo disponible el tiempo que necesitaría para hacerlo.

El día amaneció deslumbrador. En torno nuestro, la selva húmeda y frescas llanuras... Nuestras compañeras de viaje comenzaron a dar cabezadas, y Carlota me dijo que si yo quería hacer otro tanto no lo dejase por ella. “Mientras vea esos ojos abiertos —le contesté fijando en ella mi mirada,— no hay peligro de que yo me duerma.” Uno y otro hemos llegado despiertos a su casa. La criada le abrió la puerta sin hacer ruido, y habiéndole preguntado Carlota por su padre y sus hermanitos, aseguró que todos seguían bien y dormían a pierna suelta. Despedíme de ella, pidiéndole permiso para volver a verla el mismo día. Me lo concedió, fui, y desde entonces ya pueden el sol, la luna y las estrellas recorrer sossegadamente sus órbitas sin que yo sepa si es de día o de noche, porque todo el universo ha desaparecido a mi alrededor.

21 de junio

Paso unos días tan felices como los que Dios reserva a sus elegidos, y sucédame lo que me sucediere, no podré decir que no he saboreado los placeres más puros de la vida. Me he establecido enteramente en mi retiro de Wahlheim, que ya conoces; allí no me separa más que media legua de distancia de la casa de Carlota; allí estoy siempre contento, y gozo cuanto el hombre puede gozar en la tierra.

Cuando elegí a Wahlheim por límite de mis excursiones, ¿cómo hubiera yo podido figurarme que estuviese tan cerca del cielo? ¡Cuántas veces, prolongando mis largos paseos, he visto más allá del río, ora desde la cima de la montaña, ora desde lo hondo del valle, esa casa de campo que hoy es el centro de todos mis deseos!

He hecho, mi querido Guillermo, mil reflexiones sobre el afán con que el hombre pretende extenderse fuera de sí mismo, hacer nuevos descubrimientos y correr sin objeto alguno; después he meditado sobre la oculta inclinación que le hace buscarse límites y seguir el camino trillado, sin cuidarse de lo que hay a derecha o a izquierda. Cuando yo vine aquí y contemplé desde la colina este hermoso valle, me atrajo hacia él un encanto inconcebible... Allí el bosquecillo... — ¡Ah, si tú pudieras descansar a su sombra! — Allí la cumbre de la montaña. — ¡Ah, si tú pudieras contemplar desde ella este soberbio paisaje! Y estas cordilleras, y estos valles solitarios... ¡Oh, quién pudiera perderse en su seno!... — Yo iba y venía sin encontrar jamás lo que buscaba. Con lo que está distante de nosotros sucede lo que con lo porvenir. Un horizonte inmenso y oscuro se extiende delante de nuestro espíritu; en él, al par que nuestras miradas, se sumergen nuestros sentimientos y ¡ay! ardemos en deseos de entregarle por completo nuestro ser, pensando saborear en toda su plenitud las delicias de una sensación grande, sublime, sin igual. Pero cuando hemos corrido para llegar; cuando el *allí* se ha convertido en *aquí*, vemos que todo es como era antes, permanecemos en nuestra miseria, encerrados en el mismo círculo, y el alma suspira por la ventura que acaba de escapársele.

Por eso el más inquieto vagabundo vuelve al fin los ojos hacia su patria, y halla en su lugar, en los brazos de su esposa, en medio de sus hijos, y entregado a los cuidados que se impone para el bien de tan queridos seres, la dicha que en vano ha buscado por toda la tierra.

Cuando al despuntar el día me pongo en camino para ir a mi nido de Wahlheim, y en la huerta de la casa donde me hospedo cojo yo mismo los guisantes, y me siento para quitarles las vainas al mismo tiempo que leo a Homero; cuando tomo un puchero en la cocina, corto la manteca, pongo las legumbres al fuego, las tapo y me coloco cerca para menearlas de cuando en cuando, entonces comprendo perfectamente que los orgullosos amantes de Penélope puedan matar, descuartizar y asar por sí mismos los bueyes y los cerdos. No hay nada que me llene de ideas más pacíficas y verdaderas que estos rasgos de costumbres patriarcales, y, gracias al Cielo, puedo emplearlos, sin que sea afectación, en mi método de vida.

¡Cuán feliz me considero con que mi corazón sea capaz de sentir el inocente y sencillo regocijo del hombre que sirve en su mesa la col que él mismo ha cultivado, y que, además del placer de comerla, tiene otro mayor recordando en aquel instante los hermosos días que ha pasado cultivándola, la alegre mañana en que la plantó, las serenas tardes en que la regó, y el gozo con que la veía mediar de día en día!

29 de junio

El médico de la ciudad estuvo anteayer en casa del juez y me halló, entre los hermanos de Carlota, echa-

do en el suelo, donde unos gateaban sobre mí, otros me pellizcaban y yo les hacía cosquillas, produciendo todos juntos un ruido espantoso. El doctor, verdadero muñeco sabio, que mientras habla se arregla los puños y una chorrera que vale por dos, juzgó mi faena indigna de un hombre de seso; lo conocí en su semblante. Sin turbarme, ni mucho menos, le dejé decir las cosas más profundas, ocupándome entretanto en levantar los castillos de naipes de los niños, que éstos habían echado por tierra: él se apresuró a decir en la ciudad que los hijos del juez estaban muy mal criados, y que Werther acaba de echarlos a perder.

Sí, querido amigo, no hay nada en el mundo que interese a mi corazón tanto como los niños. Cuando los observo y descubro en esos diablillos los gérmenes de todas las virtudes, de todas las facultades que algún día les serán necesarias; cuando veo en su terquedad la constancia y la entereza futuras, en su travieso desenfado el buen humor y la indiferencia con que más adelante sortearán los peligros de la vida... todo esto tan puro, tan entero... entonces yo repito siempre, siempre, las admirables palabras del gran Maestro de los hombres: *¡Si llegaseis a pareceros a uno de ellos!* Y, sin embargo, amigo mío, nosotros tratamos como a esclavos a estas criaturas, que son nuestros semejantes, y que debíamos tomar por modelos. No les concedemos voluntad propia; pero, ¿la tenemos nosotros? ¿Cuál es, pues, nuestra prerrogativa? ¿Acaso consiste en la mayor edad e inteligencia? ¡Oh, Santo Dios! Desde tu cielo tú ves niños viejos, niños jóvenes, y nada más. Hace mucho tiempo que tu Hijo nos hizo saber cuáles son los que tú prefieres. Pero los hombres creen en él y no le escuchan: ésta es también

una antigua costumbre... y hacen a sus hijos como ellos son y... — Adiós, Guillermo; no quiero desatinar más sobre esta materia.

1.º de julio

Mi corazón, que sufre más que el que se consume en el lecho del dolor, comprende lo útil que debe ser Carlota para un enfermo. Ésta se va por unos días a la ciudad, a cuidar a una excelente señora, que, al decir de los médicos, está cerca de su fin, y desea llegar al amargo trance en brazos de mi amiga. La semana pasada hicimos una visita al pastor de San***, aldehueta situada en la montaña, a una legua de aquí. Carlota llevaba consigo a la mayor de sus hermanas, cuando entramos en el patio de la casa, al que daban sombra dos grandes nogales; el buen anciano estaba sentado en un banco, delante de la puerta. Pareció reanimarse a la vista de Carlota; olvidó su nudoso bastón, y se arriesgó a salir a recibirla. Carlota corrió a él, le obligó a sentarse, haciéndolo ella a su lado: le dió mil recuerdos de parte de su padre, y besó al hijo del clérigo, niño muy mimado y muy sucio. Si la hubieses visto cómo entretenía al pobre viejo, cómo alzaba la voz para que penetrase en sus oídos, casi embotados, cómo le hablaba de jóvenes robustos que habían muerto de repente, y de la excelencia de las aguas de Carlsbad, aprobando la intención que tenía el pastor de ir a tomarlas el verano del año siguiente, cómo le manifestaba que tenía mejor semblante y un aire más animado que la última vez que se habían visto... Entretanto yo ofrecí mis respetos a la mujer del sacerdote. Éste se había puesto más contento que unas

pascuas; y no pudiendo yo resistir el deseo de alabar los hermosos nogales que nos daban agradabilísima sombra, emprendió, no sin algún trabajo, la tarea de contarnos su historia. — “No sabemos — dijo, — quién ha plantado el más viejo; unos dicen que fué tal pastor, otros que tal otro. El más joven tendrá cincuenta años cuando llegue octubre: es de la edad de mi mujer. Su padre, que fué mi predecesor, lo plantó una mañana, y ella vino al mundo la noche del mismo día. No podré decirlo cuánto amaba él este árbol: pero os diré que no le quiero yo menos. Siendo un pobre estudiante, vine aquí por primera vez hace veintisiete años: la que hoy es mi mujer estaba haciendo media debajo del nogal, sentada en una viga.” Habiéndole preguntado Carlota por su hija, dijo que había ido con el señor Schmidt al prado a ver a los trabajadores: después continuó su relato, refiriéndonos cómo le habían tomado cariño en aquella casa, cómo llegó a ser vicario de su antecesor, y cómo, por último, le había reemplazado. Apenas dió punto a su relato, cuando vimos llegar por el jardín a su hija, acompañada del señor Schmidt. Saludó a Carlota con la mayor cordialidad, y debo confesar que me fué muy simpática. Es una morenita vivaracha y esbelta, capaz de hacer pasar a cualquiera en el campo una deliciosa temporada. Su novio (pues Schmidt se presentó desde luego como tal) es un joven de buen aspecto, pero taciturno; en vano le incité varias veces Carlota a que tomase parte en nuestra conversación. Lo que más me enfadó fué que creí notar en su tono que aquella tenacidad con que se oponía a comunicarse, no era hija de la falta de talento, sino del capricho y el mal humor. Por desgracia tuve bien pronto

ocasión para convencerme de ello; pues mientras Federica paseaba y charlaba con mi amiga, e incidentalmente conmigo, la cara de Schmidt, que era de suyo algo morena, tomó un tinte sombrío, tan pronunciado, que Carlota se vió en el caso de llamarme la atención y darme a entender que no debía mostrarme tan galante con aquella joven. No hay nada que me disguste tanto como ver a los hombres martirizarse unos a otros, sobre todo cuando en la flor de la edad, pudiendo abrirse fácilmente los corazones a todos los goces, pierden por tonterías aquellos días hermosos, sin advertir hasta muy tarde que semejante prodigalidad no tiene reparación posible. Esta idea me atormentaba, y cuando al anochecer volvimos al presbiterio y nos sirvieron leche en el patio, aprovechando la circunstancia de estarse hablando sobre los placeres y penas de la vida, troné con todas mis fuerzas contra el mal humor. — “Los hombres — dije, — nos quejamos con frecuencia de que son muchos más los días malos que los buenos, y me parece que casi nunca nos quejamos con razón. Si nuestro corazón estuviera siempre dispuesto para gozar de los bienes que Dios nos dispensa cada día, tendríamos bastante fuerza para soportar los males cuando se presentan.” — “El buen o mal humor no obedece a nuestra voluntad — exclamó la mujer del pastor. — ¡Cuántas cosas hay que dependen del cuerpo!... Todo nos fastidia cuando no estamos bien.” Manifesté que pensaba lo mismo y añadí: — “Consideremos ese fastidio como una enfermedad, y veamos si hay manera de curarla.” — “Eso es hablar razonablemente — dijo Carlota, — y, por mi parte, creo que podemos hacer mucho: hablo por experiencia. Cuando alguna cosa me mortifica y

empiezo a entristecerme, corro a mi jardín, me paseo tarareando algunas contradanzas y se acabó la pena.” — “Eso quería yo decir — repuse al instante. — Sucede con el mal humor lo que con la pereza. Hay una especie de pereza, a la cual propende nuestro cuerpo, lo que no impide que trabajemos con ardor y encontremos un verdadero placer en la actividad, si conseguimos una vez hacernos superiores a esa propensión.” Federica estaba muy contenta: su novio me replicó que no siempre es el hombre dueño de sí mismo, y sobre todo, que no hay medio conocido para manejar los sentimientos. — “Aquí se trata — respondí — de una sensación desagradable, que ninguno quería experimentar, y mal podemos conocer la extensión de nuestras fuerzas si no las ponemos a prueba. Todo el que está enfermo consulta con los médicos, y nunca rechaza el tratamiento más penoso ni las medicinas más amargas, si cree recobrar la salud que desea.” Advirtiéndole que el buen anciano aplicaba el oído para participar de la conversación, levanté la voz, y le dirigí estas palabras: — “Se predica contra muchos vicios; pero no sé que nadie haya predicado contra el mal humor” (1). — “Eso toca a los predicadores de las ciudades — dijo el padre de Federica; — los aldeanos no conocen tal achaque. Sin embargo, no vendría mal alguna que otra vez un sermoncito: a lo menos sería una lección para el juez y para nuestras mujeres.” Todos nos reímos de este final; él mismo hizo lo propio, y tanto, que comenzó a toser, con lo cual quedó interrumpida

(1) Hoy tenemos sobre este tema un excelente sermón de Lavater, entre sus sermones sobre el libro de Jonás. (*Nota del Autor.*)

la conversación por algunos minutos. Después tomó la palabra Schmidt y me dijo: — “Habéis dado el nombre de vicio al mal humor, y me parece que eso es exagerar.” — “De ningún modo — repliqué; — ¿cómo he de calificar una cosa que daña a nuestro prójimo y a nosotros mismos? ¿No basta con que no podamos hacernos felices unos a otros? ¿Es también preciso que acibaremos el placer que cada uno puede procurarse aún a sí propio? Citadme un hombre de mal humor que tenga poder suficiente para disimularlo, para soportarlo él solo, por no turbar la alegría de los que le rodean. ¿No es más bien un despecho oculto, hijo de nuestra pequeñez, un descontento de nosotros mismos, mezclado siempre con alguna envidia, excitada por alguna loca vanidad? Vemos gente feliz que no nos debe su felicidad, y esto nos es insoportable.” Carlota me miró, riéndose de la vehemencia con que yo hablaba, y una lágrima que sorprendi en los ojos de Federica me animó a continuar. — “¡Mal hayan — dije — aquellos que utilizan el imperio que tienen sobre un corazón para arrancarle las alegrías inocentes que en él brotan. Todas las dádivas, todos los agasajos posibles no compensan un momento de placer envenenado por el despecho y la odiosa conducta de un tirano.

Mi corazón estaba lleno de pasión en este momento; mil recuerdos se me arremolinaban en el alma, y el llanto asomó a mis ojos.

Continué:

— “¿Por qué no hemos de decirnos cada día: todo lo que puedes hacer por tus amigos, es respetar sus placeres y aumentarlos tomando parte en ellos? ¿Puedes acaso ofrecerles una gota de bálsamo consolador cuando sus almas se hallan atormentadas

por una pasión que las aflige, despedazadas por el dolor?... ¿Y cuándo la última, la más espantosa enfermedad, sorprenda a quien hayas atormentado en sus horas de dicha; cuando en el lecho, en el más triste abatimiento, levante al Cielo sus apagados ojos y el sudor de la muerte se apodere de su frente lívida, y tú, en pie junto a la cama, como un condenado, veas que nada puedes con todo tu poder y sientas filtrarse la angustia hasta el fondo de tu alma, pensando que lo darías todo por depositar en el seno del moribundo un átomo de alivio, una chispa de valor?...

Estas palabras me hicieron recordar de una manera vigorosa una escena parecida que yo había presenciado. Me aparté del grupo, llevándome el pañuelo a los ojos, y sólo volvi en mí cuando la voz de Carlota me gritó: — “¡Vámonos!” — ¡Cómo me ha regañado durante el camino, por dedicar a todo un entusiasmo vehemente!... Dice que eso me matará si no consigo dominarme. ¡Oh, no, ángel mío! Yo quiero vivir para ti.

6 de julio

Carlota continúa al lado de su moribunda amiga, y siempre es la misma: siempre esta criatura afable y benéfica, cuya mirada, donde quiera que se fija, dulcifica el dolor y hace felices a las personas. Ayer tarde fué a pasearse con Mariana y Amelita. Yo lo sabía, me reuní con ellas y caminamos juntos. Después de andar como una legua y media, volvimos hacia la ciudad, y llegamos a la fuente, que ya me gustaba mucho y que ahora me gusta mil veces más. Sentó-

se Carlota en el pequeño muro; los demás estábamos en pie delante de ella. Miré a mi rededor, y me acordé del tiempo en que mi corazón estaba solitario. — ¡Fuente querida! — me dije a mí mismo; — ¡cuánto tiempo hace que no he gozado de tu frescura, y cuántas veces, pasando de prisa junto a ti, ni siquiera te he mirado!” Bajé los ojos y vi que subía la pequeña Amelia con un vaso de agua, cuidando de no verterlo. Miré a Carlota y comprendí todo lo que ella es para mí. En esto llegó Amelia con el vaso; Mariana quiso quitárselo. — “¡No! — exclamó la niña con la más dulce expresión; — ¡no! Carlota, tú has de beber antes que nadie.” La verdad, la bondad con que aquella muñeca pronunció estas palabras, me arrebataron hasta el punto de que, para expresar mis sentimientos, no supe hacer otra cosa que cogerla en brazos y besarla con tanta efusión, que comenzó a gritar y a llorar. — “Le habéis hecho daño — me dijo Carlota.” Yo estaba consternado. — “Ven, Amelia — prosiguió, cogiéndola de la mano y haciéndole bajar los escalones. — Lávate en seguida en esa agua fresca, y no te sucederá nada.” Fijé mi atención en la niña, que afanosa se frotaba las mejillas con las manos mojadas, convencida de que la fuente milagrosa la limpiaría de toda mancha, evitándole la ignominia de que le creciera una barba fea. Carlota le decía: — “¡Basta ya!” y ella continuaba frotándose con nuevo brío, como si cuanto más lo hiciese fuera mejor. Guillermo, te aseguro que no he asistido con más respeto a ningún bautizo, y cuando Carlota subió, de buena gana me hubiera prostrado a sus pies, como ante los de un profeta redentor de los pecados de un pueblo. No pude resistirme al deseo de contar por la noche lo suce-

dido, con toda la alegría de mi corazón, a uno que yo creía sensible, porque tiene talento: ¡cómo me equivocaba! Censuró la conducta de Carlota; dijo que no se debía hacer creer cosas falsas a los niños; que estos abusos eran origen de errores y supersticiones sinnúmero, que hay que evitar desde muy temprano... Entonces recordé que ocho días antes mandó que bautizasen a uno de sus hijos, por lo cual, oyéndole como el que oye llover, seguí siendo fiel con todo mi corazón a esta verdad: Es preciso obrar con los niños como obra con nosotros el Señor, que nunca nos hace más felices que cuando nos deja embriagarnos con una dulce ilusión.

8 de julio

¡Qué niños somos! ¡Con qué vehemencia suspiramos por una mirada! Habíamos ido a pie a Wahlheim; las señoras salieron en coche, y durante nuestro paseo creí ver en los ojos negros de Carlota... Soy un loco: perdóname. Sería preciso que vieras esos ojos. Abreviaré, porque el sueño cierra los míos. Las señoras subieron en el coche, y al lado estábamos el joven W***, Selstadt, Audran y yo. Charlaban por la portezuela con estos jóvenes aturdidos, que son, por cierto, locos y superficiales. Yo buscaba los ojos de Carlota: ¡ay! sus miradas erraban ya a un lado, ya a otro, sin posarse en mí, que sólo de ella me cuidaba. Mi corazón le dijo "adiós" mil veces; pero ella no veía. Pasó el coche y una lágrima me humedeció los párpados. Lo seguí con la vista: Carlota asomó la cabeza por la portezuela y se volvió a mirar... ¡ah!... ¿era a mí? Amigo mío, floto en esa incertidumbre. Es un consue-

lo... Acaso se volvió para verme; tal vez... — Buenas noches. ¡Oh!, ¡qué niño soy!

10 de julio

Quisiera que viesen la cara estúpida que pongo cuando la gente habla de Carlota, y, sobre todo, cuando me preguntan si me gusta. ¡Gustarme! Odio de muerte esta palabra. ¿Qué será un hombre a quien Carlota guste nada más, a quien no le invada todo el pensamiento y el corazón todo? ¡Gustar! El otro día me preguntaron si me gustaba Ossian.

11 de julio

La señora M.... está muy mala. Ruego a Dios por su vida, porque padezco viendo que Carlota padece. No la veo sino alguna vez en casa de una de sus amigas, donde hoy me ha contado una historia singular. El señor M.... es un viejo avaro, perverso y repugnante, que ha tenido atormentada y muy sujeta a su mujer toda la vida: ella, sin embargo, ha sabido sacar fruto de su situación. Habiéndola desahuciado el médico hace algunos días, mandó llamar a su marido, y, en presencia de Carlota, le habló en estos términos: — "Debo confesarte una cosa, que, después de mi muerte, podría ser motivo de inquietud y pesares. Hasta hoy he gobernado la casa con todo el orden y la economía posibles; pero debo pedirte perdón porque te he engañado durante treinta años. Desde nuestro casamiento, fijaste una cantidad muy pequeña para los gastos de comida y demás de la casa. Cuando ésta ha prosperado, y nuestros negocios han levantado el vuelo, no he podido lograr que aumentases la suma desti-

nada para cada semana; tú sabes que en el tiempo de nuestros mayores gastos me obligabas a atender a todo con siete florines semanales. He obedecido sin replicar, y cada semana he sacado de tu caja lo indispensable para cubrir mis atenciones, segura de que nunca se sospecharía que una mujer robase a su marido. Nada he malgastado, y sin hacer esta confesión hubiera entrado tranquila en la eternidad; pero sé que la que me suceda en el gobierno de la casa no podrá manejarse con lo poco que tú das, y no quiero que llegues a echarla en cara que tu primera mujer se contentaba con ello."

He hablado con Carlota sobre la increíble ceguera que hace que un hombre no sospeche manejo alguno en una mujer que con siete florines cubre de domingo a domingo todos los gastos, cuando se ve que éstos pasan del doble. Sin embargo, conozco gente que hubiera recibido en su casa, sin asombrarse, la inagotable cantara de aceite del profeta.

13 de julio

No, no me engaño: leo en sus ojos negros el verdadero interés que le inspiran mi persona y mi suerte. Conozco, y en esto debo creer a mi corazón, que ella... ¡Oh! ¡Podré y me atreveré a expresar en estas palabras la dicha celestial que siento? Conozco que me ama.

¡Soy amado!... ¡Si vieras cómo me quiere ahora; si vieras... te lo diré, porque tú sabrás comprenderme: si vieras lo mucho más que valgo a mis propios ojos desde que soy dueño de su amor! ¡Somos realmente el uno del otro por sentimiento o sólo por vanidad? No conozco hom-

bre alguno capaz de robarme el corazón de Carlota, y, a pesar de ello, cuando ésta habla de su futuro esposo, con todo el calor, con todo el amor posible, me hallo como el desgraciado a quien despojan de todos sus títulos y honores, y le obligan a entregar su espada.

16 de julio

¡Ah!, ¡qué sensación tan grata inunda todas mis venas, cuando por casualidad mis dedos tocan los suyos, o nuestros pies se tropiezan debajo de la mesa! Los aparto como de un fuego, y una fuerza secreta me acerca de nuevo sin querer. El vértigo se apodera de todos mis sentidos, y su inocencia, su alma cándida, no le permiten siquiera imaginar cuánto me hacen padecer estas insignificantes familiaridades. Si pone su mano sobre la mía cuando hablamos, y si en el calor de la conversación se aproxima tanto a mí que su divino aliento se confunde con el mío, creo morir como herido por el rayo, Guillermo, y este cielo, esta confianza, si llego a atreverme... Ya me entiendes. No, mi corazón no está tan corrompido. Es débil, demasiado débil... Pero ¿no es esto corrupción?

Carlota es sagrada para mí. Todos los deseos se desvanecen en su presencia. Nunca sé lo que experimento cuando estoy a su lado: creo que mi alma se dilata por todos mis nervios.

Hay una sonata que ella ejecuta en el clave con la expresión de un ángel: ¡tiene tal sencillez y tal encanto! Es su música favorita y le basta tocar la primera nota para alejar de mí zozobras, cuidados y aflicciones.

No me parece inverosímil ningún

prodigio del poder mágico que los antiguos atribuían a la música. ¡Cómo me esclaviza este canto sencillo! ¡Y cómo sabe ella ejecutarlo en aquellos instantes en que yo me metería una bala en la cabeza!... Entonces, disipándose el desvarío y las tinieblas de mi alma, respiro con más libertad.

18 de julio

Guillermo, sin el amor, ¿qué sería el mundo para nuestro corazón? Lo que una linterna mágica sin luz. Apenas se introduce la lamparilla, cuando las imágenes más variadas aparecen en el lienzo. Y aunque todo eso no sean sino fantasmas pasajeros, hasta para labrar nuestra dicha cuando, deteniéndonos a contemplarlos como niños alegres, nos extasiamos con tan maravillosas ilusiones. Hoy no he podido ir a casa de Carlota; una visita inevitable lo ha impedido. ¿Qué hacer? He enviado a mi criado, sin más objeto que el de tener cerca de mí a alguno que la haya visto hoy. ¡Con cuánta impaciencia le he esperado! ¡Con qué alegría he vuelto a verle! Le hubiera besado, a no ser el colmo de la locura.

Cuentan que la piedra de Bolonia, cuando se la expone al sol, absorbe los rayos, y puede luego alumbrar parte de la noche: en este caso se hallaba mi criado para mí. La idea de que los ojos de Carlota se habían fijado en su cara, en sus mejillas, en los botones de su casaca y en el cuello de su abrigo, hacía todo esto tan sagrado y tan precioso para mí, que en aquel momento no hubiera yo dado a mi sirviente por mil escudos. Su presencia me llenaba de gozo. ¡Dios te libre de reírte! Guillermo,

¿se puede llamar ilusiones o fantasmas a lo que nos hace felices?

19 de julio

— ¡La veré! — exclamo con júbilo por la mañana cuando, al despertarme lleno de alegría, dirijo las miradas hacia el naciente sol: ¡la veré! y no tengo otro deseo en todo el día. Todo se encamina ahí, todo se abisma en esa esperanza.

20 de julio

Vuestra idea de que me vaya con el embajador de... no es aún la mía. No me gusta depender de nadie, y además sabemos que ese hombre es áspero en su trato. Dices que mi madre se alegrará de verme ocupado. Deja que me ría. ¿No tengo ya bastante quehacer? Y, después de todo, ¿no es lo mismo que yo cuente guisantes que lentejas? Todas las cosas de este mundo vienen a parar en bagatelas, y el que por complacer a los demás, contra su gusto y sin necesidad, se mata corriendo tras la fortuna, los honores u otra cosa cualquiera, es siempre un loco.

24 de julio

Dado el interés que manifiestas en que no descuide el dibujo, casi preferiría callarme a decirte que desde hace mucho tiempo apenas me he ocupado en tal cosa.

Jamás he sido tan feliz; jamás me ha impresionado la Naturaleza tan profundamente: hasta una piedrecilla, una brizna de hierba... y, sin embargo, no sé cómo expresarme. ¡Mi

imaginación está tan débil! Todo va y oscila ante mí de tal modo, que ni siquiera puedo coger un contorno. A pesar de ello me figuro que si tuviese barro o cera modelaría perfectamente cuanto concibo. Si esto dura, me entretendré con barro común, aunque no haga más que bolitas.

Tres veces he comenzado el retrato de Carlota y las tres me ha salido mal. Esto me es tanto más sensible, cuanto que hace poco tiempo tenía yo gran facilidad para sacar el parecido. Así, pues, me he limitado a sacar su perfil, y con eso habré de contentarme.

25 de julio

Si, Carlota, yo cuidaré de todo y lo arreglaré todo; sólo os pido que me deis encargos con más frecuencia. También tengo que haceros una súplica: no uséis la salvadera cuando me escribáis. He besado con efusión la carta de hoy y todavía rechina la arenilla entre mis dientes.

26 de julio

Más de una vez me he propuesto no verla tan a menudo; pero ¿quién podría cumplirlo? Todos los días me vence la tentación y todos también me digo a mí mismo solemnemente: — “Mañana no iré”; pero cuando mañana se vuelve hoy, hallo un nuevo y poderoso motivo que me conduce a su casa, aun antes de que yo lo advierta. Ya porque me ha preguntado por la noche si nos veremos al día siguiente, y sería una grosería no ir; ya porque me ha hecho algún encargo y quiero yo mismo decirle el resultado; ya porque, estando la ma-

ñana deliciosa, me voy a Wahlheim, desde donde sólo falta media legua para llegar a su casa, y su atmósfera me atrae... ¡zas! ¡ya estoy allí! Sabía mi abuela un cuento de una montaña de imán: los bajeles que se acercaban demasiado perdían de pronto todo el herraje; los clavos volaban hacia la montaña, y los pobres marineros perecían entre las tablas, que se iban sumergiendo unas tras otras.

30 de julio

Ha llegado Alberto y yo me marcharé. Aunque él fuese el mejor y más noble de los hombres, y yo me reconociera inferior por todos conceptos, me sería insoportable que a mi vista poseyese tantas perfecciones. ¡Poseer!... Basta, Guillermo; el novio está aquí. Es un joven bueno y honrado que nadie puede menos de querer. Felizmente yo no he presenciado la llegada: me hubiera desgarrado el corazón. Es tan generoso, que ni una sola vez se ha atrevido aún a besar a Carlota en mi presencia. ¡Dios se lo pague! La respeta tanto que debo quererle. Se muestra muy afectuoso conmigo y supongo que esto más será obra de Carlota que efecto de su propia inclinación: las mujeres son muy mañosas en este punto y están en lo firme; cuando pueden hacer que dos de sus adoradores vivan en buena inteligencia, lo que pocas veces sucede, lo hacen, y el provecho indudablemente es para ellas.

Sin embargo, no puedo negar mi estimación a Alberto. Su aspecto tranquilo forma marcadísimo contraste con mi carácter turbulento, que en vano desearía ocultar. Tiene una sensibilidad exquisita y no desconoce el

tesoro que posee en Carlota. Parece poco dado al mal humor que, como sabes, es el vicio que más detesto.

Me juzga hombre de talento, y mi amistad con Carlota, unida al mismo interés que tomo en todas sus cosas, da más valor a su triunfo y la quiere cada vez más. No me meteré en averiguar si suele atormentarla a solas con tal o cual chispazo de celos; pero confieso que si yo estuviese en su lugar no dejaría de sentirlos.

Sea de ello lo que fuere, la alegría que yo experimentaba al lado de Carlota se ha desvanecido. ¿Diré que esto es locura o ceguedad? Pero ¿qué importa el nombre? la cosa no puede ser más clara. No sé hoy nada que no supiera antes de la llegada de Alberto; no ignoraba que no debía yo abrigar ninguna pretensión en cuanto a Carlota y tampoco la había abrigado, es decir, únicamente sentía lo que es inevitable sentir al contemplar tantos encantos, y así y todo, no sé qué me pasa al ver que el otro llega y se alza con la dama.

Estoy que trino y me indigno contra todo el que diga que debo resignarme, y que como la cosa no tiene remedio... ¡vayan al diablo los razonadores! Vago por los bosques, y cuando llego a casa de Carlota y veo a Alberto sentado junto a ella, entre el follaje del jardinillo, y tengo precisión de detenerme, me vuelvo loco de atar y cometo mil necedades. —“En nombre del cielo — me ha dicho hoy Carlota, — os ruego que no repitáis la escena de anoche: estáis espantoso cuando os ponéis tan contento.” Te diré para nosotros, que acecho todos los instantes en que él tiene quehacer; entonces corro al lado de ella y me vuelvo loco de alegría siempre que la encuentro sola.

8 de agosto

Te ruego, querido Guillermo, que te persuadas de que no pensaba en ti cuando calificaba de insoportables a los que recomiendan resignación en los males inevitables. Verdaderamente, no me ocurría entonces que tú fueses del mismo parecer. Tienes razón, después de todo, pero escucha una palabra, amigo mío: en el mundo se sale pocas veces de un apuro con una alternativa. Los sentimientos y las acciones tienen tantos matices como gradaciones hay entre una nariz aguilena y otra chata.

No creo que te enojés si, admitiendo tu argumento en todas sus partes, procuro salvarme entre dos supuestos. — “O tienes alguna esperanza respecto a Carlota — me dices, — o no tienes ninguna. En el primer caso, trata de realizar, afánate para ver cumplidos tus deseos; en el segundo caso, ármate de valor y haz por librarte de una pasión funesta que te aniquilará.” Amigo mío, eso está muy bien dicho... y se dice pronto.

¿Puedes exigir al desdichado cuya vida se extingue poco a poco por irresistible influjo de una enfermedad lenta, puedes exigir, digo, que en un instante ponga fin a sus dolores con una puñalada? El mal que debilita sus fuerzas, ¿no le quita al mismo tiempo el valor necesario para librarse de él? Es verdad que puedes contestarme con una comparación análoga. ¿Habrá quien no prefiera cortarse un brazo a arriesgarse a perder la vida por indecisión y cobardía? No lo sé; y como no hemos de entablar una lucha de comparaciones, hago punto. Sí, Guillermo, tengo a veces momentos de un valor

súbito y vehemente, y cuando esto sucede, me bastaría saber adónde he de ir... para irme sin vacilar.

Por la noche

Me he encontrado hoy entre las manos mi diario, que lo tengo descuidado hace algún tiempo, y noto con estupefacción el modo que he tenido de avanzar a sabiendas, paso a paso, en este asunto, conduciéndome como un muchacho a pesar de haber visto siempre con claridad mi situación. Hoy mismo la veo clara como la luz, y, sin embargo, no hay un solo síntoma de alivio.

10 de agosto

Si yo no fuese un loco podría llevar una vida más feliz y sosegada. Pocas veces se reúnen para alegrar un corazón circunstancias tan favorables como las que me rodean. Esto afirma mi creencia de que nuestra felicidad depende de nosotros mismos. ¡Formar parte de esta amable familia, ser querido de los padres como un hijo, de los niños como un padre, y de Carlota... y de este excelente Alberto, que no turba mi dicha con celos ni mal humor, que me profesa verdadera amistad, y que ve en mí a la persona que más estima en el mundo después de Carlota!... Guillermo, es un placer oírnos cuando vamos de paseo y hablamos de ella; nunca se ha imaginado nada tan chistoso como nuestra situación, y, sin embargo, las lágrimas algunas veces humedecen mis ojos.

Cuando me habla de la virtuosa madre de Carlota y me refiere que

poco antes de morir dejó al cuidado de ella la casa y los niños, y al de él a Carlota; que desde entonces la joven ha revelado dotes inusitadas; que se ha vuelto una verdadera madre con la dirección de los asuntos domésticos; que todos los momentos de su vida están esmaltados por la ternura y el trabajo, sin que jamás hayan sufrido alteración su buen humor y su alegría... Yo camino junto a él, cogiendo las flores que encuentro al paso, con las cuales hago un bonito ramillete, y lo arrojo al cercano río, siguiéndole con la mirada mientras se aleja en las ondas lentamente. No sé si te he dicho que Alberto permanecerá en esta ciudad y que espera de la corte, donde es muy querido, un buen empleo. Conozco pocas personas que le iguallen en el orden y en su aplicación en los negocios.

12 de agosto

Alberto es indudablemente el mejor de los hombres que cobija el cielo: ayer me pasó con él un lance peregrino. Había ido yo a su casa a despedirme, porque se me antojó dar un paseo a caballo por las montañas, desde donde te escribo ahora. Yendo y viniendo por su cuarto vi sus pistolas. — “Préstamelas para el viaje — le dije.” — “Con mucho gusto — respondió, — si quieres tomarte el trabajo de cargarlas; aquí sólo están como un mueble de adorno.” Tomé una; él continuó: — “Desde que mi previsión me jugó una mala pasada, nada quiero con esos instrumentos.” Tuve curiosidad de saber esta historia, y él dijo: — “Habiendo ido a pasar tres meses en el campo con un amigo, llevé un par de pistolas: estaban descargadas, y yo dormía tran-

quilo. Una tarde lluviosa, en que no tenía nada que hacer, se me ocurrió la idea, no sé por qué, de que podían sorprendernos, de que podríamos necesitar las pistolas, y... tú sabes lo que son apreciaciones. Di mis armas al criado para que las limpiase y las cargara. Jugando éste con las criadas, quiso asustarlas, y Dios sabe cómo, disparóse el arma y, despidiendo la baqueta que estaba en el cañón, hirió en los músculos de la mano derecha a la doncella y le fracturó el pulgar. Sobre consolarla tuve que pagar la cura, y desde entonces dejo siempre las pistolas vacías. ¿De qué sirve la previsión, querido amigo? El peligro no se deja ver por completo. Pero..." Ya sabes cuánto quiero a este hombre; pero me encocoran sus *peros*. ¿Qué regla general no tiene excepciones? Este Alberto es tan meticuloso que cuando cree haber dicho una cosa atrevida, absoluta, casi un axioma, no cesa de limitar, modificar, quitar y poner hasta que desaparece cuanto ha dicho. No fué en esta ocasión infiel a su sistema; yo acabé por no escucharle, y meciéndome en un mar de sueños, con súbito movimiento apoyé el cañón de una pistola contra mi frente, encima del ojo derecho. — "Aparta eso — dijo Alberto, echando mano a la pistola. ¿Qué quieres hacer?" — "No está cargada — contesté." — "Y ¿qué importa? ¿Qué quieres hacer? — repitió con impaciencia. — No comprendo que haya quien pueda levantarse la tapa de los sesos. Sólo el pensarlo me horroriza." — "¡Oh, hombres! — exclamé; — no sabréis hablar de nada sin decir: esto es una locura, eso es razonable, tal cosa es buena, tal otra, mala. ¿Qué significan todos estos juicios? Para emitirlos, ¿habéis profundizado los resortes secretos de una acción? ¿Sabéis distinguir con segu-

ridad las causas que la producen y que lógicamente debían producirla? Si tal ocurriese, no juzgaríais con tanta ligereza." — "Tú me concederás — dijo Alberto — que ciertas acciones serán siempre crímenes, sea cual fuere el motivo que las produzca." — "Concedido — respondí yo, encogiéndome de hombros. — Sin embargo, advierte, amigo mío, que ni aun eso es verdad en absoluto. Indudablemente el robo es un crimen; pero si un hombre está a punto de morir de hambre, y con él su familia, y ese hombre por salvarla y salvarse se atreve a robar, ¿merece compasión o merece castigo? ¿Quién se atreverá a tirar la primera piedra contra el marido que en el arrebató de una cólera justa mata a su infiel esposa y al infame seductor? ¿Quién puede acusar a la sensible doncella que en un momento de voluptuoso deliquio se abandona a las irresistibles delicias del amor? Hasta nuestras leyes, que son pedantes e insensibles, se dejan conmover y detienen la espada de la justicia." — "Eso es otra cosa — respondió Alberto; — el que sigue los impulsos de una pasión pierde la facultad de reflexionar, y se le mira como a un ebrio o un demente." — "¡Oh, hombres de juicio! — exclamé sonriéndome. — ¡Pasión! ¡Embriaguez! ¡Demencia! ¡Todo eso es letra muerta para vosotros, impasibles moralistas! Condenáis al borracho y detestáis al loco con la frialdad del que sacrifica, y dais gracias a Dios, como el fariseo, porque no sois ni locos, ni borrachos. Más de una vez he estado ebrio; más de una vez me han puesto mis pasiones al borde de la locura, y no lo siento; porque he aprendido que siempre se ha dado el nombre de beodo o insensato a todos los hombres extraordinarios que han hecho algo grande,

algo que parecía imposible. Hasta en la vida privada es insoportable el ver que de quien piensa dar cima a cualquier acción noble, generosa, inesperada, se dice con frecuencia: — “¡Está borracho! ¡Está loco!” ¡Vergüenza para vosotros los que sois sobrios, vergüenza para vosotros los que sois sabios!” — “¡Siempre extravagante!” — dijo Alberto. — Todo lo exageras, y esta vez llevas la humorada hasta el extremo de comparar con las grandes acciones el suicidio, que es de lo que se trata, y que sólo debe mirarse como una debilidad del hombre; porque indudablemente es más fácil morir que soportar sin tregua una vida llena de amarguras.”

Estuve a punto de cortar la conversación: no hay nada que me ponga más fuera de mí que el razonar con quien sólo responde trivialidades, cuando yo hablo con todo mi corazón. Pero me contuve, porque no era la primera vez que le oía decir vulgaridades y que me sacaba de mis casillas. Le repliqué con alguna viveza: — “¿A eso llamas debilidad? Te suplico que no te dejes seducir por las apariencias. ¿Te atreverás a llamar débil a un pueblo que gime bajo el insoportable yugo de un tirano, si al fin estalla y rompe sus cadenas? Un hombre que al ver con espanto arder su casa, siente que se multiplican sus fuerzas, y carga fácilmente con un peso que sin la excitación apenas podría levantar del suelo; un hombre que furioso por verse insultado, acomete a sus contrarios y los vence; a esos dos hombres, ¿se les puede llamar débiles? Créeme, amigo mío, si los esfuerzos son la medida de la fuerza, ¿por qué un esfuerzo supremo ha de ser otra cosa?” Alberto me miró y dijo: — “No te enojes, pero esos ejemplos que citas no tienen aquí verdadera aplicación.” —

“Puede ser — le contesté; — no es la primera vez que califican mi lógica de palabrería. Veamos si podemos representarnos de otro modo lo que debe experimentar el hombre que se resuelve a deshacerse del peso, tan ligero para otros, de la vida, porque no razonaremos bien sobre ello mientras nos andemos por las ramas.

“La naturaleza humana — proseguí — tiene sus límites; puede soportar, hasta cierto grado, la alegría, la pena, el dolor; si pasa más allá, sucumbe. No se trata, pues, de saber si un hombre es débil o fuerte, sino de si puede soportar la extensión de su desgracia, sea moral, sea física; y me parece tan ridículo decir que un hombre que se suicida es cobarde, como absurdo sería dar el mismo nombre al que muere de una fiebre maligna.” — “¡Paradoja! ¡Extraña paradoja!” — dijo Alberto. — “No tanto como crees — respondí. — Conventrás conmigo en que llamamos enfermedad mortal a la que ataca a la naturaleza de tal modo que sus fuerzas destruidas en parte, paralizadas, se incapacitan para reponerse y establecer por una revolución favorable el curso ordinario de la vida... Pues bien, querido amigo, apliquemos esto al espíritu. Mira al hombre en su limitada esfera, y verás cómo le aturden ciertas impresiones, cómo le esclavizan ciertas ideas, hasta que arrebatándole una pasión todo su juicio y toda su fuerza de voluntad, le arrastra a su perdición. En vano un hombre razonable y de sangre fría se compadecerá de la situación del infeliz; en vano le exhortará; es semejante al hombre sano que está junto al lecho de un enfermo, sin poderle dar la más pequeña parte de sus fuerzas.”

Estas ideas parecieron a Alberto poco concretas. Le hice recordar a

una joven que habían encontrado ahogada hacia poco tiempo, y le conté su historia. Era una criatura bondadosa, encerrada desde su infancia en el estrecho círculo de los quehaceres domésticos, de un trabajo siempre igual; que no conocía otros placeres que los de ir algunas veces a pasearse los domingos por los contornos de la ciudad con sus compañeras, engalanada con la ropa que poco a poco había podido adquirir, o bailar una sola vez en la fiesta mayor y charlar algunas horas con una vecina, con toda la vehemencia del más sincero interés, sobre tal chisme o cual maledicencia. El ardor de su juventud le hace sentir deseos desconocidos, que aumentan con las lisonjas de los hombres; sus antiguas diversiones llegan paso a paso a serle insípidas; al cabo encuentra a un hombre, hacia el cual le empuja con incontrastable fuerza un sentimiento nuevo para ella y fija en él todas sus esperanzas; se olvida del mundo entero; nada oye, nada ve, nada ama sino a él, sólo a él; no suspira más que por él, sólo por él. No está corrompida por los frívolos placeres de una inconstante vanidad, y su deseo va derecho a su objeto; quiere ser de él, quiere, en una unión eterna, encontrar toda la dicha que le falta, gozar de todas las alegrías juntas al lado del que adora. Promesas repetidas ponen el sello a todas sus esperanzas; atrevidas caricias aumentan sus deseos y sojuzgan su alma por entero: flota en un sentimiento vago, en una idea anticipada de todas las alegrías; ha llegado al colmo de la exaltación. En fin, tiende los brazos para abrazar todos sus deseos... y su amante la abandona. Mírala delante de un abismo, inmóvil, demente: una obscuridad profunda la rodea; no hay horizonte, no hay consuelo, no hay esperanza: la abando-

na el que era su vida. No ve el inmenso mundo que tiene delante ni los numerosos amigos que podrían hacerle olvidar lo que ha perdido; se siente aislada, abandonada de todo el universo, y ciega, acongojada por el horrible martirio de su corazón, para huir de sus angustias, se entrega a la muerte, que todo lo devora. Alberto, esta es la historia de muchos. ¡Ah!... ¿no es este el mismo caso de una enfermedad? La naturaleza no encuentra ningún medio para salir del laberinto de fuerzas revueltas y contrarias que la agitan, y entonces es preciso morir. ¡Ay del que lo sepa y diga! — “¡Insensata!, si hubiera esperado, si hubiera dejado obrar al tiempo, la desesperación trocada en calma hubiera encontrado otro hombre que la consolase.” Esto es lo mismo que decir: — “¡Loca!, ¡morir de una fiebre! Si hubiera esperado a recobrar sus fuerzas, a que se purificasen los malos humores, a que se apaciguase el arrebato de su sangre, todo se hubiera arreglado y todavía viviría.”

No juzgando Alberto muy exacta esta comparación, opuso nuevas objeciones; entre otras cosas me dijo que yo no había hablado más que de una joven inocente, y que no debe juzgarse del mismo modo a un hombre de talento, cuya inteligencia menos limitada le permite ver el anverso y el reverso de las cosas. — “Amigo mío — exclamé, — el hombre siempre es hombre, y el talento que tengan éste o el otro sirve de poco, o más bien de nada, cuando al fermentar una pasión la naturaleza se arroja a los límites de sus fuerzas. Más aún... Ya volveremos a hablar de esto — añadí cogiendo el sombrero.” Mi corazón estaba a punto de estallar, y nos separamos sin haber llegado a entendernos. Es verdad que

en este mundo pocas veces sucede lo contrario.

15 de agosto

Es muy cierto que sólo el amor hace que el hombre necesite a sus semejantes. Conozco que contraría a Carlota el perderme, y los niños no piensan en otra cosa sino en que siempre volveré al día siguiente. Hoy he ido a su casa a afinar el clave, lo cual no he conseguido, porque los pequeños me perseguían para que les contase un cuento, y Carlota misma se empeñó en que debía darles gusto. Les he repartido el pan de la merienda, que ahora reciben de mis manos tan contentos como de las de Carlota, y les he referido la historia de la Princesa servida por manos encantadas. Te aseguro que con esto aprendo mucho, y me asombra la impresión que el relato les produce. Como algunas veces me veo obligado a inventar algún incidente, que no recuerdo al repetir el cuento, en seguida me dicen que antes pasaba de distinto modo, por lo cual me dedico ahora a referir siempre lo mismo, sin variante de ningún género. De esto he deducido que el autor que al hacer una segunda edición de alguna obra la modifica, daña necesariamente a su libro, aunque gane desde el punto de vista literario. Recibimos con docilidad toda primera impresión; porque el hombre está formado de tal modo, que llega a persuadirse de que son verdad las cosas más absurdas; pero desde luego se graban en él profundamente, y desgraciado el que pretenda destruirlas o borrarlas.

18 de agosto

¿Es preciso que lo que constituye la felicidad del hombre sea también

la fuente de su miseria? Este sentimiento, que llena y rejuvenece mi corazón ante la viva Naturaleza, que vierte en mi seno torrentes de delicias y trueca en un paraíso el mundo que me rodea, ha llegado a ser para mí un insoportable verdugo, un espíritu que me atormenta y que me persigue por todas partes. Cuando contemplaba otras veces desde las crestas de las rocas, más allá del río, hasta las lejanas colinas, el fértil valle, y veía que todo germinaba con lozanía en torno mío; cuando divisaba estas montañas revestidas, desde la falda hasta la cima, de poblados y corpulentos árboles; estos valles salpicados de risueña floresta con todos sus contornos: el arroyo apacible que se deslizaba adormecido con el murmullo de los cañaverales, reflejando las matizadas nubes, que la brisa suave de la tarde mecía en el cielo; cuando escuchaba a los pájaros, animando con sus gorjeos la enramada, mientras copiosísimo enjambre de insectillos jugueteaba alegremente en los últimos rayos del sol, a cuyo postrer destello el escarabajo oculto antes debajo de la hierba abandonaba zumbando su prisión; cuando el ruido y la vida desviaban mi atención hacia la tierra, y el musgo que arranca su alimento a la dura roca, y las retamas que crecen en la pendiente de la árida colina areniza, me descubría la íntima, ardiente y santa vida de la Naturaleza, ¡con qué júbilo abarcaba todos estos objetos mi encendido corazón! Yo estaba como un Dios en este mar de riquezas, en este inmenso universo, cuyas formas sublimes parecían moverse, animando toda la creación en el fondo de mi alma. Me rodeaban enormes montañas; tenía ante mí profundos abismos, donde se precipitaban torrentes tempestuosos; los ríos se deslizaban bajo mis pies; oía

algo como un rugido en los bosques y los montes, agitándose y confundiendo todas estas fuerzas misteriosas en las profundidades de la tierra, mientras sobre ésta, y bajo el cielo, revoloteaban las razas infinitas de los seres que lo pueblan todo de mil diversas formas, mientras los hombres se juzgan reyes de este vasto universo, agazapándose juntos en el nido de sus reducidas moradas. ¡Pobre loco, que todo te parece mezquino, porque tú eres muy pequeño! Desde la inaccesible montaña y el desierto que ningún pie ha pisado aún, hasta la última orilla de los océanos desconocidos, lo anima todo el espíritu del eterno Creador, gozándose en estos átomos de polvo, que viven y le comprenden. ¡Ay! cuántas veces deseaba entonces, con las alas de la garza que pasaba sobre mi cabeza, trasladarme a las costas de ese inmenso mar, para beber en la espumosa copa de lo infinito dulcísimas delicias, y sentir, aunque sólo fuera por un momento, en el espacio estrecho de mi seno una gota de la felicidad del Ser que todo lo engendra en él y por él.

Hermano, el recuerdo de tales horas basta para fortalecerme. Más aún; los esfuerzos que hago para recordar estos sentimientos inefables, para poder expresarlos, elevan mi alma sobre ella misma, y me obligan a sentir doblemente lo angustioso de mi estado actual.

Parece que se ha levantado un velo delante de mi alma, y el inmenso espectáculo de la vida no es a mis ojos otra cosa que el abismo de la tumba, eternamente abierto. ¿Podrás decir "esto existe" cuando todo pasa, cuando todo se precipita con la rapidez del rayo, sin conservar casi nunca todas sus fuerzas, y se ve ¡ay! encadenado, tragado por el torrente, y despedazado contra las rocas? No hay

un momento que no te consuma, que no consuma a los tuyos; no hay un momento en que no seas, en que no debas ser destructor: tu paseo más inocente cuesta la vida a millares de pobres insectos; uno solo de tus pasos destruye los laboriosos edificios de las hormigas, y sumerge todo un pequeño mundo en una injuriosa tumba.

¡Ah! no son las grandes y poco frecuentes catástrofes del mundo, no son esas inundaciones, esos terremotos, que se tragan a vuestras ciudades, lo que me conmueve; lo que me roe el corazón es la fuerza devoradora que se oculta en toda la Naturaleza, y que no ha producido nada que no destruya cuanto le rodea, y no se destruya a sí misma. De este modo avanzo yo con angustia por mi inseguro camino; rodeado del cielo, de la tierra y de sus fuerzas activas, no veo más que un monstruo ocupado eternamente en mascar y devorar.

21 de agosto

Al sacudir por las mañanas el yugo de una pesadilla, en vano tiendo los brazos hacia ella; en vano la busco por la noche en mi lecho, cuando un sueño feliz y sencillo me hace creer que estoy en el campo, sentado a su lado, estrechando su mano, y llenándosela de besos. ¡Ah! cuando todavía embriagado por el sueño busco esa mano y me despierto, un torrente de lágrimas brota de mi corazón oprimido, y lloro sin consuelo, pensando en un sombrío porvenir.

22 de agosto

¡Qué desgracia, Guillermo! Mi actividad se consume en una inquietud

indolencia; no puedo estar ocioso, y, sin embargo, no puedo hacer nada. Mi imaginación y mi sensibilidad no se conmueven ante la Naturaleza, y los libros me causan tedio. Cuando el hombre no se encuentra a sí mismo, no encuentra nada. Te juro que muchas veces me alegraría de ser un jornalero, para tener al menos, al despertarme por la mañana, la perspectiva de un día ocupado, un móvil, una esperanza. Envidio con frecuencia a Alberto, cuando le veo sepultado en papeles hasta los ojos, y creo que sería feliz si estuviera yo en su lugar. Más de una vez he estado a punto de escribirte y de escribir al Ministro, solicitando ese destino en la Embajada que, según me aseguras, me concederían al instante. Así lo creo. Hace tiempo que me estima el Ministro, y ya antes me ha instado mucho para que aceptase un empleo. Suele preocuparme esto durante una hora; pero cuando lo reflexiono y recuerdo la fábula del caballo, que cansado de su libertad se deja poner la silla y la brida, para estar poco después rendido de fatiga... no sé lo que debo hacer. Además, querido Guillermo, este deseo de cambiar de estado que me subyuga, ¿no será acaso una oculta insoportable impaciencia que me perseguirá por todas partes?

28 de agosto

Es indudable que si mi mal tuviera cura, esta gente lo curaría. Hoy es mi cumpleaños, y muy de mañana he recibido un paquetito de Alberto. Lo primero que ha herido mis ojos al abrirlo ha sido uno de los lazos de color de rosa que llevaba Carlota la primera vez que la vi, lazo que después le pedí varias veces; lo segundo,

dos tomitos en dozavo, el HOMERO de *Weistain*, edición que tanto he deseado, para no ir a mis paseos cargado con la de *Ernsti*. Ya ves cómo previenen mis deseos; cómo buscan medios para darme estas pequeñas pruebas de amistad, mil veces más preciosas que esos presentes magníficos con que nos humilla la vanidad dei que nos obsequia. Beso el lazo infinitas veces al día, y en cada aspiración saboreo el recuerdo de las felicidades con que me embriagaron esos pocos días felices, que han pasado para siempre. Guillermo, es lo que debe ser y no me quejo: las flores de la tierra sólo son vanas apariencias. ¡Cuántas se marchitan sin dejar ni el más leve rastro! ¡Qué pocas fructifican, y qué pocos de estos frutos llegan a la madurez! Y, sin embargo... ¡oh, hermano mío!... ¿podemos no hacer caso de los frutos maduros, despreciarlos y dejar que se pudran, sin gozar de ellos?

Adiós. El verano es magnífico. Trepo algunas veces a los árboles del jardín de Carlota, y con una pértiga cojo las peras de las ramas más altas. Carlota está debajo del árbol y recoge los frutos que yo echo a sus pies.

30 de agosto

Desgraciado, ¿no estás loco? ¿No te engañas a ti mismo? ¿Adónde te conducirá esta pasión indómita y sin objeto? No pienso más que en ella; ya no cabe en mi imaginación otra figura que la suya, y todo lo que me rodea no lo veo sino con relación a ella.

Esto me procura algunas horas de felicidad, que deben concluir tan pronto como sea preciso que nos separemos. ¡Ah, Guillermo, adónde me

arrastra con frecuencia mi corazón! Siempre que paso dos o tres horas a su lado, absorto en la contemplación de su hermosura, de sus movimientos, de su celestial lenguaje, todos mis sentidos se excitan insensiblemente, una sombra se extiende ante mi vista y mis oídos se embotan; siento que oprime mi garganta una mano homicida; mi corazón, con su precipitado latir, busca consuelo a mis sentidos oprimidos y no hace más que aumentar su desorden...

Guillermo, muchas veces no sé si estoy en el mundo y si la tristeza me agobia, o si Carlota no me concede el triste consuelo de aliviar mi martirio, dejándome bañar su mano con mi llanto. Necesito salir, necesito huir, y corro a ocultarme muy lejos en los campos. Entonces gozo trepando por una montaña escarpada, abriéndome paso por entre un bosque impenetrable, por entre las breñas que me hieren y los zarzales que me despedazan. Entonces me encuentro un poco mejor, ¡un poco!, y cuando extenuado de sed y de cansancio, sucumbo y me detengo en el camino; cuando en la profunda noche, brillando sobre mi cabeza la luna llena, en el bosque solitario tomo asiento en un tronco tortuoso, para dar algún descanso a mis pies desgarrados, o me entrego a un sueño tranquilo durante la claridad crepuscular... ¡Oh, Guillermo!, el silencioso albergue de una celda, un sayal y el cilicio son los únicos consuelos a que aspira mi alma. Adiós. No veo para mi dolor otro fin que el sepulcro.

3 de septiembre

Mi marcha es precisa, Guillermo; te agradezco que hayas fijado mi resolución vacilante. Quince días hace

que acaricio la idea de dejarla. Mi marcha es precisa. Está de nuevo en la ciudad, en casa de una amiga; y Alberto... y... mi marcha es precisa.

10 de septiembre

¡Qué noche, Guillermo, qué noche tan horrible he pasado! Ahora tengo valor para todo. No volveré a verla. ¡Oh! ¡Que no pueda ir volando a arrojarle en tus brazos; que no pueda, amigo mío, expresarte con el mayor transporte y derramando un raudal de lágrimas, los sentimientos que oprimen mi corazón! Heme aquí, delante de mi pupitre, casi sin aliento, procurando sosegar y aguardando a que amanezca, porque los caballos estarán ensillados al despuntar el sol.

¡Ah! Carlota duerme pacíficamente sin sospechar que no volverá a verme. He tenido bastante valor para separarme de ella sin descubrir mi secreto durante una conversación de dos horas. ¡Y qué conversación, Dios mío!

Alberto me había prometido ir al jardín con Carlota, después de cenar. Yo estaba en la explanada, bajo los corpulentos castaños, viendo, por última vez, el sol que se oculta más allá del risueño valle, y el río que se desliza mansamente. ¡Había estado tantas veces con ella en aquel paraje! ¡Había contemplado tantas veces el mismo magnífico espectáculo! Y ahora... Comencé a ir y venir por aquella alameda, para mí tan querida, donde un secreto y simpático atractivo me había retenido frecuentemente antes de conocer a Carlota. ¡Con qué placer, al alborear nuestra amistad, notamos ambos la preferencia que nos inspiraba este

sitio, que es sin duda uno de los más seductores que conozco entre las creaciones del arte!

A través de los castaños se descubre una vasta perspectiva... Recuerdo que te he hablado bastante en mis cartas de estos altos muros de hayas y de esta alameda en que insensiblemente va desapareciendo la luz cuanto más próximo está un bosquecillo donde termina, y donde todo se confunde en una plazoleta que parece impregnada de todas las melancolias de la soledad. Aun me dura la indefinible sensación que experimenté cuando entré en ella por primera vez, en el instante en que el sol se hallaba en lo más alto de su carrera; ya entonces tuve un vago presentimiento de que aquel paraje sería para mí teatro de infinito dolor y grandes alegrías.

Media hora llevaba yo entregado a los dulces y crueles pensamientos de la separación y del instante en que nos volveríamos a reunir, cuando les vi subir por la explanada. Corrí hacia ellos, cogí con el mayor alborozo la mano de Carlota y se la besé. Llegábamos a lo más alto cuando apareció la luna por detrás de los zarzales que cubrían la colina. Hablamos de cosas indiferentes, y nos aproximamos a la sombría plazoleta. Carlota entró y se sentó; Alberto se puso a uno de sus lados y yo al otro; pero mi inquietud no me permitía permanecer mucho tiempo sentado. Me levanté, me coloqué delante de ella; di algunos pasos y volví a sentarme. Yo sentía algo parecido a la agonía. Carlota nos hizo observar el bello efecto de la luna, que desde la punta de las hayas alumbraba toda la explanada. El cuadro era soberbio y tanto más sublime para nosotros cuanto que nos rodeaba una profunda oscuridad. Después de

un breve rato, en que todos guardamos silencio, Carlota tomó la palabra: — "Nunca, dijo, nunca me paseo a la luz de la luna sin acordarme de mis queridos amigos difuntos, sin sentirme conmovida por la idea de la muerte y de lo porvenir. Nosotros renaceremos, añadió con un acento que revelaba la sensación más viva; pero Werther, ¿volveremos a vernos? ¿Nos reconoceremos? ¿Qué pensáis de esto? ¿Qué decis?"

— "Carlota, exclamé, presentándole mi mano y con los ojos cuajados de lágrimas; ¡sí, volveremos a vernos! ¡En esta vida y en la otra volveremos a vernos!"

No pude decir más, Guillermo. Era preciso que ella me hiciese esta pregunta, cuando toda mi alma se preocupaba de tan cruel separación?

— "Y nuestros queridos muertos, continuó Carlota, ¿saben algo de nosotros? ¿Tienen idea de que los traemos a la memoria con indecible cariño, en nuestros momentos de felicidad? ¡Oh! La imagen de mi madre vaga siempre en torno mío, cuando estoy por la noche sentada tranquilamente en medio de sus hijos, de mis hijos, que se agrupan alrededor mío como se agrupaban al suyo. Si entonces dirijo al cielo los ojos, bañados por una lágrima de deseo, anhelando que vea cómo cumplo la palabra que le di en su lecho de muerte, de ser la madre de sus hijos, exclamo llena de emoción: — Perdóname, madre querida, si no soy para ellos lo que tú fuiste. ¡Yo hago cuanto puedo: están vestidos y alimentados y, sobre todo, se les cuida y se les quiere; si pudieras ver nuestra unión ¡oh, alma queridísima!, elevarías las más vivas acciones de gracias a ese Dios a quien pedías con las más amargas lágrimas, con las

últimas que brotaron de tus ojos, que hiciera felices a tus hijos...”

Esto decía Carlota. ¡Oh Guillermo! ¿quién puede repetir lo que ella decía? ¿Cómo la letra, fría e insensible, podría reproducir sus palabras, que eran flores celestiales de su alma? Alberto la interrumpió, diciendo con dulzura: — “Carlota, eso te afecta demasiado. Comprendo que tales pensamientos te son queridísimos, pero te ruego...”

— “Alberto, dijo Carlota, ya sé que no has olvidado aquellas noches en que nos sentábamos alrededor del velador, cuando papá estaba fuera y se habían acostado los niños. Tú tenías casi siempre un buen libro, y casi nunca lo leías. La conversación de aquella criatura sublime, ¿no era preferible a todo? ¿Qué mujer! Amable, bella, siempre alegre y siempre trabajadora... ¡Dios sabe las veces que arrodillada sobre mi lecho y derramando lágrimas, le he pedido que me haga semejante a mi madre!”

— “Carlota, exclamé, arrojándome a sus plantas y estrechando su mano, que bañaba con mi llanto; Carlota, que siempre os acompañen la bendición de Dios y el espíritu de vuestra madre.”

— “¡Si la hubierais conocido! dijo, apretándome la mano. Era digna de que la conocierais.” Creí que me anonadaba: nunca se había pronunciado en mi elogio una frase más grande, más gloriosa. Carlota prosiguió: — “¡Y esa mujer murió en la flor de la edad, cuando su último hijo no había cumplido seis meses! Su enfermedad no fué larga: estaba resignada y tranquila; su única pena era tener que dejar a sus hijos, sobre todo al más pequeñito. Cuando entraba en la agonía, me dijo: — ¡Tráemelos! — Yo se los llevé; los menores no comprendían su desgra-

cia; los mayorcitos estaban profundamente afectados. Cuando rodearon su lecho, levantó las manos al cielo y rogó por ellos; luego, uno tras otro, los besó; les dió después el último adiós, y me dijo: — Tú serás su madre.”

Por toda respuesta, le estreché la mano.

— “Mucho me prometes, hija mía — me dijo. — Frecuentemente he visto en tus lágrimas de reconocimiento que comprendes lo que hay en las miradas y en el corazón de una madre. Ten lo uno y lo otro para tus hermanos, y para tu padre la fidelidad y la obediencia de una esposa. Serás su consuelo.” Pidió que entrase mi padre, que había salido para ocultarnos el inmenso dolor que le abrumaba; tenía el corazón despedazado. Tú, Alberto, estabas en la alcoba; oyó que alguno se paseaba, preguntó quién era y dijo que te acercases. Nos miró a los dos fijamente, y su mirada tranquila revelaba la idea de que juntos habíamos de ser felices.” Alberto se arrojó en sus brazos, exclamando: — “¡Lo somos! ¡Lo seremos!” El flemático Alberto estaba fuera de sí: yo no me conocía a mí mismo.

— “Werther — prosiguió Carlota: — ¿y esta mujer había de morir? ¡Oh, Dios! ¡Cuando algunas veces pienso cómo nos dejamos quitar lo que más queremos en el mundo! Y nadie lo siente con tanta fuerza como los niños; los míos, mucho después se quejaban de que los hombres negros se habían llevado a mamá.”

Carlota se levantó: yo, temblando, pero saliendo del letargo que me sojuzgaba, permanecí sentado y estrechando entre las mías una de sus manos.

— “Tenemos que volver a casa — dijo: — ya es hora.” Quiso apartar su mano y yo la retuve con más brío.

—“¡Volveremos a vernos! — exclamé. — ¡Volveremos a encontrarnos! Sea cual fuere nuestra forma, nos reconoceremos. Me voy — proseguí, — me voy voluntariamente; pero si creyera que se trataba de una separación eterna, no podría soportar esta idea. ¡Adiós, Carlota; adiós, Alberto! Volveremos a vernos.”

—“Creo que mañana — dijo ella en tono chancero. — Este “mañana” me traspasó el corazón. ¡Ah! Ella

ignoraba, cuando separó su mano de la mía... Se fueron alejando por la alameda... Yo permanecí inmóvil, siguiéndoles con la vista, a la luz de la luna. Me arrodillé, di rienda suelta a mis lágrimas, levantéme súbito, fui corriendo hacia la explanada, y todavía, a lo lejos, bajo la sombra de los altos tilos, cerca de la puerta del jardín, vi brillar su vestido blanco. Extendí los brazos hacia ella... y desapareció.





LIBRO SEGUNDO

20 de octubre 1771

LEGAMOS ayer. El embajador está indispuerto y guardará cama algunos días; si a lo menos fuera un hombre de buen trato, todo marcharía bien. Veo que la suerte me ha reservado duras pruebas, pero ¡ánimo! Un carácter ligero lo soporta todo. ¡Un carácter ligero! Risa me da al ver que esta frase se ha escapado de mi pluma. ¡Ah! Si yo fuera algo más superficial, sería el hombre más feliz de la tierra. Pero ¡ca! Otros, pobres de fuerza y de espíritu, se pavonean delante de mí muy engreídos y yo me aburro con mi superioridad y mis conocimientos. Tú, Señor, que me has dado todos estos bienes, ¿por qué no me negaste la mitad de ellos, concediéndome en cambio la presunción y la suficiencia?

¡Paciencia! ¡Paciencia! Esto cambiará. Sí, amigo mío, confieso que tienes razón: desde que paso todos los días mezclado con la multitud y veo lo que son los demás y cómo proceden, me alegro más de ser como soy. Indudablemente, puesto que nos han creado así y todo lo comparamos con nosotros mismos, y a nosotros mis-

mos con todo, el bien o el mal está en los objetos que nos sirven para el paralelo, y por tanto, nada me parece más pernicioso que la soledad. Nuestra imaginación, propensa por su naturaleza a exaltarse, alimentada por las fantásticas imágenes de la poesía, se forja una serie de seres, entre los cuales ocupamos el último lugar, y todo nos parece más grande fuera de nosotros, y todas las personas más perfectas que la nuestra. Sin duda esto será natural; a cada paso vemos que nos faltan muchas cosas, y cabalmente lo que nos falta nos parece que otro lo posee; le atribuimos todo cuanto nosotros tenemos, y le encontramos además cierto atractivo ideal. Así, pues, ese hombre es perfectamente feliz, tal como nosotros le soñamos.

En cambio, cuando con toda nuestra debilidad y nuestros esfuerzos proseguimos nuestro trabajo sin distraernos, vemos con frecuencia que, caminando reposadamente y bordeando, avanzamos más que otros a fuerza de velas y remos... Y, sin embargo, siempre está contento de sí mismo el que marcha al lado de los demás o logra adelantarse.

10 de noviembre de 1771

A decir verdad, comienzo a estar aquí bastante bien. Lo mejor de todo es que no me falta trabajo y que esta gente y estas fisonomías de todas clases, nuevas para mí, me entretienen de un modo agradable. He hecho conocimiento con el conde de C***, a quien estimo más cada día. Persona de superior inteligencia, revela un alma formada para la amistad y la ternura. Se ha encariñado conmigo con motivo de un negocio cuyo arreglo me encargaron. Desde las primeras frases observó que nos entendíamos y que podía hablarme de diferente modo que a los demás. No encuentro palabras para alabar la franqueza con que me honra, ni hay nada en el mundo que produzca una alegría tan grande y tan verdadera como el hallazgo de un alma privilegiada que nos abre sus puertas.

24 de diciembre de 1771

El embajador me hace pasar muy malos ratos, cosa que ya tenía yo prevista. Es el tonto más quisquilloso de la tierra; caminando paso a paso y siendo meticuloso como una solterona, nunca está satisfecho de sí mismo, ni hay medio de contentarle. Me gusta trabajar de prisa y no retocar lo que escribo: él es capaz de devolverme una memoria diciéndome: — "Está bien, pero repasadla; siempre se encuentra alguna expresión mejor, alguna palabra más propia." Cuando pasa esto, me daría a todos los demonios. No ha de faltar una conjunción; es enemigo mortal de las inversiones gramaticales que a veces se me es-

capan; no comprende más período que el que se escribe con la cadencia del ritmo tradicional. Es un suplicio tener que entenderse con semejante hombre.

Lo único que me consuela es la amistad con el conde de C***. Hace unos días me manifestó con la mayor franqueza que le fastidian soberanamente la lentitud y minuciosidad características de mi embajador. — "Esta gente es una polilla para sí misma y para los demás — me decía; — pero hay que sufrirla, como sufre cualquier viajero el estorbo de una montaña. Si ésta no existiera, el camino indudablemente sería más fácil y más corto; pero la montaña existe y hay que pasarla."

El viejo conoce bien la preferencia que sobre él me da el conde; esto le quema, y aprovecha las ocasiones que se presentan para hablar mal de él en presencia mía. Como es natural, yo le contradigo, y ya tenemos altercado. Ayer, por ejemplo, me cogió por su cuenta, y me sacó por completo de mis casillas. — "El conde — decía — conoce bastante bien los negocios, tiene facilidad para el trabajo y escribe bien; pero, como la mayor parte de los hombres de ingenio, carece de verdadera erudición." Después hizo una mueca que podría traducirse por "¿te alcanza a ti este dardo?", pero no me produjo ningún efecto. Desprecio a quien piensa y se conduce de este modo, y le respondí con bastante viveza, que el conde merece el mayor respeto, tanto por su carácter como por su instrucción. "No conozco a nadie — añadí — que haya logrado desarrollar mejor su talento y aplicarlo a multitud de objetos, conservando, sin embargo, toda la actividad necesaria para la vida común." Hablar así a este majadero era hablarle en griego, y me despedí

de él, para evitar que me revolviese más la bilis con sus sandeces.

Y toda la culpa es de los que me habéis amarrado a este yugo, contándome maravillas de la actividad. ¡Actividad! Remaría voluntariamente diez años más en la galera donde ahora estoy sujeto, si el que no tiene otra ocupación que la de plantar patatas y el que va a vender sus granos a la ciudad, no hicieran más que yo.

¡Y la miseria brillante que veo, el fastidio que reina entre esta gente tosca, esta manía de clases en la cual estriba el que acechen y espíen la ocasión de elevarse unos sobre otros, fútiles y menguadas pasiones que se presentan al desnudo? Aquí, por ejemplo, hay una mujer que no habla a nadie de otra cosa que de su nobleza y de sus fincas, de tal modo que los forasteros dirán para sus adentros: — “Esta es una loca a quien un poco de nobleza y cuatro terrones le han vuelto el juicio.” Y no es esto lo peor; la citada mujer es simplemente hija de un escribano de estas cercanías. No puedo comprender a la especie humana, cuyas pretensiones orgullosas suelen carecer de todo fundamento. En verdad, mi querido Guillermo, que cada día me convenzo más de lo estúpido que es querer juzgar uno a los demás. ¡Tengo tanto que hacer conmigo mismo y con mi corazón, que es tan turbulento! ¡Ah! Dejaría de buen grado seguir a todos su camino, si ellos quisieran también dejarme andar por el mío.

Lo que más me irrita son las miserables distinciones sociales. Sé, como cualquiera, cuán necesaria es la diferencia de clases y conozco sus ventajas, de las que yo mismo me aprovecho; pero no quisiera que viniesen a estorbarme el paso, precisamente cuando podría gozar aún alguna pequeña alegría, alguna apa-

riencia de felicidad. He trabado amistad últimamente en el paseo con la señorita B***, criatura amable, que en medio del mundo infatuado en que vive, conserva bastante naturalidad. Nuestra conversación nos fué grata a los dos, y cuando nos separamos le pedí permiso para visitarla. Me lo concedió con tanta franqueza que apenas pude aguardar la hora conveniente para ir a verla. No es de aquí, y vive con una tía suya. La fisonomía de la vieja me desagradó; yo me mostraba deferente con ella, le dirigía casi siempre la palabra, y en menos de media hora adiviné lo que la sobrina me ha confesado después; esto es, que su querida tía carece a su edad de todo: de fortuna y de talento. No tiene más recursos que una larga lista de abuelos, en la que se atrinchera como detrás de un muro, ni más diversiones que la de mirar con altanería a la plebe que pasa por debajo de su balcón. Debe de haber sido hermosa en su juventud, y ha pasado su vida en nimiedades; ha sido, por sus caprichos, el tormento de algunos jóvenes infelices, y después, en su edad madura, aceptó humildemente el yugo de un oficial, ya anciano, que, por un mediano pasar, sufrió con ella la edad de bronce y murió; pero ahora se ve sola en la edad de hierro, y nadie la miraría si su sobrina no fuese tan amable.

8 de enero de 1772

¡Qué pobres son los que dedican toda su alma a los cumplimientos, y cuya única ambición es ocupar la silla más visible de la mesa! Se entregan con tanto ahínco a estas tonterías, que no tienen tiempo para pensar en las cosas verdaderamente

importantes. Una de tantas estupideces nos agüó, la semana última, toda una fiesta.

¡Necios! No ven que el lugar no significa nada, y que el que ocupa el primer puesto representa muy pocas veces el primer papel. ¡Cuántos reyes están gobernados por sus ministros! ¡Cuántos ministros por sus secretarios! ¿Y quién es el primero? Yo creo que aquel cuyo ingenio domina al de los demás, y que por su carácter y su destreza convierte las fuerzas y las pasiones ajenas en instrumentos de sus deseos.

20 de enero

Necesito escribiros, mi querida Carlota, aquí, en un rincón de una pobre posada de aldea donde me he refugiado huyendo de una tempestad. Desde que me encuentro en este triste albergue de D***, entre personas extrañas, completamente extrañas a mi corazón, ni un instante, ni uno siquiera, he dejado de sentir imperiosa necesidad de escribiros. Vuestro ha sido mi primer pensamiento en esta cabaña, en esta soledad, en esta prisión, en tanto que la nieve y el granizo golpean contra mi ventana. Desde que entré aquí, ¡oh, Carlota!, vuestra imagen y vuestro recuerdo, este recuerdo tan vivo y tan santo, se han apoderado de mí y he creído, ¡Dios mío!, sentir todas las alegrías de nuestra primera entrevista.

¡Si pudiérais verme, querida Carlota, en medio del torrente de distracciones que me asedian! Todas mis sensaciones se enervan y se embotan. Ni un solo momento de regocijo para mi corazón; ni el más insignificante solaz para mi alma. Nada, nada: estoy aquí como si asistiera a una

función de sombras chinescas. Veo pasar y repasar delante de mí hombrezuelos y caballitos, y me pregunto muchas veces si no es esto una ilusión óptica. Yo formo parte de los personajes y desempeño también mi papel: mejor dicho, se me obliga a desempeñarlo, se me hace maniobrar como a un autómatas. Si cojo la mano del que tengo más cerca, retrocedo con espanto, creyendo que es de madera.

Por la noche hago proyecto de ir a ver la alborada del siguiente día: amanece y me quedo en la cama. De día acaricio la idea de ver después la luna; y llegada la noche, me olvido de ello en mi alcoba. Apenas me explico por qué me levanto y por qué me acuesto.

Me falta la levadura que fermentaba mi vida; el encanto que me tenía despierto en las tinieblas de la noche y me desvelaba por las mañanas, se ha desvanecido.

Sólo una criatura he encontrado aquí digna del nombre de mujer: la señorita B***. Se parece a mi querida Carlota, si es que algo puede parecerse a vos. "¡Cómo! — diréis. — ¿Ahora me venís con galanterías?" Sí, no es esto del todo falso; desde hace algún tiempo soy muy lisonjero... porque no puedo ser otra cosa. Me doy aires de ingenioso y dicen las damas que nadie podrá hacer un elogio con más delicadeza que yo. Añadid: ni mentir, porque lo uno va siempre unido a lo otro. Me parece que os hablaba de la señorita B***. En el fuego de sus ojos azules se adivina desde luego la energía de su alma. Su posición la mortifica, porque no basta a satisfacer ninguno de los deseos de su corazón. Aspira a alejarse del torbellino social y soñamos horas enteras con una felicidad pura, en medio del campo. ¡Cuántas veces, Carlota, la he obligado a que os ad-

mire! ¿Obligado? No: su admiración es espontánea. ¡Tiene tanto gusto en oír hablar de Carlota! ¡La quiere tanto! ¡Si yo estuviese sentado a vuestros pies, en aquel gabinetito seductor y tranquilo, con los niños rebotando a nuestro alrededor! Cuando oí molestase el ruido que hicieran, yo los agruparía y les obligaría a guardar silencio, refiriéndoles algún cuento pavoroso. El sol declina majestuosamente detrás de las colinas cubiertas de deslumbradora nieve; la tempestad ha pasado, y tengo que volverme a mi jaula. ¡Adiós! ¿Está Alberto a vuestro lado? ¿Qué digo? Dios me perdone esta pregunta.

8 de febrero

Hace una semana que el tiempo no puede ser peor, y me alegro de ello, porque desde que estoy aquí no he logrado ver un día bueno sin que algún importuno me lo estropee o me lo robe. Al menos, cuando llueve de firme, cuando nieva, cuando hiela o deshiela, me digo a mí mismo: —“Mejor estoy en casa que fuera”; pero si amanece con sol, si todo pronostica un buen día, nunca dejo de exclamar: —“He aquí un favor del cielo que podemos usurparnos unos a otros.” No hay nada que los hombres no se quiten sin escrúpulos: salud, reputación, alegría, reposo. Por supuesto, casi siempre con la sonrisa en la boca, y, según ellos dicen, con las mejores intenciones. Algunas veces quisiera suplicarles que no se desgarrasen tan despiadadamente las entrañas.

17 de febrero

Me temo que no podré continuar mucho tiempo al lado del embajador.

Este hombre es completamente insostenible. Tiene una manera tan ridícula de trabajar, que no puedo menos de altercar con él y de obrar con frecuencia a mi capricho y a mi modo, cosa que, como es natural, jamás le deja contento. Últimamente se ha quejado a la corte, y el ministro me ha reprendido, con mucha blandura por cierto, pero ello es que me ha reprendido, y ya tenía el propósito de presentar mi dimisión, cuando ha llegado a mis manos una carta particular que me envía... (1); carta que me ha hecho arrodillarme, para adorar su espíritu noble, sabio y elevado. ¿Cómo lamenta mi excesiva sensibilidad! ¿Cómo elogia el espontáneo y juvenil ardor de mis exaltadas ideas de actividad, de influencia en los demás y de penetración en los negocios; buscando, sin destruir esas ideas, el medio de moderarlas y conducirlas al punto en que pueden encontrar su verdadero desarrollo y producir su efecto! Ya me tienes animado por ocho días y reconciliado conmigo mismo. ¿Qué hermosa es la paz del alma, y qué triste, amigo mío, el que semejante joya tenga tanto de frágil como de bello y singular!

20 de febrero

Dios os bendiga, amigos míos, y os dé todos los días felices que a mí me niega. Alberto: te agradezco que me hayas engañado. Aguardaba la noticia del día de vuestra boda, porque ese día tenía resuelto descolgar solemnemente de la pared el retrato

(1) Por consideración a tan respetables personas, no incluimos en el relato esta carta y otra de que se habla más adelante. El más profundo reconocimiento del público no excusaría, en nuestra opinión, la audacia de publicarlas. (Nota del Autor.)

de Carlota, y enterrarlo entre mis papeles. ¡Ya estáis casados y todavía tengo aquí su retrato! Aquí permanecerá. ¿Por qué no? Sé que también estoy con vosotros; sé que, sin perjuicio tuyo, tengo un lugar en el corazón de Carlota. Sí; en él ocupo el segundo puesto, y quiero y debo conservarlo. ¡Oh! Me volvería loco si ella pudiese olvidar... Alberto: dentro de esta idea se encierra el infierno. Alberto, adiós. Adiós, Carlota; adiós, ángel del cielo.

15 de marzo

He sufrido una mortificación que me echará de aquí; estoy furioso. Lo dicho; es cosa hecha, y vosotros tenéis la culpa de todo; vosotros, que me habéis soliviantado, atormentado, obligado a tomar un destino que yo no quería. Nos hemos lucido. Y con el fin de que no me digas que lo echo todo a perder con mis ideas exageradas, voy, mi querido amigo, a exponerte lo sucedido, con la sencillez y exactitud de un cronista.

El conde de C*** me aprecia y me distingue: ya lo sabes, porque te lo he dicho cien veces. Ayer comí en su casa. Casualmente era uno de los días en que por las tardes tiene tertulia, a la que concurren las damas y los caballeros más distinguidos. Yo no había pensado en semejante cosa, y jamás pude figurarme que nosotros, los menos encopetados, sobrábamos allí. Muy bien. Comí, y después de comer estuve paseándome y charlando con el conde en el gran salón. Llegó el coronel B***, que terció en nuestra plática, y por fin, insensiblemente sonó la hora de la tertulia. ¡Bien sabe Dios que no pensaba en ello! Entra la nobilísima señora de S*** con su marido y la pava de su hija, que tie-

ne el pecho como una tabla y un talle que no es talle. Pasaron por delante de mí con el aire desdeñoso que las caracteriza. No inspirándome la gente de este linaje otra cosa que una antipatía profunda, resolví retirarme, y aguardé sólo a que el conde se viese libre de su fastidiosa palabrería, cuando entró la señorita B***. Como siempre que la veo se impresiona un poco mi corazón, me quedé, y fui a colocarme detrás de su asiento. Llegué a observar que me hablaba con menos franqueza que la acostumbrada y con algún embarazo. Esto me sorprendió. — “¿Es ella como toda esta gente? — me pregunté a mí mismo.” Estaba picado y quería retirarme; sin embargo, me quedaba, esperando que con alguna frase que me dirigiera llegaría a convencerme de que mi suposición era injusta. Entretanto el salón se llenó. El barón F***, que llevaba encima todo un guardarropa del tiempo en que se coronó Francisco I (1); el consejero áulico R***, que se anuncia haciéndose llamar *su excelencia*, con su mujer, que es sorda, etc... No debo pasar por alto a J*** el desaliñado, que combina su vestido gótico con la última moda. Estas y otras muchas personas fueron entrando, mientras yo hablaba con algunas conocidas mías, que me parecieron muy lacónicas. Como yo no pensaba ni reparaba más que en mi cara B***, no advertí que las señoras cuchicheaban en un extremo del salón, y que algo extraordinario sucedía entre los caballeros; no advertí que la señora de S*** hablaba aparte con el conde. (Todo esto me lo ha dicho después la señorita B***.) Por último, el conde se acercó a mí, y me llevo al hueco de una ventana. — “Ya sabéis — me dijo — nuestras

(1) Emperador de Alemania en 1745.

costumbres extravagantes. He observado que la tertulia en masa está descontenta de veros aquí, y aunque yo no querría por todo lo del mundo..." — "Dispensadme, señor — exclamé interrumpiéndole. — Debiera haberlo notado, lo sé, y sé también que me perdonaréis esta irreflexión." Haciéndole una cortesía y riendo, añadí: — "Ya había pensado retirarme, y no sé qué espíritu malo me ha detenido." El conde me apretó la mano de un modo que daba a entender cuanto podía decir. Me escurrí pausadamente, y fuera ya de la augusta asamblea, subí a mi birlocho y fui a M*** para ver desde la colina la puesta del sol, leyendo el magnífico canto en que refiere Homero cómo Ulises fué hospedado por uno que guardaba puercos. Hasta aquí todo iba bien.

Ya de noche, volví a mi posada a cenar. Sólo encontré algunas personas que jugaban a los dados en el comedor, en una esquina de la mesa, para lo cual habían levantado un poco los manteles. Entró el apreciable A***, dejó el sombrero, mirándome al mismo tiempo; se vino hacia mí y me dijo en voz baja: — "¿Conque has tenido un disgusto?" — "¿Yo?" — "El conde te ha echado de su tertulia." — "Cargue el diablo con ella. Me salí para respirar un aire más puro." — "Me alegro de que no des importancia a lo que no la tiene; pero siento que el caso se haya hecho público." Esto dió margen a que se despertase en mí el enojo. Conforme iba llegando la gente para sentarse a la mesa, me miraban, y yo decía para mí sayo: — "Te miran por lo de la reunión." Y esto me quemaba la sangre.

Y como ahora, donde quiera que me presento, oigo decir que los que me envidian baten palmas; que me

citan como un ejemplo de lo que sucede a los presuntuosos, que se creen autorizados para prescindir de todas las consideraciones porque están dotados de algún ingenio, y oigo además otras majaderías semejantes, de buena gana me clavaría un cuchillo en el corazón. Digan lo que digan de los caracteres despreocupados, yo querría saber quién es el que puede sufrir que tanto bellaco murmure de él de este modo. Sólo cuando carece de fundamento la murmuración, es fácil despreciar a los murmuradores.

16 de marzo

Todo conspira contra mí. Hoy he encontrado en el paseo a la señorita B***. Me he visto obligado a acercarme, y apenas nos hemos alejado un poco de los demás, la he dado mil quejas por lo que anteayer me ocurrió con ella. — "¡Oh, Werther! — dijo con la mayor ternura, — ¿cómo interpretáis tan mal aquella turbación mía, vos que me conocéis tan bien? ¡Cuánto he padecido por vos, desde el instante en que os vi en el salón! Todo lo adiviné: cien veces estuve a punto de decíroslo. Sabía que las señoras de S*** y de T*** se alegrarían con sus maridos antes que permanecer en vuestra compañía; sabía que el conde no se atrevería a romper con ellos... ¡y ahora vos me pedís cuenta!" — "¡Cómo, señorita!" — dije ocultando mi turbación y sintiendo que algo como agua hirviendo corría por mis venas, al tiempo que recordaba todo lo que me había dicho A*** al entrar en casa. — "¡Cuánto me ha costado ya todo esto!" — exclamó aquella hermosa criatura con los ojos llenos de lágrimas. Dejé de ser dueño de mí mismo, y faltó poco para que me arro-

jase a sus pies. — “Explicaos” — le dije. Sus lágrimas rodaron; yo estaba fuera de mí. Se enjugó el llanto sin cuidarse de ocultármelo. — “Mí-tia — prosiguió, — a quien ya conocéis, se hallaba presente. ¡Contenta se puso de veros a mi lado! Werther, ayer tarde y esta mañana he tenido que sufrir un sermón por ser amiga vuestra, y me he visto obligada a oír que os insultaban, que os humillaban, sin poder defenderos, sin atreverme a defenderos más que a medias.”

Cada palabra que profería era una espada que me traspasaba el corazón. Sin comprender el bien que me hubiera hecho ocultándome todas estas cosas, continuó refiriendo lo que aún dirían de mí, y quiénes se gozarían en el triunfo, celebrándolo y haciendo saber que se ha castigado mi orgullo y mi desprecio de los demás, cosas que hace tiempo vienen echándome en cara.

¡Y oír todo esto de su boca, Guillermo; oírsele a ella, cuyo afecto para mí es verdadero y profundo! Quedé anonadado, y todavía fermenta la cólera en mi pecho. Quisiera que alguno de ellos tuviera el valor de pronunciar una sola palabra delante de mí, para atravesarle de parte a parte con mi espada. Me sosegaría si viese correr la sangre. ¡Ah! más de cien veces he cogido un cuchillo para acabar con la asfixia que me ahoga. Se habla de una noble raza de caballos que, cuando están enardecidos y cansados con exceso, se abren por instinto una vena para respirar con más libertad. Muchas veces me encuentro en este caso; querría abrirme una vena que me proporcionase la libertad eterna.

24 de marzo

He pedido mi cesantía con esperanzas de obtenerla y de que me perdo-

narás el que lo haya hecho sin consultarte. Necesito salir de aquí, y sé todo lo que pudieras decirme para evitarlo; así, pues, di a mi madre lo que ocurre, de modo que no ponga el grito en el cielo. Es preciso que lleve con paciencia el que no la satisfaga quien ni a sí mismo logra satisfacerse. No dudo que esto le causará mucha pena. ¡Ver que su hijo se detiene de pronto en la brillante carrera que le llevaba en línea recta a los puestos de consejero y embajador! ¡Ver que se desvía del camino!... Haz todas las objeciones que se te ocurran y cuantas combinaciones conduzcan a demostrar en qué casos podía y debía continuar aquí: he decidido irme, y me voy. Para que sepas adónde, te diré que mi compañía es muy grata al príncipe de ***, y que, cuando ha tenido noticia de mi determinación, me ha pedido que le acompañe a sus Estados para pasar con él la primavera. Me ha prometido que tendré libertad absoluta; y como estamos de acuerdo casi en todo, voy a correr el albur y a marcharme con él.

Posdata, 19 de abril

Te agradezco tus dos cartas. No las he contestado, porque para enviarte ésta esperaba recibir el cese de la corte; temía que mi madre influyera con el ministro y diese al traste con mis planes; pero ya está todo arreglado, puesto que ha sido aceptada mi dimisión. No te diré la repugnancia con que han accedido a mis deseos ni lo que me escribe el ministro, porque aumentarían vuestras lamentaciones. El príncipe heredero me ha enviado una gratificación de veinticinco ducados, diciéndome palabras que me han enternecido hasta el pun-

te de saltármese las lágrimas. No necesito, pues, el dinero que últimamente pedí a mi madre.

5 de mayo

Salgo mañana, y como sólo dista seis millas del camino el lugar donde nací, quiero volver a verle y recordar los antiguos días de mi infancia, que pasaron como un sueño.

Quiero entrar por la misma puerta por donde salí con mi madre cuando, después de quedarse viuda, abandonó esta querida y sosegada aldea para encerrarse en esa horrible ciudad. Adiós, Guillermo; ya tendrás noticias de mi viaje.

9 de mayo

He visitado el pueblo donde nací, con toda la devoción de un peregrino, impresionándome una porción de sentimientos inesperados. Mandé parar el coche cerca del gran tilo que hay a un cuarto de legua de la población, a la parte sur: me apeé y ordené al cochero que fuese delante, con objeto de seguir yo a pie y saborear todos los recuerdos con toda la viveza y plenitud de la novedad. Me detuve bajo el tilo, que en mi infancia había sido objeto y término de mis paseos. ¡Qué diferencia! Entonces, con una dichosa ignorancia, me lanzaba impetuosamente hacia ese mundo desconocido, en el que esparaba hallar para mi corazón todo el alimento, todas las venturas que debían colmar y satisfacer la efervescencia de mis deseos. Ahora vuelvo ya de ese vasto mundo, y ¡oh, amigo mío!, ¡cuántas esperanzas perdidas! ¡cuántos planes

destruidos! Aquí están delante de mí las montañas que mil veces contemplé como el único muro que se oponía a mis deseos. Entonces podía quedarme en estos parajes horas enteras, pensando en escalar esas alturas, llevando mi pensamiento al fondo de los valles y de las alamedas que divisaba entre las tintas suaves del crepúsculo; y cuando llegaba el momento de volver a mi casa, yo abandonaba este lugar querido con indecible pena. Al acercarme al pueblo he saludado todas las viejas casitas con jardín. Las nuevas me desagradan, como todas las variaciones que he observado. Pasé la puerta que da entrada a la población, y entonces sí que me encontré dentro de mis recuerdos. Amigo mío: no quiero detenerme en detalles; la relación sería tan pesada como grande ha sido el placer que he experimentado. Pensaba alojarme en la plaza, precisamente al lado de nuestra antigua casa. Observé de paso que la escuela, donde una buena vieja nos reunía cuando niños, se había convertido en una especiería. Me acordé de la inquietud, de los temores, los apuros y las aficciones que yo había sufrido en aquel rincón. No daba un paso que no me obligara a entusiasmarme. No encuentra un peregrino en Tierra Santa tantos lugares consagrados por religiosos recuerdos, y dudo que su alma experimente tan puras emociones. Bajé por la orilla del río adelante hasta una alquería, adonde iba yo en otro tiempo muy a menudo: es un paraje reducido, donde los muchachos nos divertíamos en tirar piedras a la superficie del agua, para ver quién las hacía rebotar mejor. Recordé vivamente que me detenía algunas veces a ver correr el agua, formandome las ideas más maravillosas de su curso; recordé las caprichosas pinturas que me hacía de los

países adonde aquella corriente debía de ir a parar; recordé que pronto encontraba mi imaginación los límites de esos países, y que, sin embargo, yo iba más lejos, siempre más lejos, y acababa por perderme en la contemplación de un paisaje lejano y vagaroso. Amigo mío: de este modo, con esta felicidad, vivieron los venerables padres del género humano; tan infantiles fueron sus impresiones y su poesía. Cuando Ulises habla de la mar inmensa y de la tierra infinita, su lenguaje es verdadero, humano, íntimo, sorprendente y misterioso. ¿De qué me sirve el poder repetir con todos los colegiales que la tierra es redonda? ¡La tierra! Sólo necesita el hombre algunas palabras para tener ocupación toda su vida, y menos todavía para volver a esa tierra de donde salió.

Estoy ahora en la casa de campo del príncipe. Se vive muy bien con este hombre; es la verdad y la sencillez personificada, pero está rodeado de gente singular que no acabo de comprender. No parecen bribones, pero tampoco tienen aspecto de hombres de bien. Algunas veces me parecen muy respetables, y, sin embargo, no llego a fiarme de ellos. Me molesta que el príncipe hable con frecuencia de cosas que ha oído decir o que ha leído, copiando siempre servilmente lo que lee y lo que oye. Añade a esto que tiene en más mi talento que mi corazón, este corazón, única cosa de que estoy orgulloso, única fuente de toda fuerza, de toda felicidad y de todo infortunio. ¡Ah! Lo que yo sé, cualquiera lo puede saber; pero mi corazón lo tengo yo solo.

25 de mayo

Tenía un proyecto del que pensaba hablarte una vez realizado; ahora veo

que no resultará nada, y voy a darte cuenta de mi secreto: quería entrar en el ejército. Mucho tiempo he acariciado esta idea, causa la más poderosa de cuantas me movieron a seguir al príncipe, que es general de las fuerzas de... Paseando juntos le he descubierto mi propósito; pero me ha disuadido, y sólo hubiera dejado de ceder a sus razones si fuera en mí una verdadera vocación lo que no pasa de simple capricho.

11 de julio

Di todo lo que quieras, pero necesitoirme de aquí, donde no hago otra cosa que aburrirme. El príncipe no puede ser para mí mejor de lo que es; sin embargo, no estoy contento a su lado, y consiste en que en el fondo no hay nada semejante entre los dos. Es hombre de talento, pero de talento vulgar. Su conversación no me causa mayor placer que una obra bien escrita. Permaneceré aún ocho días aquí: cuando hayan pasado volveré a vagabundear. Lo mejor que he hecho desde que vine, ha sido dedicarme al dibujo. El príncipe no es ajeno al arte, y aún lo sería menos si no estuviese forrado de fastidiosas fórmulas científicas y de una hueca terminología. Más de una vez, arrastrándole mi loca imaginación por los dominios del arte y de la Naturaleza, me muerdo los labios al ver que, convencido de que pone una pica en Flandes, me interrumpe a tontas y a locas para encajar en la conversación algún término técnico.

16 de julio

Sí; yo no soy otra cosa que un viajero, un peregrino en el mundo. — ¿Y tú, eres algo más?

18 de julio

¿Adónde quiero ir? Te lo diré en confianza. Tengo precisión de permanecer aquí otros quince días. Después, me he dicho a mí mismo que deseo visitar las minas de...; pero en el fondo no hay nada de esto: lo que yo quiero únicamente es aproximarme a Carlota. Y nada más. Me río de mi corazón y hago todo lo que me manda.

29 de julio

¡Bien! ¡Muy bien! Todo marcha a maravilla. ¡Yo, su marido! ¡Oh, Dios! Si tú, que me has dado la vida, me hubieses reservado semejante felicidad, mi existencia hubiera sido una adoración continua. No quiero quejarme contra ti: perdóname estas lágrimas; perdona mis inútiles deseos. ¡Ella mi mujer! ¡Si hubiera estrechado entre mis brazos a la criatura más amable que hay bajo el cielo!... Guillermo, cuando Alberto abraza su talle esbelto, tiemblo de pies a cabeza.

¿Me atreveré a decirlo? ¿Y por qué no? Carlota hubiera sido conmigo más feliz que con él. No; no es éste el hombre que puede satisfacer todos los deseos de semejante ángel. Cierta falta de sensibilidad, cierta falta de... (traduce esto como te parezca). Yo veo que sus almas no simpatizan; lo veo cuando, leyendo uno de nuestros libros favoritos, laten al unísono el corazón de Carlota y el mío; y lo veo en otras mil ocasiones en que revelamos los sentimientos que nos producen las acciones ajenas. ¡Oh, Guillermo! ¿Será verdad que él la ama con toda su alma... y que, así

y todo, no merece el amor de ella? Un importuno ha venido a interrumpirme. Mis lágrimas se han secado: mi melancolía ha desaparecido. Adiós, querido amigo.

4 de agosto

No soy el único: todos los hombres ven burladas sus esperanzas, y son engañados en lo que desean. Acabo de visitar a la buena mujer de los tilos: el mayor de los muchachos ha corrido a mi encuentro. Sus gritos de alegría han anunciado mi llegada a la madre, que está muy abatida. Sus primeras palabras han sido: —“¡Ay, mi buen señor! Mi Juan ha muerto.” Juan era el menor de los niños. Yo guardé silencio. —“Mi marido —añadió— ha vuelto de Suiza con las manos en la cabeza; a no ser por algunas buenas almas se hubiera visto obligado a venir pidiendo limosna, porque cogió unas calenturas en el camino.” No se me ocurrió nada que decirle, pero hice un regalito a su hijo. Ella me rogó que aceptase unas manzanas: las tomé, y me alejé de aquel sitio de tan triste memoria.

21 de agosto

He cambiado por completo, en un abrir y cerrar de ojos. Aunque todavía algunas veces se ilumina mi vida con la claridad de una luz suave, no es ¡ay! más que por un solo instante. Cuando me entrego a mis ensueños, no consigo desechar este pensamiento: —“Pues qué, si Alberto muriese, ¿no podrías tú ser... no podría ella ser?...” Y así continuo corriendo tras esta vaga sombra, hasta que me conduce al borde del abis-

mo, donde me detengo con espanto.

¡Qué diferente me parece todo, cuando salgo de la ciudad por el camino que recorrí en coche el día que, para llevarla al baile, fui por Carlota la primera vez! Todo ha variado, todo ha desaparecido. Ni una sola señal en la Naturaleza, ni un latido en mi corazón que recuerde aquel día. Soy como la sombra de un príncipe opulento que volviese al palacio edificado y decorado con todo lujo y magnificencia por él en otra época, para encontrar arruinadas y destruidas las espléndidas maravillas que legó a un hijo queridísimo.

3 de septiembre

Hay ocasiones en que no comprendo cómo puede amar a otro hombre, cómo se atreve a amar a otro hombre, cuando yo la amo con un amor tan perfecto, tan profundo, tan inmenso; cuando no conozco más que a ella, ni veo más que a ella, ni pienso más que en ella.

4 de septiembre

Si, así es. Al mismo tiempo que la Naturaleza anuncia la proximidad del otoño, siento el otoño dentro de mí y en torno mío. Mis hojas amarillean, y las de los árboles vecinos se han caído ya. ¿He vuelto a hablarte de un joven aldeano que conocí cuando vine por primera vez a estos parajes? He pedido en Wahlheim noticias tuyas, y me han dicho que, habiéndole echado de la casa donde servía, nadie ha vuelto a saber de él. Ayer le encontré por casualidad, camino de otra aldea; le dirigí la palabra y me ha contado su historia, que me ha impresionado mucho, como

comprenderás fácilmente cuando a mí vez te la refiera. Pero, ¿a qué conducen estos pormenores? ¿No debía yo guardar para mí lo que me aflige y me angustia? ¿Por qué he de afligirte también? ¿Por qué he de darte, sin cesar, ocasión para que te quejes y me riñas? ¡Bah! acaso no sea mía la culpa, sino de mi estrella.

Este hombre respondió a mis primeras preguntas con sombría tristeza, en la que me pareció ver alguna confusión; pero, de pronto, como si cayera en la cuenta de con quién hablaba y me reconociese, me confesó con franqueza sus faltas y deploró su desdicha. ¡Que no pueda yo, amigo mío, recordar una por una sus palabras! Confesaba, refería (experimentando, al hacer memoria de ello, una especie de alegría y de placer) que su amor hacia su ama fué aumentando cada vez más, hasta el punto de no saber lo que hacía ni, hablándote en su lenguaje, dónde tenía la cabeza. No podía beber, comer ni dormir; esto le martirizaba, y hacía lo que no debía hacer, y olvidaba lo que le habían mandado; parecía como perseguido por el espíritu malo, y, por último, un día que ella estaba en una habitación de un piso alto, lo supo él y la siguió, o más bien se sintió arrastrado en pos de ella. Rogó inútilmente y pretendió hacer uso de la fuerza. Ignoraba cómo pudo llegar a tal extremo, y ponía a Dios por testigo de que siempre había pensado en ella con toda pureza, y de que su más vehemente deseo había sido casarse para pasar la vida a su lado. Después de platicar un rato de este modo, titubeó, como aquel a quien aun le falta algo que decir y no se atreve a continuar. Al cabo me confesó tímidamente que ella le solía tolerar ciertas confianzas y le había concedido algunos ligeros favores. Cortó dos o

tres veces el relato para repetirme que no decía esto "por despreciarla"; que la quería tanto como antes; que jamás había hablado con nadie de estas cosas, y que sólo me las refería para que me convenciese de que él no era un malvado ni un insensato. Y ahora, amigo mío, vuelvo a mi eterno estribillo: ¡si yo pudiera pintarte a este muchacho tal como estaba, tal como todavía lo ven mis ojos! ¡si yo pudiera decirte perfectamente todo, para que comprendieses cómo me interesa, cómo debo interesarme por él! Basta; no ignoras lo que me pasa, me conoces y sabes demasiado bien cuánto me interesan todos los desdichados, y, sobre todos, éste de que te hablo.

Leo lo escrito y observo que se me olvidaba referirte el fin de la historia, que se adivina fácilmente. La viuda se defendió; llegó su hermano, que hacía mucho tiempo odiaba al criado y deseaba echarle de la casa, por temor de que un nuevo matrimonio de la hermana privase a sus hijos de una herencia que esperaban fundadamente, puesto que aquélla no tenía sucesión directa: este hermano plantó al criado en la calle, y armó tan completo escándalo sobre lo ocurrido, que, aunque la viuda hubiera deseado recibir de nuevo al muchacho, no se hubiera atrevido a ello. Dicen que también ahora está que trina el hermano con otro criado que tiene la consabida, respecto al cual aseguran que se casará con ella, cosa que el antiguo está firmemente resuelto a no sufrir mientras aliente.

No he exagerado ni embellecido esta historia; hasta puedo decir que la he contado débil, debilísimamente, y que ha perdido mucho de su sencillez, porque la he encerrado en el molde de nuestro lenguaje usual y circunspecto.

Esta pasión, que encarna tanto amor y tanta fidelidad, no es una ficción poética: vive, centellea en toda su pureza en estos hombres que llamamos incultos y groseros, nosotros, gente civilizada, civilizada hasta el punto de no ser ya nada.

Lee esta historia con recogimiento; te lo suplico. Yo, escribiéndote hoy estas cosas, estoy sosegado: ya lo ves; ni me precipito ni me embrollo, como acostumbro. Lee, querido Guillermo, y piensa en que esta es, además, la historia de tu amigo. Sí, esto es lo que me ha sucedido; esto es lo que me sucederá a mí, que no tengo la mitad del valor y de la resolución de este pobre diablo, con el cual apenas me atrevo a compararme.

5 de septiembre

Carlota escribió una esquela a su marido, que estaba en el campo, donde le retenían los negocios. La esquela comenzaba así: "Querido mío, vuelve lo antes que puedas; te espero impaciente..." Un amigo que sobrevino trajo la noticia de que algunas ocupaciones impedirían a Alberto regresar tan pronto. La carta quedó sin concluir sobre la mesa, y por la noche vino a dar en mis manos. La leí y sonrei: Carlota me preguntó la causa. — "La imaginación es una cosa divina — exclamé; — un momento me he figurado que este escrito era para mí." No contestó nada; creo que le disgustó mi ocurrencia. Yo guardé silencio.

6 de septiembre

Mucho trabajo me ha costado resolverme a dejar el frac azul que lle-

vaba cuando bailé con Carlota por primera vez; pero ya estaba inservible.

Me he encargado otro idéntico, con cuello y vuelos iguales, y una chupa y unos calzones amarillos, como los que tenía. Bien comprendo que no es lo mismo llevar uno que otro: sin embargo... ¿quién sabe? Me figuro que, con el tiempo, le tocará al nuevo su turno, y será el preferido.

12 de septiembre

Habiendo ido Carlota a ver a Alberto, ha estado ausente algunos días. Hoy, al entrar yo en su habitación, salió a mi encuentro y le besé la mano con indecible júbilo.

Sobre un espejo había un canario que voló a sus hombros. Cogéndole entre sus dedos, me dijo: — "Es un nuevo amigo que destino a mis niños. Es muy bonito; miradlo. Cuando le doy pan, divierte ver cómo agita las alas y picotea. También me besa; vedlo." Acercó su boca al pajarillo, y éste se plegó tan amorosamente contra sus dulces labios, como si comprendiese la felicidad que gozaba.

"Quiero que también os dé un beso" — dijo ella, acercando el pájaro a mi boca. Éste trasladó su piquito desde los labios de Carlota a los míos, y sus picotazos eran como un sople de celestial felicidad.

"Sus besos — dije — no son completamente desinteresados: busca comida, y cuando no la encuentra en las caricias que le hacen, se retira descontento." — "También come en mi boca" — exclamó Carlota, presentándole algunas migajas de pan en sus labios entreabiertos, sobre los cuales sonreían con voluptuosidad el placer

y el éxtasis de un amor correspondido.

Volví la cabeza. Ella no debía hacer lo que hacía; no debía inflamar mi imaginación con estos transportes candorosos de alegría purísima, ni despertar mi corazón del sueño en que le arrulla la indiferencia que siento por la vida. ¿Y por qué no? Es que se fía de mí, es que sabe de qué modo la amo.

15 de septiembre

En verdad, Guillermo, que hay para darse al diablo cuando se ven personas tan desprovistas de razón y de sentimiento que desconocen cuanto tiene valor en este mundo. Tú recordarás aquellos nogales del presbiterio, a cuya sombra me sentaba yo con Carlota. ¡Cuánto me alegraba el corazón la vista de esos magníficos árboles, y cuánto embellecían el patio! ¡Cuánta frescura había en su sombra y cuánta majestad en su follaje! Eran recuerdos vivos de los respetables pastores que, en un tiempo ya remoto, los habían plantado. El maestro de escuela nos ha citado muchas veces el nombre de uno de éstos; llevaba el mismo de su abuelo, y parece que era una persona dignísima. Por eso cuando me sentaba debajo de estos nogales, en este recuerdo había algo querido y sagrado para mí. Ayer deplorábamos que los hayan cortado: el maestro de escuela lloraba. ¡Cortado!, tengo tal indignación, que sería capaz de matar al miserable que les dió el primer hachazo. Si yo fuera dueño de dos árboles semejantes, me bastaría ver a uno secarse de viejo para desesperarme. Juzga por esto lo que me afecta el sacrilegio cometido. ¿De qué sirve la con-

ciencia a los hombres? Todo el pueblo murmura, y la mujer del cura actual comprenderá la herida que ha abierto en los instintos de los buenos aldeanos, cuando recoja la manteca, los huevos y los demás tributos voluntarios. Porque ella, la esposa del nuevo párroco (el que yo conocí ha muerto también) es la autora; ella, criatura flacucha y enclenque, que hace muy bien en no interesarse por nadie en el mundo, porque nadie comete la sandez de interesarse por ella, marisabidilla que se atreve a disertar sobre los cánones de la Iglesia y a trabajar por la reforma crítico-moral del cristianismo, encogiéndose de hombros ante las ideas de Lavater; mujer, en fin, cuya salud raquítica no resiste la más inocente diversión. Sólo un bicho así hubiera sido capaz de cortar los nogales. ¿Comprendes que las hojas que se caían, sobre ensuciar el patio de esta señora, lo llenasen de humedad? Además las ramas quitaban la luz, y cuando maduraban las nueces, los chiquillos se entretenían en derribarlas a pedradas, lo cual alborotaba los nervios de la pobrecita, robándole el sosiego en sus profundas meditaciones, cuando acaso comparaba y pesaba juntos a Kenikot, Semler y Michaelis. Al avisarme con la gente de la aldea, después de tan lindo descubrimiento, pregunté, sobre todo a los viejos, por qué lo habían consentido.

—“¿Y qué queréis? — me respondieron. — Cuando el alcalde manda una cosa, ¿quién ha de oponerse?” Hay, sin embargo, en este asunto un lado cómico. El alcalde y el pastor (porque éste pensaba sacar algún provecho del disparate cometido por su mujer, que con frecuencia le quema la sangre), el alcalde y el pastor, digo, pensaban repartirse el fruto de los árboles cortados; pero el admi-

nistrador de rentas lo supo y dió con el plan en tierra haciendo valer antiguos derechos sobre el patio del presbiterio donde habían estado los nogales, que fueron vendidos en pública subasta. En resumen, ya no hay nogales... ¡Oh! ¡si yo fuera príncipe!... ya les diría a la mujer del pastor, al alcalde y al administrador... —¡Príncipe!... ¡bah! si yo fuera príncipe, ¿qué me importarían a mí los árboles de mi país?

10 de octubre

Me basta ver sus ojos negros para ser feliz. Lo que me apena es que Alberto no parece tan dichoso como él esperaba y como yo creía que lo sería. Si... No me gustan las reticencias; pero aquí no puedo expresarme de otro modo... y me parece que me explico con bastante claridad.

12 de octubre

Ossian ha desbancado a Homero en mi espíritu. ¡A qué mundo nos transportan los sublimes cantos de aquel poeta! ¡Errar por los matorrales, aspirar el aire de fuego que columpia en las nubes las sombras del firmamento a los pálidos rayos de la luna, oír quejarse en la montaña la voz de trueno del torrente de la selva, y los gemidos de las plantas medio abrazadas por el viento, confundiendo quejas y gemidos con los suspiros de la joven que agoniza al pie de cuatro piedras cubiertas de musgo, bajo las cuales reposa el héroe glorioso que fué su amante! ¡Oh! cuando en aquel desierto contemplo al bardo encanecido por los años, que busca las huellas de sus padres y sólo

encuentra sus sepulcros, y sollozando, vuelve la vista hacia la estrella de la tarde, medio escondida entre el oleaje de una mar tempestuosa; cuando veo que renace lo pasado en el alma del héroe, como en los tiempos en que la misma estrella radiaba sobre los bravos guerreros exploradores, o la luna ayudaba con su propia claridad al regreso de sus naves victoriosas; cuando leo en su frente su profundo dolor, y le veo solo en el mundo caminando trémulo hacia la tumba, saboreando una suprema y dolorosa alegría en la aparición de los fantasmas inmóviles de sus padres; cuando le oigo gritar, fijos los ojos en la tierra seca y en la hierba doblada por el viento: — “El viajero vendrá; vendrá el que me ha conocido en mi esplendor y preguntará dónde está el bardo, preguntará qué ha sido del hijo de Fingal. ¡Y su pie hollará mi tumba mientras su voz llamará en vano!...”, entonces, amigo mío, quisiera, como un leal escudero, sacar la espada, y con ella librar a mi príncipe de las angustias de una vida que es una muerte lenta, hiriéndome después a mí mismo, para enviar mi alma en pos de la del semidiós liberado.

19 de octubre

¡Ay de mí! ¡qué vacío, qué horrible vacío siente mi alma...! Muchas veces me digo: — “Si pudiera un momento, uno solo, estrecharla contra mi corazón, todo este vacío se llenaría.”

26 de octubre

Sí, amigo mío, cada día estoy más convencido de que la vida de una criatura vale bien poco. Ayer estuvo

a ver a Carlota una amiga suya. Entré en una habitación inmediata y cogí un libro para distraerme; pero no tenía la cabeza bastante despejada para fijarme en la lectura. Oí que hablaban en voz baja. Charlaron de cosas indiferentes, de las novedades que ocurrían en el pueblo, de que tal persona se había casado y tal otra se hallaba enferma, muy enferma. — Tiene una tos seca — dijo la amiga, — las mejillas hundidas, la cara más larga. No daría yo un ochavo por su vida. — M. N.*** — dijo Carlota — está también bastante echado a perder. — Es verdad — repitió la otra, — tiene el cuerpo hinchado de un modo que asusta.

Así platicaban tranquilamente, mientras yo me transportaba con la imaginación al lado de aquellos desdichados, y veía con cuánta ansiedad sentían escapárseles la vida, y cómo se asian de la más débil esperanza. Después de todo, Guillermo, estas jóvenes hablaban del asunto como habla todo el mundo cuando se trata de la muerte de un extraño. Yo, paseando la vista en torno mío, viendo colocados acá y allá los vestidos de Carlota y los papeles de Alberto sobre estos muebles, que han llegado a serme familiares hasta el punto de notar la menor alteración; yo, me decía a mí mismo: — “Puede asegurarse que en esta casa eres todo para todos; tus amigos te honran, tú contribuyes a su alegría, y parece que no podríais vivir unos sin otros. Sin embargo, si tú te alejases de su lado, sentirían... ¿cuánto tiempo sentirían el vacío que tu pérdida dejaría en sus existencias? ¡Ah!, somos tan versátiles por naturaleza, que, aun donde tenga uno la seguridad de ser apreciado en algo, aun allí donde pueda dejar un recuerdo profundo de su existencia o de su paso en la memoria

y en el alma de los que le son queridos, aun allí debe extinguirse y desaparecer, y esto ¡ay! demasiado pronto."

27 de octubre

Es cosa de rasgarse el pecho y abrirse la cabeza contra las paredes el considerar lo poco que valemos unos para otros. ¡Ay de mí! Nadie me dará el amor, la alegría, el goce de las felicidades que yo no siento dentro de mí. Y aunque yo tuviera el alma llena de las más dulces sensaciones, no sabría hacer dichoso a quien en la suya careciese de todo.

27 de octubre, por la noche

¡Siento tantas cosas... y mi pasión por ella lo devora todo! ¡Tantas cosas!... ¡Y sin ella todo se reduce a nada!

30 de octubre

Más de cien veces he estado a punto de arrojarle a su cuello. Sólo Dios sabe cuánto padezco al ver pasar una y otra vez ante mí tantos encantos, sin atreverme a extender mis brazos hacia ella. Apoderarse de lo que se ofrece a nuestra vista y nos embelesa, ¿no es un instinto propio de la humanidad? ¿No se esfuerza el niño por coger cuanto le gusta? ¡Y yo!...

3 de noviembre

Bien sabe Dios cuántas veces me he dormido con el deseo y la esperanza de no despertar más. Y al día siguiente abro los ojos, vuelvo a ver

la luz del sol y siento de nuevo el peso de mi existencia.

¡Ay! ¿por qué no será un maniático de esos que la pegan con un tercero, o con el tiempo o con un negocio frustrado? Entonces, a lo menos la insoportable carga de mi desolación no pesaría sobre mí sino a medias. Por desgracia comprendo que la culpa es únicamente mía. ¡La culpa! No. Bastante es ya que lleve en mí la fuente de todos los dolores, como hace poco llevaba el manantial de todos los placeres. ¿No sigo siendo el mismo Werther que otras veces se deleitaba con los más puros goces de una exquisita sensibilidad, que a cada paso creía descubrir un paraíso, y cuyo corazón, abierto a un amor sin límites, era capaz de abrazar al mundo entero? Este corazón está ahora muerto, cerrado a todas las sensaciones; mis ojos están secos y mis acerbos dolores, que no tienen desahogo, llenan de tempranas arrugas mi frente. ¡Cuánto padezco! He perdido ese don del cielo, que por sí solo embellecía mi vida, esa fuerza vivificante que me hacía crear mundos a mi alrededor. Cuando desde mi ventana contemplo el horizonte y tras la cumbre de las colinas el sol disipa las brumas matinales, y desliza sus primeros rayos hasta el fondo de los valles, mientras el sosegado río corre mansamente hacia mí, serpenteando por entre los viejos troncos de los sauces desnudos; este admirable cuadro, ahora inanimado y frío como una estampa de color; este espléndido espectáculo, que otras veces ha hecho desbordarse a mi corazón, no derrama ahora en él ni una sola gota de entusiasmo o de contento, y el miserable está ahí inmóvil, árido, frente a su Dios, como una fuente agotada, como un cubo seco. Muchas veces me he arrodillado para pedir

lágrimas al Señor, como el labrador implora la lluvia cuando ve sobre su cabeza un cielo cobrizo, y a sus pies la tierra abrasada.

Pero ¡ay!, Dios no concede la lluvia ni el sol a nuestros ruegos importunos. ¿Por qué aquel tiempo, cuyo recuerdo me mata, era para mí tan dichoso? Porque entonces yo esperaba confiado en que el cielo no me olvidaría, y recogía las delicias con que me embriagaba, en un corazón lleno de reconocimiento.

8 de noviembre

Carlota ha censurado mis excesos... ¡Pero con qué amabilidad! ¡Mis excesos! Porque después de apurar un vaso de vino, sigo algunas veces bebiendo hasta consumir una botella...

—“No volváis a hacer eso — me dijo; — pensad en Carlota.” — “¡Pensar! — exclamé, — ¿qué necesidad tenéis de recordármelo, puesto que, piense o no piense, siempre estáis presente en mi alma? Hoy me senté en el mismo sitio donde en otro tiempo os bajasteis del coche...” Varió de conversación para impedirme que hablase del asunto. Amigo mío, aquí me tienes en un estado tal, que esta mujer hace de mí cuanto quiere.

15 de noviembre

Te doy gracias, Guillermo, por el tierno interés que me manifiestas y por los buenos consejos que me das; pero te ruego que no te alarmes, que me dejes arrostrar la crisis. A pesar de mi abatimiento, me siento aún con bastantes fuerzas para llegar hasta el fin. Respeto la religión, bien lo sabes: para el que desmaya es un

apoyo; para el que se siente devorado por la sed es un bálsamo vivificante. Pero ¿puede ni debe dar a todos la salud? ¿A cuántos ha dejado de dársela, y a cuántos no se la dará jamás, conozcanla o no la conozcan? Y a mí ¿me salvará? ¿El mismo hijo de Dios no dijo que sólo estarán con él los que su Padre le dé? ¿Y si su Padre quiere reservarme para sí, como presente mi corazón...? No interpretes mal mis palabras, ni veas, en lo que es una idea sencilla, la menor intención de mofa: te lo suplico. Te hablo con el corazón en la mano. A no ser así, preferiría callar, porque no me gusta perder el tiempo diciendo palabras vanas sobre materias de que los demás entienden tan poco como yo. ¿Qué otra misión puede tener el hombre más que la de llenar todo el camino con sus dolores, y apurar su cáliz hasta las heces? Y puesto que este cáliz fué amargo al mismo Dios del cielo, cuando se lo acercó a sus labios de hombre, ¿por qué he de fingir yo una fuerza sobrehumana, haciendo creer que lo encuentro dulce y agradable? ¿Por qué no he de confesar mi angustia en este momento en que mi ser tiembla y fluctúa entre la vida y la muerte, en que lo pasado se proyecta como un relámpago en el sombrío abismo de lo porvenir, en que todo lo que me rodea se desploma, y en que el mundo parece acabarse conmigo? ¿No reconoces la voz de la criatura extenuada, desfallecida, que se hunde sin remedio, a pesar de su inútil lucha, gritando con amargura: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado?” ¿Y ha de darme vergüenza esta exclamación, y he de temer que llegue el momento en que se escape de mi boca, cuando se escapó de la de Aquél cuya mano mueve los cielos?

24 de noviembre

Carlota no ve ni conoce que prepara por sí misma un veneno mortal para los dos, y yo bebo con voluptuosidad la copa fatal que ella me presenta. ¿Qué significa el aire de bondad con que frecuentemente me mira? ¿Frecuentemente?, no; algunas veces. ¿Por qué muestra complacencia al notar el efecto que su vista me produce a pesar mío? ¿Qué causa reconoce la compasión que revela en sus ojos?

Ayer, cuando me retiraba, me dió la mano, diciéndome: — “¡Adiós, querido Werther!” ¡Querido Werther! Es la primera vez que me ha llamado así, y hasta en lo más hondo de mi alma he sentido una dicha inefable. Más de cien veces he repetido esas palabras, y por la noche, al acostarme, hablando conmigo mismo, exclamé, sin darme cuenta de ello: “¡Adiós, querido Werther!” No he podido menos de reirme de semejante puerilidad.

24 de noviembre

Al dirigir mis ruegos a Dios, no puedo decir “¡conservádmela!” Y, sin embargo, hay momentos en que creo que me pertenece. Tampoco puedo decir “¡dádmela!” porque pertenece a otro. Así juego y bromeo con mis dolores. De continuar, formaría una retahíla de antítesis.

24 de noviembre

No ignora Carlota lo que padezco. Su mirada ha penetrado hoy hasta lo más profundo de mi corazón. La encontré sola: yo no despegaba los labios, y ella me miraba fijamente. Absorto ante aquella mirada sublime, lle-

na de afectuoso interés y dulce compasión, no veía en aquel momento su seductora belleza ni la aureola de inteligencia que ilumina su frente. ¿Por qué no me arrojé a sus pies o la estreché en mis brazos, cubriéndola de besos? Se puso al piano: a sus armoniosos acordes, unió su dulce y melodiosa voz. No he visto nunca más adorables sus labios; parecía que se entreabrían lánguidamente para aspirar los dulces sonidos del instrumento, y exhalarlos de nuevo, suavizados por su hálito. ¡Ah! ¡si yo pudiera hacer que compartiese conmigo lo que entonces sentí! Incliné la cabeza desfallecido, y me juré no atreverme jamás a imprimir un beso en aquella boca... en aquella boca donde revoloteaban los celestiales serafines. Y, sin embargo, yo quiero... No; hay una barrera inaccesible que la separa de mi alma. ¡Destruir esta pureza! Y luego morir para expiar el crimen... ¿el crimen?

26 de noviembre

A veces pienso: — “Tu destino no tiene igual: comparados contigo los demás hombres, son felices; porque jamás mortal alguno se vió atormentado como tú.” Entonces leo cualquier poeta antiguo, y me parece leer en mi propio corazón. ¿Qué? ¿Aún me queda tanto que padecer? ¿Y antes que yo ha habido ya hombres tan desgraciados?

30 de noviembre

Nunca, nunca podrá tranquilizarse mi espíritu. Por dondequiera que voy encuentro algo que me pone fuera de mí. Hoy mismo... ¡oh, destino! ¡oh, pobre humanidad!... Me había ido a pasear a la orilla del río, a la hora de comer, porque no tenía ningún apeti-

to. No había nadie. El oeste frío y húmedo soplabla de la montaña; algunas nubes grises rodeaban el valle. A larga distancia distinguí un hombre mal vestido, que andaba encorvado por entre las rocas, como si buscara algo. Me acerqué a él, y al ruido de mis pasos se volvió. Tenía una fisonomía interesante, con cierta expresión de tristeza, que revelaba un corazón honrado. Sus negros cabellos le caían en bucles sobre la frente, y los de atrás descendían hasta la espalda, formando una apretada trenza. Como su traje indicaba que era un hombre del pueblo, creí que no se disgustaría porque me interesase por él, y le pregunté qué hacía.

Dando un profundo suspiro, me contestó: — “Busco flores, y no las encuentro.” — “Naturalmente — repuse sonriendo: ahora no es tiempo de flores.” — “Hay muchas — añadió acercándose a mí. En mi jardín tengo rosas y dos especies de madreselvas... Una me la regaló mi padre; ésta crece con la rapidez de la mala hierba y, sin embargo, hace dos días que busco una y no la encuentro. También aquí hay flores en todo tiempo: las hay amarillas, azules, rojas... y hay centaúras, que son unas florecillas muy lindas. Pues en vano las busco; no encuentro una siquiera.” Yo notaba en ese hombre cierto aspecto huraño y, dando un rodeo, le pregunté para qué quería las flores. Una sonrisa extraña y convulsiva contrajo su semblante. — “Si me prometéis no hacerme traición — dijo llevándose un dedo a los labios, — os diré que he ofrecido un ramo a mi novia.” — “¡Bien, muy bien! — repliqué.” — “¡Oh!, ella tiene muchas cosas buenas... es rica.” — “Y, sin embargo, hace caso de vuestro ramo.” — “Tiene diamantes... y una corona...” — “Pues ¿quién es? ¿cómo se llama?” Sin

responder a esta pregunta, añadió: — “Si el Gobierno quisiera pagarme, yo sería otro hombre. Si; hubo un tiempo en que yo estaba bien; pero hoy... hoy todo ha concluido. Ya no soy nada.” Sus ojos, preñados de lágrimas, se fijaron en el cielo con viva expresión. — “¿Erais feliz entonces? — le pregunté.”

— “¡Ah!, ojalá lo fuera ahora lo mismo. Si; feliz, alegre, vivía en un verdadero paraíso.” — “¡Enrique! — exclamó en aquel instante una anciana que se aproximaba a nosotros: — ¿dónde te metes? Ando buscándote por todas partes. Vamos, ven a comer.” — “¿Es hijo vuestro? — le pregunté adelantándome hacia ella.” — “Sí, señor, es mi pobre hijo. Dios me ha dado una cruz bastante pesada.” — “¿Hace mucho tiempo que está así?” — “A Dios gracias, hace ya seis meses que ha recobrado la tranquilidad. Pero antes, durante un año, ha estado furioso y fué preciso encerrarle en un manicomio. Ahora no hace mal a nadie; pero siempre está soñando con reyes y emperadores. ¡Era tan bueno y tan cariñoso! Me ayudaba a vivir con el producto de su trabajo, porque tenía una letra preciosa... De repente dió en estar caviloso; cayó enfermo con una fiebre devoradora, y ahora... ya veis el estado en que se encuentra. Si yo os contara, señor...” Interrumpí ese flujo de palabras para preguntarle a qué época se refería su hijo, cuando decía que había sido muy dichoso. — “¡Ah, señor!, el pobre alude al tiempo en que estaba completamente loco; al que pasó en el manicomio, cuando no tenía conciencia de sí mismo. No cesa de recordar aquellos días...” Estas palabras me hirieron como un rayo. Puse una moneda de plata en las manos de la anciana, y me alejé casi corriendo.

¡Entonces eras feliz!, pensaba yo, caminando rápidamente hacia el pueblo. ¡Entonces vivías alegre en un verdadero paraíso! Pero, Señor, ¿estará escrito en el destino del hombre que sólo pueda ser feliz antes de tener razón o después de haberla perdido? ¡Pobre insensato! Envidio tu locura; envidio la perturbación mental en que te pierdes. Tú sales lleno de esperanza a coger flores para tu reina, en medio del invierno, y te desesperas porque no las encuentras, y no comprendes la causa de que no las encuentres... Pero yo... yo salgo sin esperanza, sin objeto, y vuelvo a entrar en mi casa como salgo. Tú sueñas en lo que serías si el Gobierno te pagase; ¡feliz criatura que sólo en un obstáculo material hallas tu desgracia, que no sabes que en el extravío de tu cerebro, en el desorden de tu espíritu estriba tu daño, del que todos los reyes de la tierra no podrían librarte! ¡Muera desesperado el que se ríe de los enfermos que, en su opinión, agravan sus enfermedades y aceleran su fin yendo lejos a buscar la salud en aguas medicinales maravillosas!

¡Muera desesperado el que insulta a la pobre criatura cuya alma oprimida hace voto de visitar el santo sepulcro, para librarse de sus remordimientos y calmar sus escrúpulos y cuitas! Cada paso que da sobre la tierra, dura e inculta, por ásperos senderos que desgarran sus pies, es una gota de bálsamo vertido sobre la herida de su alma, y, después de la jornada de cada día, se acuesta con el corazón aliviado de una parte del peso que le agobiaba. ¿Y os atrevéis a llamar a esto locura, vosotros, charlatanes felices, sentados en buenos cojines? ¡Locura! Dios mío, tú ves mis lágrimas. ¿Cómo al crear al hombre tan pequeño le das hermanos que has-

ta le despojan en sus amarguras, robándole la confianza que ha puesto en ti, en ti que nos amas infinitamente? Porque la fe en la virtud de una planta medicinal, o en el agua que destila la vid después de podada ¿qué es, si no fe en ti que al lado del mal has puesto el remedio y el consuelo de que tanto necesitamos? ¡Oh, Padre, que no conozco! Padre, que otras veces has llenado toda mi alma, y que ahora te apartas de mí: llámame pronto a tu lado. No guardes silencio más tiempo, porque tu silencio no detendrá a mi alma impaciente. Y si entre los hombres no podría enojarse un padre porque su hijo volviese a su lado antes de la hora marcada, y se arroja en sus brazos exclamando: — "Heme aquí de regreso, padre mío; no os incomodéis porque haya interrumpido el viaje que me habéis mandado terminar; el mundo es igual por todas partes; tras el dolor y el trabajo, la recompensa y el placer... ¿Qué me importa? Yo no estaré bien más que donde vos estéis; en vuestra presencia es donde yo quiero gozar y padecer..." Tú, Padre celestial y misericordioso, ¿podrías rechazarme?

1.º de diciembre

Guillermo, ese hombre de que te he hablado, ese desdichado feliz, tenía un empleo en casa del padre de Carlota, y una desgraciada pasión que concibió por ella... ¡por ella! pasión que ocultó mucho tiempo, y que al fin se descubrió, le hizo perder su destino. Este ha sido el origen de su locura. Estas pocas palabras, llenas de sequedad, pueden hacerte comprender lo que esta historia me habrá trastornado, cuando Alberto me la refirió con tanta frialdad como acaso vas tú a leerla.

4 de diciembre

Te suplico que te compadezcas de mí; porque esto se acaba, yo no podré soportar más tiempo mi situación... Hoy estaba sentado cerca de ella, que tocaba diferentes melodías en su clave, con una expresión... ; Con una expresión!... ; Cómo podría pintártela? La más pequeña de sus hermanas vestía a su muñeca sobre mis rodillas. De pronto se me saltaron las lágrimas y bajé la cabeza; vi entonces en su dedo el anillo de boda, y mi llanto corrió con más abundancia. En aquel mismo instante comenzaba a tocar aquella antigua melodía que tanto me impresionaba, y mi corazón sintió una especie de consuelo, recordando el tiempo en que aquella música había herido agradablemente mis oídos; tiempo de felicidad en que las penas eran pocas; horas de esperanza que pronto huyeron. Me levante y comencé a pasearme por la habitación, sin orden ni concierto. Me ahogaba. — “Basta — exclamé, — basta, por Dios.” Carlota se detuvo y clavó en mí una mirada investi-

gadora. — “Werther — dijo, — muy malo debéis de estar cuando vuestra música favorita os desagrade de ese modo. Retiraos, os lo ruego, y haced por recobrar la calma.” Me separé de ella y... ; Dios mío!, tú que ves mis sufrimientos, tú debes ponerles fin.

6 de diciembre

¡Cómo me persigue su imagen!: que duerma o que vele, ella sola llena toda mi alma. Cuando cierro los párpados, en el cerebro, donde se encuentra la potencia de la vista, distingo claramente sus ojos negros. Es imposible que te explique esto. Me duermo, y los veo también: siempre están allí, siempre fascinadores como el abismo. Todo mi ser, todo, está absorto por ellos. ¿Qué es, pues, el hombre, ese semidiós tan ensalzado? ¿No le faltan las fuerzas cuando más las necesita? Y cuando bate sus alas en el cielo de los placeres, lo mismo que cuando se sumerge en la desesperación, ¿no se ve siempre detenido y condenado a convencerse de que es débil y pequeño cuando aspiraba a perderse en lo infinito?





EL EDITOR AL LECTOR

CUÁNTO hubiera yo deseado tener, respecto de los últimos días de nuestro desgraciado amigo, suficientes pormenores escritos por su propia mano, para no verme en la necesidad de interrumpir con relatos la serie de cartas que él nos ha dejado!

He puesto empeño en recoger los más exactos detalles de las personas que debían de estar mejor enteradas de su historia, y estos detalles tienen todos un carácter uniforme. Las narraciones convienen hasta en las menores circunstancias. Únicamente en la manera de juzgar los sentimientos de los personajes difieren algún tanto los pareceres. Sólo nos resta, pues, referir con fidelidad lo que nuestras investigaciones nos han dado a conocer, añadiendo a esto las cartas o fragmentos de carta que ha dejado aquel que ya no existe.

No se debe despreciar el menor documento auténtico, dado lo difícil que es profundizar y conocer los verdaderos motivos, los móviles secretos de una acción, por insignificante que sea, cuando emana de un individuo que se sale de la esfera vulgar.

El desaliento y la tristeza habían echado profundas raíces en el alma de Werther, y poco a poco habían ido apoderándose de todo su ser. La

armonía de sus facultades se había destruido por completo. El ciego y febril arrebato que las trastornaba causó en él los más fuertes estragos, concluyendo por sumirle en un triste aturdimiento, más penoso aún de soportar que los males con que había luchado hasta entonces. Las angustias de su corazón agotaron las pocas fuerzas que le quedaban. Su viveza y su sagacidad se extinguieron. Cada vez se mostraba más sombrío e insociable, y a medida que iba siendo más desgraciado se volvía más injusto. Así, al menos, lo aseguran los amigos de Alberto, los cuales dicen que Werther no había sabido apreciar a aquel hombre de corazón recto que, gozando al fin de una dicha largo tiempo deseada, sólo pensaba en afianzar el porvenir de su felicidad. ¿Cómo había de comprender semejante anhelo quien disipaba y entregaba al azar los tesoros de su alma, sin reservarse para lo sucesivo más que privaciones y dolores? Afirman también que Alberto no había podido variar en tan poco tiempo, y que seguía siendo el mismo hombre tan ponderado y estimado por Werther cuando empezaron a conocerse. Amaba a Carlota sobre todo en el mundo; estaba orgulloso de ella y de-

seaba verla admirada por cuantos se le acercaban como la más perfecta criatura. ¿Podía vituperársele porque tratara de apartar de ella la sombra de una sospecha, o porque rehúsara ceder en modo alguno la posesión de tan preciado bien? Confiesan, ciertamente, que Alberto abandonaba con frecuencia la habitación de su mujer cuando Werther se presentaba en ella; pero no era, según dicen, ni por odio ni por indiferencia hacia su amigo, sino únicamente porque había notado el pesar secreto que su presencia ocasionaba a Werther.

Un día, hallándose enfermo el padre de Carlota, y habiendo tenido necesidad de guardar cama, mandó el coche en busca de su hija. Era una hermosa mañana de invierno. Las primeras nieves habían caído en abundancia, y el campo estaba cubierto de blanca alfombra. Werther se puso en camino al día siguiente para ir a reunirse con Carlota y acompañarla a su casa, si Alberto no iba por ella. El aire fresco y puro de la mañana hizo poca impresión en su ánimo. Un peso enorme le oprimía el pecho; su espíritu se hallaba atormentado por las más tristes imágenes, y el movimiento de sus ideas le hacía vagar entre crueles reflexiones. Como vivía en perpetuo hastio de sí mismo, la situación de los demás le parecía tan violenta y agitada como la suya; se imaginaba haber turbado la buena armonía de Alberto y Carlota, y se dirigía con este motivo los más severos reproches, mezclados de sorda indignación contra el marido. Durante el camino sus pensamientos tomaron este rumbo: — “¡Ah! — se decía apretando los dientes con furor; — he ahí rota esa unión tan íntima, tan cordial, tan espontánea. ¿Qué ha sido de aquel tierno interés, de aquella confianza tranqui-

la que parecía inalterable? Hoy ya no es más que hastio e indiferencia. El más pequeño asunto interesa a ese hombre más que su mujer: ¡Una mujer tan adorable! Pero ¿sabe él acaso apreciarla? ¿Sospecha ni remotamente lo que vale? ¡Y ella le pertenece, es suya!... ¡Oh!, bien lo sé. Debía haberme acostumbrado ya a esta idea y, sin embargo, me desespera y acabará por matarme. Y la amistad que Alberto me había prometido, ¿qué se ha hecho de ella? ¿No ve en mi adhesión a Carlota un ataque a sus derechos, y en mis atenciones y cuidados una embozada censura? Lo conozco y lo siento: me ve con disgusto; quisiera tenerme muy lejos de aquí; mi presencia es un peso para él.”

Hablando así, tan pronto aceleraba su marcha como la detenía. Algunas veces parecía querer volverse atrás; pero de nuevo emprendía el camino, sumido siempre en sombrías reflexiones, que sólo se adivinaban por algunas palabras entrecortadas que salían de sus labios. De este modo llegó a la casa sin darse apenas cuenta de ello.

Entró preguntando por el juez y por Carlota, y encontró a toda la gente en conmoción. El mayor de los hermanos de Carlota le hizo saber que había sucedido una desgracia en Wahlheim: que un aldeano había sido asesinado. Esta noticia no produjo en él grande impresión, y se encaminó a la sala inmediata, donde halló a Carlota esforzándose por retener a su padre, que enfermo y todo como estaba, quería marchar en seguida al lugar del suceso, para instruir las primeras diligencias sobre aquel crimen, cuyo autor era aún desconocido. Se había encontrado el cadáver, por la mañana muy temprano, a la puerta de una alquería, y

las sospechas recaían ya en alguno. La víctima había estado al servicio de una viuda, que poco antes había despedido a otro criado con motivo de un grave disgusto.

Cuando Werther supo estas circunstancias, se levantó de repente exclamando:

—¿Será posible? He de acudir sin perder momento.

Se fué a Wahlheim, convencido, así que hubo reunido todos sus recuerdos, de que el autor del crimen era aquel joven a quien él había hablado tantas veces y que le había inspirado grandes simpatías.

Cuando pasaba por los tilos para llegar al figón donde habían depositado el cadáver, no pudo menos de sentir cierta turbación a la vista de aquellos lugares que en otro tiempo le fueron tan queridos. El umbral de la puerta, donde los chicos del vecino acudían a jugar frecuentemente, estaba lleno de sangre. Así el amor y la fidelidad, sentimientos los más bellos del hombre, habían degenerado en violencia y asesinato. Parecía que, para armonizar con este pensamiento, los corpulentos árboles, despojados de su follaje, se habían cubierto de escarcha; el seto vivo que rodeaba las tapias del cementerio había perdido su hermoso color verde, y dejaba ver, a través de anchos portillos, las losas de los sepulcros llenas de nieve.

Al acercarse Werther al figón, donde había acudido todo el pueblo, se dejó oír un grito. A lo lejos se distinguía un pelotón de hombres armados, y todos comprendieron que traían al asesino. No bien dirigió Werther una mirada sobre el preso, se dispararon sus dudas. Sí, era él; era aquel criado tan enamorado de su ama, a quien pocos días antes había visto víctima de negra melancolía y

luchando contra una secreta desesperación.

—“¿Qué has hecho, desgraciado?” —le preguntó al acercarse.

El preso miró a Werther sin despegar sus labios; luego dijo fríamente:

—“Ella no será de nadie, ni nadie será de ella”.

Introdujeron al prisionero en el figón y Werther se alejó precipitadamente.

La extraña y violenta emoción que acababa de experimentar le había trastornado el cerebro; se sintió arrancado de su melancólica apatía por el irresistible interés que le inspiraba aquel joven y por un deseo ardiente de salvarle. Comprendía tan bien la desesperación que le había impulsado al crimen; le encontraba tantas disculpas, y se penetraba tan profundamente de la situación de aquel infortunado, que se creía capaz de hacer participar de sus sentimientos a todo el mundo. Ardía ya en deseos de defender a voz en grito al acusado; el discurso más elocuente pugnaba ya por brotar de sus labios. Corrió a casa del juez, ordenando mentalmente los apasionados argumentos con que pensaba inclinar su ánimo en favor del prisionero.

Al entrar en el salón encontró a Alberto, cuya presencia le desconcertó por un instante; pero bien pronto se repuso, y dirigiéndose al juez, le manifestó su opinión sobre aquel trágico suceso, con la convicción y el calor de que se sentía animado.

El juez movió varias veces la cabeza durante el relato; y aunque Werther hizo uso de toda la energía, de todo el arte de persuasión que un hombre puede emplear en defensa de un semejante, el magistrado, como era lógico, no dió señales de sensibilidad ni vacilación. Sin dejar concluir a nuestro amigo, refutó con brío sus

doctrinas y le censuró por mostrarse tan decididamente protector de un criminal. Le demostró que, con tal sistema, todas las leyes serían fáciles de eludir, y la seguridad pública se vería comprometida constantemente. Añadió que, en un asunto de tal gravedad, no podía intervenir del modo que lo hacía sin incurrir en gran responsabilidad, y que era preciso que el proceso siguiera su curso ordinario.

Werther, sin embargo, no se desanimó, y suplicó al juez que consintiese en hacer la vista gorda respecto a la evasión del prisionero; pero también sobre este punto fué inflexible el magistrado. Alberto, que hasta entonces había permanecido silencioso, tomó parte en la discusión para apoyar lo dicho por el juez. Werther, en vista de esto, enmudeció y se alejó con el corazón traspasado de amargura, mientras el juez repetía:

—“No, no; nada puede salvarle.”

No es difícil calcular la impresión que estas palabras causaron en el ánimo de Werther, conociendo algunas frases que, escritas sin duda aquel mismo día, hemos encontrado entre sus papeles:

—“¡No es posible salvarte, desgraciado! No; bien veo que nada puede salvarnos.”

Lo que Alberto había dicho del criminal en presencia del juez, causó a Werther extraordinaria extrañeza. Creyó descubrir en sus palabras una alusión a él y a sus sentimientos, y por más que algunas maduras reflexiones le hicieron comprender que aquellos dos hombres podían tener razón, se resistía a abandonar su proyecto y sus ideas.

Entre sus papeles hemos encontrado otra nota que se refiere a esta circunstancia, y que expresa tal vez sus

verdaderos sentimientos para con Alberto:

“¿De qué sirve decirme y repetirme: es bueno y honrado? ¡Ah! Cuando así me desgarran el corazón, ¿puedo yo ser justo?”

La tarde era apacible y el tiempo propendía al deshielo. Carlota y Alberto se volvieron a pie. De vez en cuando volvía ella la cabeza como echando de menos la compañía de Werther. Alberto hizo recaer la conversación en su amigo, y le censuró, haciéndole justicia. Habló de su desgraciada pasión, y dijo que habría debido alejarse por su propio interés.

—“Yo lo deseo también por nosotros —añadió;— y te ruego, Carlota, que trates de dar otro giro a sus ideas y a sus relaciones contigo, decidiéndole a que escasee sus visitas. La gente empieza ya a hablar de esto, y yo sé que somos objeto de juicios poco caritativos.”

Carlota guardó silencio, y Alberto creyó comprender el motivo de esta reserva. Desde aquel momento no volvió a hablar de Werther: si ella, por casualidad o intencionadamente, pronunciaba el nombre de su amigo, él mudaba o interrumpía la conversación.

La vana tentativa de Werther para salvar al infeliz aldeano, fué como el último resplandor de una llama moribunda. Cayó en un abatimiento cada vez más profundo, y una desesperación mansa se apoderó de él cuando supo que quizás le llamarían para declarar contra el asesino, que procuraba defenderse negando su crimen. Todo lo que había sufrido hasta entonces en el transcurso de su vida activa, sus disgustos en casa del embajador, sus proyectos frustrados, todo, en fin, lo que le había herido o

contrariado, acudía en tropel a su memoria y le agitaba terriblemente. Creyéndose condenado a la inacción por tan repetidas contrariedades, todo lo veía cerrado a su paso y se sentía incapaz de soportar la vida. Así que, encerrado perpetuamente en sí mismo, consagrado a la idea fija de una sola pasión, perdido en un laberinto sin salida por sus relaciones diarias con la mujer adorada cuyo reposo turbaba, agotando inútilmente sus fuerzas y debilitándose sin esperanza, se iba familiarizando cada vez más con el horrible proyecto que bien pronto iba a realizar.

Insertaremos aquí algunas cartas que dejó y que dan exacta idea de su turbación, de su delirio, de sus afa-nes, de sus luchas supremas y del tedio que sentía por la vida.

12 de diciembre

Querido Guillermo: Me encuentro en un estado que debe parecerse al de los que antiguamente se creían poseídos del espíritu maligno. No es el pesar; no es tampoco un deseo ardiente, sino una rabia sorda y sin nombre lo que me desgarr el pecho, me anuda la garganta y me ahoga. Sufro, quisiera huir de mí mismo, y paso las noches vagando por los parajes desiertos y sombríos en que abunda esta estación enemiga.

Anoche no podía parar en casa. Sobrevino súbitamente el deshielo y supe que el río se había salido de madre, que todos los arroyos de Wahlheim corrían desbordados y que la inundación era completa en mi querido valle. Me encaminé a él cuando rayaba la media noche, y presencié un espectáculo aterrador. Desde la cumbre de una roca vi, a la luz de la luna, revolverse los torrentes por los cam-

pos, por las praderas y entre los vallados, devorándolo y sumergiéndolo todo; vi desaparecer el valle; vi en su lugar un mar rugiente y espumoso, azotado por el soplo de los huracanes. Después, profundas tinieblas; luego, la luna, que aparecía de nuevo para arrojar una siniestra claridad sobre aquel soberbio e imponente cuadro. Las olas rodaban con estrépito... venían a estrellarse a mis pies violentamente... Un extraño temblor y una tentación inexplicable se apoderaron de mí. Me encontraba allí con los brazos tendidos hacia el abismo, acariciando la idea de arrojarme en él. Sí, arrojarme y sepultar conmigo en su fondo mis dolores y tormentos. Pero ¡ay! ¡qué desgraciado soy! No tuve fuerzas para concluir de una vez con mis males; mi hora no ha llegado todavía, lo conozco. ¡Ah, Guillermo!, ¡con qué placer hubiera dado esta pobre vida humana para confundirme con el huracán, rasgar con él los mares y agitar sus olas! ¿No alcanzaremos nunca esta dicha los que nos consumimos en nuestra prisión? ¡Qué tristeza se apoderó de mí cuando mis ojos se fijaron en el sitio donde había descansado con Carlota bajo un sauce, después de un largo paseo! También allí había llegado la inundación, y a duras penas pude distinguir la copa del sauce. Pensé entonces en la casa del juez, en sus prados... El torrente debía de haber arrancado nuestros pabellones y destruido nuestros lechos de césped. Un luminoso rayo de lo pasado brilló delante de mi alma, como brilla en los sueños de un cautivo una ola de luz que le finge praderas, ganados o grandezas de la vida. Yo estaba allí en pie... ¡ah!, ¿es que me falta valor para morir? Yo debía... Y, sin embargo, heme aquí como una pobre vieja que recoge de los setos su leña, brizna por brizna,

y va de puerta en puerta pidiendo pan para sostener y prolongar un instante más su miserable vida.

14. de diciembre

¿Qué es esto, amigo mío? Me asusto de mí mismo. El amor que ella me inspira, ¿no es el más puro, el más santo y el más fraternal de los amores? ¿He abrigado jamás en lo más recóndito de mi alma un deseo culpable? ¡Ah! No me atrevería a asegurarlo. ¡Si ahora mismo sueño! ¡Cuánta razón tienen los que dicen que somos juguetes de fuerzas misteriosas!

Anoche... temo decirlo... la tenía en mis brazos, fuertemente estrechada contra mi corazón... sus labios balbucían palabras de cariño, interrumpidas por un millón de besos, y mis ojos se embriagaban con la dicha que rebosaba de los suyos. ¿Soy culpable, Dios mío, por acordarme de tanta felicidad y porque deseo soñar otra vez lo mismo? ¡Carlota! ¡Carlota!... Hace ocho días que mis sentidos se han turbado; ya no tengo fuerzas ni para pensar: mis ojos se llenan de lágrimas. No me hallo bien en ninguna parte y, sin embargo, estoy bien en todas. No espero nada, nada deseo. ¿No es mejor que me ausente?"

La resolución de dejar este mundo había ido robusteciéndose y afirmándose en el ánimo de Werther. Desde su vuelta al lado de Carlota consideraba la muerte como el término de sus males y como un recurso extremo de que siempre podría disponer. Se había propuesto, sin embargo, no acudir a él de una manera brusca y violenta. No quería dar este último paso sino con mucha calma e impulsado por la más fir-

me convicción. Sus incertidumbres, sus luchas, se reflejaban en algunas líneas que parecen ser el principio de una carta a su amigo. El papel no tiene ninguna fecha.

"Su presencia... su situación... el interés que manifiesta por mi suerte, arrancan las últimas lágrimas de mi cerebro petrificado.

"Levantar el velo y seguir adelante: eso es todo... ¿por qué asustarse? ¿por qué dudar? ¿Acaso porque se ignore lo que hay más allá, porque no se vuelve, o más bien porque es propio de nuestra naturaleza suponer que todo es confusión y tinieblas en lo desconocido?"

Cada vez se acostumbraba más a estos funestos pensamientos y llegaron a hacérsele en extremo familiares. Su proyecto fué, al fin, determinado de una manera irrevocable. La prueba se encuentra en la siguiente carta ambigua que escribió a su amigo.

20 de diciembre

Agradezco, querido Guillermo, que tu amistad haya comprendido tan bien lo que yo quería decir. Tienes razón; lo mejor que puedo hacer es partir. Pero la invitación que me haces para que vuelva a vuestro lado, no está muy en armonía con mi pensamiento. Antes haré una corta excursión, a la que convidan el frío continuado que es de esperar y los caminos que estarán en buen estado. Tu deseo de venir a buscarme me agrada mucho; pero te ruego que me concedas un plazo de quince días, y que esperes a recibir otra carta mía que te comunique mis últimas noticias. Di a mi madre que rece a Dios por su hijo; dile también que le pido perdón de todos los pesares que le he causado. Sin duda entraba en mi

destino el apesadumbrar a las personas a quienes hubiera querido hacer felices. Adiós, mi queridísimo amigo; el cielo derrame sobre ti sus bendiciones.

No intentamos describir ahora lo que pasaba en el corazón de Carlota y los sentimientos que en él despertaban su esposo y su desgraciado amigo, por más que el conocimiento que tenemos de su carácter nos permite formar una idea aproximada.

Toda mujer dotada de un alma noble se identificará con ella y comprenderá lo que debió de sufrir. Indudablemente estaba decidida a hacer cuanto de su parte dependiera para alejar a Werther. Si aun vacilaba, su vacilación era hija de afectuosa piedad: sabía bien cuánto había de costar a su amigo aquel paso supremo, porque conocía hasta dónde llegaban sus fuerzas. Y sin embargo, no tardó en verse obligada a tomar una resolución. Su marido continuaba guardando silencio sobre el asunto, y ella hacía otro tanto; pero esto era un nuevo motivo para que demostrase con hechos que sus sentimientos encerraban la misma dignidad que los de Alberto.

El día en que Werther escribió a su amigo la última carta que hemos copiado, era el domingo anterior a Navidad. Fué por la tarde a casa de Carlota y la encontró sola, entretenida en preparar algunos regalos que pensaba hacer a sus hermanos el día de Nochebuena. Con este motivo él habló de la alegría que iban a tener los niños cuando, abriéndose de pronto una puerta, viesen aparecer el árbol de Navidad lleno de bujías, de dulces y de juguetes.

— Vos también — dijo Carlota, ocultando con una sonrisa el embarazo que la presencia de Werther le

causaba — tendréis vuestro aguinaldo, si sois juicioso: una velita y alguna otra cosa.

— ¿A qué llamáis ser juicioso? — preguntó él. — ¿Cómo puedo yo serlo, Carlota?

— El jueves — repuso ella — es la víspera de Navidad, y vendrán los niños con mi padre. Cada uno recibirá entonces su aguinaldo. Venid también ese día... pero no antes.

Werther se quedó aterrado.

— Os ruego — añadió Carlota — que lo hagáis así, y os lo ruego porque lo exige mi tranquilidad. Esto no puede continuar, Werther; no, no puede continuar.

El bajó los ojos, y paseándose por la habitación a grandes pasos, murmuraba entre dientes: *Esto no puede continuar.*

Carlota, al ver el violento estado en que le habían sumido sus palabras, intentó por mil medios distraerle de sus pensamientos; pero fué en vano.

— No, Carlota — exclamó, — no volveré a veros.

— ¿Por qué, Werther? Podéis y hasta debéis venir a vernos; pero también debéis procurar ser más dueño de vos. ¡Ah! ¿Por qué habéis nacido con ese fuego indomable y esa apasionada violencia que mostráis en vuestros afectos? Os suplico — añadió cogiéndole la mano — que procuréis dominaros. Vuestro talento, vuestras relaciones, vuestra instrucción os tienen reservados muchos goces. Sed hombre... y triunfaréis de esa fatal inclinación que os arrastra hacia una mujer que todo lo que puede hacer por vos es compadeceros.

Werther rechinó los dientes y la miró con aire sombrío. Carlota retenía, sin embargo, entre sus manos la de su amigo.

— Tened calma — le dijo. — ¿No comprendéis que corréis voluntariamente a vuestra ruina? ¿Por qué he de ser yo, precisamente yo... que pertenezco a otro hombre?... ¡Ah!, temo que la imposibilidad de obtener mi amor sea lo que exalta vuestra pasión.

Werther retiró su mano y miró a Carlota con disgusto.

— Está bien — exclamó; — sin duda esa observación se le ha ocurrido a Alberto. Es profunda... ¡muy profunda!...

— Cualquiera puede hacerla — repuso ella. — ¿No habrá en todo el mundo una joven capaz de satisfacer los deseos de vuestro corazón? Buscadla; yo os respondo de que la encontraréis. Hace bastante tiempo que deploro, por vos y por nosotros, el aislamiento a que os habéis condenado. Vamos, haced un pequeño esfuerzo; un viaje puede distraeros; si buscáis bien, encontraréis algún objeto digno de vuestro cariño, y entonces podéis volver para que disfrutemos todos de esa tranquila felicidad que da una amistad sincera.

— Podrían imprimirse vuestras palabras — dijo Werther sonriendo con amargura, — y recomendarlas a todos los que se dedican a la enseñanza. ¡Ah, querida Carlota!, concededme un corto plazo y todo se arreglará.

— Concedido; pero no volváis hasta la víspera de Navidad.

Werther iba a responder, cuando entró Alberto. Se saludaron con tono seco y desabrido, y ambos se pusieron a pasear, uno al lado del otro, visiblemente embarazados. Werther habló de cosas insignificantes que dejaba a medio decir; Alberto, después de hacer otro tanto, le preguntó a su mujer por algunos encargos que le tenía encomendados. Al saber que no

habían sido terminados, le dirigió algunas frases que Werther encontró no sólo frías sino duras. Éste quiso marcharse y le faltaron las fuerzas. Permaneció allí hasta las ocho, aumentándose su mal humor; cuando vio que ponían la mesa, cogió el bastón y el sombrero. Alberto le invitó a quedarse; pero él consideró la invitación como un acto de obligada cortesía, y se retiró dando friamente las gracias. Cuando volvió a su casa, tomó la luz de manos de su criado, que quería alumbrarle, y subió solo a su habitación. Una vez en ella, se puso a recorrerla a grandes pasos, sollozando y hablando solo, pero en voz alta y con calor; acabó por echarse vestido sobre el lecho, donde el criado le halló, tendido, a las once, que entró a preguntarle si quería que le quitase las botas. Werther consintió que lo hiciera, prohibiéndole al mismo tiempo que entrara en su cuarto al día siguiente antes de que él le llamase.

El lunes por la mañana, 21 de diciembre, escribió a Carlota la siguiente carta, que se encontró cerrada sobre su mesa, y fué remitida a la persona a quien iba dirigida. La insertamos aquí por fragmentos, como parece que él la escribió:

“Es cosa resuelta, Carlota: quiero morir y te lo participo sin ninguna exaltación romántica, con la cabeza tranquila, el mismo día en que te veré por última vez.

“Cuando leas estas líneas, mi adorada Carlota, yacerán en la tumba los despojos del desgraciado que, en los últimos instantes de su vida, no encuentra placer más dulce que el de pensar en ti. He pasado una noche terrible; así y todo ha sido benéfica, porque ha fijado mi resolución. ¡Quiero morir!

"Al separarme ayer de tu lado, un frío inexplicable se apoderó de todo mi ser; refluía mi sangre al corazón, y respirando con angustiosa dificultad pensaba en mi vida, que se consume cerca de ti, sin alegría, sin esperanza. ¡Ay!, estaba helado de espanto. Apenas pude llegar a mi alcoba, donde caí de rodillas, completamente loco. ¡Oh, Dios mío!, tú me concediste por última vez el consuelo de llorar. ¡Pero qué lágrimas tan amargas! Mil ideas, mil proyectos agitaron tumultuosamente mi espíritu, fundiéndose, al fin, todos en uno solo, pero firme, inquebrantable: ¡Morir! Con esta resolución me acosté; con esta resolución, inquebrantable y firme como ayer, he despertado: ¡quiero morir!... No es desesperación, es convencimiento: mi carrera está concluida, y me sacrifico por ti. Sí, Carlota, ¿por qué te lo he de ocultar? Es preciso que uno de los tres muera, y quiero ser yo. ¡Oh, vida de mi vida! Más de una vez en mi alma desgarrada ha penetrado un horrible pensamiento: matar a tu marido... a ti... a mí. Sea yo, yo solo; así será. Cuando al anochecer de algún hermoso día de verano subas a la montaña, piensa en mí, y acuérdate de que he recorrido muchas veces el valle: mira luego hacia el cementerio, y a los últimos rayos del sol poniente vean tus ojos cómo el viento azota la hierba de mi sepultura. Estaba tranquilo al comenzar esta carta, y ahora lloro como un niño al ver lleno de vida todo cuanto me rodea."

Werther llamó a su criado cerca de las diez: mientras le vestía le dijo que iba a emprender un viaje de algunos días, y que era preciso, por consiguiente, arreglar la ropa y preparar las maletas; le mandó, además,

pedir todas las cuentas que había que pagar, recoger muchos libros que había prestado, y dar a algunos pobres, a quienes socorría una vez por semana, el importe anticipado de la limosna de dos meses.

Dió orden de que le sirvieran el almuerzo en su cuarto, y después de comer, se fué a casa del juez, a quien no encontró.

Se paseó por el jardín con aire pensativo, que parecía indicar el deseo de fundir en una sola todas las ideas capaces de avivar sus amarguras. Los niños del juez le dejaron solo mucho tiempo; salieron a su encuentro saltando de alegría, y le dijeron que cuando llegase mañana, y pasado mañana, y el día siguiente, Carlota les daría los aguinaldos: sobre esto le contaron todas las maravillas que les prometía su imaginación. — "¡Mañana! — exclamó Werther; — ¡y pasado mañana... y después otro día!"

Los besó cariñosamente y se disponía a dejarlos, cuando el más pequeño dió señales de querer decirle algo al oído. El secreto se redujo a participarle que sus hermanos mayores habían escrito felicitaciones para año nuevo: una para el papá, otra para Alberto y Carlota, y otra para Werther. Todas las entregarían por la mañana temprano el primer día del año. Estas palabras le enternecieron: hizo algunos regalos a todos, y después de encargarles que diesen memorias a su papá, montó a caballo y se marchó con lágrimas en los ojos.

A las cinco volvió a su casa; recomendó a la criada que cuidase de la lumbre hasta la noche, y encargó al criado que metiera los libros y la ropa blanca en el fondo del baúl y empaquetara los trajes. Parece probable que después de esto fuese cuan-

do escribió el siguiente párrafo de su última carta a Carlota:

"Tú no me esperas; tú crees que voy a obedecerte y a no volver a tu casa hasta la víspera de Navidad... ¡Oh, Carlota!... hoy o nunca. El día de Nochebuena tendrás este papel en tus manos trémulas y lo humedecerás con tus preciosas lágrimas. Lo quiero... es preciso. ¡Oh!, ¡qué satisfecho estoy en mi resolución!"

Entretanto Carlota se hallaba en una situación de ánimo bien extraña. En su última entrevista con Werther había comprendido cuán difícil le sería decidirle a que se alejara, y había adivinado mejor que nunca los tormentos que el infeliz iba a padecer separado de ella.

Habiendo participado a su marido, como incidentalmente, que Werther no volvería hasta la víspera de Navidad, Alberto se fué a ver al juez de un distrito inmediato para ventilar un asunto que debía retenerle hasta el siguiente día.

Carlota estaba sola; ninguna de sus hermanas se encontraba a su lado. Aprovechando esta circunstancia, se abandonó a sus ideas y dejó vagar su espíritu entre los afectos de su pasado y su presente. Se veía unida para siempre a un hombre cuyo amor y fidelidad le eran bien conocidos, y a quien amaba con toda su alma: a un hombre que por su carácter, tan enteramente como apacible, parecía formado para asegurar la felicidad de una mujer honrada. Comprendía lo que este hombre era y debía ser siempre para ella y para su familia. Esto aparte, le fué tan simpático Werther desde el momento en que se conocieron, y llegó a serle tan querido; era tan espontáneo el afecto que los unía y había engendrado tal intimidad el largo trato que medió entre ambos,

que el corazón de Carlota conservaba de ello impresiones indelebles. Se había acostumbrado a contarle todo lo que pensaba, todo lo que sentía. Así pues, la marcha de Werther iba a producir en la vida de Carlota un vacío que nada podía llenar. ¡Ah! ¡Si ella hubiera podido hacerle su hermano, qué feliz hubiera sido! ¡Si hubiera podido casarlo con alguna de sus amigas! ¡Si hubiera podido restablecer la buena inteligencia que antes reinó entre Alberto y él!

Pasó en su mente revista a todas sus amigas y en todas encontraba defectos... ninguna le pareció digna del amor de Werther.

Después de mucho reflexionar, concluyó por sentir confusamente, sin atreverse a confesárselo, que el secreto deseo de su corazón era reservárselo para ella, por más que se decía a sí misma que ni podía ni debía hacerlo. Su alma, tan pura y tan hermosa y hasta entonces tan inaccesible a la tristeza, recibió en aquel momento una herida cruel. La perspectiva de su dicha se disipaba entre las nubes que cubrían el horizonte de su vida.

A las seis y media oyó a Werther, que subía la escalera, preguntando por ella. Al momento reconoció sus pasos y su voz, y su corazón latió vivamente por primera vez, podemos decirlo, al acercarse el joven. De buena gana hubiera mandado que le dijese que no estaba en casa, y cuando le vió entrar no pudo menos de exclamar con visible embarazo y llena de emoción:

— ¡Ah!, habéis faltado a vuestra palabra.

— Yo nada os prometí — repuso él.

— Pero debisteis haber accedido a mis súplicas, atendiendo a que os las hice para bien de ambos.

No reparaba en lo que hacía, ni en lo que decía, y envió por dos amigas suyas para no estar a solas con Werther. Este dejó algunos libros que se había llevado y pidió otros.

Carlota esperaba con afán que sus amigas llegasen; pero un momento después deseaba lo contrario. Volvió la criada y dijo que ninguna de las dos podía complacerla.

Entonces se le ocurrió dar a la criada orden de que se quedase en la habitación inmediata haciendo labor; pero al punto mudó de idea.

Werther se paseaba por la sala con visible agitación.

Carlota se sentó al clave y quiso tocar un minué: sus dedos se resistían a secundar su intento. Dejó el clave y fué a sentarse al lado de Werther, que ocupaba en el sofá su sitio de costumbre.

—¿No traéis nada que leer?— dijo Carlota.

No traía nada.

— Ahí, en mi cajón — prosiguió, — tengo la traducción que hicisteis de algunos cantos de Ossiam. Todavía no la he visto, porque esperaba que vos me la leyeráis; pero hasta ahora no se ha presentado ocasión.

Werther se sonrió y fué por el manuscrito. Al cogerlo experimentó un involuntario estremecimiento: al hojearlo se llenaron de lágrimas sus ojos. Luego, esforzándose para que su voz pareciera segura, leyó lo que sigue:

“¡Estrella del crepúsculo, que resplandeces soberbia en Occidente, que asomas tu radiante faz por entre las nubes y te paseas majestuosa sobre la colina!... ¿qué miras a través del follaje? Los indómitos vientos se han calmado; se oye lejano el ruido del torrente; las espumosas olas se estrellan al pie de las rocas, y el confuso zumbido de los insectos noc-

turnos se cierne en los aires. ¿Qué miras, luz hermosa? Sonríes y sigues tu camino. Las ondas se elevan gozosas hasta ti, bañando tu brillante cabellera. ¡Adiós, rayo de luz dulce y sereno! ¡Y tú, sublime luz del alma de Ossiam, brilla, aparece a mis ojos!

“Vedla; allí asoma en todo su esplendor. Ya distingo a mis amigos muertos; se reúnen en Lora como en mejores días... Fingal avanza como una húmeda columna de bruma; en torno suyo están sus valientes. Ved los dulcísimos bardos: Ulino con su cabello gris; el majestuoso Ryno; Alpino, el celestial cantor, y tú, quejumbrosa Minona. ¡Cuánto habéis variado, amigos míos, desde las fiestas de Selma, donde nos disputábamos el honor de cantar, como los céfiros de primavera, que columpian unas tras otras las susurrantes hierbas de la montaña!

“Se adelantó Minona, en todo el esplendor de su belleza, con la vista baja y los ojos llenos de lágrimas. Flotaba su cabellera a merced del viento que soplabá desde la colina; el alma de los héroes se entristeció al oír su dulce canto; porque habían visto muchas veces la tumba de Salgar, y muchas también la agreste morada de la blanca Colma... de Colma, abandonada en la montaña, sin más compañía que la del eco de su voz melodiosa. Salgar había prometido ir; pero antes de que llegase, la noche se extendía en derredor. Escuchad la voz de Colma, cuando estaba sola, sentada en la roca:

COLMA

“Es de noche: estoy sola, extrañada en la tempestuosa colina. El viento sopla en las montañas. El to-

rente se precipita con estruendo desde lo alto de las rocas. No tengo ni una cabaña que me defienda contra la lluvia, y estoy abandonada entre estos peñascos azotados por la tormenta.

"Rompe, ¡oh, luna!, tu prisión de nubes. ¡Dejadme ver vuestros resplandores, luceros de la noche! Que un rayo de luz me guíe al sitio donde el dueño de mi amor reposa de las fatigas de la caza, con el arco suelto a sus pies, con los perros jadeando a su alrededor. ¡Tendré que permanecer aquí, sola y sentada sobre la roca, encima del torrente? Oigo los rugidos del torrente y del huracán; pero ¡ay! no llega a mis oídos la voz del que amo.

"¿Por qué tarda tanto mi Salgar? ¿Habrá olvidado su promesa? Estos son la roca y el árbol; éstas las espumosas ondas. Tú me prometiste venir aquí al anochecer... ¡Ah! ¿Dónde estás, Salgar mío? Yo quería huir contigo; yo quería abandonar por ti a mi orgulloso padre y a mi orgulloso hermano. Hace mucho tiempo que son enemigas nuestras familias; pero nosotros no somos enemigos, Salgar.

"Guardad un poco de silencio; ¡oh, vientos! ¡Oh, torrente, deja de bramar un rato! Dejad que mi voz resuene por todo el valle, y que la oiga mi viajero. Salgar, yo soy quien te llama. Aquí están el árbol y la roca. Salgar, dueño mío, aquí me tienes; ven... ¿por qué tardas?

"La luna aparece: las aguas, en el valle, reflejan sus rayos; las rocas se esclarecen, las cumbres se iluminan; pero no veo a mi amado. Sus perros, que siempre se le adelantan, no me anuncian su venida. ¡Ah!, Salgar, ¿por qué me dejas sola?

"Pero ¿quiénes son aquellos que se divisan allá entre los arbustos? Hablad, amigos míos... ¡ah! no contes-

tan... ¡qué ansiedad siente mi alma!... ¡Están muertos! Sus cuchillas están teñidas con la sangre del combate. ¡Oh, hermano, hermano mío!... ¿por qué has muerto a mi Salgar? Y tú, mi querido Salgar, ¿por qué has muerto a mi hermano? ¡Os quería tanto a los dos! Estabas tú tan bello entre los mil guerreros de la montaña! ¡Y él era tan bravo en la pelea! Escuchad mi voz y respondedme, amados míos. Pero ¡ay de mí! están mudos, mudos para siempre. Sus corazones están helados como la tierra.

"¡Oh! Desde las altas rocas, desde las cumbres en que se forman las tempestades, habladme vosotros, espíritus de los muertos. Yo os escucharé sin pavor. ¿A dónde habéis ido a reposar? ¿En qué gruta del monte podré encontraros? Ninguna voz suspira en el viento; ningún gemido solloza entre los de la tempestad. Aquí, abismada en mi dolor, anegada en llanto, espero la nueva aurora. Cavad su sepultura, amigos de los muertos; pero no la cerréis hasta que yo baje a ella. Mi vida se desvanece como un sueño. ¿Acaso puedo sobrevivirles? Aquí, cerca del torrente que salta entre peñascos, es donde quiero permanecer con ellos. Cuando la noche caiga sobre la montaña y silbe el viento entre los matorrales, mi espíritu se lanzará al espacio lamentando la muerte de mis amigos. El cazador me oirá desde su cabaña de follaje; mi voz le dará miedo y, sin embargo, le gustará, porque será dulce mientras lllore por ellos. ¡Los quería tanto!

"Así cantabas, ¡oh, Minona, bella y pálida hija de Thorman! Nuestras lágrimas corren por Colma y nuestra alma se torna sombría como la noche.

"Ulino apareció con el arpa y nos dejó oír el canto de Alpino. Alpino fué un cantor melodioso, y el alma

de Ryno era un rayo de fuego. Pero uno y otro yacían en la estrecha mansión de los muertos, y sus voces no resonaban ya en Selma. Un día, al volver Ulino de la caza, antes que los dos héroes hubiesen sucumbido, les oyó cantar en la colina. Su canto era dulce, pero triste. Lloraban la muerte de Morar, el mayor de los héroes. El alma de Morar era gemela de la de Fingal: su espada, semejante a la espada de Oscar. Murió: gimió su padre y los ojos de su hermana Minona se llenaron de lágrimas al oír el canto de Ulino. Minona retrocedió, como la luna esconde su cabeza detrás de las nubes cuando presiente la tempestad. Yo acompañaba con el arpa el canto de dolor.

RYNO

"El viento y la lluvia cesaron ya; las nubes se disipan; el cielo aparece sereno, el sol, caminando al ocaso, dora con sus últimos rayos las crestas de los montes. El torrente enrojecido rueda por el valle. Dulce es el murmullo del río, pero más dulce es la voz de Alpino cuando canta a los muertos. Su cabeza está inclinada por el peso de los años, y sus ojos escaldados por el llanto. Alpino, noble bardo, ¿por qué vagas solitario por la montaña silenciosa? ¿Por qué gimes como el viento en el bosque y como la ola que se rompe en la lejana playa?

ALPINO

"Mi llanto, Ryno, brota por los muertos. Mi voz se eleva por los habitantes de la tumba. Tú eres ágil y esbelto, Ryno; eres bello entre los hijos de la montaña; pero caerás como Morar, y la aflicción irá también a sentarse sobre tu sepulcro. Te olvidarán las colinas, y tu arco abando-

nado penderá de lo alto de la muralla.

"¡Oh, Morar!, tú eras ligero como el corzo que ama la colina, terrible como el fuego del cielo en la obscuridad de la noche; tu cólera era una tempestad; tu espada, un rayo en el combate, tu voz era el rugido del torrente después de la lluvia, el del trueno rodando sobre las montañas. Muchos han caído al golpe de tu brazo; la llama de tu cólera los ha consumido... Pero cuando volvías de la guerra, ¡qué dulce y apacible era tu acento! Tu rostro parecía el sol después de la tormenta; semejaba la luna iluminando una noche serena. Tu pecho era un reflejo del mar cuando se calma el viento que lo agita.

"¡Qué pequeña y sombría es ahora tu morada! Con tres pasos se mide la sepultura del que no ha mucho fué tan grande. Cuatro piedras cubiertas de musgo son tu único monumento. Un árbol sin hojas, altas hierbas que mece la brisa. Eso es todo lo que revela al experto cazador el sitio donde yace el poderoso Morar. Tú no tienes madre ni amante que te lloren: murió la que te dió el ser: murió también la hija de Morglan.

"¿Quién es aquel hombre que se apoya tristemente en un bastón? ¿Quién, aquel hombre cuya cabeza blanquea antes de tiempo, y que no cesa de llorar? Es tu padre, ¡oh, Morar!, tu padre, que no tenía otro hijo. Muchas veces oyó hablar de tu valor, de los enemigos que cayeron a los golpes de tu espada: muchas veces oyó hablar de la gloria de Morar; ¡ay! ¿por qué le contaron también tu muerte? Lloro, desgraciado padre, llora, que tu hijo no te oirá. El sueño de los muertos es muy profundo; su almohada de polvo está muy honda. No se levantará tu hijo para oír tu voz; no se despertará a tus gritos.

¡Ah! ¿Cuándo penetrará la luz en el sepulcro? ¿Cuándo se podrá decir al que duerme en él: "despierta"?

"¡Adiós, noble joven, adiós valiente guerrero! Ya no volverán a verte los campos de batalla; ya el bosque sombrío no se iluminará con el centelleo de tu espada. No has dejado hijos; pero el canto de los trovadores conservará y transmitirá tu pombre a la posteridad. Las edades futuras oirán hablar de tus hazañas y conocerán a Morar.

"La aflicción de los guerreros era profunda; pero los sollozos de Armipo la dominaban. Este canto le recordó la pérdida de un hijo, muerto en la flor de su edad. Carmor estaba junto al héroe: Carmor, el príncipe de Galmal, el de los ecos sonoros.

"¿Por qué suspiras de ese modo?, le dijo. ¿Es aquí donde hay que llorar? La música y el canto que se oyen, ¿no son para reanimar el espíritu, lejos de abatirlo? Ligeros vapores se escapan del lago, invaden el bosque y humedecen las flores: el sol aparece brillante, y los vapores se disipan. ¿Por qué estás tan afligido, ¿oh, Armipo!, tú que reinas en Gorma, que está rodeada de agua?

ARMINO

"Estoy afligido, y tengo motivos poderosos para estarlo. Carmor, tú no has perdido un hijo ni tienes que llorar la muerte de una hija radiante de hermosura. Colgar, el intrépido joven, vive aún, y vive también Amira, la más bella de todas las doncellas. Los retoños de tu raza florecen, Carmor; pero Armipo es el último de una rama seca. Sombrío es tu lecho, Daura; profundo tu sueño en el sepulcro. ¿Cuándo despertarás? ¿Cuándo volverá a resonar tu voz melodiosa? ¡Levantaos, vientos de otoño...

desencadenaos sobre la obscura maleza!... Rugid, torrentes de la selva... Huracanes, arrancad a vuestro paso las encinas... Y tú, ¡oh, luna!, muéstrame y esconde alternativamente tu pálido rostro por entre las rasgadas nubes. Recuérdame la terrible noche en que perecieron mis hijos, en que sucumbió el poderoso Arindal, en que dejó de vivir la amable Daura.

"Daura, hija mía; tú eres hermosa como el astro de plata que esclarece la colina, blanca como la nieve y dulce, dulce como la brisa embalsamada de la mañana.

"Arindal, tu arco era invencible, fuerte tu lanza, poderosa tu mirada, como la nube que rueda sobre las olas: tu escudo parecía un meteoro en el seno de una tempestad.

"Armar, célebre en los combates, solicitó el amor de Daura y bien pronto lo obtuvo, con gran alegría y esperanza de sus amigos. Pero Erath, hijo de Odgal, temblaba de ira, porque su hermano había sido muerto por Armar. Vino disfrazado de batelero; su barca se mecía gallardamente sobre las ondas. Traía el pelo blanco: su semblante era grave y tranquilo. "¡Oh!, tú, la más bella de las jóvenes, amable hija de Armipo, dijo: allí, en una roca, no lejos de la orilla, espera Armar a su querida Daura." Ella le siguió y llamó a Armar; pero el eco sólo contestó a su voz. "Armar, dueño mío, mi bien, ¿por qué me apesadumbra de este modo? Escucha, hijo de Armath, oye mis ruegos... Es tu Daura quien te llama."

"El traidor Erath huyó hacia la tierra riéndose. Daura se deshizo en gritos, llamando a su padre y a su hermano: "Arindal, Armipo, ¿no vendréis ninguno de los dos a salvar a vuestra Daura?"

"Su voz cruzó los mares. Arindal, mi hijo, descendió de la montaña car-

gado con el botín de la caza, con las flechas suspendidas del costado, el arco en la mano y rodeado de cinco perros negros. Distinguió en la orilla al imprudente Erath; se apoderó de él y le ató a un roble con fuertes ligaduras. Mientras, Erath llenaba el espacio de gemidos.

"Arindal se embarca para libertar a Daura. En esto llega Armar, prepara furioso una flecha, silba el dardo y te atraviesa el corazón, y tú, hijo mío, pereces del golpe destinado al pérfido Erath. En el momento en que la barca arribó a la roca, Arindal exhaló el último suspiro. ¡Oh, Daura! La sangre de tu hermano corrió a tus pies. ¡Cuál sería tu desesperación!

"La barca, deshecha contra la roca, se sumergió en el abismo. Armar se arrojó al agua para salvar a Daura o morir. De pronto, una ráfaga de viento baja de la montaña, arremolina el oleaje, y Armar desaparece y no vuelve del abismo.

"Mi desgraciada hija quedaba sin amparo, sola, sobre un peñasco azotado por las olas. Yo, su padre, oía sus lamentos, y nada podía intentar en su auxilio. Toda la noche permanecí en la orilla, contemplándola a los débiles rayos de la luna. Toda la noche estuve oyendo sus clamores. El viento bramaba, el agua caía a torrentes, y la voz de Daura se iba debilitando a medida que se acercaba el día. Pronto se extinguió por completo, como se desvanece la brisa de la tarde entre las hierbas de la roca. Consumida por la desesperación, expiró dejando a Armino solo en el mundo. Ya no existe el que constituía mi poder en la guerra; no existe la que era mi orgullo entre las doncellas.

"Cuando las tormentas bajan de la montaña; cuando el viento del Norte solivianta las aguas, yo me siento

en la ribera, y fijo mis ojos en la funesta roca. Muchas veces, cuando la luna aparece en el cielo, veo flotar en una penumbra luminosa las almas de mis hijos, que vagan por el espacio unidos en abrazo fraternal."

Un torrente de lágrimas, que brotó de los ojos de Carlota, desahogando su oprimido corazón, interrumpió la lectura de Werther. Éste arrojó a un lado el cuaderno, y apoderándose de una de las manos de la joven, vertió también amargo llanto. Carlota, apoyando la cabeza en la otra mano, se cubrió el rostro con el pañuelo. Víctimas él y ella de una terrible agitación, veían su propio infortunio en la suerte de los héroes de Ossian y juntos lo deploraban. Sus lágrimas se confundieron. Los ardientes labios de Werther abrasaron el brazo de Carlota; ella se estremeció y quiso apartarse, pero el dolor y la compasión la tenían clavada en su asiento, como si una mole de plomo pesase sobre su cabeza. Ahogándose y queriendo dominarse, suplicó sollozando a Werther que prosiguiese la lectura; su voz rogaba con un acento celestial. Werther, cuyo corazón latía con tal violencia que parecía querer salirse del pecho, temblaba; cogió de nuevo el libro y leyó con insegura voz.

"¿Por qué me despiertas, brisa de la primavera? Tú me acaricias y me dices: — "Traigo conmigo el rocío del cielo; pero pronto estaré marchita, porque pronto vendrá la tempestad que arrebatará mis hojas. Mañana llegará el viajero; vendrá el que me ha conocido en toda mi belleza; su vista me buscará en torno suyo, me buscará y no me encontrará."

Estas palabras causaron a Werther un profundo abatimiento. Se arrojó a los pies de Carlota en el úl-

timo grado de la desesperación; y cogiéndole las manos, las oprimió contra su frente y sus ojos.

Carlota sintió entonces un vago presentimiento de un siniestro propósito. Turbado su juicio, cogió a su vez las manos de Werther y las colocó contra su corazón. Inclínose hacia él con ternura y sus abrasadas mejillas se tocaron. El mundo desapareció para ellos; él la estrechó entre sus brazos, la apretó contra su pecho y cubrió de frenéticos besos los temblorosos labios de su amada, que susurraban palabras entrecortadas.

—“¡Werther!” — murmuraba ella con voz ahogada y desviándose; — “¡Werther!” — repetía, y con suave movimiento intentaba alejarse. — “¡Werther!” — exclamó por tercera vez, ya con acento digno e imponente.

Él se sintió dominado; la soltó, y se prosternó ante ella, como loco. Carlota se levantó, y, completamente turbada, indecisa entre el amor y la cólera, le dijo:

— Es la última vez, Werther; no volveréis a verme.

Y lanzando a aquel desgraciado una mirada llena de amor, corrió a la habitación inmediata y se encerró en ella. Werther extendió las manos sin atreverse a detenerla. En el suelo, y con la cabeza apoyada en el sofá, permaneció más de media hora.

Al cabo de este tiempo oyó ruido y volvió en sí. Era la criada que venía a poner la mesa. Se levantó y empezó a pasear por la habitación. Cuando volvió a quedarse solo, se aproximó a la puerta por donde había desaparecido Carlota y exclamó en voz baja:

— ¡Carlota! ¡Carlota!, una palabra sola, un adiós siquiera...

Ella guardó silencio. Werther esperó, suplicó; luego se alejó de la puerta gritando:

— ¡Adiós, Carlota... adiós para siempre!

Llegó a las puertas de la ciudad; los guardias, que estaban acostumbrados a verle, le dejaron pasar. Caían menudos copos de nieve. Llegó a su casa cerca de las once.

El criado notó que no llevaba sombrero, pero no se atrevió a decírselo. Le ayudó a desnudarse: toda la ropa estaba calada. Más tarde encontraron el sombrero en un peñasco que descuellaba sobre todos los de la montaña y que parece próximo a desgajarse sobre el valle. No se comprende cómo en una noche lluviosa y oscura pudo llegar a aquel punto sin despeñarse.

Se acostó y durmió mucho tiempo. Al día siguiente, al entrar el criado a llevarle el café, le halló escribiendo. Añadía el siguiente pasaje a la carta para Carlota:

“Esta es la última vez que abro los ojos; la última, ¡ay de mí! Ya no volverán a ver la luz del sol, que hoy se oculta detrás de una niebla densa y sombría. ¡Sí, viste de luto, Naturaleza! Tu hijo, tu amigo, tu amante se acerca a su fin. Carlota, es una cosa que no se parece a nada, y que sólo puede compararse con las percepciones confusas de un sueño, el decirse: — “¡Esta mañana es la última!” Carlota, apenas puedo percatarme del sentido de esta palabra. “¡La última!” Yo, que ahora tengo la plenitud de mis fuerzas, mañana, rígido y sin vida, estaré sobre la tierra. ¡Morir! ¿Qué significa? Ya lo ves; los hombres soñamos siempre que hablamos de la muerte. He visto morir a mucha gente; pero somos tan pobres de inteligencia que, a pesar de cuanto vemos, nunca sabemos nada del principio ni del fin de la vida. En este momento todavía soy mío... todavía soy tuyo, sí, tuyo, que-

rida Carlota; y dentro de poco... ¡separados... desunidos, quizás para siempre! ¡No, Carlota, no! ¿Cómo puedo dejar de ser? Existimos, sí. ¡Dejar de ser! ¿Qué significa esto? Es una frase más, un ruido vano que mi corazón no comprende. ¡Muerto, Carlota! ¡Cubierto por la tierra fría, en un lugar estrecho y sombrío! Tuve yo en mi adolescencia una amiga que carecía de apoyo y de consuelo. Murió y la acompañé hasta la fosa, donde estuve cuando bajaron el ataúd; oí el crujir de las cuerdas cuando las soltaron y cuando las recogieron. Luego, arrojaron la primera palada de tierra y la fúnebre caja produjo un ruido sordo, después más sordo, y luego todavía más sordo, hasta que quedó completamente cubierta de tierra. Me postré al lado de la fosa, delirante, oprimido, con las entrañas conmovidas; pero sin saber nada de mi origen ni de mi porvenir. ¡Muerte! ¡Sépulcro! No comprendo estas palabras.

"¡Oh! ¡Perdóname! ¡perdóname! Ayer... aquel debió ser el último momento de mi vida. ¡Oh, ángel mío! Por primera vez, sí, por primera vez, y sin duda alguna, penetró en mi corazón y lo abrasó este dulce pensamiento: ¡me ama! ¡me ama! Aún me quema los labios el fuego sagrado que brotaba a torrentes de los tuyos; todavía inundan mi corazón estas delicias abrasadoras. ¡Perdóname! ¡perdóname! Sabía que me amabas; lo sabía desde tus primeras miradas, aquellas miradas llenas de tu alma; lo sabía desde la primera vez que estrechaste mi mano. Y, sin embargo, cuando me separaba de ti o veía a Alberto a tu lado, me saltaban febriles dudas.

"¿Te acuerdas de las flores que me enviaste el día de aquella enojosa reunión en que ni pudiste darme la

mano, ni decirme una sola palabra? Pasé media noche arrodillado ante las flores, porque eran para mí el sello de tu amor; pero, ¡ay! esas impresiones se borraron como se borra poco a poco en el corazón del creyente el sentimiento de la gracia que Dios le prodiga por medio de símbolos visibles. Todo perece, todo, pero ni la misma eternidad puede destruir la candente vida que ayer recogí en tus labios y que siento dentro de mí. ¡Me ama! Mis brazos la han estrechado; mi boca ha temblado, ha balbucido palabras de amor sobre su boca. ¡Es mía! ¡Eres mía! ¡Sí, Carlota; mía para siempre!

"¿Qué importa que Alberto sea tu esposo? ¡Tu esposo! No lo es más que para el mundo; para ese mundo que dice que amarte y querer arrancarte de los brazos de tu marido para recibirte en los míos, es un pecado. ¡Pecado!, sea. Si lo es, ya lo expío. Yo he saboreado ese pecado en toda su celestial voluptuosidad. He aspirado el bálsamo de la vida y con él he fortalecido mi alma. Desde ese momento eres mía, ¡eres mía, oh, Carlota! Voy delante de ti; voy a reunirme con mi padre, que también lo es tuyo. Carlota: me quejaré a él y me consolará hasta que tú llegues. Entonces volaré a tu encuentro, te cogeré en mis brazos y nos uniremos a presencia del Eterno: nos uniremos con un abrazo que nunca tendrá fin.

"No sueño ni deliro. Al borde del sepulcro brilla para mí la verdadera luz. ¡Volveremos a vernos! ¡Veremos a tu madre y le contaré todas las cuitas de mi corazón! ¡Tu madre! ¡Tu perfecta imagen!"

A las once llamó Werther a su criado y le preguntó si había regresado Alberto: el criado contestó que le había visto pasar a caballo. Entonces le

mandó una esquela abierta que sólo contenía estas palabras:

“¿Quieres hacer el favor de prestarme tus pistolas para un viaje que he proyectado? Consérvate bueno. Adiós.”

Poco durmió Carlota la noche anterior: se había realizado lo que ella había temido; pero habíase realizado de una manera que nunca pudo ella temer ni presentir. Su sangre pura, que hasta entonces había corrido tranquilamente por sus venas, se agitaba en curso febril. Mil sensaciones distintas conmovían su noble corazón. ¿Era que le abrasaba el seno el calor de las caricias de Werther o que estaba indignada de su atrevimiento? ¿Era que le mortificaba el comparar su situación del momento con su vida pasada, con sus días de inocencia, sosiego y confianza? ¿Cómo presentarse a su esposo? ¿Cómo confesarle una escena de que ella misma no quería darse cuenta, por más que no tuviese nada de que avergonzarse? Mucho tiempo hacía que marido y mujer no hablaban de Werther, y precisamente ella debía romper el silencio para hacerle una confesión no menos penosa que inesperada. Temía que el solo anuncio de la visita de Werther fuese para Alberto una gran mortificación. ¿Qué sucedería cuando supiese todo lo ocurrido? ¿Podría esperar que juzgase las cosas sin pasión, y las viese tales como habían pasado? ¿Podría desear que leyese claramente en el fondo de su alma? Y por otra parte, ¿cómo disimular ante un hombre para quien su pecho había sido siempre un transparente cristal, y a quien ni había ocultado ni quería ocultar nunca el menor pensamiento? Estas reflexiones le abrumaban, abismándola en una cruel incertidumbre, y siempre su pensamiento se volvía

hacia Werther, que la adoraba; hacia Werther, a quien no podía abandonar, a quien era preciso que abandonase y al que, una vez que la perdiese, ya no le quedaría nada.

Aunque la agitación de su espíritu no le permitiese ver claramente la verdad de las cosas, comprendió que pesaba sobre ella la fatal desavenencia que separaba a su marido y Werther; dos hombres tan buenos y tan inteligentes, que empezando por ligeras divergencias de sentimientos, habían llegado a una mutua reserva y a una indiferencia glacial. Cada uno se encerraba en el círculo de su propio derecho y de los errores del otro. La tirantez se había aumentado por ambas partes, y había llegado a ser tal la situación que ya no podía despojarse sin violencia. Si una dichosa confianza los hubiera unido más en los primeros momentos; si la amistad y la indulgencia hubieran abierto sus almas a algunas dulces expansiones, acaso habría sido posible salvar al desgraciado joven. Una circunstancia particular aumentaba la perplejidad de Carlota. Werther, como hemos visto en sus cartas, no ocultó nunca su deseo de dejar el mundo. Alberto había combatido esta idea muchas veces, y con frecuencia había hablado sobre ella con su mujer. Impulsado por una instintiva repugnancia hacia el suicidio, Alberto había sostenido muy a menudo, con una rudeza impropia de su carácter, que semejante resolución no era de hombre serio, y hasta se había permitido alguna burla sobre el asunto, haciendo así que su incredulidad se reflejase un tanto en Carlota. Esto la tranquilizaba un poco cuando en su espíritu aparecían sinietras imágenes; pero eso mismo impedía que participara sus temores a su marido.

No tardó Alberto en llegar, y ella

salió a recibirle con una solicitud no exenta de turbación. Alberto parecía disgustado. No había podido terminar sus negocios por ciertas dificultades, hijas del carácter intratable y minucioso del juez. El mal estado de los caminos había acabado de ponerle de mal humor. Preguntó si había ido alguien durante su ausencia, y su mujer se apresuró a decirle que Werther había estado allí la víspera por la tarde. Informado después de que en su cuarto tenía algunas cartas y paquetes que habían llevado para él, dejó sola a Carlota. La presencia del hombre por quien sentía tanto cariño y tanto respeto, operó una nueva revolución en el espíritu de ésta. El recuerdo de su generosidad, de su amor y de sus bondades, le devolvió el sosiego. Tuvo un secreto deseo de seguirle, y, decidida a ello, hizo lo que hacía muchas veces, ir a buscarle a su cuarto. Le encontró abriendo y leyendo las cartas; algunas parecían preñadas de noticias desagradables. Le dirigió varias preguntas sobre esto, y él contestó lacónicamente, poniéndose luego a escribir.

Durante una hora permanecieron silenciosos, uno enfrente del otro. Carlota se entristecía por momentos. Comprendía que aunque su marido estuviere del mejor humor del mundo, iba a verse apurada para comunicarle lo que sentía su corazón, y cayó en un abatimiento que se hacía más profundo a medida que se esforzaba por ocultar y devorar sus lágrimas.

La llegada del criado de Werther aumentó la turbación que experimentaba. Aquél entregó la carta de su amo, y Alberto, después de leerla, se volvió friamente a su mujer, diciéndole:—"Dale mis pistolas." Dirigiéndose luego al criado, añadió:—"Decid a vuestro amo que le deseo un buen viaje."

Estas palabras produjeron en Carlota el efecto de un rayo. Apenas tuvo fuerzas para levantarse. Se acercó lentamente a la pared, descolgó las armas y las limpió con mano temblorosa. Estaba indecisa, y hubiera tardado largo rato en entregárselas al criado, si Alberto, con una mirada interrogadora, no la hubiese obligado a obedecer al punto. Carlota entregó las pistolas al criado sin poder articular una sola palabra. Así que éste hubo salido, Carlota volvió a coger su labor y se retiró a su cuarto, presa de una turbación espantosa y con el corazón agitado por siniestros presentimientos. Tan pronto quería ir a arrojarle a los pies de su marido y confesarle la escena de la víspera, la turbación de su conciencia y sus terribles temores, como desistía de hacerlo, preguntándose de qué serviría aquel paso. ¿Podía esperar que su marido, atendiendo a sus ruegos, corriese inmediatamente a casa de Werther? La comida estaba en la mesa. Llegó una amiga de Carlota, que sin más objeto que el de verla, y temiendo importunar, quiso retirarse. Carlota la retuvo en su compañía. Esto dió margen a una conversación que animó la comida, y aunque esforzándose, se charló, y al cabo se dió todo al olvido.

El criado de Werther llegó a su casa con las pistolas y las entregó a su amo, que se apresuró a cogerlas al saber que venían de las manos de Carlota. Mandó que le llevaran pan y vino, y encargando después a su criado que fuera a comer, se puso a escribir.

"Han pasado por tus manos: tú misma les has quitado el polvo; tú las has tocado... y yo las beso ahora una y mil veces. ¡Ángel del cielo, tú favoreces mi resolución! Tú, Carlo-

ta, tú eres quien me presentas esta arma destructora: así recibiré la muerte de quien yo quería recibirla. ¡Qué bien me he enterado por el criado de los menores detalles! Temblabas al entregarle estas armas... pero ni un "adiós" me envías. ¡Ay de mí, ni un "adiós"! ¡Acaso el odio me ha cerrado tu corazón por aquel instante de embriaguez que me ha unido a ti para siempre? ¡Ah, Carlota!, el transcurso de los siglos no borrará aquella impresión; y tú, estoy seguro de ello, no podrás aborrecer nunca a quien tanto te idolatra."

Después de comer mandó al criado que acabase de arreglar los baúles. Rompió muchos papeles; salió a pagar algunas cuentas que tenía pendientes, y volvió luego a su casa. Más tarde, a pesar de que llovía, salió otra vez y llegó hasta el jardín del difunto conde de M***, fuera de la población. Estuvo paseándose largo tiempo por los alrededores, y regresó a su morada al anochecer. Entonces se puso a escribir.

"Guillermo: por última vez he visto los campos, el cielo y los bosques. También a ti te doy el último adiós. Tú, madre mía, perdóname. Consuélala, Guillermo. Que Dios os colme de bendiciones. Todos mis asuntos quedan arreglados. Adiós: volveremos a vernos... y entonces seremos más felices."

"Mal he pagado tu amistad, Alberto, pero sé que me perdonas. He turbado la paz de tu hogar; he introducido la desconfianza entre vosotros... Adiós: ahora voy a subsanar estas faltas. Quiera el cielo que mi muerte os devuelva la dicha. ¡Alberto! ¡Alberto!, haz feliz a ese ángel, para que la bendición de Dios descienda sobre ti."

Por la noche aun estuvo revolviendo sus papeles; rompió muchos, que arrojó al fuego, y cerró algunos pliegos dirigidos a Guillermo. El contenido de éstos se reducía a breves disertaciones y pensamientos sueltos, de los cuales no conozco más que parte. A eso de las diez hizo que encendieran lumbre; mandó que le llevaran una botella de vino, y envió a dormir a su criado. El cuarto de éste, como los de todos los que vivían en la casa, se hallaba a gran distancia del de Werther. El criado se acostó vestido para estar dispuesto muy temprano, porque su amo le había dicho que los caballos de posta llegarían antes de las seis de la mañana.

Después de las once

"Todo duerme en torno mío, y mi alma está tranquila. ¡Gracias, Dios mío, por el ardor y la fuerza que me das en mis últimos momentos!

"Me asomo a la ventana, amada mía, y distingo a través de las tempestuosas nubes algunos luceros esparcidos en la inmensidad del cielo. ¡Vosotros no desapareceréis, astros inmortales! El Eterno os lleva en su corazón, lo mismo que a mí. Veo las estrellas de la Osa, que es mi constelación favorita, porque de noche cuando salía de tu casa, la tenía siempre delante. ¡Con qué deleite la he contemplado muchas veces! ¡Cuántas he levantado mis manos hacia ella para tomarla por testigo de la felicidad que entonces disfrutaba! ¡Oh, Carlota! ¡Qué hay en el mundo que no traiga a mi memoria tu recuerdo? ¿No estás en cuanto me rodea? ¿No te he quitado, codicioso como un niño, mil objetos insignificantes que habías santificado con sólo tocarlos?

"Tu retrato, este retrato querido, te lo doy suplicándote que lo conser-

ves. He impreso en él miles y miles de besos, y lo he saludado mil veces al entrar en mi habitación y al salir de ella. Dejo una carta escrita para tu padre, rogándole que proteja mi cadáver. Al final del cementerio, en la parte que da al campo, hay dos tilos, a cuya sombra deseo reposar. Esto puede hacer tu padre por su amigo, y tengo la seguridad de que lo hará. Pídeselo tú también, Carlota. No pretendo que los piosos cristianos dejen depositar al lado de sus cenizas el cadáver de un desgraciado. Quisiera que mi sepultura estuviese a orillas de un camino o en un valle solitario, para que cuando el sacerdote o el levita pasasen junto a ella, elevasen sus brazos al cielo, bendiciéndome, y para que el samaritano la regase con sus lágrimas. Carlota: no tiemblo al tomar el cáliz terrible y frío que me dará la embriaguez de la muerte. Tú me lo has presentado, y no vacilé. Así van a cumplirse todos los deseos de mi vida. Ya ves adónde aspiraban todas las esperanzas de mi vida, a venir a llamar con mano helada a las puertas de bronce de la muerte.

"¡Ah! ¡Si me hubiese cabido en suerte morir sacrificándome por ti! Con alegría, con entusiasmo hubiera abandonado este mundo, seguro de que mi muerte afianzaba tu reposo y la felicidad de toda tu vida. Pero ¡ay! sólo algunos seres privilegiados logran dar su sangre por los que aman, ofreciéndose en holocausto para multiplicar los goces de sus preciosas existencias.

"Carlota: deseo que me entierren con el vestido que tengo puesto, porque tú lo has bendecido al tocarlo. La misma petición hago a tu padre. Prohibo que me registren los bolsillos. Llevo en uno aquel lazo de cinta color de rosa que tenías en el pecho

el primer día que te vi, rodeada de tus niños... ¡Oh! dales mil besos, y cuéntales el infortunio de su desdichado amigo. ¡Cuánto los quiero! Aún les veo agruparse en torno mío. ¡Ay! ¡Cuánto te he amado desde el momento en que te vi! Desde ese momento comprendí que llenarías toda mi vida... Haz que entierren el lazo conmigo... Me lo diste el día de mi cumpleaños, y lo he conservado como sagrada reliquia. ¡Ah! nunca sospeché que aquel principio tan agradable me condujese a este fin. Ten calma, te lo ruego, no te desesperes... Están cargadas... Oigo las doce... ¡Cúmplase mi destino! Carlota... Carlota... ¡Adiós! ¡Adiós!"

Un vecino vió el fogonazo y oyó la detonación; pero como todo permaneció tranquilo, no se cuidó de averiguar lo ocurrido.

A las seis de la mañana del siguiente día entró el criado en la alcoba con una luz, y vió a su amo tendido en el suelo, bañado en sangre y con una pistola al lado. Le llamó, y no obtuvo respuesta. Quiso levantarlo y observó que todavía respiraba. Corrió a avisar al médico y a Alberto. Cuando Carlota oyó llamar, un temblor convulsivo se apoderó de todo su cuerpo. Despertó a su marido y se levantaron. El criado, llorando y sollozando, les dió la fatal noticia: Carlota cayó desmayada a los pies de su marido.

Cuando el médico llegó al lado del infeliz Werther, le halló todavía en el suelo y en un estado deplorable. El pulso latía aún, pero todos sus miembros estaban paralizados. La bala había entrado por encima del ojo derecho, levantándole la tapa de los sesos. Le sangraron de un brazo: la sangre corrió; todavía respiraba.

Unas manchas de sangre que se

veían en el respaldo del sillón demostraban que consumó el suicidio sentado delante de la mesa en que escribía, y que en las convulsiones de la agonía había rodado al suelo. Se hallaba tendido boca arriba, cerca de la ventana, vestido y calzado, con frac azul y chaleco amarillo.

La gente de la casa y de la vecindad, y poco después todo el pueblo, se pusieron en movimiento. Llegó Alberto. Habían colocado a Werther en su lecho con la cabeza vendada. Su rostro tenía ya el sello de la muerte. No se movía; pero sus pulmones producían un espantoso estertor, unas veces casi imperceptible, otras con ruidosa violencia. Se esperaba que de un momento a otro exhalase el último suspiro.

No había bebido más que un vaso de vino de la botella que tenía sobre la mesa. En la de escritorio estaba abierto el libro *Emilia Galotti* (1).

(1) De Lessing. Es la historia de Virginia con nombres modernos.

La consternación de Alberto y la desesperación de Carlota eran indescritibles.

El anciano juez llegó turbado y conmovido. Besó al moribundo, bañándole el rostro con su llanto. Sus hijos mayores no tardaron en reunirse, y se arrodillaron junto al lecho, besando las manos y el rostro de su amigo y demostrando hallarse poseídos del más intenso dolor. El de más edad, que había sido siempre el predilecto de Werther, se colgó al cuello de su amigo, y permaneció abrazado a él hasta que expiró. La presencia del juez y las medidas que tomó evitaron todo desorden. Mandó enterrar el cadáver de noche, a las once, en el sitio que había indicado Werther. El anciano y sus hijos fueron formando parte del fúnebre cortejo: Alberto no tuvo valor para tanto. Llegó a temerse por la vida de Carlota. Werther fué conducido por jornaleros al lugar de su sepultura. No le acompañó ningún sacerdote.

FIN





CREACIONES FEMENINAS DE GOETHE

CARLOTA

(DE "WERTHER")

La primera vez que Werther ve a Carlota le sorprende un admirable espectáculo: una joven de mediana estatura, bellamente conformada y vestida sencillamente de blanco, con lazos color rosa en el pecho y en las mangas, está rodeada de seis niños que tendrán el que más, once años; y el que menos, dos. Les reparte con gran ternura rebanadas de pan, según su edad y apetito, y ellos le dan candorosamente las gracias, uno tras otro. Todos tienden sus manecitas al aire mucho antes de que esté cortado el pan.

Tal fué el puro cuadro familiar en que se le apareció Carlota a Werther, y esa momentánea actitud decide su destino. Carlota es el ideal de la mujer casera y hacendosa, madre de familia antes de tiempo por virtud de seis hermanitos que se ve obligada a educar. No sólo forma el encanto del hogar, sino que representa en él la vigilancia y el orden; no es María la contemplativa, sino Marta la hacendosa, aunque algo tiene también de la primera. Anima su estrecho círculo con jovial y desenfadada actividad. Del vals alado que la arrebató a la tierra, pasa sin esfuerzo a las compotas y a la colada, y tras de soñar con el libro de un poeta, se va tranquilamente a acostar a los niños.

Idealiza con su gracia el ajuar; las rebanadas que distribuye a sus chicuelos son como hostias de una comunión maternal; el canario que picotea en sus labios la migaja de pan, es un pajarillo legendario, y el árbol de Noél cuyas bujías enciende, se cubre de estrellas.

Como la princesa del cuento de Perrault, Carlota puede regalar a su novio el anillo nupcial dentro una tarta amasada por sus propias manos.

De esta tierna criatura se exhala, sin embargo, la terrible pasión que consume al noble Werther, y de este hogar tranquilo surge la llama que le devora.

Se enamora de ella a primera vista, y la pasión le embriaga como vino generoso, elevándole a regiones inefables en que el placer y el dolor se confunden en síntesis suprema de la vida humana.

¿Ama la tierna Carlota al pobre Werther? ¿Se convierte la fraternal amistad que le manifiesta en amor, furtivamente acariciado en su seno? ¿Le compara alguna vez con su marido, como el sueño porque suspiramos con la realidad aceptada por resignación? El libro apenas alza el velo en que se envuelve esta alma púdica. Indudablemente, Carlota es inseducible. El deber informa su naturaleza y su rectitud la defiende de la menor fragilidad. Antes que rendirse, moriría. Mas, aunque su virtud es incorruptible, ama la poesía y la música, y su imaginación abriga bellos ensueños. Su vida anda, pero su alma vuela.

Werther personifica sus aspiraciones ideales; le parece la concreción de los versos de que ella gusta y de las melodías que toca en el clavicordio.

Cuando este vago amor se precisa con los rasgos de pasión violenta, Carlota se asusta y se reprocha el no haberlo rechazado desde el primer momento; retrocede ante la hoguera que encendió sin querer, pero un secreto hechizo la lleva de nuevo al círculo de su embeleso, y en la última entrevista con Werther cae un instante en sus brazos, entre forzada y gustosa, mas presto se arranca de él y, turbada,

temblando entre la cólera y el amor, le dice: "Esta es la última vez, Werther; no me veréis más." Y, tras de mirarle un instante con amor, corre a su cuarto y se encierra en él.

En efecto, no vuelven a verse, puesto que Werther se suicida a la siguiente noche. La muerte lo hace ya para Carlota irresistible e inolvidable, y su trágico espectro va a encarnarse en su vida.





MARGARITA

(DE "FAUSTO")

Esta admirable creación goethiana simboliza todas las fragilidades, toda la natural confianza y el tierno descuido de la doncella abandonada a los ataques de la tentación. Su ignorancia es la patética marca de la fatalidad, y continúa siendo pura aun después de su caída. El hombre ve en esta frágil criatura la eterna víctima de su concupiscencia, y la mujer, la viva imagen de las miserias de su destino. Infinidad de doncellas caídas oscuramente reviven en Margarita con existencia ideal, prestando a sus quejas poético acento; y en las inmortales escenas de aquella leyenda, toman cuerpo el júbilo y el pesar, el arrepentimiento y las ilusiones de tan infelices criaturas.

La inocente Margarita se siente en seguida fascinada por el deslumbrante y apuesto galán que, rendido, le sale al paso y le ofrece cortesantemente el brazo para acompañarla, lisonjeando al mismo tiempo su oído. Le rechaza primero, pero pronto se rinde al tesón y belleza de Fausto. En la escena del jardín descubre ella toda su alma, su alma profunda y su limitada inteligencia, su carácter candoroso y encogido, gracioso y vulgar. Se asombra de que Fausto quiera besar sus manos, agrietadas con la incesante labor, y le cuenta el tráfigo trivial de su pobre existencia. Ignora en absoluto la

coquetería y se muestra a su amante sucia con el polvo del barrido y la ceniza del hogar.

Vedla al claro de luna, pensativa y seria, consultando, cual joven sibila del amor, a la florecilla de su nombre. "¡Me ama!", ha respondido ésta, y ya no resiste más. Fausto le arrebató el alma con el primer beso.

Pero Margarita, apenas rendida, es abandonada. En la escena siguiente ya se la ve triste, en su cuarto, sentada ante el torno, inocente aún, pero ya ajada. Canta una dulce elegía que cuadra muy bien con su desventura mientras hace girar el huso.

El último coloquio amoroso, antes de sucumbir, es el más bello y conmovedor. La humilde e ingenua Margarita pregunta a Fausto si cree en Dios, y él le da aquella sublime respuesta en la que la idea divina, rompiendo todo dogma, toda fórmula estrecha, se confunde con lo infinito. Ella, que no en vano es hija de un país envuelto en brumas de ensueño, le contesta: "¡Qué buenas y qué bellas cosas! El cura dice, poco más o menos, lo mismo, aunque con otras palabras." En esta escena descubre también Margarita su innata pureza con el horror instintivo que le inspira Mefistófeles, aunque no por eso ha de librarse de su maleficio. Da a beber a su madre un veneno que la mata, creyendo que era un simple narcótico.

Su secreta falta va a convertirse pronto en vergüenza pública. En su seno agítase el fruto de sus amores. Yendo un día por agua a la fuente, le despedaza el alma la chismería de unas vecinas mofándose de otra que se dejó seducir.

La pobre pecadora implora sollozando a la Virgen de los Dolores y le ofrece unas flores que ha regado con sus lágrimas. La muerte de su hermano, que cae herido por Fausto en la desierta calleja, la sume más y más en el abismo del dolor, pues su último aliento es para maldecirla por su falta. El espíritu del mal va infundiendo en su alma la desesperación y, llegado el apurado trance, en un acceso de locura comete el infanticidio. Condenada a muerte, aguarda en la cár-

cel la hora del suplicio, y Fausto y Mefistófeles apenas llegan a tiempo de libertarla. Loca de remordimiento, le parece ver a su hijo sumergiéndose en las negras aguas del estanque. "¡Sálvalo, sálvalo!", le dice a su amante. En su angustioso delirio, se resiste a ser libertada, al convencerse de que Fausto ya no la quiere. La vista de Mefistófeles, que asoma su diabólico perfil por la puerta de la prisión, la hiela de espanto, y con los ojos cerrados, juntando las manos y estremecida de santo horror, se arroja delirante en brazos de la muerte, diciendo: "¡Justicia divina, a ti me abandono!"

"Ya está juzgada", dice Mefistófeles arrastrando a Fausto fuera de la prisión.

"Ya está salvada", dice una voz en lo alto.

Pero Goethe le reserva mayor gloria, pues remata con ella su obra, como un ángel en la aguja de un campanario colosal. En el maravilloso epílogo del poema, Margarita, que no comprende el Cielo sin su amado, no sólo aparece redimida y santificada, sino que a su vez redime a Fausto, llevándole en su seguimiento hacia la luz eterna.

Este grandioso desenlace no puede ser más profundamente religioso, pues la extrema ignorancia (Margarita) muestra por el amor a la suprema ciencia (Fausto) la Verdad, introduciendo a su amado en el seno de Dios.





D O R O T E A

(DE "HERMÁN Y DOROTEA")

Retumba lejano el trueno de la guerra y la invasión en-tristece y amenaza el tranquilo valle. A lo largo de la pol-vorienta carretera desfilan los emigrados, arrojados de sus viviendas por el enemigo: mujeres, niños, enfermos, viejos, en miserables carretas atestadas de muebles y utensilios que pu-dieron salvar del saqueo. Hermán, enviado por sus padres, ricos labriegos, va a llevar ropa y provisiones a los fugitivos. Es el tipo del mancebo rústico y viril. El padre sueña con un rico casamiento para él, pues dice que la mujer pobre acaba por ser despreciada del marido, que mira como a una sir-vienta a quien ha entrado en su casa como tal, con un simple lío bajo el brazo.

Camino de la nueva carretera, halla Hermán un carro tirado por bueyes, y junto al carro va con paso firme una joven que lo dirige hábilmente con una aguijada. Apenas le ve, va hacia él muy serena y le cuenta que, aunque no está acostumbrada a solicitar limosna del extranjero, la necesidad la fuerza a pedirle un favor. Sobre la paja del carro yace la mujer de su amo recién parida, a la cual, encinta como estaba, ella salvó con la carreta y los bueyes; lleva el niño desnudo en sus brazos, y la muchacha pide a Hermán, si es de aquellos lugares, una poca ropa que no le sirva y una limosna por

amor de Dios. Él le ofrece el lio de ropa que le diera su madre y ella le desea que Dios le devuelva el bien que les hace por su mano.

Tal es el primer encuentro de Hermán y Dorotea. La doncella que reinará en él desde ahora, acaba de aparecer, pues es de los que sólo aman una vez en la vida. Cree ver reunidas en ella las gracias de la virgen y las virtudes de la esposa, la bondad y la belleza, la fuerza y el valor, el instinto maternal y la elegancia rústica. Henchido de esta imagen, desdeña a la burlona hija del ricacho que su padre quisiera darle por mujer. Éste se irrita y le dice que no admitirá por nuera una vaquera, una villana... La madre dice al marido estas prudentes palabras que debieran tener siempre presentes los padres: "Eres injusto con él... Así no lograrás el bien que deseas... Es imposible amoldar a los hijos a nuestro gusto... Hay que amarlos como Dios se sirvió concedérselos, educarlos lo mejor posible y, luego, que haga cada cual lo que mejor le parezca." Apoyan a la madre el Pastor y el boticario, que se ofrecen a acompañar a Hermán a ver a los emigrados e interrogar acerca de la desterrada a sus conocidos. El viejo se deja enternecer y cede al fin con gruñona bondad, consintiendo en que le lleven aquella nuera, si Dios lo quiere, y si no, que su hijo la olvide pronto.

Los informes de Dorotea no pueden ser mejores. No tarda Hermán en verla cerca de la fuente, mostrándose a sus ojos con toda su casta y briosa hermosura. Ante todo, es alemana de pies a cabeza. Conserva los rasgos dominantes de la raza, el profundo candor, la actividad laboriosa, la decidida aceptación de todas las esclavitudes del deber. Sorprendida en la granja por una cuadrilla de ladrones, la emprende a sablazos con ellos, mata a uno, hiere a cuatro y pone en fuga al resto. Su belleza respira salud. Es alta, fornida y rolliza, con gruesas trenzas rubias; la gracia ablanda su recia figura prestándole flexibilidad, y el pudor la colora. La heroína de ocasión torna a ser luego una virgen hechicera. Saluda con amable frase a su bienhechor. Hermán le pide de

beber, ella acerca el cántaro a sus labios, y en aquel agua cristalina bebe el mozo la pura embriaguez del amor. Es deliciosa toda esta escena de la fuente.

Desde este instante Hermán y Dorotea no se separan más. El resto del idílico poema es sólo el curso del novio conduciendo a su novia a la casa paterna. Dorotea ignora todavía la suerte que la aguarda; sus claros ojos, donde brilla la pureza, han detenido la amorosa declaración en los labios del prudente mozo. Cuando éste le propone substituir junto a su madre a la hija que ha perdido, ella se figura que la toma de sirvienta y acepta sencillamente por generosidad, sin que su recto corazón se sienta humillado con la idea de la servidumbre. No quiere que él le lleve uno de los cántaros porque quien ha de mandarla no debe servirla, y la mujer sólo sirviendo alcanza la autoridad merecida y que se le debe en casa. Así discurre, sin sospechar que cada frase suya añade una flor a la corona de esposa que ceñirá pronto su frente. Se despide de los emigrados, para quienes ha sido una Providencia; la besan las mujeres, la bendicen los ancianos y los niños se cuelgan de su faldellín, pues no quieren que se vaya. Cuando vuelven a caminar solos, Dorotea pregunta al mancebo por el carácter de sus padres para saber cómo merecer su afecto, y añade ingenuamente: "Pero ¿quién me dirá cómo debo portarme contigo, el hijo único de la casa y muy pronto mi amo?" A lo cual le contesta Hermán: "Deja que te lo diga el corazón y sigue sus voces."

Llegados a casa, la franca hermosura de la extranjera regocija al anciano padre, que la recibe con joviales muestras de cariño, cual se debe a la prometida de su hijo; mas la altiva doncella, que imagina entrar en la casa como sirvienta, cree que el viejo se burla del oculto amor que ella siente por el hijo y, llena de rubor, quiere partir, volver con sus pobres amigos, a los que dejó sumidos en la desgracia mientras ella elegía para sí la mejor parte. Confiesa que, yendo hacia allí con Hermán, le halagaba la esperanza de merecerle haciéndose indispensable en la casa, pero ahora reconoce los peligros a

que se exponía, viviendo con el hombre rico a quien amaba en secreto, por muy virtuosa que fuera. Mas por fin se cerciora de que la aguardaban como hija, como reina; Hermán pone en su frente el beso nupcial, los padres la abrazan llorosos y el Pastor quita de la mano de los viejos los anillos de boda y los pasa a los dedos de los enamorados. Con modestia conmovedora en medio de su inmensa dicha, que se traduce en gozosas lágrimas, Dorotea pide a Dios que el primer pesar que les ha causado, en su turbación, sea también el último, y jura cumplir fielmente como hija el oficio a que se obligaba como sirvienta.

Dorotea, con su inagotable afecto y su absoluta abnegación, simboliza a la doncella alemana.



Goethe, poeta

LA leyenda del Doctor Fausto comenzó a extenderse en Inglaterra y Alemania hacia fines de la Edad Media, y aun a hacerse popular por medio de representaciones continuas en los teatros de polichinelas. El inglés Marlowe compuso un drama, fiel a la leyenda católica, en el cual Fausto es condenado a las penas perpetuas, como símbolo del libre examen, quedando así proclamadas la ignorancia piadosa y la confiada inocencia como únicas dignas de los favores celestes. El pintor Müller escribió en alemán la Vida de Fausto puesta en drama, y después, Soden y Lessing acabaron de hacer popular la leyenda en Alemania, donde Goethe la vio representar varias veces en los teatros de polichinelas, comenzando a bosquejar algunas escenas de su obra en 1774, último año que pasó en Francfort, su ciudad natal.

Sin embargo, su poema difiere enormemente de la leyenda, aunque es innegable la influencia de ésta en él, como ocurre siempre en las máximas obras de arte. Uno y otra son símbolos semejantes de ideales distintos, habida cuenta de la diferencia de los tiempos. Lo cierto es que el Fausto de Goethe acabó con el héroe legendario, debido a que, así como éste es forma algo indeterminada en la que la inspiración del espíritu colectivo moldea las ansias y dolores del alma pecaminosa en su lucha y derrota ante las tentaciones del mundo, la creación del poeta alemán se halla revestida de pasiones y deseos, precisando de una manera concreta los anhelos y tormentos de la conciencia humana.

La magistral obra de Goethe combina armoniosamente, con arte peregrino, elementos tan diversos como lo legendario, lo personal de su genio, el escepticismo supersticioso del siglo XVIII y los sentimientos colectivos. Esto es lo que hace la grandeza del "Fausto" goethiano.

Lo simbolizado en él, ahonda sus raíces en algo perdurable, y no envejece porque, a más de ser bellísima la plasticidad del poema y eterno su asunto, el protagonista personifica a Goethe, que, a su vez, sintetiza a su siglo y ve y siente como nadie la lucha inextinguible de la humana conciencia en su insaciable anhelo de lo infinito.

"Fausto" es la eterna pugna de la humanidad con su suerte, el deseo atormentador de inmortalidad y de sabiduría... Cuantos hayan experimentado el cansancio de la vida y las ansias de lo imposible, los tormentos de la fe perdida o vacilante, sentirán reflejada su alma en la de aquel doctor tan docto que ya no le acosaban escrúpulos ni dudas, que no temía al diablo ni al infierno y que, por saber tanto, había perdido todos los encantos de la vida.

A lo personal e íntimo une Goethe, en la trama de su poema, lo universal y eterno, y de ahí la trascendencia de su creación. Por eso se ha dicho de esta obra magistral que es la Biblia poética de la época moderna, no tanto por el talento y el arte desplegados en ella como por los problemas que suscita, siendo el más capital la conciliación del natural instinto con el espíritu culto (las dos almas del doctor Fausto). Unir lo personal con lo universal es el secreto del arte, y esto es lo que ha hecho Goethe con su obra magna.

Margarita y Elena son expresiones alegóricas del amor cristiano y pagano, respectivamente, redimidas ambas en el poema, de una manera simbólica, por el "eterno femenino", que representa el concierto entre lo real e ideal, aproximando en misterioso maridaje la carne, embellecida por el amor, al espíritu, fecundado por la Naturaleza.

La muerte de Fausto cuando ha agotado todos los goces de la vida sin ver satisfecho su eterno anhelo, y su perdón final por las oraciones de la santificada y siempre amorosa Margarita, ponen término al grandioso poema, significando con ello que el amor sublima al alma y la emancipa de lo bajo y ruin.

FAUSTO

POR

J. W. GOETHE

Grabados en madera de J. RIU



EDICIÓN ESPECIAL DEL
ALMANAQUE ROSA

DEDICATORIA

Visiones flotantes que en mis juveniles años os presentasteis a mi turbada vista ¡podré, ahora que reaparecéis, sujetaros a mi voluntad? Aun se siente mi corazón con fuerzas bastantes para llevar a cabo esta original empresa. ¡Acudis en tropel! ¡Nada tengo que objetar; reinad soberanamente desde el seno de los vapores diáfanos y de las nubes, toda vez que como reinas os erguís a mi alrededor! Al aspirar el mágico aliento que exhala vuestro cortejo, renacen en mi corazón los transportes de la juventud.

¡Os acompañan las imágenes de días placenteros y multitud de sombras queridas! A vuestro paso, reaparecen, semejantes a una tradición antigua y casi olvidada, la amistad y el primer amor; la amargura se renueva; el llanto sigue otra vez el torcido y escabroso camino de la vida y pronuncia los nombres de los seres virtuosos que, engañados con la esperanza de un porvenir feliz, han desaparecido antes que yo.

¡Aquellas almas a las cuales dediqué mis primeras melódicas armonías, ya no pueden escuchar mis postreros cantos! Aquella multitud que con tanta benevolencia me escuchaba, en polvo, en misero polvo se ha convertido; ¡ay de mí! ahora canto para una multitud que no me comprende: sus alabanzas lastiman mi corazón: si algunos quedan de aquellos que escuchaban con buena voluntad mis poesías, errantes y dispersos andan por el mundo.

Un ardor, que no he sentido en muchos años, me cautiva y me impele hacia la callada y grave mansión de los espíritus. Mi canto lastimero, como el arpa de Éolo se mece, en lo presente, entre vagas melodías. Me estremezco. Al llanto sigue el llanto. Siento cómo se enternece y derrite mi inflexible corazón. Lo que es, lo veo en lontananza: lo que fué, se presenta a mis ojos como una realidad.



PRÓLOGO

En el Teatro

EL DIRECTOR, EL POETA DRAMÁTICO, UN GRACIOSO

DIRECTOR. Vosotros que, tanto uno como otro, me habéis amparado muy a menudo en la necesidad y la aficción, decidme lo que en Alemania esperáis de esta nuestra empresa. Bien quisiera yo complacer a la multitud, principalmente porque ella vive y deja que también los demás vivan. Levantados están los postes y las tablas y todos aguardan una gran fiesta. Ya se halla la gente sentada, tranquila, con los ojos muy abiertos, propensa a la admiración. Yo sé la manera de cautivar el espíritu del pueblo, y, no obstante, nunca me he visto más inquieto: verdad es que éste no se halla acostumbrado a obras maestras, pero ha leído muchísimo. ¿Cómo nos las compondremos para que todo sea fresco y nuevo, agradable y consistente al mismo tiempo? Porque me gusta ver a la muchedumbre cuando sus oleadas se precipitan a nuestra

barraca y, tras violentos y repetidos esfuerzos, penetra con grandes fatigas por la angosta puerta, en pleno día, aun antes de las cuatro; me encanta ver a la multitud pugnar y empujarse hacia las taquillas, dispuesta a matarse por un billete, como por un pan, en tiempo de hambre, a la puerta de las panaderías. Sólo el poeta hace este milagro en espíritus tan diversos. Sirvete, ¡oh amigo mío!, hacerlo en este día.

EL POETA. ¡Ay! No me hables de esa muchedumbre confusa, a cuyo aspecto la inspiración nos abandona. Ocúltame ese gentío flotante, que nos arrastra, contra nuestra voluntad, en el torbellino. Si, llévame al secreto asilo del cielo, donde sólo para el poeta florece una alegría pura, donde la amistad y el amor producen y sostienen, bajo la mano de los dioses, la felicidad de nuestro corazón.

Lo que entonces surge en el fondo

del alma, lo que los labios han enpezado a susurrar tímidamente para sí solos, todo eso, bueno o malo, se lo lleva y lo devora el rápido momento. Muchas veces, la obra, no parece en su cumplida forma hasta haber pasado al través de las edades. Lo que brilla, ha nacido para el momento; lo verdaderamente bello no se pierde para la posteridad.

EL GRACIOSO. ¡Si al menos pudiese yo no oír hablar de la posteridad! Supongamos que también se me antojara a mí hablar de ella; ¿quién haría reír a los contemporáneos? La presencia de un buen compañero, creo que ya es algo. Al que sabe comunicarse agradablemente, no le ofenderán en nada los caprichos del pueblo. Aquél desea una gran concurrencia, para estar más seguro de conmoverla. Sed, pues, admirable y presentaos como modelo; haced que hable la imaginación, con todo su cortejo de prudencia, ingenio, pasión y sentimiento; pero, creedme, no os olvidéis de la locura.

EL DIRECTOR. Y sobre todo, muchos acontecimientos. La gente acude por el espectáculo; le gusta, más que nada, ver. Si ante los ojos pasan muchas cosas, de manera que la multitud tenga para mirar y con qué extasiarse, pronto conseguiréis gran fama, seréis hombre querido. Por la cantidad podréis arrastrar a las masas. En fin, cada cual busca algo que le convenga: quien mucho aporta, aportará a cada uno su parte, y todos saldrán de la función satisfechos. Dad una obra, pero en fragmentos. Un plato de esa especie os saldrá bien, y se sirve tan fácilmente como se imagina. ¿Qué importa que produzcaís un conjunto, si el público ha de desmenuzarlo!

POETA. ¡No advertís cuán miserable es semejante oficio, cuán poco cua-

dra al artista verdadero! Veo que el escote de esos caballeros es proverbial entre vosotros.

DIRECTOR. Semejante reproche no reza conmigo. El hombre que se propone trabajar bien, debe aspirar a la mejor herramienta. Pensad que tenéis que cortar leña tierna y ved para quién escribís. Si a uno le mueve el tedio, otro viene harto de una copiosa comida; y lo peor de todo es que muchos acaban de leer el periódico. Llegan a nosotros distraídos, como el que va a una mascarada, y la simple curiosidad les pone a todos alas en los pies. Las damas exhiben sus personas y sus vestidos; representan de acuerdo con nosotros, sin sueldo. ¿Qué pensáis en vuestra dignidad de poeta? ¿Qué gusto puede daros un teatro lleno? Observad de cerca a nuestros aficionados: la mitad son fríos; la mitad, groseros. Uno, después de la función espera una partida de naipes; otro, una noche de libertinaje en brazos de una amante. ¡Pobres locos! ¡A qué imoportunar para tales propósitos a las amables Musas! Os lo repito: dad más y más, cada vez más; así nunca podréis apartaros del objeto. Pero procurad intrigar a la gente: satisfacerla es difícil. ¿Qué tenéis, éxtasis o dolor?

POETA. ¡Búscate otro lacayo! ¡Cómo! Por complacerte, ¿va a sacrificar indignamente el poeta el derecho supremo, el derecho que, como hombre, recibió de la Naturaleza? ¿Cómo logra agitar todos los corazones, triunfar de los elementos todos? ¿No se lanza de su seno con la armonía y enlaza el universo con su corazón? Cuando Natura, dando vueltas indiferente entre sus dedos al hilo eterno, lo enrolla en el huso; cuando la confusa multitud de todos los seres resuena revuelta con discordancia,

¿quién divide esa corriente, uniforme siempre, vivificándola para que se mueva con armonía? ¿Quién llama al individuo a la consagración universal, donde vibra con magníficos acordes? ¿Quién desencadena el huracán de las pasiones? ¿Quién enciende los fuegos del crepúsculo en el pensamiento sensato? ¿Quién siembra todas las bellas flores primaverales a los pasos de la amada? ¿Quién trenza con vulgar follaje coronas de gloria para todos los merecimientos? ¿Quién afianza el Olimpo y reúne a los dioses? El poder del hombre manifestado en la poesía.

GRACIOSO. Así, pues, emplea sus buenas facultades y conduce los asuntos poéticos como se conduce una aventura amorosa. Se acerca uno por casualidad, se conmueve, se queda, y poco a poco se compromete; la felicidad va en aumento; luego, se la ataca, nos la arrebatan, sobreviene el dolor y, sin enterarnos, tenemos ya una novela. Demos un espectáculo parecido. Entrad de lleno en la vida humana. Todos pasan por ella, pero muy pocos la conocen. Por dondequiera que se la tome, interesaremos. Con imágenes variadas, escasa claridad, muchos errores y una chispa de verdad, se compone el mejor brebaje, que refresca y restaura a todo el mundo. Entonces, se reúne ante vuestro poema la más bella flor de la juventud y presta oídos a esta revelación; y todos los corazones tiernos sacan de vuestra obra un melancólico alimento; uno tras otro se conmueven y cada cual ve lo que lleva en el corazón. Y aun siguen dispuestos a reír y a llorar; admiran una vez más el vuelo del ingenio, se complacen en la apariencia. Para el hombre maduro no se puede producir nada bueno; pero un adolescente nunca será ingrato.

POETA. Devuélveme, pues, los tiempos en que también yo era adolescente; en que brotaba de mi corazón una fuente inagotable de cantos nuevos; en que unas nubes me velaban el mundo; en que aun prometía maravillas el capullo; en que yo recogía las mil flores que llenaban todos los valles con sus tesoros. Yo no tenía nada, y, sin embargo, estaba satisfecho. Tenía la sed de la verdad y el placer de la ilusión. Devuélveme las indómitas inclinaciones, la dicha profunda y dolorosa, la fuerza del odio, el poder del amor; ¡devuélveme la juventud!

GRACIOSO. ¡La juventud!... Podrás necesitarla, amigo mío, si los enemigos te cercan en las batallas; si encantadoras jóvenes se te echan con ardor al cuello; si la corona de la rápida carrera te llama lejos de la meta difícil de alcanzar; si, tras el torbellino de la danza impetuosa, te pasas las noches en festines; pero hacer vibrar con fuerza, con gracia, los acordes de una lira maestra; avanzar, con amables rodeos, hacia un fin que uno mismo ha fijado, ¡oh ancianos!, esa es vuestra misión, y no por ello os respetamos menos. La vejez no hace caer en la infancia, como suele decirse, sino que nos encuentra aún verdaderos niños.

DIRECTOR. Ya hemos cambiado bastantes palabras: haced que al fin vea también obras. En vez de tantos cumplidos, podríamos hacer algo útil. ¿A qué hablar de inspiración, si nunca se muestra a los indecisos? Os las echáis de poeta; ¡pues bien, mandad a la poesía! Sabéis lo que necesitamos; nuestros estómagos piden platos fuertes; preparádnoslos ahora mismo. Lo que no se haga hoy, no se hará mañana, y no hay que perder un solo día. La resolución debe coger súbita y valientemente lo posi-

ble por los cabellos y no dejarlo escapar, prosiguiendo su obra porque es necesario. Ya sabéis que en nuestros escenarios alemanes cada cual ensaya lo que se le antoja; por consiguiente, no me escatiméis hoy ni las decoraciones ni las máquinas; poned en juego la grande y la pequeña lu-

minaria del cielo; podéis prodigar las estrellas; el agua, el fuego, las rocas, los animales, las aves, no faltan. Recorred, en la estrecha barraca, todo el círculo de la creación, y, con carrera rápida y circunspecta, pasad, a través del mundo, del cielo al infierno.





PRÓLOGO

En el cielo

EL SEÑOR, LAS LEGIONES CELESTES; luego, MEFISTÓFELES

Adelántanse los tres arcángeles

RAFAEL. Une el sol su antigua armonía a los himnos rivales de sus hermanas las esferas, y efectúa su carrera prescrita con la rapidez del rayo. Su aspecto da fuerza a los ángeles, aunque ninguno pueda profundizarlo. Las obras sublimes, incomprensibles, son tan admirables como el primer día.

GABRIEL. Y con velocidad inconcebible gira la tierra magnífica; y la luz del paraíso alterna con la tétrica y horrible noche; espumea el mar en anchas olas que se estrellan en la profunda base de las rocas; y rocas y mares son arrastrados en la veloz y eterna carrera de las esferas.

MIGUEL. Y rugen a porfía las tempestades, del mar a la tierra y de la tierra al mar, y en su furia forman a su alrededor una cadena de estragos. El rayo devastador fulgura precediendo al trueno. Entretanto, tus mensajeros, Señor, adoran la apabible marcha de tu día.

LOS TRES JUNTOS. Tu presencia da fuerza a los ángeles, aunque ninguno pueda profundizar en ti, y todas tus sublimes obras son tan admirables como el primer día.

MEFISTÓFELES. ¡Oh Maestro!, ya que te dignas acercarte de nuevo, e inquirir cómo marcha todo entre nosotros, y que además solías verme con agrado, sigue viéndome entre los tuyos. Perdóname, yo no sé pronunciar grandes frases; y aunque toda la concurrencia se burlara de mí, mi énfasis te haría reír seguramente, si no hubieses perdido la costumbre de reír. No sé qué decir del sol y de los mundos: sólo veo que la humanidad se atormenta. El dioscecillo del mundo sigue siendo de la misma índole, tan extraño como el primer día. Llevaría una vida algo mejor si no le hubieras dado tú el reflejo de la luz celeste; la llama razón y no la emplea sino para mostrarse más brutal que el bruto. Con permiso de Vuestra Señoría, se

me antoja como una de esas cigarras de largas patas, que siempre vuela y al volar salta, y que canta sin tregua en la hierba su vieja canción. ¡Y si al menos pudiese aquél quedarse en la hierba!... Pero husmea en todo lo inmundado.

EL SEÑOR. ¡No tienes nada más que decirme? ¡Has de venir siempre a acusar? ¡No hay, según tú, nada bueno en la tierra?

MEFISTÓFELES. No, Señor: como siempre, me parece que las cosas van allí muy mal. Los hombres me dan lástima por su miserable vida, y ni siquiera tengo valor para atormentar a tan pobre gente.

EL SEÑOR. ¿Conoces a Fausto?

MEFISTÓFELES. ¿El doctor?

EL SEÑOR. ¡Mi siervo!

MEFISTÓFELES. ¡Pues en verdad que os sirve de muy extraño modo! El muy insensato no usa bebida ni alimento terreno; la inquietud le impele al espacio; sabe a medias su locura; pide al cielo las más hermosas estrellas y los más sublimes goces a la tierra, y nada de cuanto tiene cerca ni nada de lo que está lejos satisface en modo alguno su corazón, hondamente agitado.

EL SEÑOR. Si me sirve hoy, por muy extraviado que esté, pronto he de conducirlo a la luz. El jardinero sabe de sobra, cuando verdea el arbusto, que los años siguientes se adornará de flores y frutos.

MEFISTÓFELES. Apostemos a que también perderéis éste, si me permitís llevarlo poco a poco por mi camino.

EL SEÑOR. Por mucho que él viva en la tierra, en todo ese tiempo no te lo he de prohibir. El hombre se extravía siempre que quiere.

MEFISTÓFELES. En ese caso, os

doy las gracias, pues nunca atacaré gustoso a los muertos. Me gustan sobre todo las mejillas frescas y llenas; para los cadáveres no estoy en casa; sucede conmigo lo que con el ratón y el gato.

EL SEÑOR. ¡Bueno! Te lo dejo. Desvía ese espíritu de su primera fuente; si puedes apoderarte de él, llévalo por tu senda, y queda confundido cuando hayas de reconocer que, con su instinto ciego, un hombre bueno sabe distinguir el camino recto.

MEFISTÓFELES. ¡Muy bien! Pero eso no dura mucho tiempo. Nada me preocupa mi apuesta. Si me salgo con la mía, permitidme triunfar alegremente: quiero que coma el polvo, y con fruición, como mi prima la famosa serpiente.

EL SEÑOR. También para eso tienes completa libertad. Yo no he odiado nunca a tus semejantes. De todos los espíritus que niegan, el astuto es el que menos me molesta. La actividad del hombre puede adormecerse muy fácilmente, pues pronto se complace en un reposo absoluto: por eso le doy gustoso un compañero que estimula, que opera y que, a fuer de diablo, ha de actuar. Pero vosotros, verdaderos hijos de los dioses, gozáis de la belleza magnífica y fecunda. Que la substancia eternamente activa y viva os una con los dulces lazos del amor; y lo que flota en una vaga apariencia, fijadlo con pensamientos duraderos. (*Ciérrese el cielo y se separan los arcángeles.*)

MEFISTÓFELES, solo. Me gusta ver de vez en cuando al viejo Padre, y me guardo mucho de romper con él. Muy amable es en un gran señor hablar tan humanamente hasta con el demonio.



LA TRAGEDIA

La noche

*En una habitación de bóveda elevada, estrecha, gótica,
Fausto, inquieto, está sentado delante de su pupitre*

FAUSTO. Filosofía, ¡ay de mí!, jurisprudencia, medicina, ¡y tú también, triste teología!... os he estudiado a fondo con ardor y paciencia; y heme aquí ahora, ¡pobre loco! tan sabio como antes. Me titulo, es verdad, maestro, doctor, y hace diez años que dirijo como quiero a mis discípulos. ¡Y bien veo que nada podemos conocer!... ¡He ahí lo que me abraza la sangre! ¡Sé más, ciertamente, que todos cuantos necios, doctores, maestros, escritores y monjes hay en el mundo! ¡Ni un escrúpulo, ni una duda me atormentan ya! Nada temo del diablo, ni del infierno; pero también me ha sido arrebatada toda alegría. No creo, en efecto, saber nada bueno, ni poder enseñar nada a los hombres para mejorarlos y convertirlos. Tampoco tengo ni bienes, ni dinero, ni honor, ni dominio en el mundo: un perro no querría la vida a tanta costa. Ya no me queda otro recurso que lanzarme a la magia. ¡Oh! ¡si la fuerza del espíritu y de la pa-

labra me descubriese los secretos que ignoro, y si no estuviese obligado a decir penosamente lo que no sé; si, en fin, pudiese conocer yo cuanto en sí mismo oculta el mundo, y sin dedicarme más a palabras inútiles, ver lo que la Naturaleza contiene de secreta energía y de semillas eternas! ¡Astro de la luz argentada, dignate echar, por última vez, una mirada sobre mi pena!... ¡he velado tantas noches enteras junto a este pupitre! ¡Entonces era cuando te me aparecías sobre un montón de libros y de papeles, melancólica amiga! ¡Ah!, ¡que no pueda a tu dulce claridad, trepar las altas montañas, vagar por las cavernas con los espíritus, danzar sobre el césped pálido de las praderas, olvidar todas las miserias de la ciencia y bañarme rejuvenecido en la frescura de tu rocío!

¡Ay de mí!, ¡y me consumo todavía en mi calabozo! Miserable agujero, en donde sólo puede penetrar la dulce luz del cielo, con mucho traba-

jo, a través de esas vidrieras pintadas, a través de este montón de libros empolvados y carcomidos, y de papeles hacinados hasta el techo. Alrededor de mí no veo más que vidrio, cajas, instrumentos, muebles podridos, herencia de mis antepasados... ¡Y ese es tu mundo, y eso se llama mundo!

¡Y aún preguntas por qué tu corazón se oprime con inquietud en tu pecho, por qué un dolor secreto traba en ti todos los movimientos de la vida! ¡Lo preguntas!... ¡Y en vez de la Naturaleza animada en que Dios te ha creado, sólo estás rodeado de humo y podredumbre, despojos de animales y huesos de muertos!

¡Libértate! ¡Lánzate al espacio! Ese libro misterioso, escrito de mano de Nostradamus, ¿no basta para conducirte? Entonces podrás conocer el curso de los astros; entonces, si la Naturaleza se digna instruirte, la energía del alma te será comunicada como un espíritu a otro espíritu. En vano, por un árido sentido, pretenderías explicarte aquí los signos divinos... ¡Espíritus que nadáis junto a mí, respondedme, si me oís! (*Toca el libro y contempla el signo del macrocosmo.*) ¡Ah!, ¡qué éxtasis se apodera de todo mi ser con esta vista! Se me figura sentir una vida nueva, santa e hirviente, circular por mis nervios y en mis venas. ¿Están trazados por la mano de un Dios estos caracteres, que alivian los dolores de mi alma, embriagan de alegría mi pobre corazón y descubren a mi alrededor las fuerzas misteriosas de la Naturaleza? ¿Soy yo mismo un Dios? ¡Todo se me hace tan claro! En estos sencillos rasgos, el mundo revela a mi alma todo el movimiento de su vida, toda la energía de su corazón. Ya reconozco la verdad de las palabras del sabio: "El mundo de los es-

"píritus no está cerrado: tu sentido "está aletargado, tu corazón está "muerto. ¡Levántate, discípulo, y ve "a bañar infatigablemente tu seno "mortal en los rayos purpúreos de la "aurora!" (*Mira el signo.*) ¡Cómo se mueve todo en el universo! ¡Cómo obra todo, lo uno en lo otro, y cómo vive una existencia misma! ¡Cómo se elevan y descienden, pasando de uno a otro, los cántaros de oro! Desde el cielo derriaman sobre la tierra un rocío que refresca la sequedad del sol, y la agitación de sus alas llena los espacios sonoros de una inefable armonía.

¡Qué espectáculo! Pero, ¡ay!, ¡no es más que un espectáculo! ¿Por dónde asistir, Naturaleza infinita? ¿No podría también yo estrechar tus pechos, de que el cielo y la tierra se hallan suspendidos? ¡Quisiera bañarme en esa leche inagotable... mas corre por todas partes, todo lo inunda, y yo me consumo inútilmente tras de ella! (*Da un golpe sobre el libro con despecho, y contempla el signo del Espíritu de la tierra.*) ¡Qué diversamente obra este signo sobre mí! Espíritu de la tierra, ya te aproximas: siento que se aumentan mis fuerzas, hiervo como un licor que fermenta: me siento con valor para exponerme al mundo, para soportar sus trabajos y sus prosperidades; para luchar con la tormenta y despreciar los crujidos de mi buque. ¡Qué nubes se amontonan sobre mí! ¡La luna esconde su luz... la lámpara se apaga! ¡Humea!... ¡Ardientes rayos se cruzan alrededor de mi cabeza, y un frío penetrante me entumece y oprime! ¡Siento que te agitas alrededor de mí, Espíritu que he invocado! ¡Ah! ¡Cómo se desgarran mi seno!, ¡mis sentidos se preparan a recibir impresiones desconocidas! ¡Todo mi corazón se entrega a ti!... ¡Aparece!, ¡ven!, ¡aunque

me cuestas la vida! (*Coge el libro, y pronuncia los signos misteriosos del Espíritu. Se enciende una llama roja, y el Espíritu aparece en ella.*)

EL ESPÍRITU. ¿Quién me llama?

FAUSTO. ¡Horrorosa visión!

EL ESPÍRITU. Tú me has evocado. Tu soplo obraba sobre mi esfera, y me arrancaba de ella con violencia. Y ahora...

FAUSTO. ¡Ah! ¡No puedo sufrir tu vista!

EL ESPÍRITU. ¡Aspirabas tan fuertemente hacia mí! Deseabas verme y escucharme. Cedo al anhelo de tu corazón. Heme aquí. ¡Qué miserable espanto se apodera de tu naturaleza sobrehumana! ¿Qué has hecho de tu elevado deseo, de ese corazón que se creaba un mundo en sí mismo, que le contenía y le fecundaba, no teniendo bastante con el otro, y tendiendo a igualarse a nosotros los espíritus? Fausto, ¿en dónde estás? ¿Tú, que me atraías aquí con todas tus fuerzas y con toda tu voz, dejas que el espanto hiele hasta las fuentes de la vida y te prosternas ante mí, como un vil insecto que se arrastra?

FAUSTO. ¿Por qué he de temerte yo, fantasma de llama? Yo soy Fausto, soy tu igual.

EL ESPÍRITU. ¡En el océano de la vida, y en las borrascas de la acción, subo y bajo, voy y vengo! ¡Nacimiento y tumba! Mar eterno, trama mudable, vida enérgica, con que urdí en el telar del tiempo las telas imperecederas, ropajes animados por Dios.

FAUSTO. Espíritu creador, que ondulas alrededor del dilatado Universo, ¡cuán fuerte me siento junto a ti!

EL ESPÍRITU. Eres igual al espíritu que concibes; mas no eres igual a mí. (*Desaparece.*)

FAUSTO, cayendo de espaldas. ¡A

ti no!... ¿A quién, pues?... ¡yo!, ¡la imagen de Dios! ¡Ni aun a ti! (*Llaman.*) ¡Oh, muerte! No lo dudo, es mi criado. ¡Y he ahí todo el esplendor de mi felicidad reducido a nada!... ¿Es posible que una visión tan sublime sea aniquilada por un maldito criado? (*Wagner, en traje de casa y gorro de noche, con una luz en la mano. Fausto le vuelve la espalda, de mal humor.*)

WAGNER. ¡Perdonad! Os oía declamar: ¡leáis sin duda una tragedia griega y podría sacar partido de ese arte, que hoy está muy en boga. He oído decir muchas veces que un comediante puede llegar a ser cura.

FAUSTO. Sí, si el cura es un comediante, como suele suceder ahora.

WAGNER. ¡Ah! Cuando uno se halla así retirado en su gabinete, viendo apenas el mundo en los días de fiesta, y eso de lejos y a través de un cristal, ¿quién podrá aspirar a conducirle una vez por la persuasión?

FAUSTO. Jamás lo conseguiréis si no sentís fuertemente; si la inspiración no brilla fuera de vuestra alma, y si, por la emoción más violenta, no arrastra los corazones de todos los que escuchan. Id, pues, a reconcentraros en vos mismo, a mezclar y a recalentar los restos de otro festín, para hacer de todos un pequeño guiso... ¡haced saltar una chispa del montón de cenizas que sopláis!... Y podréis esperar la admiración de los niños y de los monos, si el corazón os lo pide; pero jamás obraréis sobre los demás si vuestra elocuencia no nace en el corazón mismo.

WAGNER. Mas el desembarazo da la fortuna al orador, y yo conozco que estoy muy lejos de alcanzar tal facultad.

FAUSTO. Buscad, pues, un éxito mediano, y no os aficionéis a los cascabeles de una brillante locura: no

hace falta tanto artificio para hacer tolerar la razón y el buen sentido, y si tenéis que decir algo importante, no es en las palabras donde debéis poner más atención. Sí: vuestros discursos tan brillantes, con que pintáis tan bien las bagatelas de la humanidad, son estériles como el viento nebuloso del otoño que murmura entre las hojas secas.

WAGNER. ¡Ay Dios!, el arte es largo, y nuestra vida corta. En cuanto a mí, en medio de mis trabajos literarios, me siento enfermo con frecuencia de la cabeza y del corazón. ¡Qué de dificultades no hay para encontrar el medio de elevarse a las fuentes de origen! Y un pobre diablo puede muy bien morir antes de haber andado la mitad del camino.

FAUSTO. ¿Podría ser un pergamino la divina fuente en que nuestra alma apagase su sed eterna? Nunca estaréis consolado, si el consuelo no sale de vuestro propio corazón.

WAGNER. ¡Dispensadme! Es una fruición indefinible transportarse al espíritu de los tiempos pasados, ver cómo un sabio pensó antes que uno, y cómo, viniendo de lejos, le hemos pasado tan victoriosamente.

FAUSTO. ¡Oh!, ¡sin duda!, hasta las estrellas. Amigo mío, los siglos transcurridos son para nosotros el libro de los siete sellos: lo que llamáis espíritu de los tiempos no es en realidad sino el espíritu de los autores en que los tiempos se reflejan. ¡Y eso, las más veces es verdaderamente una miseria! La primera ojeada basta para haceros huir. Es como un pozo de inmundicia, una vieja trastera, o más bien una de esas representaciones de gran espectáculo, llenas de bellas máximas de moral, que de ordinario se ponen en boca de los títeres.

WAGNER. ¡Mas el mundo!, ¡el corazón y el espíritu de los hombres!...

Cada uno debe de desear conocer algo.

FAUSTO. Sí, lo que se llama conocer. ¿Quién se atreverá a dar al niño su verdadero nombre? Los pocos hombres que han sabido alguna cosa, y que han sido bastante locos para no guardar este secreto en su propio corazón, los que han descubierto al pueblo sus sentimientos y sus miras, en todos los tiempos han sido crucificados y quemados. Os ruego, amigo mío, que os retiréis. Se hace tarde: dejemos eso por ahora.

WAGNER. Hubiera velado más de buena gana para aprovecharme de la conversación de un hombre tan instruido como vos; pero mañana, como último día de Pascua, os dignaréis permitirme otra pregunta. Me he entregado con afán al estudio, y sé mucho, es verdad; pero quisiera saberlo todo. (Sale.)

FAUSTO, solo. ¡Ninguna esperanza abandona jamás una pobre cabeza! Éste no se dedica más que a bagatelas, su mano ávida cava la tierra para buscar tesoros, mas encuentra un gusano, y hele ya contento.

¿Cómo ha osado resonar en este sitio, en que el soplo del espíritu acaba de rodearme, la voz de semejante hombre? Sin embargo, ¡ay de mí!, te doy gracias por esta vez, ¡oh, el más miserable de los hijos de la tierra! Tú me arrancas de la desesperación que iba a devorar mi juicio. ¡Ah! era tan gigantesca la aparición, que en realidad debí sentirme enano frente a ella.

Yo, la imagen de Dios, que creía haber alcanzado ya el espejo de la verdad eterna; que, desnudo, aislado de los hijos de la tierra, aspiraba a toda la claridad del cielo; yo que, superior a los querubines, creía poder nadar libremente en las venas de la Naturaleza, y, creador también, go-

zar de la vida de un Dios... ¡cómo he podido elevar mis presentimientos a tal altura!... Y ¡cuánto debo expiar tanta audacia!... Una palabra sola vino a arrojarme bien lejos.

¿No he pretendido igualarte?... Mas si tuve bastante fuerza para atraerte a mí, no me ha quedado ya para detenerte. En aquel dichoso instante ¡me sentía al mismo tiempo tan pequeño y tan grande!; me has hundido cruelmente en la incertidumbre de la humanidad. ¿Quién me enseñará desde ahora, y qué debo evitar? ¿Es preciso obedecer a esta impulsión? ¡Ah!, nuestras acciones mismas, como nuestros sufrimientos, paran el curso de nuestra vida.

Una materia, cada vez más extraña para nosotros, se opone a todo cuanto el espíritu concibe de sublime; cuando conseguimos los bienes de este mundo, tratamos de error y de quimera todo lo que vale más que ello. Los nobles sentimientos que nos dan la vida sucumben ahogados por las sensaciones de la tierra.

La imaginación, que desplegando la osadía de su vuelo, ha querido, llena de esperanza, extenderse en la eternidad, se contenta con un pequeño espacio desde que ve disiparse en el abismo del tiempo toda cuanta dicha soñaba. En el fondo de nuestro corazón viene a establecerse la inquietud: allí produce secretos dolores, allí se agita sin cesar, destruyendo la alegría y el reposo: se adorna continuamente con nuevas máscaras; tan pronto es una casa, como una corte; una mujer, como un niño; y hasta es fuego, agua, un puñal, veneno... Temblamos ante lo que no nos espera, y lloramos incesantemente lo que no hemos perdido.

¡No soy tanto como Dios!, lo conozco harto profundamente; sólo me parezco al gusano habitante del pol-

vo, al gusano que el pie del viajero aplasta, mientras anda buscando un alimento.

¿No es también polvo todo lo que esta alta pared me muestra colocado sobre cien estantes? ¿Todo este baratillo, cuyas bagatelas me encadenan a este mundo de gusanos?... ¿Debo encontrar aquí lo que me falta? ¡Tendré que leer tal vez esos millares de volúmenes para saber que los hombres se han atormentado por todo, y que aquí y allá se ha mostrado un dicho-so en la tierra! ¡Oh! tú, pobre cráneo vacío, ¿por qué parece que me asestas tu mofa? ¿Quieres decirme acaso que hubo un tiempo en que tu cerebro estuvo, como el mío, lleno de ideas confusas, que buscó la luz, y que, en medio de un triste crepúsculo, erró miserablemente en la inquisición de la verdad? Instrumentos que estoy viendo, vosotros tenéis trazas de reiros de mí con todas vuestras ruedas, vuestros dientes, vuestras asas y vuestros cilindros. Yo estaba a la puerta y vosotros debíais servirme de llave. Vosotros sois, es verdad, más difíciles que una llave; pero no corréis los cerrojos. Misteriosa en medio del día, la Naturaleza no se deja descubrir, y no existe ni palanca ni máquina que pueda obligarla a mostrar a mi espíritu lo que ha determinado ocultarle. Si todo este viejo tren, que jamás me fué útil, está aquí, es porque mi padre lo reunió. ¡Antigua polea, la sombría lámpara de mi pupitre te ha ennegrecido mucho tiempo! ¡Ah! ¡mejor hubiera hecho en gastar lo poco que me ha quedado, que en ocupar mis vigili-as! Lo que has heredado de tu padre, adquiérelolo para poseerlo. ¡Lo que no sirve es una carga pesada; pero lo que el espíritu puede crear en un momento, he ahí lo útil!

¿Por qué, pues, se eleva siempre mi vista hacia ese sitio? ¿Tendrá una atracción magnética para los ojos ese pequeño frasco? ¿Por qué se me figura que de repente goza mi espíritu más luz, como un bosque sombrío en que la luna deja caer un rayo de su claridad?

Yo te saludo, redoma solitaria, que agarro con un piadoso respeto; en ti venero el espíritu del hombre y su industria. Llena de un extracto de los jugos más dulces, que favorecen el sueño, contienes también todas las fuerzas que dan la muerte: ¿concedes tus beneficios al que te posee? ¿Te veo, y mi dolor se alivia: te cojo, y mi agitación disminuye, y la tempestad de mi espíritu se calma poco a poco! Yo me siento arrastrado al Océano inmenso; el espejo de las aguas marinas se extiende silenciosamente a mis pies; una luz nueva brilla para mí en playas desconocidas.

Un carro de fuego se cierne en el aire y sus alas rápidas se humillan junto a mí: siento el deseo de emprender caminos nuevos en la llanura de los cielos, a través de la actividad de las esferas nuevas. Mas esta existencia sublime, esos transportes divinos, ¿cómo podrás merecerlos tú, ruin gusano?... Cesando de exponer tu cuerpo al dulce sol de la tierra; aventurándote a sonar esas puertas, ante las cuales se estremecen todos. ¡He ahí la ocasión para probar con acciones que la dignidad del hombre no cede a la grandeza de Dios! ¡Es menester no temblar ante este abismo oscuro en que la imaginación se condena a sus propios tormentos; ante esta estrecha senda en donde está el mismo infierno!... ¡Osa con pie atrevido cruzar ese paraje, aun a riesgo de encontrarte con la nada!

Sal ahora, copa de cristal puro; sal

de tu viejo estuche, donde te olvidé por tantos años. Ya brillabas en los festines de mis padres, alegrabas a los convidados más serios, que te pasaban de mano en mano: todos se creían obligados, cuando llegaba su turno, a celebrar en verso la belleza de las cinceladuras que te rodean, y a vaciarte de un solo trago. Tú me recuerdas las noches de mi juventud; ya no volveré a ofrecerte a nadie, no celebraré ya tus preciosos adornos. En ti reposa un licor que produce una rápida embriaguez; yo lo he preparado, yo lo he escogido, será mi última bebida; la consagro con toda mi alma, como libación solemne, a la aurora de un día más bello. (*Lleva la copa a su boca. Suenan campanas y cantos de coros.*)

CORO DE ÁNGELES. ¡Cristo ha resucitado! Regocíjese el mortal que se consume aquí abajo en los lazos del vicio y de la iniquidad.

FAUSTO. ¿Qué murmullos sordos, qué sonidos alarmantes arrancan poderosamente de mis turbados labios esta copa? Ese zumbido de las campanas, ¿anuncia ya la primera hora de los días de la Pascua? Esos coros divinos, ¿entonarán los cantos de consuelo que desde la noche de la tumba, repetidos por los labios de los ángeles, fueron la primera prenda de una alianza nueva?

CORO DE MUJERES. ¡Nosotras, sus fieles, habíamos bañado sus miembros desnudos en aceites perfumados! Le habíamos acostado en la tumba, ceñido de bandeletas y finos lienzos. Y ¡ay de nosotras!, ¡el Cristo no está ya aquí! ¡Ya no le hallamos!

CORO DE ÁNGELES. ¡Cristo ha resucitado! ¡Dichosa el alma amante que soporta la prueba de los tormentos y de las injurias con humilde paciencia!

FAUSTO. Cantos del cielo, cantos poderosos y dulces, ¿por qué me buscáis en el polvo? Haced que os oigan aquellos a quienes podéis consolar. Bien comprendo la nueva que me traéis; mas la fe me falta para creerla: el milagro es el hijo más querido de la fe. En cuanto a mí, no oso aspirar a esa esfera, donde resuena el anuncio de la *buena nueva*; y, sin embargo, esos cantos que arrullaron mi infancia me vuelven a la vida. En otro tiempo, el beso del amor celestial descendía sobre mí, durante el solemne silencio del domingo: entonces el grave sonido de las campanas me llenaba de dulces presentimientos, y una oración era para mi corazón el goce más intenso: mil deseos, tan incomprensibles como puros, me arrastraban hacia los bosques y las praderas, y en un torrente de deliciosas lágrimas, todo un mundo desconocido se me revelaba. Estos cantos precedían los juegos amables de la juventud y los placeres de la fiesta de la primavera: este recuerdo, lleno de sentimientos infantiles, me detiene cuando iba a dar mi último paso. ¡Oh!, resonad aún, dulces cánticos del cielo; corren mis lágrimas, la tierra me ha reconquistado.

CORO DE LOS DISCÍPULOS. ¡Se ha lanzado de la tumba rebosando existencia y majestad! ¡Se eleva a la mansión de las alegrías imperecederas! ¡Ay de nosotros, que quedamos sumergidos en la miseria de este mundo! ¡Y nos deja consumir aquí abajo, a nosotros sus fieles! ¡Oh, maestro, envidiamos tu dicha!

CORO DE ÁNGELES. ¡Cristo se ha elevado sobre la corrupción! ¡En albricias; romped vuestros hierros! ¡Oh, vosotros, que le glorificáis con la acción y le imitáis por el amor: vosotros, que partís con vuestros her-

manos, y andáis predicando su palabra; he aquí el maestro que viene ofreciéndolos las alegrías del cielo! ¡El Señor se acerca; aquí está!

Ante la puerta de la ciudad

(Gente paseándose en todas direcciones)

MUCHOS COMPAÑEROS ARTESANOS. ¿Por qué vais por ahí?

OTROS. Vamos al bosque de la caza.

LOS PRIMEROS. Pues nosotros vamos a pasar el molino.

UN ARTESANO. Os aconsejo que vayáis más bien al estanque.

OTRO. Por esa parte no es agradable el camino.

LOS DOS A UN TIEMPO. ¿Qué haces tú?

ARTESANO 3.º Voy con los demás.

ARTESANO 4.º Venid a Burgdorf; allí encontraréis de seguro las más bonitas muchachas y la cerveza más fuerte.

ARTESANO 5.º ¡Qué gracioso eres! ¿Te piden las costillas una tercera zurra? Yo no voy allá; me da miedo ese sitio.

UNA CRIADA. No, no, yo me vuelvo a la ciudad.

OTRA. Le hallaremos sin duda debajo de esos álamos.

LA PRIMERA. No me importa mucho: se pondrá siempre a tu lado, sólo bailará contigo, ¿y qué me hacen a mí tus diversiones?

LA OTRA. Hoy no estará él solo; me dijo que le acompañaría el rubio.

UN ESTUDIANTE. Mira cómo corren esas criadas. Anda, chico, las acompañaremos. Buena cerveza, tabaco y una niña dominguera: son mis gustos favoritos.

UNA MODISTA. ¡Mira esos muchachos! ¡Qué vergüenza! ¡Bien podían

llevar una compañía mejor! ¡Siguen a esas!

EL SEGUNDO ESTUDIANTE, *al primero*. No corramos tanto. Detrás de nosotros vienen dos muy bien puestas. Una de ellas es vecina mía, y tengo algún capricho por esa joven. Vienen despacio, pero no tardarán en juntarse con nosotros.

EL PRIMERO. No, chico; a mí no me gusta la opresión. Anda aprisa, no perdamos de vista la caza. La mano que maneja el sábado una escoba, es la que el domingo te acaricia mejor.

UN COMERCIANTE. No, lo que es el nuevo burgomaestre, no me peta: ahora que se ha entonado, se va a hacer cada vez más orgulloso. ¿Y qué hace por la ciudad? ¿No va todo de mal en peor? Y tenemos que obedecer más que antes, y pagar más que nunca.

UN MENDIGO, *canta*

Buenos señores y señoras bellas,
Tan ricos, bien vestidos y contentos,
Escuchad, nobles almas, mis lamentos,
Ved la desgracia que me trajo aquí.

Para vuestros piadosos corazones
Es un placer el mitigar quebrantos:
Que un día de alborozo para tantos,
Llegue a ser de cosecha para mí.

OTRO COMERCIANTE. Yo no sé que haya cosa mejor de que hablar los días de fiesta, que de las guerras y las batallas, mientras que, bien lejos, en la Turquía, se despedazan los pueblos. Se asoma uno a la ventana, toma su vasito, y se divierte viendo cómo se barajan en el río los buques de toda clase de banderas. Por la noche entra uno alegremente en su casa, bendiciendo la paz y el tiempo de paz que disfrutamos.

OTRO. Yo pienso como vos, mi querido vecino; que se rompan la cabeza donde quieran y que el diablo se

lo lleve todo, con tal que en mi casa nada esté desordenado.

UNA VIEJA, *a unas jovencitas*. ¡Eh!, ¡qué bien se han adornado! ¡Oh, bella juventud! ¿Quién no se volverá loco al miraros? ¡Vamos, menos orgullo!... ¡Vaya!, soy capaz de procuraros cuanto podáis desear.

UNA JOVENCITA. ¡Ven, Ágata!, me avergonzaría que me viesen con semejante bruja... Sin embargo, la noche de San Andrés hizo que viera a mi futuro novio.

OTRA. También me lo enseñó a mí a través de un cristal, en traje de militar, con otros muchos. Yo miro a todas partes; pero por más que le busco, no quiere presentarse.

SOLDADOS, *cantando*

¡Ciudades de muros
Y torres rodeadas,
Chicas ataviadas
De adornos y amor!...
El honor nos manda
Que el asalto demos:
Cuanto más luchemos,
El premio es mayor.

Marchan los soldados
Al son de trompetas,
Lo mismo a las fiestas
Que al campo de honor...
Chicas y ciudades,
Dicen, no queremos:
Cuanto más luchemos,
El premio es mayor.

APARECEN FAUSTO Y WAGNER

FAUSTO. Los torrentes y los arroyos han roto su prisión de hielo a la sonrisa dulce y vivificante de la primavera: una halagüeña esperanza reverdece en el valle: el viejo invierno, que se debilita de día en día, se retira poco a poco hacia las escarpadas montañas. En su huida lanza sobre el césped de las praderas algunas miradas muy frías, pero importantes: el

sol no deja nada pálido en su presencia; en todas partes reina la ilusión y la vida; todo bajo sus rayos adquiere nuevos colores. ¿Y tomará por flores esa multitud engalanada que puebla todo el campo? Separémonos de esas colinas, y volvamos a la ciudad. Por esa puerta oscura y profunda se precipita este revuelto tropel: cada uno se muestra al sol rebosando placer: festejan la resurrección del Señor, y ellos mismos están resucitados. Libres de sus moradas sombrías, de los lazos de sus ocupaciones diarias, de los techos bajos que los oprimen, del desaseo de sus estrechas calles, de la noche misteriosa de sus iglesias, helos ya todos vueltos a la luz. ¡Ved, ved cómo se agolpan en los jardines y en los campos! ¡Qué de barcas llenas de alegría surcan el río en todas direcciones!... ¡y esta última que se separa de las demás, sumergiéndose con tanta carga! Los senderos más lejanos del monte deslumbran con los mil colores de sus vestidos. Ya oigo el ruido de la ciudad; ella es verdaderamente el paraíso del pueblo; grandes y pequeños saltan gozosamente: aquí me siento hombre, aquí me atrevo a serlo.

WAGNER. Señor doctor, muy honroso y provechoso es acompañaros a paseo; pero yo no quisiera confundirme con aquella gente, porque soy enemigo de todo lo grosero. Sus violones, sus gritos, sus estrepitosas diversiones, todo lo aborrezco de muerte. Aúllan como poseídos y llaman a eso danza y alegría.

ALDEANOS, cantando

Los pastores, dejando el rebaño,
Al son grato de sus caramillos,
A sus bellas conducen hogafío
A bailar por debajo los tilos.
¡Chas charras chas!
Que saltan como locos...
¡Llevad el compás!

El desorden no tarda un minuto,
Y un pastor, tropezando, ya pisa
A una joven que exclama: ¡qué bruto!
Y la danza prosigue y la risa.
¡Chas charras chas!
¡Mirad cómo ese torpe
Lleva el compás!

Cual relámpagos rápidos pasan,
Los vestidos cruzándose sueltos:
De placer sus mejillas se abrasan,
Ellos y ellas, bien pronto revueltos.
¡Chas charras chas!
Unos sobre otros ruedan...
¡Vaya un compás!

Un marido entre todos se lanza,
Y ¡alto! grita, ¿dónde está mi mujer?
Y el bribón la sacó de la danza,
Que siguió con el mismo placer.
¡Chas charras chas!
¡Esa sí que ha llevado
Muy buen compás!

UN ALDEANO VIEJO. Señor doctor, ¡qué amable sois cuando no despreciáis nuestra compañía, y, tan sabio, venis a mezclaros con toda esta batallita! Dignaos, pues, tomar el mejor cántaro que hemos llenado de bebida fresca; yo os lo traigo, y deseo con toda mi alma, no sólo que apague vuestra sed, sino que viváis tantos años como gotas contiene.

FAUSTO. Acepto este refresco, y en cambio os deseo salud, y os ofrezco mi reconocimiento. (*El pueblo se reúne alrededor de ellos.*)

EL ALDEANO. Por cierto, habéis hecho bien en venir aquí un día de alegría. Otras veces nos habéis visitado en un tiempo malísimo. Más de uno hay aquí, bien robusto hoy, a quien vuestro padre salvó del tabardillo, cuando hizo desaparecer esta peste que desolaba nuestra comarca. Y vos también, que entonces erais aún muy joven, ibais a todas las casas de los enfermos: de todas se sacaban cadáveres, pero vos salíais siempre bueno. Habéis soportado muchas pruebas; pero el Salvador socorrió al que nos ha salvado.

Todos. ¡A la salud del hombre intrépido! ¡Que aún pueda ser útil mucho tiempo!

FAUSTO. Prosternameos ante el que está en lo alto; él es quien enseña a socorrer, y quien os envía los socorros. (*Se adelanta con Wagner.*)

WAGNER. ¡Qué sensaciones tan dulces debes de experimentar, oh, grande hombre, con los honores que te hace esta multitud! ¡Oh!, ¡feliz quien puede sacar ese partido de su talento! El padre te presenta a su hijo; todos preguntan, corren y se estrechan; cesa el violón, y la danza se para. Pasas, y te rodean, y las cabezas se descubren, y les falta poco para ponerse de rodillas como si viniera el Viático.

FAUSTO. Lleguemos a esa piedra, y podremos descansar de nuestro paseo. ¡Cuántas veces me he sentado en ella solo, pensativo, extenuado por la oración y los ayunos! Rico de esperanzas, firme en mi fe, creía que con lágrimas, suspiros y contorsiones, iba a alcanzar del Señor de los cielos el fin de aquella peste cruel. Ahora, esas demostraciones de la multitud resuenan en mis oídos como si fuera una burla. ¡Oh!, ¡si tú pudieras leer en mi corazón cuán poco merecen esa fama, tanto el padre como el hijo! Mi padre era un oscuro hombre de bien, que, de muy buena fe, discurría a su manera sobre la Naturaleza y sus divinos secretos. Solía encerrarse con una sociedad de adeptos en un sombrío laboratorio, donde, según una infinidad de recetas, obraba la transfusión de los contrarios. Cogía un *león rojo*, y lo unía en un baño tibio con alguna azucena: después, poniéndolos al fuego, los pasaba de un crisol a otro. Entonces aparecía en un vaso la *joven reina* (1), con varia-

dos colores; aquella era la medicina; los enfermos morían, y nadie reclamaba. ¡Quién ha curado? Así, con esos *electuarios* infernales, hemos hecho en estas montañas y estos valles más estragos que la epidemia. Yo mismo he ofrecido el veneno a millares de hombres: ellos están muertos, y yo, atrevido asesino, les sobrevivo para que se me dispensen elogios.

WAGNER. ¿Cómo os turbáis por eso? ¿No hace bastante un hombre de bien ejerciendo con sabiduría y puntualidad el arte que le fué transmitido? ¡Si honras a tu padre, joven, recibirás con gusto sus instrucciones: hombre, si haces adelantar la ciencia, tu hijo podrá aspirar a un fin más elevado.

FAUSTO. ¡Oh, dichoso quien puede esperar aún sobrenadar en este océano de horrores!... Se usa lo que no se conoce, y de lo que se conoce no se puede hacer uso alguno. ¡Mas no turbemos con tan sombrías ideas la calma de estas hermosas horas! Mira cómo a los rayos del sol poniente relumbran los tejados en medio de ese verdor. Ese sol se inclina y se oscurece, el día expira; pero va a llevar una nueva vida a otras regiones. ¡Oh!, ¡que no tenga yo alas para elevarme sobre la atmósfera de la tierra y lanzarme tras él en medio de una eterna claridad! Yo vería, a través del crepúsculo, desarrollarse a mis plantas todo un mundo silencioso; vería inflamarse las alturas, oscurecerse los valles, y dorarse, extinguiéndose, las ondas de los ríos. Ni las montañas ni sus desfiladeros podrían contener ya mi vuelo divino. Ya la mar, con sus encendidos golfos, se descubre a mis sorprendidos ojos. El día empieza al fin a eclipsarse, mas un encanto nuevo se revela en mi alma, y me apresuro a bañar-

(1) Nombre de diversas composiciones alquímicas.

me todavía en sus eternos rayos. El día está delante de mí, detrás de mí la noche: sobre mi cabeza el cielo, y las olas a mis pies. Esta es una ilusión muy bella mientras dura. Mas ¡ay de mí!, el cuerpo no tiene alas para seguir el vuelo rápido del espíritu. Por eso no existe nadie en el mundo que no se sienta conmovido, cuando, por encima de nosotros, perdida en el azul de los cielos, nos hace oír la alondra su canto matinal: cuando, más allá de las rocas cubiertas de abetos, el águila se ciérne con sus alas inmóviles; y cuando, sobre los mares y sobre las llanuras, la grulla dirige su vuelo hacia los lugares donde ha nacido.

WAGNER. Yo tengo muchos ratos de capricho; pero os aseguro que deseos semejantes jamás me han atormentado. ¡Fácilmente se olvida uno de bosques y de praderas: nunca envidiaré yo las alas de los pájaros; las alegrías de mi espíritu me transportan mucho más lejos de libro en libro y de páginas en páginas! ¡Qué de calor y de placer no da esto a una noche de invierno! Vos sentís animarse todos vuestros miembros con una vida dichosa... ¡Ah!, en cuanto desenvolvéis un venerable pergamino, todo el cielo se baja a vuestro espíritu.

FAUSTO. Ese es el único deseo que tú conoces aún; no aprendas a conocer el otro. Dos almas, ¡ay de mí!, se dividen mi seno, y cada una quiere separarse de la otra: la una, encendida en amor, se apega al mundo por medio de los órganos del cuerpo; un movimiento sobrenatural arrastra a la otra lejos de las tinieblas, hacia las altas moradas de nuestros abuelos! ¡Oh!, ¡si en el aire hay espíritus que se ciernan entre la tierra y el cielo, que descendian de sus nubes doradas, y me conduzcan a una existencia más variada y más nueva! Sí: si tuviera

yo una capa mágica, que pudiese transportarme a las regiones extrañas, no la daría por los vestidos más preciosos, ni aun por el manto de un rey.

WAGNER. No llaméis a esa turba bien conocida, que, como la tempestad, se extiende en la dilatada atmósfera, y que por todas partes le ocasiona al hombre un sinnúmero de males. La bandada de los espíritus que vienen del Norte aguzan contra vos sus lenguas de triple aguijón: la que viene del Este deseca vuestros pulmones, y se alimenta con ellos. Si los desiertos del Mediodía los envían, amontonan sobre vuestra cabeza llama sobre llama: el Oeste vomita un enjambre de ellos, que os refrescan al principio y concluyen por devorar alrededor vuestro los campos y mieses. Inclínados a hacer daño, escuchan con gusto vuestra llamada, y hasta os obedecen, porque les agrada engañaros: se anuncian como enviados del cielo, y cuando mienten, lo hacen con una voz angelical... ¡Mas retirémonos! El mundo se cubre ya de tinieblas, el aire se enfía, cae niebla. ¡Por la noche es cuando uno se encuentra mejor en casa! ¿En qué os detenéis? ¿Qué estáis mirando hacia allá con tan grande atención? ¿Qué puede admiraros tanto en el crepúsculo?

FAUSTO. ¿Ves aquel perro negro cómo vaga entre los sembrados y el rastrojo?

WAGNER. Lo estoy viendo hace tiempo, y no me parece que ofrezca nada de extraordinario.

FAUSTO. Obsérvalo bien; ¿qué te parece que es eso?

WAGNER. Un perro de aguas, que busca a su manera las huellas de su amo.

FAUSTO. ¿Reparas cómo traza una espiral y se aproxima cada vez más a nosotros? Y si no me equivo-

co, deja por donde pasa un rastro de fuego.

WAGNER. Yo no veo más que un perro de aguas negro; puede suceder que un deslumbramiento ofusque vuestros ojos.

FAUSTO. Se me figura que nos arroja a los pies unos lazos mágicos, como para atraernos.

WAGNER. Yo le veo incierto y temeroso saltar alrededor de nosotros, porque, en vez de su amo, encuentra a dos desconocidos.

FAUSTO. El círculo disminuye, ya está cerca.

WAGNER. ¿Veis?, no es más que un perro, y no un fantasma. Gruñe y parece dudoso, se arrastra, agita su cola; lo que hacen los perros.

FAUSTO. Acompáñanos: ven aquí.

WAGNER. Esta es una rara especie de perros. Si os paráis, os espera; si le habláis, se os abalanza. Si perdéis cualquier cosa, os la encontrará, y se lanzará al agua por vuestra caña.

FAUSTO. Tienes razón: no noto en él ninguna señal de espíritu, no es más que la educación.

WAGNER. El perro, cuando está bien enseñado, es digno hasta del afecto de un sabio. Sí: puede merecer vuestras bondades... Este es el discípulo más asiduo. (*Entran por la puerta de la ciudad.*)

Gabinete de estudio

FAUSTO, *entrando con el perro*. He dejado los campos y las praderas, que oscurece una noche profunda. Siento que un pavor religioso despierta con presentimientos la mejor de mis dos almas. Las sensaciones groseras se adormecen con su tormentosa obscuridad: estoy lleno de un amor ar-

diente hacia los hombres, y el amor de Dios me arrebató también.

Estate quieto, perro; no corras de un lado a otro cerca de la puerta: ¿qué olfateas ahí? Ve a echarle; te daré mi mejor cojín: ya que por el camino nos has distraído con tus vueltas y tus saltos, procura ahora que yo encuentre en ti un huésped perfectamente pacífico.

¡Ah!, desde que nuestra estrecha celda se alumbra con una lámpara amiga, la luz penetra también en nuestro seno, en nuestro corazón, vuelto a sí mismo. La razón empieza a hablar, y la esperanza a lucir: se baña uno en el raudal de la vida, en la fuente de donde salió.

¡No gruñas, perro! Los aullidos de un animal no pueden acordarse con los divinos acentos que llenan toda mi alma. Estamos acostumbrados a que los hombres desprecien lo que no pueden comprender; a que lo bueno y lo bello, que muchas veces les es nocivo, les haga murmurar; pero, ¿debe gruñir un perro, a ejemplo suyo?... ¡Ay de mí!, conozco que, a pesar de los mejores deseos, no puede salir de mi pecho satisfacción alguna... Pero, ¿por qué se ha de secar tan pronto el río, y nos ha de sumergir en nuestra sed eterna? ¡Lo he experimentado mucho! Esta miseria toca, no obstante, a su término: ya aprendemos a estimar lo que se eleva sobre las cosas de la tierra; aspiramos a una rebelión que en ninguna parte brilla con una luz más pura ni más bella que en el Nuevo Testamento. Estoy por abrir el texto, y abandonarme una vez a las sencillas impresiones, y traducir el santo original a la lengua alemana que amo tanto. (*Abre un volumen y se para.*) Está escrito: *¡En un principio existía el verbo!* ¡Aquí me detengo ya! ¿Quién me sostendrá más lejos? ¡Me

es imposible traducir bien esta palabra, *el verbo!*, es menester que la traduzca de otra manera, si el espíritu se digna iluminarme. Está escrito: *¡En un principio existía el espíritu!* Reflexionemos bien sobre esta primera línea, y que la pluma no se apresure tanto! *¡Es el espíritu quien crea y lo conserva todo?* Debería decir: *¡En un principio existía la fuerza!* Sin embargo, aun escribiendo esto, algo me dice que no debo contentarme con tal sentido. *¡El espíritu me alumbró ya!* La inspiración descende a mi alma; ya escribo consolado: *¡En un principio existía la acción!*

Si he de partir contigo mi habitación, *¡perro, cesa en tus gritos y en tus aullidos!* Yo no puedo sufrir a mi lado un compañero tan estrepitoso; es preciso que uno de los dos salga del cuarto. A pesar mío, violo las leyes de la hospitalidad: la puerta está abierta; tienes el paso libre. Mas *¿qué veo?* *¿Es esto natural?* *¿Es una sombra, o es una realidad?* *¿Cómo se ha hinchado mi perro!* Se levanta agrandándose; ya no es figura de perro. *¿Qué espectro he introducido en mi casa?* Ya tiene el aspecto de un hipopótamo, con sus ojos de fuego y sus espantosas quijadas. *¡Oh, ser yo tu dueño!* Para un animal tan infernal necesito la llave de Salomón.

ESPÍRITUS EN LA CALLE. *¡Ha caído prisionero uno de los nuestros!* *¡quedémonos fuera, y que ninguno le siga!* *¡Un diablo viejo ha caído aquí como un zorro en la trampa!* *¡Atención!* Volemos alrededor y veamos de ayudarlo. No abandonemos a un hermano que siempre nos ha favorecido.

FAUSTO. Por de pronto, para acercarme al monstruo, emplearé la conjuración de los cuatro:

¡Que la Salamandra se inflame!
¡Que el Ordino se llame!
¡Que el Silfo se desvanezca!
¡Que el duende trabaje!

El que no conociera los elementos, su fuerza y sus propiedades, jamás podría hacerse dueño de los espíritus.

¡Vuela en llama, Salamandra!
¡Resbalad juntos murmurando, Ondinos!
¡Brilla cual limpio meteoro, Silfo!
Préstame tus domésticos socorros,
¡Inenbus! ¡Inenbus!
¡Ven aquí, y cierra la marcha!

Ninguno de los cuatro existe en este animal. Queda inmóvil y rechina los dientes ante mí: aun no le he hecho daño alguno. Vas a oírme emplear más fuertes conjuraciones.

¡Eres, amigo mío, un desertor del infierno? en ese caso, mira este signo: las negras falanges se inclinan ante él.

Ya se hincha, sus crines están erizadas.

¡Ente maldito! *¿puedes leerlo, al que jamás fué creado, al inexplicable, adorado en todo el cielo, y criminalmente traspasado?*

Retirado más allá de la puerta, se infla, se hace un elefante, ya llena todo el espacio, y va a resolverse en vapor. *¡No subas hasta el techo!* *¡Ven más bien a echarte a los pies de tu dueño!* Ya ves que no amenazo en vano. Soy capaz de abrasarte con el fuego sagrado. *¡No aguardes una luz de más estrépito!* *¡No esperes la más poderosa de mis conjuraciones!*

MEFISTÓFELES entra mientras cae la nube, y se presenta en traje de estudiante. *¿Qué alboroto es este?* *¿En qué podré servir a este caballero?*

FAUSTO. *¿Eso era lo que contenía el perro de aguas?* Un estudiante andariego.

MEFISTÓFELES. Saludo al sabio

doctor. Me habéis hecho sudar atrocemente.

FAUSTO. ¿Cuál es tu nombre?

MEFISTÓFELES. La pregunta me parece muy frívola en quien desprecia tanto las palabras, que siempre se separa de las apariencias y considera, sobre todo, el fondo de los seres.

FAUSTO. Entre vosotros, señores, debe poderse adivinar fácilmente vuestra naturaleza por vuestro nombre, y eso es lo que se hace conocer claramente al llamaros enemigos de Dios, seductores, embusteros. Ahora bien, ¿quién eres tú?

MEFISTÓFELES. Una parte de esa fuerza que tan pronto quiere el mal como hace el bien.

FAUSTO. ¿Qué significa ese enigma?

MEFISTÓFELES. Soy el espíritu que niega siempre; y lo hace con justicia, porque todo lo que existe es digno de ser destruido; sería mejor que no existiese nada. Así, pues, todo lo que nombráis pecado, destrucción, en una palabra, lo que se entiende por mal, he ahí mi elemento.

FAUSTO. Te llamas parte y hete ahí entero ante mí.

MEFISTÓFELES. Te digo la pura verdad. Si el hombre, ese pequeño mundo de locura, se mira extraordinariamente como si fuese un entero, yo, por mí, no soy más que una parte de la parte que existía al principio del todo, una parte de esa obscuridad que dió origen a la luz, a la orgullosa luz, que ahora disputa a su madre la noche su antiguo rango y el espacio que ocupaba; aunque con muy poco éxito, porque, a pesar de sus esfuerzos, sólo puede arrastrarse en la superficie de los cuerpos que la detienen: sale de la materia, se desliza sobre ella y la colora; pero un cuerpo es suficiente para romper su marcha. Puedo, pues, esperar que no

será de larga duración, o que se aniquilará con los cuerpos mismos.

FAUSTO. Ya conozco tus hermosas funciones: no puedes aniquilar la masa y te agarras a las particularidades.

MEFISTÓFELES. Y, francamente, no he adelantado mucho: lo que se opone a la nada, el algo, este mundo material, aunque lo haya intentado hasta ahora, no he podido encontrarlo todavía: y en vano he desencadenado contra él olas, tempestades, terremotos, incendios; la mar y la tierra permanecieron tranquilas. Nada tenemos que esperar de esta maldita semilla, materia de los animales y de los hombres. ¡Cuántos no he enterrado ya! Y siempre circula una sangre fresca y nueva. He ahí el resultado; es para volverse loco. Mil gérmenes salen del aire, del agua, de la tierra, de lo seco, de lo húmedo, del frío, del calor. Si no me hubiese reservado el fuego, nada tendría para mí.

FAUSTO. Así, pues, opones al movimiento eterno, a la fuerza benéfica que crea, la mano fría del demonio, que te entorpece en vano con malicia. ¿Qué más intentas hacer, extraño hijo del caos?

MEFISTÓFELES. En la próxima entrevista hablaremos de eso largamente. ¿Me atreveré a alejarme por esta vez?

FAUSTO. No sé por qué me lo preguntas. He aprendido a conocerte: visítame desde ahora cuando quieras: he aquí la ventana, la puerta, y hasta la chimenea, a escoger.

MEFISTÓFELES. ¡Lo confesaré! Un pequeño obstáculo impide mi salida: el pie mágico en vuestro umbral!...

FAUSTO. ¿El pentágono (1) te alige? ¡Hola!, dime, hijo del infer-

(1) Figura cabalística.

no, si eso te incomoda, ¿cómo has entrado aquí? ¿Cómo se ha dejado atrapar de ese modo tal espíritu?

MEFISTÓFELES. Piénsalo bien; está mal puesto; el ángulo vuelto hacia la puerta está, como ves, un poco abierto.

FAUSTO. ¡Trance es, sin duda! ¿Conque eres mi prisionero? ¿Es un feliz accidente!

MEFISTÓFELES. Cuando entró el perro no reparé en nada: desde afuera parecía aquello otra cosa, y ahora no puede salir el diablo.

FAUSTO. Pero ¿por qué no sales por la ventana?

MEFISTÓFELES. Es una ley de los diablos y de los aparecidos el salir por donde han entrado. El primer acto es libre para nosotros; pero somos esclavos del segundo.

FAUSTO. ¿Conque hasta el mismo infierno tiene leyes? Muy bien. De ese modo, un pacto hecho con vos, caballero, será fielmente observado.

MEFISTÓFELES. De lo que se te prometa, podrás gozar completamente; nada te será retenido. No es esto, sin embargo, tan despreciable como crees; ya volveremos a hablar de eso. Ahora te suplico, te ruego que me dejes ir esta vez.

FAUSTO. Quédate, pues, un instante para decirme mi buenaventura.

MEFISTÓFELES. Pues bien. ¡Suéltame siempre! Yo volveré bien pronto, y podrás preguntarme lo que gustes.

FAUSTO. Yo no he tratado de sorprenderte; tú mismo has venido a enlazarte en la celada. Que el que tenga al diablo no le deje escapar, porque no volverá a cogerle tan pronto.

MEFISTÓFELES. Si eso te agrada, me quedará para hacerte compañía; pero con la condición de que has de pasar el tiempo dignamente, según mi arte.

FAUSTO. Veo con placer que te conviene eso; pero es menester que tu arte sea divertido.

MEFISTÓFELES. Tu espíritu, amigo mío, va a ganar más en esta hora solamente que en la uniformidad de un año entero. Lo que te canten los espíritus sutiles, las bellas imágenes que traigan, no son una vana magia. Tu olfato se deleitará como tu paladar, y tu corazón será transportado. No son necesarios vanos preparativos; henos aquí reunidos, principiad.

ESPÍRITUS. ¡Desapareced, arcos sombríos!; dejad que nos sonría la luz del cielo, y que el éter azul se desarrolle.

Que las sombrías nubes se rasguen, y las estrellas se iluminen como los soles más dulces.

Hijas del cielo, ideales bellezas, estrechad alrededor suyo el círculo de vuestra danza alada.

Los deseos del amor sigan vuestros pasos, desatad vuestras cinturas, y quitaos vuestros flotantes vestidos.

Sembrad esos deseos en la pradera y en la espesa enramada, donde los amantes irán a extasiarse en sus eternos amores.

¡Oh tierno verdor de las florestas!, ¡ramas entrelazadas!

¡Amontónense en la viña los racimos, que en los lagares ya no caben más; el vino salta en olas espumosas; arroyos de púrpura surcan el verdor de las praderas!

¡Criaturas del cielo, desplegad al sol vuestras alas temblorosas: volad hacia esas islas afortunadas que se deslizan allá sobre las ondas!

Allí todo está lleno de danzas y conciertos: todo ama, todo se agita libremente.

Coros alados llevan el corro a las alturas aladas de las colinas; otros se cruzan en todas direcciones sobre la superficie unida de las aguas.

¡Todos para la vida!, todos los ojos fijos en alguna estrella querida, que el cielo encendió para ellos.

MEFISTÓFELES. Está durmiendo: ¡bien, jóvenes espíritus del aire!, ¡le habéis encantado fielmente! Este es un concierto que os debo. ¡Tú no eres hombre para sujetar al diablo! Fascinadle con dulces ilusiones, sumergidle en un mar de delicias. Pero, para destruir el encanto de este umbral, necesito el diente de un ratón... No tendré que conjurar mucho tiempo; he aquí uno que corre por allí y que me oírán en seguida.

El señor de los ratones y de las ratas, de las moscas, de las ranas, de las chinches y de los piojos, te ordena venir aquí y morder este umbral como si estuviese restregado con grasa.

¡Ah, hete aquí ya! Vamos, ¡pronto a la obra! La punta que me ha detenido está allí, en el borde... un pedazo todavía, ¡está hecho!

FAUSTO, despertándose. ¿Me equivoco también ahora? ¿Ha desaparecido ya esa multitud de espíritus? ¿No ha sido esto una apariencia presentada por el diablo?... Y ¿no es más que un perro el que ha saltado junto a mí?

Gabinete de estudio

FAUSTO, MEFISTÓFELES

FAUSTO. ¿Lllaman? ¡Entrad!
¿Quién viene a importunarme aún?

MEFISTÓFELES. Yo.

FAUSTO. ¡Entrad!

MEFISTÓFELES. Debes decirlo tres veces.

FAUSTO. ¡Entrad, pues!

MEFISTÓFELES. Así me gusta: vamos a entendernos, me parece. Para disipar tu mal humor, heme aquí a lo señor joven, con vestido escarlata bor-

dado de oro, esclavina de raso almidonado, una espada larga y bien afilada; y te daré el consejo corto y bueno de que hagas otro tanto para que puedas gustar la vida, libre de tus cadenas.

FAUSTO. Sea cual fuere el vestido que me ponga, no sentiré menos las miserias de la existencia humana. Soy demasiado viejo para obras, demasiado joven para vivir sin deseos. ¿Qué es lo que puede ofrecermé de bueno el mundo? ¡*Todo debe faltarte, debes carecer de todo!* He ahí el estribillo eterno que resuena en los oídos de cada uno, y lo que toda nuestra vida nos repite cada hora con quebrantada voz. Con horror me despierto por la mañana; debería derramar amargas lágrimas viendo el día que en su carrera no ha de satisfacer ni uno de mis deseos, ¡ni uno solo! El día, que con tormentos interiores enervará hasta el presentimiento de cada placer, que bajo mil contrariedades paralizará las inspiraciones de mi corazón agitado. Viene la noche, y es preciso que con un movimiento convulsivo me tienda sobre ese lecho, donde no templará mi dolor ningún reposo, donde me espantarán sueños horribles. El dios que reside en mi seno, puede conmover profundamente todo mi ser; mas él, que dirige todas mis fuerzas, no puede confundir nada alrededor de mí. Y he ahí por qué me es una carga la vida, por qué deseo la muerte y aborrezco la existencia.

MEFISTÓFELES. Y, sin embargo, la muerte nunca es un huésped que se recibe con gusto.

FAUSTO. Feliz aquel a quien, en el esplendor del triunfo, le ciñe las sienes con un laurel sangriento; aquel a quien, después de la embriaguez de un baile ardiente, viene a sorprenderle en los brazos de una mujer. ¡Oh,

que yo no pueda verme transportado ante el poder del grande espíritu, arrebatado ante él, y luego aniquilado!

MEFISTÓFELES. Y, no obstante, alguno ha tragado esta noche cierto licor obscuro...

FAUSTO. El espionaje es tu placer, según parece.

MEFISTÓFELES. No poseo la ciencia universal, pero sé mucho.

FAUSTO. ¡Y bien!, puesto que unos sonidos dulcísimos y muy conocidos me han arrancado al horror de mis sensaciones, ofreciéndome, con la imagen del tiempo más agradable, las dulces impresiones de la infancia... ¡maldigo todo lo que al alma rodea con atractivos e ilusiones, todo lo que oculta en estas tristes estancias con el brillo y el engaño! ¡Maldita sea desde ahora la alta opinión con que el espíritu se embriaga a sí mismo! ¡Maldito sea el esplendor de las vanas apariencias que asedian nuestros sentidos! ¡Maldito sea lo que nos seduce en nuestros sueños e ilusiones de gloria y de inmortalidad! ¡Malditos sean todos los objetos cuya posesión nos lisonjea, mujer o niño, haciendas o criados! ¡Maldito sea Mammon, cuando, por el encanto de sus tesoros, nos arroja a empresas temerarias, o cuando, por ociosos placeres, nos rodea de voluptuosos cojines! ¡Maldita sea toda exaltación de amor! ¡Maldita sea la esperanza! ¡Maldita la fe, y maldita, antes que todo, la paciencia!

CORO DE ESPÍRITUS, *invisible*. ¡Ay, ay!, ¡has destruido el dichoso mundo, lo has destrozado con tu mano poderosa; está convertido en ruinas! ¡Un semidiós lo ha desbaratado!... ¡Llevamos sus restos a la nada y lloramos su belleza perdida?... ¡Oh, el más grande de los hijos de la tierra!, ¡levántalo, reconstrúyelo en tu corazón!, ¡vuelve a empezar el curso de una existencia nueva y nuestros cantos reso-

narán todavía para acompañar tus obras.

MEFISTÓFELES. Esos son los pequeños de entre mis espíritus. ¡Escucha cómo te aconsejan sabiamente el placer y la actividad! Quieren arrancarte al mundo, arrancarte a esta soledad, donde cuajan los jugos de que el alma se alimenta.

Cesa, pues, de mecerte en esa tristeza que, como un buitre, devora la vida. Por mal acompañado que te halles, podrás sentir que eres hombre con los hombres; sin embargo, no por eso se piensa degradarte. Yo mismo no soy uno de los primeros; mas si quieres dirigir tus pasos en la vida unido a mí, me conformo con gusto en ser desde luego tuyo. Me hago tu compañero, o, si te viene mejor, tu criado y tu esclavo.

FAUSTO. ¿Y qué obligación debería llenar en cambio?

MEFISTÓFELES. Tiempo tendrás de pensar en eso.

FAUSTO. ¡No, no! El diablo es un egoísta, y no hace por amor de Dios lo que es útil a otro. Expresa claramente tu condición; un criado semejante es perjudicial en una casa.

MEFISTÓFELES. Quiero sujetarme aquí a tu servicio, obedecer sin fin y continuamente a tu menor indicación; pero cuando volvamos a vernos *allá abajo*, tendrás que hacer conmigo otro tanto.

FAUSTO. El *abajo* me inquieta a mí muy poco; concluyamos primero con este mundo, y el otro puede venir en seguida. Mis placeres salen de esta tierra, y este sol alumbra mis penas; libreme yo de una vez de estas últimas, y venga después lo que viniere. No quiero aprender más. Nada me importa que en el porvenir se ame o se odie, ni que esas esferas tengan también un arriba y un abajo.

MEFISTÓFELES. En ese caso, pue-

des aventurarte; verás en estos días cuánto placer le es dado a mi arte procurar: te daré lo que ningún hombre ha podido ni aun entrever.

FAUSTO. ¿Y qué tienes que dar tú, pobre demonio? ¿Ha sido nunca concebido por tus semejantes el espíritu de un hombre en sus altas inspiraciones? Tú sólo tienes alimentos que no satisfacen, oro descolorido, que sin cesar se desliza de las manos, como el azogue; un fuego con el cual no se gana jamás; una muchacha que hasta en mis brazos hace guiños al que se halla a mi lado; el honor, bella divinidad que se disipa como un meteoro. Muéstrame un fruto que no se pudra antes de caer, y árboles que se cubran diariamente con un nuevo verdor.

MEFISTÓFELES. Nada hay que me asombre en semejante empresa; puedo ofrecerte esos tesoros. Sí, mi buen amigo: ha llegado ya el tiempo en que podamos divertirnos con toda seguridad.

FAUSTO. Si es posible que yo pueda tenderme en un lecho de pluma para reposar en él, ¡que se me dé al instante! Si puedes lisonjearme hasta el punto de que yo esté contento conmigo mismo, si puedes seducirme con placeres, ¡que este día sea el último para mí! Yo te ofrezco la apuesta.

MEFISTÓFELES. Corriente.

FAUSTO. ¡Corriente! Si yo llego a decirte un solo instante: Permanezcamos así, ¡seré feliz con lo que tú me des! Entonces, ¡puedes rodearme de ataduras! Entonces, ¡consiento en aniquilarme! Entonces, ¡puede resonar la campana de los muertos! Entonces, estás libre de tu servicio!... ¡Que el cuadrante se detenga, que salte la aguja, que el tiempo no exista ya para mí!

MEFISTÓFELES. Pensadlo bien, que no lo olvidaremos.

FAUSTO. Tenías razón; no estoy

frívolamente empeñado, y pues siempre he sido esclavo, ¿qué importa que lo sea de ti o de cualquier otro?

MEFISTÓFELES. Voy, pues, hoy mismo a desempeñar mi papel de criado a la mesa del señor doctor. Una palabra todavía: por el amor de la vida y de la muerte, solicito para mí sólo dos líneas.

FAUSTO. ¿También te hace falta una escritura, pedante? ¿No sabes lo que es un hombre, ni el valor que tiene la palabra? ¿No es bastante que la mía disponga de mis días por toda la eternidad? Cuando el mundo se agita con todas las tempestades, ¿crees tú que una simple palabra escrita sea una obligación bastante fuerte?... Pero tal quimera nos preocupa siempre, y ¿quién podría librarse de ella? ¡Feliz quien tenga la fe pura en el fondo del corazón, que no sentirá el remordimiento de ningún sacrificio! Mas un pergamino escrito y sellado es un espantajo para todo el mundo, el juramento va a expirar bajo la pluma, y sólo se reconoce el imperio de la cera y del pergamino. Espíritu maligno, ¿qué exiges tú de mí?: ¿bronce, mármol, pergamino, papel? ¿Es menester escribir con un estilo, un buril o una pluma? Te permito la elección.

MEFISTÓFELES. ¿A qué viene toda esa habladuría? ¿Por qué acalorarte tanto? ¡Bastará el primer papel que se presente! Para escribir tu nombre te servirás de una pequeña gota de sangre.

FAUSTO. Si te es absolutamente igual, eso debe de ser una chanza.

MEFISTÓFELES. La sangre es un jugo muy particular.

FAUSTO. No hay que temer que yo viole este pacto. El ejercicio de toda mi fuerza es lo que precisamente prometo. Me he engreído demasiado, y es menester que pertenezca a tu clase; el grande espíritu me ha desdefiado,

la naturaleza se cierra ante mí, el hilo de mi pensamiento está roto, y estoy disgustado de toda ciencia. ¡Es preciso que mis ardientes pasiones se templen en el abismo de la sensualidad! ¡Que en el seno de velos mágicos e impenetrables se preparen milagros nuevos! ¡Precipitémonos en el murmullo de los tiempos, en las olas agitados del destino! Y que después el dolor y el placer, la fortuna y la desgracia, se sucedan como quieran. Es necesario que el hombre se ocupe desde ahora sin descanso.

MEFISTÓFELES. Ningún límite os está señalado, ningún objeto. Si os agrada disfrutar de todo un poco, coged al vuelo lo que se os proporcione, haced lo que gustéis. Vamos: uníos a mí y no hagáis el tímido.

FAUSTO. Ya conoces que no se trata de diversiones. Me consagro al tumulto, a los placeres más dolorosos, al amor que participa del odio, a la paz que participa de la desesperación. Mi corazón, curado del ardor de la ciencia, no estará cerrado desde ahora para ningún dolor, y lo que es patrimonio de la humanidad entera, lo quiero concentrar en lo más profundo de mi ser; quiero, por mi espíritu, alcanzar lo que ella tiene de más elevado y secreto: quiero amontonar sobre mi corazón todo el bien y todo el mal que contiene, y ensoberbeciéndome como ella, romperme también lo mismo.

MEFISTÓFELES. ¡Ah! Podéis creerme: yo, que durante muchos millares de años he mascado un alimento tan duro, os aseguro que desde la cuna hasta el féretro, ningún hombre puede digerir la vieja levadura. Creedlo, ¡todo está hecho por un solo Dios! Él se contempla en su obra con un esplendor eterno: él nos ha creado a nosotros para las tinieblas y, para vos, el día vale la noche, y la noche el día.

FAUSTO. Pero lo quiero.

MEFISTÓFELES. ¡En hora buena! Estoy todavía inquieto sobre un punto: el tiempo es corto, el arte es largo. Creo que deberíais instruiros. Asociaos con un poeta; dejadle que se entregue a su imaginación y amon-tone en vuestra cabeza todas las cualidades más nobles y magníficas, el valor del león, la agilidad del ciervo, la sangre hirviente del italiano, la firmeza del habitante del Norte; dejadle que encuentre el secreto de conciliar en vos la grandeza de alma y el disimulo, y según el mismo plan, que os dote de las pasiones ardientes de la juventud. Quisiera conocer un hombre tal; le llamaría señor Microcosmos (1).

FAUSTO. ¡Eh! ¿Qué soy, pues?... ¿Me es imposible alcanzar esa corona de la humanidad que atrae todos los corazones?

MEFISTÓFELES. Tú eres, por lo demás... lo que eres. Hacina sobre tu cabeza pelucas de mil potencias (2), calza tus pies con coturnos de una vana de altos, no dejarás de ser lo mismo que eres.

FAUSTO. Lo reconozco, en vano hubiera amontonado sobre mí todos los tesoros del espíritu humano... Cuando quiero disfrutar algún reposo, ninguna fuerza nueva sale de mi corazón; no puedo engrandecerme ni el espesor de un cabello, ni acercarme, aunque sea poco, a lo infinito.

MEFISTÓFELES. Mi buen señor, eso consiste en que todo lo veis como se ve de ordinario; vale más gozar de todo, antes que los placeres de la vida se os escapen para siempre. Vamos a ver; tus manos, tus pies, tu cabeza y tu trasero te pertenecen, sin duda: pues bien, lo que gozas por primera vez, ¿te pertenece menos?; si po-

(1) Pequeño mundo.

(2) Antiguo peinado.

sees seis caballos, ¿no son tuyas sus fuerzas?; tú los montas, y hete ahí, hombre ordinario, como si tuvieras veinticuatro piernas. ¡Pronto! ¡Abandona la tranquilidad de tus sentidos y ponte en camino con ellos para atravesar el mundo! Te lo aseguro: un hombre que está soñando siempre, es como un animal a quien un duende hace girar alrededor de un páramo, en tanto que en sus contornos se extiende un bello pasto verde.

FAUSTO. ¿Cómo empezamos?

MEFISTÓFELES. Partimos inmediatamente: este gabinete no es más que un lugar de tortura. ¿Llamas a esto vivir, fastidiarse a sí mismo y a los demás? ¡Deja todo eso a tu panzudo vecino! ¿A qué atormentarte? Lo mejor de lo que sabes no vas a decirselo a tu discípulo. Siento los pasos de uno, justamente.

FAUSTO. No me es posible recibirle.

MEFISTÓFELES. El pobre muchacho ha aguantado mucho tiempo, y es preciso que no se vaya disgustado. ¡Ven! Dame tu vestido y tu gorra; el disfraz me estará bien. (*Se viste.*) Ahora, descuida en mí, sólo necesito menos de un cuarto de hora. Prepáralo todo ya para nuestro gran viaje. (*Fausto sale.*)

MEFISTÓFELES, con los largos vestidos de Fausto. Desprecia bien la razón y la ciencia, suprema fuerza de la humanidad. Déjate desarmar por las ilusiones y los prestigios de los espíritus malignos, y serás completamente mío. La suerte le ha entregado a un espíritu que va siempre delante de él intrépidamente, y cuyo vuelo rápido ha superado muy pronto todos los placeres de la tierra. Voy a arrastrarle sin descanso por los desiertos de la vida; él forcejará, me asirá, se pegará a mí, y siempre insaciable, verá alimentos y licores continuamente delante de sus labios, sin poder tocarlos

nunca: en vano implorará consuelo... y aunque no se hubiese dado al diablo, no por eso dejaría de perecer.

UN ESTUDIANTE ENTRA

EL ESTUDIANTE. Yo soy recién llegado, y vengo, lleno de sumisión, a hablar y a conocer a un hombre, a quien no se me ha nombrado sino con veneración.

MEFISTÓFELES. ¡Vuestra cortesía me complace en extremo! Ved en mí un hombre como cualquiera otro. ¿Tenéis ya muchos estudios?

EL ESTUDIANTE. Vengo a rogaros que os encarguéis de mí; estoy armado de buena voluntad, de una dosis regular de dinero y de sangre fresca; mi madre ha sentido mucho que me aleje de ella, y yo quiero pagárselo aprendiendo aquí alguna cosa útil.

MEFISTÓFELES. Estáis en una buena fuente.

EL ESTUDIANTE. A decir verdad, quisiera ya retirarme. Entre estas paredes, estas salas, no me encontraré bien de ningún modo; este es un espacio muy corto, no se ve desde aquí ni verdor ni árboles, y en estas salas, sobre estos bancos, pierdo el oído, la vista y el pensamiento.

MEFISTÓFELES. Eso sólo depende de la costumbre: el niño toma con repugnancia el pecho de su madre en un principio, y después bien pronto saca de él con gusto su alimento. Eso sucede con el seno de la sabiduría, le desearéis cada vez más.

EL ESTUDIANTE. Yo quiero colgarme de su cuello; pero enseñadme el medio de conseguirlo.

MEFISTÓFELES. Explicaos antes de continuar: ¿qué facultad elegís?

EL ESTUDIANTE. Yo deseo llegar a ser muy instruido, y quisiera

poder abrazar cuanto existe en la tierra y en el cielo, la ciencia y la naturaleza.

MEFISTÓFELES. Estáis en buen camino; mas sería menester que no os separaseis mucho de él.

EL ESTUDIANTE. Vedme en él en cuerpo y alma; pero tendría sumo gusto en disponer de un poco de libertad y de buen tiempo en los días de fiesta del verano.

MEFISTÓFELES. Aprovechad el tiempo, que se nos va tan pronto. El método os enseñará a ganarlo. Mi buen amigo, yo os aconsejo, ante todo, un curso de lógica. Ella os dirigirá bien el espíritu, os calzará con bien ajustados borceguies, para que trote prudentemente por el camino de la rutina, y no vaya a pasearse, haciendo esos como un fuego fatuo. En seguida, se os enseñará, desde por la mañana hasta por la noche, que para hacer lo que hacéis en un abrir y cerrar de ojos, como beber y comer, es absolutamente indispensable obrar por tiempos. Por manera, que la fábrica de los pensamientos es como un telar, en el cual un movimiento de pie agita millares de hilos, en donde la lanzadera sube y baja sin cesar, y los hilos se escurren invisibles, y mil nudos se forman a la vez; viene después el filósofo y os demuestra que debe ser así: lo primero es esto, lo segundo esto, luego lo tercero y lo cuarto es esto; y que si lo primero y lo segundo no existiesen, lo tercero y lo cuarto no existirían tampoco. Los estudiantes de todos los países, conciben muy bien este razonamiento, y ninguno de ellos, sin embargo, llega a ser tejedor. El que quiere conocer y destruir un ser viviente, principia por quitarle el alma, y ya tiene entre las manos todas sus partes; pero ¡ay! ¿qué falta? Nada más que el lazo intelectual. La química llama a eso *encheiresin na-*

tura; así se burla de sí misma, y lo ignora.

EL ESTUDIANTE. No puedo comprenderos muy bien.

MEFISTÓFELES. Esto será mucho más claro cuando hayáis aprendido a reducirlo y a clasificarlo todo convenientemente.

EL ESTUDIANTE. Estoy tan torpe en todo eso, que se me figura que tengo una rueda de molino en la cabeza.

MEFISTÓFELES. Y después es menester que os entreguéis a la metafísica: en ella deberéis escudriñar profundamente lo que no conviene al cerebro del hombre; y sea lo que quiera, tened siempre preparado un término técnico. Mas durante estos seis primeros meses, disponed vuestro tiempo lo más regularmente posible. Tendréis cinco horas de trabajo diarias: estad aquí a la primera campanada, ya preparado, por supuesto, y habiendo estudiado bien vuestra lección, a fin de hallaros segurísimo de no decir nada que no esté en el libro, cuidando, además, de escribir como si os dictase el Espíritu Santo.

EL ESTUDIANTE. No tendréis necesidad de decírmelo dos veces: estoy muy convencido de la utilidad de ese método: que después que uno ha puesto lo negro sobre lo blanco, entra uno en sí mismo completamente aligerado.

MEFISTÓFELES. Así, pues, escogedme una facultad.

EL ESTUDIANTE. Yo no puedo avenirme con el estudio del Derecho.

MEFISTÓFELES. No me parece eso un crimen: sé demasiado lo que esa ciencia es. Las leyes y los derechos se suceden como una eterna enfermedad: se arrastran de generaciones en generaciones, y se adelantan sordamente de un lugar a otro. La razón llega a ser locura, un beneficio llega a ser un tormento: ¡desdichado de ti, hijo de tus

padres, desdichado de tí!, que del derecho nacido con nosotros ¡ay! no se trata nunca.

EL ESTUDIANTE. Con eso disminuí mi poco gusto por él. ¡Oh! ¡feliz el que instruyáis! Casi estoy por estudiar la teología.

MEFISTÓFELES. Desearía no inducirlos a error con respecto a esa ciencia; es difícil evitar la senda falsa; hay en ella tanto veneno oculto, que es difícil separar el veneno del remedio. En esa materia, si es que la estudiáis, lo mejor es no escuchar más que a uno solo y jurar sobre la palabra del maestro. En suma... sostened lo que decís, y llegaréis por el camino más seguro al templo de la certeza.

EL ESTUDIANTE. Sin embargo, una palabra debe contener siempre una idea.

MEFISTÓFELES. ¡Muy bien! Mas es necesario no inquietarse mucho por eso, porque, donde faltan las ideas, una palabra puede sustituirlas a propósito; con palabras se discute valientemente; con palabras se implanta un sistema; se puede creer muy bien en las palabras; de ellas no se eliminaría ni una jota.

EL ESTUDIANTE. Dispensadme que os haga tantas preguntas, pero os tengo que molestar todavía... ¿No me hablaréis un instante de la medicina? Tres años son muy poco tiempo, y, ¡Dios mío! ¡es tan dilatado el campo! Sucede a veces que el más pequeño síntoma nos puede llevar tan lejos!

MEFISTÓFELES, aparte. Este tono seco me fatiga, volveré a desempeñar mi papel de diablo. (*Alto.*) El espíritu de la medicina es fácil de comprender; estudiad bien el grande y el pequeño mundo para dejarlos ir, al fin, en gracia de Dios. Inútil sería que os lanzarais tras de la ciencia; cada cual sólo aprende lo que puede apren-

der; mas el que sabe aprovechar la ocasión, ese es el hombre advertido. Vos tenéis bastante buena traza, no os falta atrevimiento, y si tenéis confianza en vos mismo, la inspiraréis a los demás. Sobre todo, aprended a manejar a las mujeres; ese es su eterno ¡ay! modulado con tan diversos tonos, que es menester tratarlas siempre con un mismo método; y en tanto que estéis con ellas con un medio respeto, las dominaréis a todas. Un título pomposo debe convencerlas desde luego de que vuestra ciencia excede con mucho a las demás; entonces, podréis permitirlos perfectamente ciertas cosas, cuyo derecho apenas se lo darian a otro muchos años de práctica: cuidad de tomarles el pulso muchas veces, acompañando este gesto con una ardiente mirada, y pasad el brazo alrededor de su esbelto talle, como para ver si el corsé está bien puesto.

EL ESTUDIANTE. Eso se comprende de sobra; ya tiene uno su experiencia.

MEFISTÓFELES. Mi buen amigo, toda teoría es seca, y el árbol precioso de la vida es muy florido.

EL ESTUDIANTE. Os juro que esto me causa el efecto de un sueño. ¿Me atreveré a distraeros otra vez para aprovecharme más de vuestra sabiduría?

MEFISTÓFELES. A eso dirigiré todo mi cuidado.

EL ESTUDIANTE. Me sería imposible volver si esta vez no os presentara mi álbum; tened la bondad de concederme una nota...

MEFISTÓFELES. Con mucho gusto. (*Escribe y se lo devuelve.*) *Eritis sicut Deus, bonum et malum scientes.* (*El estudiante saluda respetuosamente, y se retira.*)

MEFISTÓFELES. Sigue sólo la vieja sentencia de mi primo el áspid, y

bien pronto dudarás de tu semejanza divina.

FAUSTO. ¿A dónde debemos ir ahora?

MEFISTÓFELES. A donde quieras. Podemos ver el grande y el pequeño mundo: ¡qué placer, qué utilidad la de tal viaje!

FAUSTO. Mas, ¡por mi larga barba!, yo no tengo el más ligero conocimiento del mundo; mi tentativa no tendrá ningún éxito, porque jamás he sabido producirme en él: ¡me siento tan pequeño en presencia de los demás! Me encontraré embarazado a cada paso.

MEFISTÓFELES. Mi buen amigo, todo eso se adquiere: ten confianza en ti mismo y sabrás vivir.

FAUSTO. ¿Cómo saldremos de aquí? ¿Dónde tienes tú caballos, criados y un equipaje?

MEFISTÓFELES. Extendamos esta capa: ella nos llevará a través de los aires: para carrera tan atrevida no tomes un lío pesado: un poco de aire inflamable que voy a preparar, nos levantará de la tierra en un momento, y si somos ligeros, mucho mejor. Te felicito por el nuevo género de vida que acabas de abrazar.

Bodega de Auerbach, en Leipzig

REUNIÓN DE ALEGRES COMPAÑEROS

FROSCH. ¡Nadie bebe! ¡Nadie se rie! ¡Yo voy a enseñaros a loquear! Estáis huyendo como la paja húmeda, vosotros que siempre centelleáis como un bello juego de alegría.

BRANDER. Tú tienes la culpa, que no pones nada de tu parte, ni una barbaridad, ni una porquería.

FROSCH le arroja un vaso de vino a la cabeza. Ahí tienes las dos a un tiempo.

BRANDER. ¡Marrano!

FROSCH. Pues lo queréis, convengo en ello.

SIEBEL. El que se incomoda tiene la puerta franca. ¡Que todo el mundo cante con todos sus pulmones, que se beba, que se grite! ¡oh! ¡eh! ¡hola! ¡oh!

ALTMAYER. ¡Ay, Dios! ¡estoy perdido! Traed algodón; ese maldito me rompe los oídos.

SIEBEL. Cuando la bóveda resuena, puede calcularse la fuerza del instrumento.

FROSCH. Ni más ni menos: ¡a la calle los que no consientan bromas! ¡Ah, tara lara lara!

ALTMAYER. ¡Ah, tara lara lara!

FROSCH. Las gargantas tienen la palabra. (Canta.)

¿Cómo puede durar todavía
El santísimo imperio romano?

BRANDER. ¡Vaya una canción tonta! ¡Quita! ¡una canción política! ¡qué canción tan triste!... Da gracias a Dios todos los días porque nada tienes que hacer con el imperio romano. Yo miro muchas veces como un gran bien para mí el no ser emperador ni canceller. Sin embargo, es preciso no carecer de jefes, y nosotros debemos elegir un papa. ¿Sabéis cuál es el principal requisito para elevarse un hombre a ese rango?

FROSCH CANTA

Despierta pronto, y vete, ruiseñor,
A saludar mil veces a mi bella.

SIEBEL. Nada de saludos a tu querida; no quiero oír ninguno.

FROSCH. A mi querida, ¡saludos y besos! No eres tú quien me lo impedirá. (Canta.)

Descorre tus cerrojos con cautela,
Y abre la puerta, que es de noche ya:
Sin ruido y pronto, que tu amante vela,
Y suspirando por tu amor está.

SIEBEL. Sí; canta, canta: ¡alábalas bien, elógialas bien! También yo tendré ocasión de reírme. ¡A mí me ha dejado, y hará lo mismo contigo! Que se le dé un kobold (1) por cortejo, y podrá divertirse con ella en cualquier esquina. Un chivo viejo, que vuelve del Blocksberg, puede, al pasar corriendo, darle las buenas noches; ¡pero un mozo de carne y hueso, es demasiado bueno para una muchacha de semejante clase! Yo no le deseo otra cosa que ver todas sus vidrieras rotas.

BRANDER, dando un golpe sobre la mesa. ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Escuchadme! Confesaréis, señores, que sé vivir: aquí hay enamorados, y debo, siguiendo el uso, darles por buenas noches lo mejor que hay en el mundo. ¡Atención! ¡Allá va una canción de última hechura, y repetid bien alto el estribillo! (Canta.)

En una rica cocina
Cierta ratón hizo entrada,
Y allí crió una papada
Como la de un provisor.
Pero un día, el pobre diablo,
Saltó envenenado afuera,
Tan triste, cual si tuviera
Dentro del cuerpo el amor.

CORO

Tan triste, cual si tuviera
Dentro del cuerpo el amor.

BRANDER

Corriendo de un lado a otro,
Se rascaba y se mordía,
Bufaba, se retorcia,
Y rabiaba de dolor.
Hasta tal punto, que al verle
Hacer esfuerzo tan vano,
Gritaría un cortesano,
¡Tiene en el cuerpo el amor!

(1) Espíritu familiar.

CORO

¡Tiene en el cuerpo el amor!

BRANDER

Creyó, por fin, en la hornilla
Ocultarse de la gente;
Mas allí el pobre demente
Aún se encontraba peor.
Burlándose de él entonces
La criada de la casa,
Decía: ¡Cómo se abrasa!
¡Tiene sin duda el amor!

CORO

¡Tiene sin duda el amor!

SIEBEL. ¡Cómo se divierten esos desalmados! No hay duda que es una obra maestra el envenenar a un pobre ratón.

BRANDER. ¡Defiendes a tus semejantes!

ALTMAYER. ¡Mírale bien con su panza y su cabeza pelona! ¡cómo le enternece su desgracia! En ese ratón abrasado se ve su verdadero retrato.

FAUSTO Y MEFISTÓFELES

MEFISTÓFELES. Debo, antes de nada, introducirte en una alegre sociedad para que veas cuán fácilmente se puede pasar la vida. Cada día es aquí para el pueblo una nueva fiesta: con poca inteligencia y mucho *¡qué se me da a mí?*, cada uno de ellos gira en su estrecho círculo de placeres, como un gato joven que juega con su cola: en tanto que no tienen un dolor de cabeza, y el patrón les fía de buena gana, viven alegres sin el menor cuidado.

BRANDER. Esos son viajeros: se conoce por sus trazas que no hace una hora que han llegado.

FROSCH. ¡Tienes razón de veras! ¡Honor a nuestro Leipzig, que es un pequeño París!

SIEBEL. ¿Quiénes crees que serán esos extranjeros?

FROSCH. Aguarda un poco: con una copa llena les arrancaré la máscara a esos sátrapas. Parecen de casa noble, por su mirada de descontento y orgullo.

BRANDER. Apuesto a que son dos charlatanes.

ALTMAYER. Puede ser.

FROSCH. ¡Atención! Yo los chasquearé.

MEFISTÓFELES, a Fausto. Esta pobre gente nunca recela del diablo, ni aunque le tuvieran en la garganta.

FAUSTO. Os saludamos, señores.

SIEBEL. Muchas gracias por vuestra finura. (*En voz baja, mirando de soslayo a Mefistófeles.*) ¿Qué querrá este pícaro?

MEFISTÓFELES. ¿Nos será permitido sentarnos entre vosotros? El placer de la sociedad nos resarcirá del buen vino que falta.

ALTMAYER. Tenéis muy mala traza.

FROSCH. Habréis salido muy tarde de Rippach; ¿habéis cenado esta noche en casa del señor Juan? (1).

MEFISTÓFELES. Hemos pasado por junto a su casa, sin detenernos en ella. Hace poco que le hemos hablado, y él también a nosotros de sus primos, para quienes nos dió expresiones. (*Se inclina hacia Frosch.*)

ALTMAYER, en voz baja. Te ha fastidiado: sabe lo que se hace.

SIEBEL. Es un tuno divertido.

FROSCH. ¡Bueno! espera un poco; yo me entenderé con él.

MEFISTÓFELES. Si no me equivoco, hemos oído al entrar un coro de hábiles voces. Y en verdad, que debajo de estas bóvedas deben resonar admirablemente los cantos.

FROSCH. ¿Seréis, tal vez, un artista?

MEFISTÓFELES. ¡Oh, no! Mi talento es muy escaso, pero mi afición grandísima.

FROSCH. Echad una canción.

MEFISTÓFELES. Las que queráis.

SIEBEL. Pero alguna cosa nueva.

MEFISTÓFELES. Volvemos de España, de aquel amable país del vino y de las canciones. (*Canta.*)

Una galana pulga
Con un príncipe estaba...

FROSCH. ¡Escuchad! ¡una pulga!... ¿Habéis oído bien eso? Una pulga me parece un huésped bastante desagradable.

MEFISTÓFELES CANTA

Una galana pulga
Con un príncipe estaba,
Y el hombre la adoraba
Cual hija, o más tal vez.
Y un día mandó a un sastre
Le hiciese ¡vaya un portel!
Un gran traje de corte,
Con toda pulidez.

BRANDER. No os olvidéis de mandar al sastre que se lo haga con cuidado, y que, si puedé, no deje en los calzones la menor arruga.

MEFISTÓFELES

El animal, gozoso
De verse así ataviado,
Y hasta condecorado
Con mil cruces de honor,
Quiso que de provincia
Sus hermanos viniesen,
Y señores se hiciesen
Por orden del señor.

Pero los cortesanos,
Aunque jamás hablaban,
Todo el día pasaban
En continuo rabiar.

La política, piensan,
Es quien nos mortifica...
Si la pulga nos pica
La debemos matar.

(1) Chanza alemana.

CORO CON ACLAMACIÓN

Si la pulga nos pica
La debemos matar.

FROSCH. ¡Bravo, bravo! ¡Magnífico!

SIEBEL. Así sea con todas las pulgas.

BRANDER. Apretad los dedos y pellizcadlas de firme.

ALTMAYER. ¡Viva la libertad!
¡Viva el vino!

MEFISTÓFELES. Yo bebería de buena gana un vaso en honor de la libertad, si vuestros vinos fuesen siquiera un poco mejores.

SIEBEL. No digáis más...

MEFISTÓFELES. Si no temiese ofender al patrón, haría que los amables convidados probasen el mejor que hay en nuestra bodega.

SIEBEL. ¡Vamos, vamos!, yo cargo con la responsabilidad.

FROSCH. Dadsno un buen vaso si queréis que se le elogie, porque yo, para juzgarlo, necesito tener la boca llena.

ALTMAYER, *en voz baja*. Son del Rhin, me parece.

MEFISTÓFELES. ¡Procuradme un taladro!

BRANDER. ¿Para qué lo queréis? Creo que no tenéis vuestros toneles a la puerta.

ALTMAYER. Allá detrás tiene el patrón una cesta de herramientas.

MEFISTÓFELES *toma el taladro de manos de Frosch*. Decid ahora cuál queréis gustar.

FROSCH. ¡Cómo! ¿Los tenéis de todas clases?

MEFISTÓFELES. Yo dejo la libre elección a cada uno.

ALTMAYER, *a Frosch*. ¡Ah, ah! Tú principias ya a relamerte.

FROSCH. Muy bien: si yo puedo escoger, quiero vino del Rhin; la patria produce siempre lo mejor.

MEFISTÓFELES, *haciendo un agujero en el borde de la mesa, cerca del asiento de Frosch*. Procuradme un poco de cera para hacer un tapón.

ALTMAYER. ¡Ea! buen juego de manos.

MEFISTÓFELES, *a Brander*. ¿Y vos?

BRANDER. Yo lo desearía de Champagne, ¡y bien espumoso!

(*Mefistófeles continúa barrenando; y entretanto, ha hecho tapones uno de ellos y los mete en los agujeros.*)

BRANDER. No puede uno pasarse siempre sin lo extranjero; ¡lo bueno se halla muchas veces tan lejos! Un alemán no puede sufrir a los franceses; mas a pesar de eso, bebe con mucho gusto su vino.

SIEBEL, *que mientras Mefistófeles barrena se acerca a su sitio*. Yo debo confesarlo: no me agrada lo fuerte: dadme un vaso de cualquier cosa dulce.

MEFISTÓFELES, *barrenando*. Pues voy a daros del de Tokay.

ALTMAYER. No, señor: miradme de frente. Bien lo veo; no queréis...

MEFISTÓFELES. ¡Bah! Eso no sería obrar muy bien con tan nobles convidados. ¡Vamos pronto! ¡allá va! ¿Qué otro vino presento?

ALTMAYER. ¡De todos! ¡y hemos hablado bastante!

(*Luego que están hechos y tapados los agujeros se levanta Mefistófeles.*)

MEFISTÓFELES, *con unos gestos raros*

Si en la cabeza del cabrito crecen

Cuernos desmesurados,

Y las vides cada año os abastocen

De racimos preciados,

Las mesas, barrenadas con mi tino,

Pueden daros también precioso vino,

Y pues lo que os consagro

Es de la gran natura una merced

Y espléndido milagro,

Destapad agujeros, y bebed.

Todos, quitando los tapones y recibiéndolo en sus vasos el vino que cada uno deseaba.) Preciosa fuente tenemos.

MEFISTÓFELES. Cuidad mucho de no verter nada.

TODOS CANTAN

Bebed, bebamos, hermanos,
Como quinientos marranos.

(Vuelven a beber.)

MEFISTÓFELES. Ahí tienes embromados a mis zánganos, mira cómo les va.

FAUSTO. Me dan ganas de irme de aquí.

MEFISTÓFELES. Un minuto más de atención y verás la bestialidad en toda su pureza.

SIEBEL bebe sin precaución: el vino se derrama por tierra y se convierte en llama. ¡Socorro! ¡fuego! ¡socorro! ¡el infierno se abrasa!

MEFISTÓFELES, dirigiéndose a la llama. ¡Cálmate, mi querido elemento! (A los compañeros.) Por esta vez, no ha sido más que una gota de fuego del Purgatorio.

SIEBEL. ¿Qué significa esto? ¡Escuchad! lo pagaréis caro; me parece que nos conocéis muy poco.

FROSCH. Yo le aconsejo que vuelva a principiar.

ALTMAYER. Mi opinión es que se le ruegue políticamente que se vaya.

SIEBEL. ¿Qué quiere ese hombre? Se habrá atrevido a poner aquí por obra su *hocuspocus* (1).

MEFISTÓFELES. ¡Silencio, viejo saco de vino!

SIEBEL. ¡Paño de escoba! ¿Quieres todavía hacer el diablo?

BRANDER quita un tapón de la mesa y del agujero sale un rayo de fue-

go, que le hiere. ¡Me quemó, me quemó!

SIEBEL. ¡Brujería!... ¡Saltad sobre él! ¡Va a pagárnosla el pícaro! (Toman sus cuchillos y se lanzan hacia Mefistófeles.)

MEFISTÓFELES, con gravedad

¡Palabras, perspectivas, cuadros mágicos, Turbad sus sentidos y su espíritu Con vuestro hechizo poderoso y rápido!

(Se miran unos a otros, asombrados.)

ALTMAYER. ¿En dónde estoy? ¡Qué país tan bello!

FROSCH. ¡Un ribazo de viñas! ¿Veo bien?

SIEBEL. Y racimos a la mano.

BRANDER. ¡Ved qué cepa entre los verdes pámpanos! ¡Ved qué racimos! (Coge a Siebel por la nariz, los demás hacen otro tanto unos a otros, y levantan los cuchillos.)

MEFISTÓFELES, como antes

Vamos, nadie se entretenga:
Vinos, vendimias, tapones,
¡Desapareced, ilusiones!...
Así el invierno se venga.

(Desaparece con Fausto; todos los compañeros se sueltan.)

SIEBEL. ¿Qué es eso?

ALTMAYER. ¿Qué?

FROSCH. ¡Ten, era tu nariz!

BRANDER a Siebel. ¡Y yo tengo la tuya!

ALTMAYER. Acción es esa para romperte un brazo. Traed un banco, que me caigo desfallecido.

FROSCH. No, dime lo que ha sucedido.

SIEBEL. ¿En dónde está el pícaro? Si le atrapo, no ha de salir vivo de entre mis manos.

ALTMAYER. Yo le he visto pasar por la puerta de la cueva... montado en un tonel... Siento los pies pesados

(1) Término de brujería.

como el plomo. (*Volviéndose hacia la mesa.*) ¡Voto a bríos! ¡Bien podía correr el vino todavía!

SIEBEL. No era todo más que mentira, ilusión y engaño.

FROSCH. ¡Y yo que había jurado beber tanto!

BRANDER. Pero ¿qué ha sido de aquellos bellos racimos?

ALTMAYER. ¡Que se diga todavía que no se debe creer en los milagros!

Cocina de hechicera

(En un hogar hundido, hay una gran olla de cobre al fuego. A través de los vapores que exhala, aparecen singulares figuras. Una mona, sentada junto a la olla, la espuma y cuida de que no se derrame su contenido. El mono, con sus hijuelos, se calienta a su lado. Las paredes y el techo se hallan cubiertos de herramientas raras del uso de la hechicera.)

FAUSTO, MEFISTÓFELES

FAUSTO. Todo este extraño apresto de brujería me repugna. ¿Qué voces podrás proporcionarme en medio de este montón de extravagancias? ¿Qué consejos hay que esperar de una vieja? Y ¿hay en esta cocina algún brebaje que pueda quitarme treinta años de encima de mi cuerpo? ¡Desdichado de mí, si no sabes otras cosas mejores! He perdido ya toda esperanza. ¿Es posible que ni la naturaleza ni un espíritu superior tengan un bálsamo capaz de dulcificar mi infortunio?

MEFISTÓFELES. Amigo mío, tú hablas aún con sabiduría. Hay sin duda para rejuvenecerse un medio muy natural; pero se encuentra en otro libro, y es un singular capítulo.

FAUSTO. Quiero conocerlo.

MEFISTÓFELES. ¡Bueno! Es un medio que no pide dinero, medicina ni sortilegio: preséntate inmediata-

mente en los campos, ponte a cavar, encierra tu pensamiento en un círculo estrecho, conténtate con alimentos sencillos, vive como un animal entre los animales, y no te desdignes de estercolar tus tierras; y, créemelo, ese es el mejor medio de rejuvenecerte a los ochenta y cuatro años.

FAUSTO. Yo no estoy acostumbrado, ni podría acostumbrarme a tomar en la mano el azadón. Además, una vida estrecha no es lo que me conviene.

MEFISTÓFELES. Pues entonces es necesario que la bruja tome parte en el asunto.

FAUSTO. Pero ¿por qué ha de ser precisamente esa vieja? ¿No puedes por ti mismo hacer ese brebaje?

MEFISTÓFELES. ¿Sería un bello pasatiempo! Antes construiría mil puentes. Ese trabajo requiere, no sólo saber hacerlo, sino también mucha paciencia. Un espíritu tranquilo emplea en confeccionarlo muchos años. Sólo el tiempo tiene la virtud de fermentarlo; y todos los ingredientes de que se compone son sumamente raros. El diablo se lo ha enseñado, mas no puede hacerlo por sí. (*Divisa a los animales.*) ¡Mira qué linda especie! He aquí la criada, allí el criado... (*A los animales.*)

Amigos, ¿por qué razón
No está la buena mujer?

LOS ANIMALES

Fuera de casa a comer
Se salió por el cañón
De la chimenea.

MEFISTÓFELES

¡Hola!

¿Tardará si la esperamos?

LOS ANIMALES

Lo que nosotros tardamos
En... calentarnos la cola.

MEFISTÓFELES, a Fausto. ¿Qué te parece de estos hermosos animales?

FAUSTO. Que son los más repugnantes que he visto en toda mi vida.

MEFISTÓFELES. ¡No! Un lenguaje como ese es justamente el que mejor me conviene. *(A los animales.)*

Y decidme, carcamales,
¿Qué es lo que así revolvéis?

LOS ANIMALES

Es comida de animales.

MEFISTÓFELES

Muchos, entonces, seréis.

EL GATO, acercándose y acariciando a Mefistófeles

Juguemos entrambos,
Y haced mi fortuna,
Que yo soy dichoso
Teniendo pecunia.

Pobre, no soy nada;
Mas toda esta turba,
Si yo llego a rico,
Me hará garatusas.

MEFISTÓFELES. ¡Qué feliz se creería el mico, si pudiese siquiera jugar a la lotería! *(En todo este tiempo, los demás animales juegan con una gran bola, y la hacen rodar.)*

EL GATO

Este es el mundo
Que nos divierte:
Bola redonda,
sube y desciende,
Y como el vidrio,
Quiébrase a veces.
¡Huye, hijo mío,
No te embelese
Su brillo falso,
Que da la muerte!

MEFISTÓFELES

Di, ¿de qué sirve esa criba? (1)

(1) La criba cabalística que sirve para reconocer a los que han robado.

EL GATO la coge

Para conocer el alma
De cualquier persona viva.
Que si a pesar de tu calma,
Tan sólo fueras un tuno,
Lo sabríamos... Y quiero...

(Corre hacia la gata y hace que mire a través de la criba.)

Mira por ese agujero
Quién es aquel importuno.

MEFISTÓFELES, aproximándose al fuego

¿Y de qué es esta comida?

EL GATO Y LA GATA

¡Ay! que no conoce el pote
Donde se cuece... En la vida
Se vió semejante zote.

MEFISTÓFELES

¡Silencio, insolente grey!

EL GATO

Si en este sillón te sientas,
Y aqueste abanico ostentas,
Serás de todos el rey.

(Hace que se siente Mefistófeles.)

FAUSTO, que durante este tiempo ha permanecido siempre en pie frente a un espejo ustorio, ya acercándose, ya separándose de él. ¡Qué veo! ¿Qué celestial imagen se me aparece en este mágico espejo? ¡Oh, amor!, préstame la más rápida de tus alas y transpórtame a la región que habita. ¡Ah, aunque no permanezca en este sitio, aunque me aventure a adelantarme más, sólo puedo verla como al través de una nube! ¡La más bella figura de mujer! ¿Es posible que en una mujer exista tanta belleza? ¿Será que en ese cuerpo tendido ante mi vista, se halle el compendio de todas

las maravillas de los cielos? ¿Qué hay de semejante en la tierra?

MEFISTÓFELES. Naturalmente, cuando un Dios se pone a trabajar durante seis días, y al fin se aplaude a sí mismo, debe sacar alguna cosa mediana. Por ahora, hártate de mirarla, que te prometo desenterrarte semejante tesoro: y ¡feliz el que tenga la fortuna de llevarla a su casa como esposa! (*Fausto continúa mirando en el espejo: Mefistófeles, extendiéndose en el sillón y jugando con el abanico, sigue hablando.*) He-me aquí sentado como un rey en su trono: tengo el cetro, y no me falta más que la corona.

(Los animales, que hasta ahora habían estado ejecutando mil movimientos extravagantes, entre estrepitosos gritos, traen una corona a Mefistófeles.)

Dígnate, señor, tomarla,
He aquí todos sus pedazos:
Con alguna sangre y brazos
Podrás tal vez arreglarla.

(Corren torpemente hacia la corona y haciéndola pedazos, bailan con ellos en coro.)

Muy bien; empecemos,
Oímos, rimamos,
Hablamos y vemos.

FAUSTO, delante del espejo. ¡Desechado de mí, qué atolondrado estoy!

MEFISTÓFELES, señalando a los animales. La cabeza se me vuelve también a mí.

LOS ANIMALES

Si eso nos sale bien
Gloria a nuestro ingenio, amén.

FAUSTO, como antes. ¡Mi corazón empieza a inflamarse! ¡Alejémonos pronto!

MEFISTÓFELES, en la misma posición. Debe convenirse al menos en que éstos son unos verdaderos poetas. (*La olla, que la mona dejó de es-*

pumar un instante, empieza a desbordarse, y se eleva una llamarada que sube impetuosamente por la chimenea. La bruja baja al través de la llama, lanzando espantosos gritos.)

LA HECHICERA

¡Oh! ¡oh! ¡oh! ¡oh!
Perros cochinos,
Vertéis la comida
Y me abraso yo.
Abajo, fermentada,
Torpe canalla de indinos.

(*Viendo a Mefistófeles y a Fausto.*)

¿Qué es lo que veo aquí?
En mi laboratorio
¿Quién puede entrar así?
¡A mí, viejo grimorio!
¡A vos el fuego!

Vuestros huesos verán un bello fuego.

(*Mete la espumadera en la olla, y lanza las llamas a Fausto, Mefistófeles y los animales. Estos últimos dan alaridos.*)

(*Mefistófeles levanta el abanico que tiene en la mano, y pega con él a derecha e izquierda en los vasos y en las ollas.*)

¡De dos en dos!
Utensilios de hechicera,
Viejos frascos, ollas, vasos.
¡De dos en dos!

Aguarda un poco, altanera,
Que este garrote arreglará tus pasos.

(*Mientras la bruja retrocede llena de cólera y pavor.*)

¡Me reconoces, esqueleto, espantajo! ¿Reconoces a tu señor y maestro? ¿Quién me impedirá golpear y hacerte pedazos a ti y a tus espíritus-gatos? ¿No tienes ya respeto al peripunte rojo? ¿Desconoces la pluma del gallo? ¿He ocultado esta cara? ¿Será, pues, menester que yo me nombre a mí mismo?

LA HECHICERA. ¡Oh, señor, perdónadme este recibimiento un poco rudo! Yo no veo, por otra parte, la pata de cabra... ¿Qué habéis hecho,

pues, de vuestro par de cuernos?

MEFISTÓFELES. Te salvarás por esta vez, porque hace mucho tiempo que no nos hemos visto. La ilustración que civiliza al mundo entero, se ha extendido hasta el diablo; ya no se ven ahora ni fantasmas del norte, ni cuernos, ni garras. En cuanto a esta pata de que no puedo deshacerme, me sería perjudicial en el mundo; y así, como otros muchos jóvenes, he adoptado, hace tiempo, la moda de las pantorrillas postizas.

LA HECHICERA (*bailando*)

Yo no sé lo que me pasa:
¡El señor Satán en casa!

MEFISTÓFELES. Suprime semejante nombre, mujer, ¡te lo suplico!

LA HECHICERA. ¿Por qué? ¿Qué os ha hecho?

MEFISTÓFELES. Hace muchos años que anda en el libro de las fábulas; mas no por eso se han mejorado los hombres: se han librado del enemigo; pero los enemigos han quedado. ¡Que me llames señor barón, corriente! Yo soy en realidad un caballero como tantos otros, tú no puedes dudar de mi nobleza; toma, he ahí el escudo que traigo. (*Hace un gesto obscuro.*)

LA HECHICERA *se ríe desahogada-mente*. ¡Ja, ja! ¡Esas son vuestras maneras propias! ¡Sois un amable pillo, como siempre!

MEFISTÓFELES, *a Fausto*. ¡He ahí algo en que instruirte! Así se conduce uno con las brujas.

LA HECHICERA. Ahora, señores, decid lo que deseáis.

MEFISTÓFELES. Un buen vaso del licor que tú sabes, pero del más viejo, te lo ruego, que los años redoblan su virtud.

LA HECHICERA. ¡De muy buena gana! Tengo un frasco, del que yo misma tomo algunas veces: no tiene

el más imperceptible hedor; os daré un vasito. (*En voz baja a Mefistófeles.*) Pero si este hombre lo prueba sin hallarse preparado, no vivirá, vivir, como sabes, ni una hora.

MEFISTÓFELES. Es un amigo, y el licor no puede hacerle más que bien: yo le daría sin temor el mejor de toda tu cocina. Traza tu círculo, di tus palabras y dale una taza llena. (*La bruja, con gestos raros, traza un círculo, en el que coloca mil cosas extravagantes. Entretanto, los vasos empiezan a resonar, la olla a dar estampidos, como haciendo acompañamiento. Por fin, trae un librote, mete los gatos en el círculo, en donde le sirven de pupitre y tienen los hachones. Indica a Fausto que se dirija hacia ella.*)

FAUSTO, *a Mefistófeles*. No: dime lo que va a ser todo esto. Esta loca ralea, esos gestos extravagantes, esa grosera brujería, me son bastante conocidos y me disgustan demasiado.

MEFISTÓFELES. ¡Qué tontería! Esto es cosa de risa: ¡no te hagas el grave! Como médico, debe hacer un hocuspocus para que el filtro te aproveche. (*Obliga a Fausto a entrar en el círculo.*)

LA HECHICERA, *con gran énfasis, toma el libro y declama.*

Amigo, cree en mi sistema:
Con sólo uno, diez harás,
Con dos te enriquecerás,
Y está resuelto el problema.

Pasa el cuarto, el quinto, el sexto,
El séptimo y el octavo,
Las brujas te dicen esto,
También te saldrán y acabo...

Si nueve es uno
Diez no es ninguno.

FAUSTO. Se me figura que la vieja delira.

MEFISTÓFELES. Ya falta poco: conozco bien todo eso: su libro está

llo de esas simplezas. Me ha hecho perder mucho tiempo; porque una perfecta contradicción es tan misteriosa para los sabios como para los locos. Amigo mío, el arte es viejo y nuevo. Fué costumbre de todos tiempos propagar el error en vez de la verdad. Sé darla sin cesar sobre ese asunto, se aprende todo eso como tantas otras cosas; pero ¿quién va a atormentarse por comprender tales locuras? El hombre cree, generalmente, cuando oye palabras que por fuerza han de contener alguna idea.

LA HECHICERA continúa

La más sublime ciencia
No se alcanza en el mundo
Con dinero, trabajo o diligencia.
Porque el conocimiento más profundo
Lo adquiere en un instante
El peor estudiante.

FAUSTO. ¡Qué de contradicciones nos dice! Todo eso me hace pedazos la cabeza: me parece que estoy oyendo un coro de cien mil locos.

MEFISTÓFELES. ¡Basta, basta! ¡Perfectamente, sibila! Trae aquí tu poción, y que la copa venga llena hasta el borde: ese brebaje no puede hacerle daño a mi amigo, que es un hombre que ha obtenido muchos grados y que ha hecho de las suyas. (*La bruja, con grande aparato, echa la bebida en el vaso: al instante de acercarla a sus labios se eleva una ligera llama.*)

MEFISTÓFELES. ¡Volando! ¡Un poco más! Esto ha de calentarte bien el corazón. ¡Qué es eso! Estás con el diablo hablando tú por tú ¿y te espanta la llama? (*La bruja borra el círculo: Fausto se sale de él.*)

MEFISTÓFELES. ¡Adelante! Es menester no detenerse.

LA HECHICERA. ¡Buen provecho os haga ese traguito!

MEFISTÓFELES, a la hechicera. Si

se te ofrece algo en que yo pueda servirte, me lo dirás el sábat (1).

LA HECHICERA. ¡He ahí una canción! Cantadla alguna vez y experimentaréis singulares efectos.

MEFISTÓFELES, a Fausto. Ven pronto y déjate conducir: es necesario que transpires para que la virtud del licor obre interior y exteriormente. Luego, te haré apreciar las delicias de una noble ociosidad, y bien pronto secretísimos transportes te harán reconocer la influencia de Cupido, que revolotea alrededor del mundo por la azulada atmósfera.

FAUSTO. Deja que todavía dirija hacia ese espejo una ligera mirada. ¡Era tan bella aquella imagen de mujer!

MEFISTÓFELES. ¡No, no! Vas a ver al momento el modelo de las mujeres, pero con vida, y delante de ti. (*Aparte.*) Con esa bebida en el cuerpo, verás una Helena en cada mujer que encuentres.

Una calle

FAUSTO, MARGARITA de paso

FAUSTO. Hermosa señorita, ¿me atreveré a ofreceros mi compañía y mi brazo?

MARGARITA. Yo no soy ni señorita ni hermosa, y puedo muy bien ir a mi casa sin que nadie me acompañe. (*Se separa y huye.*)

FAUSTO. ¡Vive el cielo! Es una niña bellísima: en mi vida he visto nada semejante; ¡parece tan honesta y tan virtuosa, y tiene al mismo tiempo un no sé qué tan gracioso! ¡Jamás olvidaré ni sus labios de rosa, ni

(1) Sábado entre los judíos, y convención o junta nocturna que suponía la gente vulgar tenían los brujos y hechiceras para adorar al diablo.

el brillo de sus mejillas! ¡Cómo bajaba los ojos! ¡Ah! Se ha grabado profundamente en mi corazón; ¡con qué ligereza ha huido!... ¡me ha trastornado!

MEFISTÓFELES se adelanta

FAUSTO. Escucha, es menester darme la posesión de esa joven.

MEFISTÓFELES. ¡Eh! ¿Cuál?

FAUSTO. La que acaba de pasar.

MEFISTÓFELES. ¿Aquella? Venía de junto a su confesor, que la ha abusado de todos sus pecados. Yo me iba deslizándose entre los dos; es muy inocente; va a confesarse por nada: no tengo ningún poder sobre ella.

FAUSTO. Pues tiene más de catorce años.

MEFISTÓFELES. Habláis como Juan-el-Cantor, que codicia las más bellas flores y piensa adquirir honor y favor sin merecerlo. Mas no sucede siempre así.

FAUSTO. Señor domine, dejadme en paz; y os lo digo pronto y claro: si esta tarde no estrecho en mis brazos a esa joven encantadora, esta noche nos separamos.

MEFISTÓFELES. Imaginad alguna cosa factible; necesitaría lo menos quince días tan sólo para acechar la ocasión.

FAUSTO. Siete horas y el auxilio del diablo, ¿me serán inútiles para seducir una criatura semejante?

MEFISTÓFELES. Ya habláis casi como un francés: sin embargo, os suplico que no os enfadéis. ¿De qué sirve ese ansia de gozar? El placer es mucho menor si de antemano, y con todo género de baratijas, no componéis y adornáis por vos mismo vuestra pequeña muñeca, como sucede en muchos cuentos galos.

FAUSTO. Sin eso tengo apetito también.

MEFISTÓFELES. Pues sin invectivas ni burlas, os digo desde ahora para siempre que no se puede ir tan de prisa con esa hermosa niña. Es necesario no usar con ella ninguna violencia, y debemos atenernos a la astucia.

FAUSTO. ¡Ve a buscarme alguna cosa de ese ángel, llévame al lugar en que reposa!; ¡tráeme un pañuelo cualquiera que haya cubierto su seno, una cinta siquiera de mi adorada!

MEFISTÓFELES. Vais a ver cómo quiero realmente dulcificar vuestra pena: no perdamos un instante; desde hoy os conduciré a su aposento.

FAUSTO. ¿Y yo podré verla, poseerla?

MEFISTÓFELES. No; ella estará en casa de una vecina. Sin embargo, podréis, esperando vuestra dicha futura, embriagaros cuanto queráis con el aire que habrá respirado.

FAUSTO. Partamos.

MEFISTÓFELES. Aún es temprano.

FAUSTO. Procuráme, pues, un presente para ella. *(Se va.)*

MEFISTÓFELES. ¿Regalos ya? ¡Bueno! ¡He ahí el medio de adelantar! Yo sé de muchos sitios muy buenos, y de muchos tesoros enterrados; voy a pasarles revista. *(Se va.)*

Al anochecer

(Una pequeña alcoba bien arreglada)

MARGARITA, *trenzándose el cabello*. Daría cualquier cosa por saber quién era el caballero de esta mañana: tenía, por cierto, la mirada noble, y su cara dejaba ver que era de familia distinguida... si no, no hubiera sido tan atrevido. *(Sale.)*

MEFISTÓFELES. ¡Entrad, pero despacio!

FAUSTO, *después de algunos instantes de silencio.* Te lo ruego, déjame solo.

MEFISTÓFELES. No todas las jóvenes tienen tanto orden y aseo. *(Sale.)*

FAUSTO, *mirando alrededor.* Bienvenido, dulce crepúsculo que alumbra este santuario. Embarga mi corazón, dulce pena de amor, que en tu impotencia aspiras el perfume de la esperanza. ¡Cómo respira aquí todo silencio, orden y contento! ¡Qué abundancia en medio de esta escasez! ¡Qué felicidad en este calabozo! *(Se echa sobre un sillón de acero, cerca del lecho.)* ¡Oh, recíbeme tú, que has tenido en tus brazos abiertos generaciones llenas de alegría y de tristeza! ¡Ah! ¡Cuántas veces un tropel de niños se habrá suspendido alrededor de este trono paternal! Acaso, recordando al Cristo, mi querida, rodeada de una familia joven, habrá besado aquí la temblorosa mano de su abuelo. Siento vagar en derredor de mí, ¡oh, hermosa niña!, tu espíritu de orden, ese espíritu que regula tus días como una tierna madre, que te enseña a tender aseadamente el tapete sobre la mesa, y a notar hasta los átomos del polvo que bajo tus pies se mueven. ¡Oh mano tan cara, tan divina! Por ti se hace rica como el cielo una cabaña. Y allí... *(Alza una colgadura del lecho.)* ¡Qué delicias crueles se apoderan de mí! Yo podría pasar en este sitio horas enteras. ¡Naturaleza! Aquí inspiras a ese ángel tus sueños encantadores. Aquí reposa esa niña, cuya sangre palpita con una vida nueva; y aquí, con un temor santo y puro, se formaba esa imagen de Dios.

Y tú, ¿quién te ha conducido aquí? ¿De qué sentimientos te encuentras agitado? ¿Qué quieres aquí? ¿Por qué se oprime mi corazón? ¡Desgra-

ciado Fausto, ya no te reconozco!

¿Será un vapor encantado lo que aquí me rodea? Me siento ávido de placeres, y me dejo llevar de sueños amorosos: ¿Seremos el juguete de cada viento?

¡Si entrase en este instante!... ¡Cómo te haría latir el corazón tu falta! ¡Qué pequeño sería el grande hombre! ¡Cómo caería confundido a sus pies!

MEFISTÓFELES. Pronto, que ya la veo.

FAUSTO. Vamos, vamos, no vuelvo más aquí.

MEFISTÓFELES. He ahí una cajita bastante pesada que he cogido en cierto sitio: metedla en el armario y os juro que le trastornará el juicio. Os doy esa poca cosa a fin de adquiriros otra: es verdad que un niño es un niño, y un juego es un juego.

FAUSTO. Yo no sé si debo...

MEFISTÓFELES. ¿Podéis preguntarlo? ¿Pensáis quizás en conservar el tesoro? En ese caso, aconsejo a vuestra avaricia que me ahorre trabajo y tiempo, que es tan caro. No espero veros jamás tan sensato: y en vano para eso me rasco la cabeza y me estrego las manos... *(Mete la cajita en el armario y lo cierra.)* ¡Vamos, venid pronto! Queréis atraer una joven a vuestros votos y a vuestros deseos, y heos ahí plantado como si fueseis a entrar en una audiencia, y como si la física y la metafísica en persona se hallasen frente a vos. Vamos... *(Salen.)*

MARGARITA, *con una lámpara.* ¡Qué espeso y sofocado está aquí el aire! *(Abre la ventana.)* Y fuera no hace tanto calor. Y yo estoy no sé cómo. Desearía que mi madre no volviese. Siento un temblor por todo el cuerpo... ¡Bah! me asusto totalmente. *(Empieza a desnudarse cantando.)*

Hubo un rey en la Thulea,
A quien legó su querida
Una rica copa de oro,
De su amor memoria fina.

Era un tesoro de encantos,
Que conservaba su dicha,
Y cuando bebía en ella,
Sus ojos se humedecían.

Viendo cercana su muerte,
Hizo de todo partija;
Pero exceptuó la copa,
Recuerdo de tanta estima.

Convidó un día a su mesa
A la nobleza más digna,
La que atenta le observaba,
Como toda su familia.

De repente se levanta
Y a su balcón se aproxima:
Bebe, y arroja la copa
Al mar que debajo había.

Las negras olas al punto
Se la escondieron altivas:
El rey inclinó su frente...
No bebió más en su vida.

(Abre el armario para colocar sus vestidos, y ve la caja.)

¿Cómo se ha metido aquí esta hermosa cajita? Yo había cerrado perfectamente este armario. Esto me pasma; ¿qué contendrá? Puede ser que la haya dejado alguien como prenda, por algo que mi madre habrá prestado. Tiene una llavecita pendiente de una cinta. Así puedo abrirla sin indiscreción. ¿Qué es esto? ¡Dios del cielo! En mi vida he visto nada semejante. Un adorno... con el que una gran señora se honrará en un día de fiesta. ¡Qué bien me estaría esta cadena! ¿De quién será tanta riqueza? *(Se adorna, y se acerca al espejo.)* ¡Si tan siquiera estos arillos fueran míos! Esto da otro aire muy diferente. ¡Ay, muchachas! ¿de qué os sirve la belleza? Esto es bello y bueno; pero sin esto, si se os alaba, es casi por piedad. Todo va tras del oro; del

oro todo depende. ¡Ah, qué desgraciadas somos!

Un paseo

FAUSTO, *paseándose pensativo*

MEFISTÓFELES, *acercándose*. ¡Por todo amor desdenado!, ¡por los elementos del infierno! Quisiera saber dónde está lo más odioso que yo puedo maldecir.

FAUSTO. ¿Qué tienes que así te turba? No he visto nunca una facha parecida.

MEFISTÓFELES. Me daría al diablo ahora, si no lo fuese yo.

FAUSTO. ¿Se ha desbaratado alguna cosa en tu cabeza, o es que te divierte jurar como un desesperado?

MEFISTÓFELES. Considera, pues, esto: ¡un clérigo ha atrapado el aderezo ofrecido a Margarita!... Su madre toma el asunto a pecho y principia a causarle un secreto disgusto. La señora es de largas narices, y está comiéndose incesantemente sus libros de oraciones, y oliendo uno después de otro cada mueble, para ver si está santo o profano. Habiendo conocido, en vista de las alhajas, que allí no estaba todo bendito: "Hija mía — exclamó, — bienes injustamente adquiridos esclavizan el alma y queman la sangre: consagrémoslo todo a la madre de Dios, y ella nos regocijará con el maná del cielo." La pobre Margarita hizo un gesto bastante significativo. "Lo que es regalado — pensó, — es bueno siempre; y, en realidad, el que tan diestramente ha traído esto aquí no puede ser un impio." La madre mandó venir un clérigo, el cual, no bien oyó una palabra del negocio, cuando fijó toda su atención en la cajita, y le dijo: "¡Divinamente pensado! El que vence sus sentidos, no

puede menos de ganar en ello. La Iglesia tiene muy buen estómago, ha devorado países enteros, sin que por eso se haya indigestado nunca. Sólo la Iglesia, mis buenas señoras, es capaz de digerir un bien mal adquirido."

FAUSTO. Ese es su objeto principal, como el de los judíos y los reyes.

MEFISTÓFELES. Cargó con collares, cadenas y arillos, como si no fuesen nada; no dió más gracias que si llevara un canastillo de nueces, les prometió los dones del cielo... y ellas quedaron edificadas.

FAUSTO. ¿Y Margarita?

MEFISTÓFELES. Está sentada, inquieta: no sabe lo que quiere, ni lo que debe querer: piensa continuamente en la cajita, y más aún en quién se la ha llevado.

FAUSTO. El pesar de mi querida me hace sufrir: ve volando a buscar-me otra cajita: la primera no tendría ya tanto valor.

MEFISTÓFELES. ¡Sí, sí! para este caballero todo es fácil.

FAUSTO. Haz lo que voy a decirte: Sirvete de la vecina, sé un diablo, no un niño, y tráeme un nuevo regalo.

MEFISTÓFELES. Sí, gracioso dueño, con mucho gusto. (*Aparte.*) Un loco semejante, enamorado, sería capaz de sacaros en un instante el sol, la luna y las estrellas para diversión de su bella. (*Sale.*)

La casa de la vecina

MARTA, sola. Dios se lo perdone a mi caro marido, no ha hecho nada por mí: se ha ido por el mundo, y me ha dejado sola en la desgracia. No será por lo que le he atormentado, que bien lo sabe Dios, no he hecho más que quererle con toda mi alma. (*Llora.*) ¡Puede que ya se haya muer-

to! ¡Ay! ¡Si siquiera tuviera su partida de entierro!

MARGARITA entra. ¿Señora Marta?

MARTA. ¿Qué quieres, Margarita?

MARGARITA. Apenas me tengo en pie: he encontrado en mi armario un nuevo cofrecito, de la misma madera, y con cosas por todos estilos más ricas que la del primero.

MARTA. Es necesario no decírselo a tu madre, que volvería a dárselo a su confesor.

MARGARITA. Pero, ¿no veis?, ¿no os admira?

MARTA, adornándola. ¡Dichosa criatura!

MARGARITA. Tan pobre como soy, no me atrevería a presentarme en la calle, ni en la iglesia.

MARTA. Ven a verme con frecuencia, y aquí te probarás en secreto estos adornos, y con ellos te podrás pasear una hora delante del espejo: siempre nos dará mucho gusto; y si se presenta una ocasión, una fiesta, enseñaremos a la gente todo esto, una cosa después de la otra. Primero una cadena, luego un pendiente. Tu madre no sospechará de nada, y no harán más que murmurar de ella.

MARGARITA. Pero ¿quién ha podido traer aquí esas dos cajitas? Parece un milagro. (*Llaman.*)

MARTA, mirando por el ventanillo. Es un caballero extranjero. ¡Entrad!

MEFISTÓFELES entra. Os suplico me dispenséis la libertad que me tomo de llegar hasta aquí. (*Se inclina ante Margarita.*) Desearía hablar a la señora Marta Sawerdlein.

MARTA. Soy yo, ¿qué me queréis?

MEFISTÓFELES, en voz baja. Ahora os he conocido: esto me basta; tenéis que recibir una visita de importancia; dispensadme mi atrevimiento; volveré por la tarde.

MARTA, muy contenta. ¿Ves, hija

mía, lo que es el mundo? Este caballero te toma por una señorita.

MARGARITA. Yo no soy más que una pobre: ¡ay, Dios! Este caballero me hace demasiado favor; estos adornos no son míos.

MEFISTÓFELES. No consiste en los adornos; tenéis un aire tan fino, una mirada tan suave... Me alegra poder hablaros.

MARTA. ¿Qué decís, pues? Desearía...

MEFISTÓFELES. Quisiera ser portador de una noticia menos triste, mas espero que no lo llevaréis a mal: vuestro marido ha muerto, y me ha mandado saludaros.

MARTA. ¿Ha muerto? ¡Pobre corazón mío! ¡Oh cielos! ¡mi marido ha muerto! ¡Ay, yo me caigo!

MARGARITA. ¡Ah! mi querida señora, no os desesperéis.

MEFISTÓFELES. Escuchad el trágico suceso.

MARTA. Sí, contadme su fin.

MEFISTÓFELES. Yace en Padua, enterrado cerca de San Antonio, en tierra santa; para reposar en ella eternamente.

MARTA. ¿Y no me traéis nada?

MEFISTÓFELES. Sí, por cierto, una súplica grave y necesaria; y es que hagáis decir por él trescientas misas; por lo demás, mis bolsillos están vacíos.

MARTA. ¡Cómo! ¡ni una medalla, ni una alhaja! Lo que todo artesano, por pobre que sea, guarda; cuidadosamente y reserva como un recuerdo, aunque se muera de hambre, aunque tenga que mendigar.

MEFISTÓFELES. Señora, eso me es doloroso en extremo; pero no ha despilfarrado su dinero: además, se ha arrepentido de sus faltas, sí, y ha deplorado aún mucho más su infortunio.

MARGARITA. ¡Ah! ¡Por qué serán

tan desgraciados los hombres! ¡Oh, sí! voy a hacer que le digan algunos *Requiem*.

MEFISTÓFELES. Sois digna de entrar pronto en el matrimonio, sois una niña muy amable.

MARGARITA. ¡Ah! no deseo eso todavía.

MEFISTÓFELES. Si no un marido, un novio; sería el mayor beneficio del cielo tener en brazos un objeto tan adorable.

MARGARITA. Eso no se usa en el país.

MEFISTÓFELES. Que se use o no, lo mismo puede hacerse.

MARTA. Continuad vuestra relación.

MEFISTÓFELES. Me senté al lado de su lecho de muerte, que era poco menos que de estiércol, de paja medio podrida. Mas murió como un cristiano, reconociendo sus faltas. “¡Cómo debo detestarme — exclamó, — cómo debo detestarme cordialmente por haber abandonado así mi estado y mi mujer! ¡Ah, este recuerdo me mata! ¿Me perdonará en esta vida?...”

MARTA, *llorando*. ¡Qué excelente marido! ¡Le he perdonado hace mucho tiempo ya!

MEFISTÓFELES. “Mas, Dios lo sabe, ella tuvo más culpa que yo.”

MARTA. ¡En eso miente! ¡Cómo! ¡Mentir al borde de la tumba!

MEFISTÓFELES. Si no me equivoco, bien se acordaba de ella en su agonía. “Yo no tenía tiempo, decía, ni para bostezar: era necesario primeramente hacerla madre, y luego ganarle el pan... Cuando digo pan, es en el sentido más recto, y yo no podía comer mi parte en paz.”

MARTA. ¿Olvidó, pues, tanta fe, tanto amor... todos mis afanes?...

MEFISTÓFELES. No tal; se acordó mucho de eso. Y dijo: “Cuando partí de Malta, oré con ardor por mi mujer

y mis hijos. Así me fué propicio el Cielo, porque nuestro navío apresó una embarcación de transporte turca, que llevaba un tesoro del gran sultán, y fué la recompensa de nuestro valor, de lo que recibí, como era justo, mi buena parte."

MARTA. ¿Y cómo?... ¿Dónde?... ¿La habrá enterrado, tal vez?

MEFISTÓFELES. ¿Quién sabe ahora a dónde habrá ido a parar? Una hermosa señorita se apasionó de él, cuando, como extranjero, se paseaba alrededor de Nápoles: se condujo con él con grande amor y fidelidad, hasta tal punto, que aun a la hora de la muerte lo recordaba.

MARTA. ¡Bribón! ¡Ladrón de sus hijos! ¿Es posible que ni la necesidad, ni la miseria, hayan podido contenerle en tan escandalosa vida?

MEFISTÓFELES. ¿Qué queréis? Así ha muerto. Yo, en vuestro lugar, le lloraría el año de costumbre y trataría de conquistar otro nuevo tesoro.

MARTA. ¡Ay, Dios! Como él no hallaré otro tan fácilmente en este mundo. Es difícil que pueda existir un loco más encantador. Sólo que amaba tal vez excesivamente los viajes, las mujeres extranjeras, el vino extranjero, y todos esos malditos juegos de dados.

MEFISTÓFELES. Bien, bien; eso aún podría soportarse si, por casualidad, os pasase otro tanto; yo os aseguro que, mediando esa cláusula, de muy buena gana haría con vos el cambio del anillo.

MARTA. ¡Oh, cómo os agrada burlaros!

MEFISTÓFELES, *aparte*. Salgamos pronto: cogería por la palabra al mismo diablo. (*A Margarita*.) ¿Cómo está el corazón?

MARGARITA. ¿Qué me queréis decir con eso?

MEFISTÓFELES, *aparte*. ¡Buena,

inocente niña! (*En alta voz*.) Buenos días, señoras.

MARGARITA. Felices.

MARTA. ¡Oh! decidme, pues, antes de irnos: yo quisiera saber positivamente en dónde ha muerto y en dónde está enterrado mi tesoro. Siempre he sido muy amiga del orden, y quisiera ver su muerte en los carteles.

MEFISTÓFELES. Sí, buena señora; la verdad se hace constar en todo país con dos testigos: aquí tengo un excelente compañero que le haré comparecer por vos ante el juez. Voy a buscarlo.

MARTA. Sí, sí; dignaos hacerlo.

MEFISTÓFELES. Y que esta joven se halle también allí. Este es un bello muchacho, ha viajado mucho y es con las señoritas sumamente cumplido.

MARGARITA. Yo voy a tener vergüenza delante de ese caballero.

MEFISTÓFELES. Ni delante de ningún rey del mundo.

MARTA. Ahí, en mi jardín, esperearemos, pues, a estos caballeros.

Una calle

FAUSTO, MEFISTÓFELES

FAUSTO. ¿Qué hay? ¿Se adelanta? ¿Se concluirá eso pronto?

MEFISTÓFELES. ¡Ah, muy bien! Os encuentro animadísimo. Dentro de poco tiempo será vuestra Margarita. Esta tarde la veréis en casa de Marta, su vecina; ésta es una mujer que no pudiera escogerse mejor para desempeñar el papel de intercesora y gitana.

FAUSTO. Perfectamente.

MEFISTÓFELES. Sin embargo, se nos exigirá alguna cosa.

FAUSTO. Un servicio merece otro.

MEFISTÓFELES. Es preciso que certifiquemos como testigos que los restos de su marido reposan judicialmente en Padua, en tierra santa.

FAUSTO. ¡Está bueno! ¿Y tendremos que hacer un viaje allá?

MEFISTÓFELES. *¡Sancta simplicitas!* No es eso lo que hay que hacer: declarad y se acabó.

FAUSTO. Aunque eso sea lo mejor, nos faltan las noticias...

MEFISTÓFELES. ¡Oh, santo varón! ¿lo seréis por mucho tiempo? ¿Es esta la primera vez que mentís? ¿No habéis dado definiciones de Dios, del mundo y de lo que pasa en él, de los hombres y de lo que dirige su cabeza y su pecho, con grande seguridad, descaro y firmeza de corazón? Y, si bien lo miráis, tendréis que confesar que sabíais tanto de eso como de la muerte de Sawerlein.

FAUSTO. Eres y serás siempre un embustero y un sofista.

MEFISTÓFELES. Sí, si no hubiera otro mayor. ¿No vais mañana, con todo vuestro honor, a seducir a esa pobre Margarita y a jurarle el amor más sincero?

FAUSTO. Y con todo mi corazón.

MEFISTÓFELES. ¡Muy bien! Y luego haréis juramentos de amor y de fidelidad, eterna, de un pensamiento único y poderoso. ¿Todo eso partirá también del corazón?

FAUSTO. Dejemos eso: sí, así es. Cuando por mis sentimientos, por mi ardor, busco nombres y no los hallo, que me lance al mundo con toda mi alma, que escoja las más ardientes expresiones, y que a este fuego en que me abraso le llame sin cesar infinito, eterno: ¡es un engaño diabólico!

MEFISTÓFELES. No obstante, tengo razón.

FAUSTO. Escucha bien lo que voy a decirte. Te suplico que economices mis pulmones. El que quiera tener razón la tiene, siempre que posea una lengua. Y vente, que estoy harto de hablurías: si tienes razón, es por que prefiero callarme.

Un jardín

MARGARITA, *del brazo de FAUSTO*;
MARTA, MEFISTÓFELES, *paseándose*

MARGARITA. Bien conozco que este caballero me lisonjea: se rebaja para no avergonzarme. Los viajeros acostumbran verlo todo con buenos ojos y con buen corazón; demasiado sé que un hombre tan sabio no puede encontrar placer en mi pobre lenguaje.

FAUSTO. Una mirada tuya, una sola palabra, me dice más que toda la sabiduría de este mundo. *(Le besa una mano.)*

MARGARITA. ¿Qué hacéis?... ¿Cómo podéis besar mi mano? ¡Es tan tosca! ¿Qué dejo de hacer en nuestra casa? Mi madre es tan económica... *(Pasan.)*

MARTA. ¿Conque viajáis siempre así?

MEFISTÓFELES. ¡Ah! nuestro estado y el deber nos obligan. ¡Con cuánto pesar no se aparta uno de ciertos lugares! Y sin embargo, no se atrevería uno a quedarse en ellos.

MARTA. En la fuerza de la edad nada importa que se recorra el mundo libremente. Pero en seguida llega la mala estación; y arrastrarse al sepulcro solo, en el celibato, es lo que nadie ha hecho todavía con placer.

MEFISTÓFELES. Con gran temor veo a lo lejos esa situación horrible.

MARTA. Por eso, señor mío, es menester que lo penséis a tiempo. *(Pasan.)*

MARGARITA. Sí, todo eso se va bien pronto de la imaginación. Lo decís porque sois naturalmente cortés; pero tendréis sin duda muchos amigos más espirituales que yo.

FAUSTO. ¡Oh, querida mía! Eso que tanto se alaba y se realza con

el nombre de *espíritu*, no es otra cosa muchas veces que tontería y vanidad.

MARGARITA. ¿Pues cómo?

FAUSTO. ¡Ah! ¿Será preciso que la sencillez y la ignorancia no sepan nunca conocerse a sí mismas y apreciar su santa dignidad? ¿Que la humildad, la obscuridad, los dones más preciosos de la naturaleza bienhechora...?

MARGARITA. Pensad un momento en mí, que luego tendré yo mucho tiempo para pensar en vos.

FAUSTO. ¿Estás, pues, siempre sola?

MARGARITA. Sí. Nuestro ajuar es muy escaso, pero es menester cuidarlo. No tenemos criada y tenemos que hacer de comer, limpiar, calcetar y coser, cortar mañana y tarde; ¡es tan exacta mi madre hasta en las pequeñeces!... Y no es que tenga necesidad de molestarse tanto, que bien podríamos valernos como otros muchos: mi padre nos ha dejado un regular haber, una casa pequeña y un jardín a la entrada de la ciudad. Con todo, vivo bastante contenta: mi hermano ha caído soldado, y se me ha muerto una hermanita pequeña: esta niña me ha dado muy malos ratos; sin embargo, los pasaba gustosa... ¡la quería tanto!

FAUSTO. Era un ángel si se parecía a ti.

MARGARITA. Yo la criaba, y ella me amaba tiernamente. Nació después de morirse mi padre. Entonces creí que mi madre se moría, porque ¡estaba tan enferma! Tardó tanto tiempo en convalecer, que hubo de renunciar a la idea de dar el pecho a la criaturita; y yo sola tuve que alimentarla haciéndole beber leche y agua: era como una hija mía. En mis brazos, sobre mi seno, pronto me tomó cariño, creció y se hizo bonita.

FAUSTO. ¿No sentiste entonces la dicha más pura?

MARGARITA. Ciertamente, pero también tuve muchas horas de agitación. La cuna de la pobrecita estaba por la noche al lado de mi cama, y apenas se movía, cuando me despertaba yo. Ya era preciso darle alimento, ya acostarla conmigo, ya pasearla por toda la pieza, porque si no, no callaba. Luego, al amanecer, tenía que ir al lavadero, en seguida al mercado, y así siempre, un día y otro. Claro, señor, que así no siempre se tiene el ánimo alegre, pero se saborea más la comida y el descanso. (*Pasan.*)

MARTA. Las pobres mujeres pierden el tiempo: es difícil convertir a un célibe.

MEFISTÓFELES. Sería preciso nada menos que una persona como vos para ir yo por el buen camino.

MARTA. Decid la verdad, ¿no habéis encontrado nada todavía? ¿Por ninguna se ha apasionado vuestro corazón?

MEFISTÓFELES. El proverbio dice: *Una casa propia y una mujer buena, valen el oro y las perlas.*

MARTA. Yo os pregunto si no habéis sido nunca veleidoso.

MEFISTÓFELES. Siempre se me ha recibido bien en todas partes.

MARTA. Quería decir, si vuestro corazón no ha sentido nunca un vivo afecto.

MEFISTÓFELES. Con las mujeres debe uno guardarse de jugar.

MARTA. ¡Ah!, no me comprendéis.

MEFISTÓFELES. Estoy verdaderamente desolado, pero comprendo... que sois muy indulgente. (*Pasan.*)

FAUSTO. Conque ¿me conociste, ángel mío, así que llegué al jardín?

MARGARITA. ¿No lo habéis echado de ver? Yo bajaba muchas veces los ojos.

FAUSTO. ¿Y me perdonas la libertad que me tomé cuando salías de la iglesia?

MARGARITA. Me quedé muerta: nunca me había sucedido una cosa semejante... jamás ha podido nadie hablar mal de mí. Yo me decía: ¡Dios mío!, ¿habrá visto en mí alguna incitación? Parece que se ha dirigido a hablarme como a una mujer mala. Pero, no puedo menos de confesároslo, yo no sé qué empezaba ya a inclinarme en favor vuestro: y ciertamente, me he querido muy mal, cuando no he podido trataros aún peor.

FAUSTO. ¡Amada mía!

MARGARITA. Dejádme... *(Coge una margarita y va arrancando sus pétalos uno a uno.)*

FAUSTO. ¿Qué vas a hacer?, ¿un ramillete?

MARGARITA. No, estoy jugando.

FAUSTO. ¿Cómo?

MARGARITA. Vamos, os reiríais de mí. *(Deshoja y murmura en voz muy baja.)*

FAUSTO. ¿Qué murmuras?

MARGARITA, a media voz. Me ama. No me ama.

FAUSTO. ¡Dulce figura del cielo!

MARGARITA continúa. Me ama. No me ama. Me ama. No me ama. *(Arrancando el último pétalo con dulce alegría.)* ¡Me ama!

FAUSTO. ¡Sí, nena mía: que la predicción de esa flor sea para ti el oráculo de los dioses! ¡Te ama! ¿Comprendes lo que es eso? ¡Te ama! *(Toma sus dos manos.)*

MARGARITA. ¡Tiemblo!

FAUSTO. ¡Oh!, ¡no te estremescas!, ¡que esta mirada, que este ardor con que estrecho tu mano, te digan lo que no puede expresarse: abandonémonos el uno al otro para gustar una voluptuosidad que debe ser eterna. ¡Eterna! ¡su fin sería la desesperación!... ¡No!, ¡nada de fin!

¡nada de fin! *(Margarita le estrecha la mano, se desprende y huye. Fausto permanece un instante abismado en sus pensamientos, y luego la sigue.)*

MARTA, aproximándose. Ya se acerca la noche.

MEFISTÓFELES. Sí, y tenemos que marcharnos.

MARTA. De buena gana os rogaría que os quedaseis por más tiempo: ¡pero es tan mala nuestra vecindad! Parece que nadie tiene otra cosa que hacer más que observar los que entran y los que salen; y según como uno se conduzca, se hace objeto de habladorías. ¿Y nuestra joven pareja?

MEFISTÓFELES. Corriendo entre esos árboles. ¡Inconstantes mariposas!

MARTA. Creo que va interesándola.

MEFISTÓFELES. Y ella a él. Así va el mundo.

Un pabelloncito del jardín

(MARGARITA entra en él corriendo, se esconde detrás de la puerta, y tocando sus labios con el dedo índice mira atentamente por una rendija.)

MARGARITA. ¡Ay! que viene.

FAUSTO entra. ¡Ah!, ¡bribona, me incitas! Ya te he cogido. *(La besa.)*

MARGARITA estrechándole y devolviéndole el beso. ¡Oh, el mejor de los hombres!, te amo con todo mi corazón. *(Mefistófeles llama.)*

FAUSTO, dando una patada en el suelo. ¿Quién?

MEFISTÓFELES. Un amigo.

FAUSTO. ¡Un animal!

MEFISTÓFELES. ¡Ya es tiempo de separarse!

MARTA entra. Sí, que es tarde, caballero.

FAUSTO. ¿Puedo acompañaros?

MARGARITA. Mi madre podría... Adiós.

FAUSTO. ¿Conque es preciso que me vaya? ¡Adiós!

MARTA. Buenas noches.

MARGARITA. Hasta mañana. (*Se van Fausto y Mefistófeles.*) ¡Dios mío! ¿Qué va a pensar este hombre? Yo me avergüenzo delante de él, y a todo contesto sí. No siendo más que una pobre niña ignorante, no comprendo qué puede encontrar en mí... (*Sale.*)

Selva y cavernas

FAUSTO, *solo*. Espíritu sublime, tú me has dado... todo me lo has dado... en cuanto te he dirigido mis súplicas. No en vano has vuelto hacia mí tu faz de fuego. Tú me has hecho rey de la majestuosa Naturaleza y me has dotado de la fuerza de sentirla y de gozarla: no, tú no me hubieras permitido contemplarla solo con una admiración fría y estúpida después de mostrarme su profundo seno como el seno de un amigo. Tú has puesto ante mis ojos la larga cadena de vivientes, y me has enseñado a reconocer hermanos míos en la silenciosa breña, en el aire y en las aguas. Y cuando brama la tempestad en el monte, derribando por tierra los gigantescos pinos, cuyos troncos chocan con estruendo, y cuya caída resuena como un trueno de montaña en montaña, me prestas un asilo en las cavernas, me revelas a mí mismo y siento descubrirse las secretas maravillas ocultas en mi propio seno. A mi vista se eleva luego dulcemente la luna pura, y a través de las rocas, sobre las matas húmedas, veo vagar las sombras pálidas del tiempo pasado, que vienen a suavizar la austera voluptuosidad de la meditación.

¡Oh!, jamás poseerá el hombre nada perfecto, ahora lo conozco: tú me has dado con esas delicias, que me acercan cada vez más a los dioses, un compañero, de quien no puedo ya deshacerme, y que, frío y desdentado, me rebaja a mis propios ojos, y con una sola palabra sumerge en la nada cuantos presentes me has hecho; ha encendido en mí un fuego atroz, que me impele hacia todas las imágenes de la belleza. Así, paso con transporte del deseo al goce, y, en el goce, suspiro por el deseo.

MEFISTÓFELES, *entra*

MEFISTÓFELES. ¿Aún no os habéis cansado de semejante vida? ¿Qué placer encontráis en esta monotonía? Bueno es que se pruebe, mas para pasar inmediatamente a lo nuevo.

FAUSTO. Podrías entretenerme en otra cosa, en vez de incomodarme en mis días de bonanza.

MEFISTÓFELES. ¡Bueno, bueno! Con mucho gusto os dejaría tranquilo, pero no creo que me digáis eso formalmente. De un compañero tan ingrato, tan áspero y tan loco, no se debe hacer mucho caso, a la verdad. Está uno todo el día discuriendo qué le agradará y qué le convendrá, y ni aún consigue uno arrancarle una palabra.

FAUSTO. Ese es, ni más ni menos, su tono de costumbre; quiere que le dé las gracias por lo que me fastidia.

MEFISTÓFELES. ¿Pues cuál sería tu vida sin mí, pobre hijo de la tierra? ¡Yo te he curado por mucho tiempo de los desvarios de la imaginación; y sin mí, ya estarías bien lejos de este mundo. ¿Qué tienes para que así te escondas como un buho en las cavernas y en las grietas de las rocas? ¿Qué alimento hallas entre el musgo podrido y las piedras moja-

das? ¡Placer de sapo!, ¡qué paso tiempo tan bello y agradable! El doctor no te deja elevarte sobre la materia.

FAUSTO. ¿Concibes la nueva fuerza con que esta excursión por el desierto puede reanimar mi vida? No; si pudieras comprenderla, serías bastante diablo para no concederme tal felicidad.

MEFISTÓFELES. ¡Un placer sobrenatural! Extenderse por la noche sobre las montañas húmedas de rocío, abrazar con éxtasis la tierra y el cielo, envanecerse con una especie de divinidad, penetrar transportado con el pensamiento hasta las entrañas de la tierra, recorrer en su seno todos los seis días de la creación, distraerse en seguida deliciosamente con el gran todo, despojarse de todo lo que se tiene de humano, y concluir esta sublime contemplación... *(con un gesto)* no me atrevo a decir cómo...

FAUSTO. ¡Calla!

MEFISTÓFELES. Ya sé que no puedes agradar esto, y que tenéis derecho a pronunciar el *calla* convencional. No se debe nombrar a los oídos castos lo que es indispensable a los castos corazones: en una palabra, desco que gocéis mucho en engañaros a vos mismo de cuando en cuando. Sin embargo, es necesario que eso dure poco tiempo, porque te desesperarías muy pronto, y te sumirías en la locura, en la angustia y en la cólera. ¡Pero basta! tu querida te espera, y para ella no hay más que pena e inquietud: tu imagen no se va de su espíritu, y su pasión es ya mayor que su fuerza. No hace nada que el delirio de tu amor se desbordaba como un río que se hincha con las nieves derretidas: se lo has derramado en el corazón y ahora quedó seco tu río. Creo, que en vez de reinar en los bosques, sería mejor que el gran hombre recompen-

sase a aquella pobre niña engañada con su amor. El tiempo le parece insufriblemente largo; siempre asomada a la ventana, mira cómo las nubes pasan por encima de las viejas murallas de la ciudad. ¡Si yo fuese pajarito! He ahí lo que está cantando todo el día y la mitad de la noche. Ya está alegre, ya triste; ya llora sin consuelo, ya parece tranquilizarse, y siempre ama.

FAUSTO. ¡Serpiente!, ¡serpiente!

MEFISTÓFELES, *aparte*. Mientras te enlace.

FAUSTO. ¡Infame!, ¡quitate de ahí, y no vuelvas a nombrar a esa niña encantadora! No ofrezcas más su posesión a mi espíritu, ya medio vencido.

MEFISTÓFELES. ¿Qué importa?, ella cree que has huido, y tú no estás lejos de hacerlo.

FAUSTO. Estoy junto a ella; pero aunque me hallara muy distante, jamás la olvidaría, jamás la perdería; sí, envidia el cuerpo del Señor cuando sus labios le tocan.

MEFISTÓFELES. Muy bien, amigo mío: también yo os he envidiado muchas veces, bella pareja gemela acostada entre las rosas.

FAUSTO. ¡Marcha, alcahuete!

MEFISTÓFELES. ¡Bien! Me insultáis, y debo reírme. El Dios que crió al joven y a la joven, reconoció al mismo tiempo el noble empleo de procurar la ocasión. ¡Vamos, en marcha! ¡Vaya una gran desgracia! ¡Vais al cuarto de vuestra querida, y no a la muerte, me parece!

FAUSTO. ¿Qué son entre sus brazos las alegrías del cielo? Aunque me reconforte en su pecho, ¿dejaré de sentir menos su miseria? ¿Dejaré de ser el fugitivo... el desterrado... el monstruo sin objeto y sin reposo... que como un torrente mugiendo de roca en roca, aspira con furor al abis-

mo?... Y al lado, ella, inocente, sencilla, feliz con una cabaña en el jardincito de los Alpes; ¡ella, que había encerrado todos sus cuidados domésticos en aquel pequeño mundo! Y yo, el maldecido por Dios, ¿no tenía bastante con tomar las rocas, con amontonar las ruinas? ¿Tenía que amortajarla, a ella y a sus puras alegrías. ¡Infierno!, ¡la necesitabas por víctima! ¡Date prisa, demonio, abre vía el tiempo de mi angustia! ¡Que lo que haya de suceder, suceda pronto! ¡Desploma su destino sobre mí, y caiga conmigo al abismo!

MERISTÓFELES. ¡Qué calor!, ¡qué fuego!... ¡Ven y consuélala, loco! Cuando tu pobre cerebro no ve ninguna salida, te figuras que todo ha terminado. ¡Viva el que sabe conservar su valor! ¡Tú estás ya suficientemente endiablando!, y no conozco nada tan absurdo como un diablo que se desespera.

Habitación de Margarita

MARGARITA, *sola con su rueda*

¡La tranquilidad ha huído de mí!... ¡Ay!, ¡para mi corazón enfermo ya no encuentro la paz, ni la encontraré nunca!

¡Dondequiera que no le veo, veo la muerte! ¡El mundo entero se cubre de luto!

¡Mi pobre cabeza se despedaza, mi pobre espíritu se aniquila!

¡La tranquilidad ha huído de mí!... ¡Ay!, ¡para mi corazón enfermo ya no encuentro la paz ni la encontraré nunca!

¡Todo el día estoy a la ventana o a la puerta de la calle para divisarle de más lejos y volar a su encuentro!

Su paso arrogante, su porte majestuoso, la sonrisa de su boca, el poder de sus ojos.

¡El encanto de su palabra, su abrazo!, ¡y después, ¡ah!, sus besos!

¡La tranquilidad ha huído de mí!... ¡Ay!, para mi corazón enfermo ya no encuentro la paz, ni la encontraré nunca.

¡Mi corazón se oprime cuando él se acerca! ¡Ah!, ¡que yo no pueda asirle y retenerle para siempre!

¡Y abrazarle a mi gusto!, y acabar mis días al calor de sus besos.

Jardín de Marta

MARGARITA, FAUSTO

MARGARITA. ¡Prométemelo, Enrique!

FAUSTO. Cuanto de mí dependa.

MARGARITA. Dime, pues, ¿cuál es tu religión? Tú eres un hombre de un corazón excelente, pero parece que no tienes mucha devoción.

FAUSTO. Dejemos eso, nena mía; tú sabes si te amo; por mi amor daría mi sangre y mi cuerpo; mas no quiero separar a nadie de su fe.

MARGARITA. Eso no es bastante; es preciso creer.

FAUSTO. ¿Es preciso?

MARGARITA. ¡Oh!, ¡si yo pudiese influir en ti!... Tú no veneras tampoco los santos sacramentos.

FAUSTO. Sí los venero.

MARGARITA. Pero sin desearlos. Hace mucho tiempo que no has ido a misa ni a confesarte... ¿Crees en Dios?

FAUSTO. Querida mía, ¿quién osaría decir: *Creo en Dios*? Pregúntaselo a los sacerdotes o a los sabios, y su respuesta te parecerá una burla a la listeza de quien les haga esa pregunta.

MARGARITA. ¿No crees, pues, en Él?

FAUSTO. Compréndeme mejor, amable criatura: ¿quién se atrevería

a nombrarlo y a hacer este acto de fe: *Creo en Él?* ¿Quién se atrevería a sentir y a decir: *No creo en Él?* ¿El que lo contiene todo, que todo lo sostiene, no te sostiene a ti, y a mí y a Él mismo? ¿No se sustenta el cielo allá arriba? ¿No se extiende la tierra por aquí abajo, y no se elevan los eternos astros mirándonos amigablemente? ¿Mis ojos no se hunden en los tuyos, afluyendo todo entonces hacia tu cerebro y hacia tu corazón? ¿Y lo que hacia ti me impele, no es un misterio eterno, visible o invisible? ¿Por profundo que sea, llena tu alma de él, y, si con ese sentimiento eres dichosa, dale el nombre que quieras, felicidad!, corazón!, amor!, ¡Dios! Por lo que hace a mí, no tengo ningún nombre para eso. El sentimiento es el todo, el nombre no es más que ruido y humo que, nos vela el esplendor de los cielos.

MARGARITA. Todo lo que hablas es bello y bueno: lo que dice el cura se parece a eso, pero con diferentes palabras.

FAUSTO. Todos los corazones, bajo el sol, lo repiten en su lenguaje; ¿por qué no decirlo yo en el mío?

MARGARITA. Si eso se oye así, puede parecer razonable; pero aún queda, sin embargo, algo de obscuro, porque tú no crees en el cristianismo.

FAUSTO. ¿Nena querida!

MARGARITA. Y luego hace mucho tiempo que sufro de verte en esa compañía.

FAUSTO. ¿Qué quieres decir?

MARGARITA. Ese hombre que va contigo... le odio con todo mi corazón. Nada me ha lastimado en mi vida como la cara repugnante de ese hombre.

FAUSTO. No temas nada, querida.

MARGARITA. Su presencia me altera la sangre. Soy muy benévola con los hombres; mas así como siento pla-

cer en mirarte, siento horror cuando le veo a él, hasta tal punto, que le tengo por un infame... Dios me perdona si le injurio.

FAUSTO. Es menester que haya también de esos bellacos.

MARGARITA. ¿Yo no viviría con un hombre semejante! ¿Cuando entra echa unas ojeadas entre burlonas y coléricas! Se conoce que nada le interesa; lleva escrito sobre la frente que no puede amar a nadie. ¡Estoy tan bien en tus brazos, tan libre, tan contenta!... y su presencia me oprime el corazón.

FAUSTO. ¡Ángel lleno de presentimientos!

MARGARITA. Me domina de tal modo ese disgusto, que siempre que él nos acompaña, me creo que ya no te amo. ¿Cuando está con nosotros, jamás puedo rezar; esto me desgarrar el corazón, y a ti debe hacerte el mismo efecto, Enrique!

FAUSTO. Eso es antipatía.

MARGARITA. Ya debo retirarme.

FAUSTO. ¡Ah!, ¿no he de poder jamás reposar ni una hora sobre tu seno... estrechar mi corazón contra tu corazón, y unir mi alma con tu alma?

MARGARITA. Si durmiera sola, dejaría sin correr los cerrojos esta noche; pero mi madre tiene un sueño muy ligero, y si llegara a sorprendernos, me moriría.

FAUSTO. Ángel mío, no sucederá así. He aquí este pomito; dos gotas solas, derramadas en cualquier bebida, la adormecerán profundamente.

MARGARITA. ¿Qué no haré por ti? ¿No contiene nada que pueda serle nocivo?

FAUSTO. ¿Te lo aconsejaría yo si así fuese, querida mía?

MARGARITA. Cuando te veo, mi querido amigo, yo no sé qué me obliga a no negarte nada; y he hecho ya

tanto por ti, que apenas me falta nada que hacer. (*Sale.*)

MEFISTÓFELES, *entra*

MEFISTÓFELES. ¿Se ha ido la oveja?

FAUSTO. ¿Nos has espiado aún?

MEFISTÓFELES. Todo lo he oído. Señor doctor, os han dicho la lección y espero que os aprovecharéis. Las jóvenes están muy interesadas en que uno sea muy dócil y respetuoso por las antiguas costumbres. Si él se humilla ante ellas, piensan, también nos obedecerá fácilmente.

FAUSTO. ¡Monstruo, no puedes concebir cuánto se atormenta esa alma fiel y amante, en medio de la creencia que la hace feliz, con la sola idea de que se pierda el hombre que tanto ama!

MEFISTÓFELES. ¡Oh, sensible, sensibilísimo galán! Una niña hace de ti lo que quiere.

FAUSTO. ¡Grotesco esbozo de lodo y fuego!

MEFISTÓFELES. Y ella comprende perfectamente las fisonomías: en mi presencia se encuentra yo no sé cómo: mi máscara le revela un espíritu oculto; comprende, sin duda, que soy un genio. Tal vez el mismo diablo. ¡Eh, eh!, esta noche...

FAUSTO. ¿Qué te importa?

MEFISTÓFELES. Tengo en ello mi parte de alegría.

En el pozo

MARGARITA Y LISETA, *con sus cántaros*

LISETA. ¿No has oído decir nada de Barbanita?

MARGARITA. Ni una palabra. Veo a tan poca gente...

LISETA. Pues al fin, según me ha

dicho hoy Sibila, también se ha dejado seducir. ¡Por eso se da tanto tono!

MARGARITA. ¿Qué dices?

LISETA. ¡Oh, un horror! Ahora, cuando come y bebe, alimenta a dos.

MARGARITA. ¡Ah!

LISETA. Sin embargo, no tiene más que lo que merece. ¿Qué de tiempo no estuvo dando crédito a ese tunante! Había que ir a un paseo, a una romería, a un baile, ella debía sobresalir siempre. Él la halagaba continuamente con mil obsequios, y ella, muy pagada de su hermosura, tenía la poca delicadeza de aceptarlos: primero una caricia, después un beso, y luego... lo que ha sucedido.

MARGARITA. ¡Pobrecita!

LISETA. ¡Y te da lástima! Cuando nosotras estábamos solas hilando, sin que por la tarde nos dejasen nuestras madres bajar a la puerta, ella pasaba las horas con su galán en el banco de la puerta o por los oscuros senderos. Ahora no hace más que confesar públicamente su pecado con la cuerda al cuello.

MARGARITA. Puede que se case con ella.

LISETA. Bien loco sería: un muchacho regular puede escoger dondequiera. La dejó...

MARGARITA. Eso no está bien hecho.

LISETA. Ya, aunque llegase a atraparle, no le valdría. Los jóvenes le arrancarian la corona, y nosotras echaríamos paja picada delante de su puerta. (*Se va.*)

MARGARITA, *volviéndose a su casa.* ¿Cómo me atrevía antes a hablar tan mal de la pobre muchacha que tenía la desgracia de cometer esa falta? ¿Cómo era que mi lengua no encontraba términos bastante duros para criticarla? Por feo que su delito pareciese, aún lo afeaba yo más. Y no

contenta con esto, me santiguaba y hacía el signo todo lo grande que me era posible; ¡y ahora soy el pecado mismo! ¡Pero... si todo me sedujo; Dios mío!, ¡era tan bueno! ¡Ay!, ¡era tan amable!

Las murallas

(La imagen de la *Mater dolorosa* en un hueco de la tapia, con flores delante.)

MARGARITA, poniendo flores nuevas en los jarros. Echa sobre mi pena, ¡oh madre de los dolores!, ¡una mirada compasiva!

¡Con el corazón traspasado, contemplas llena de angustia la muerte cruel de tu hijo!

¡Tus ojos se elevan hacia su padre, y tus suspiros le demandan socorro para los dos!

¿Quién podrá sentir el mal que desgarras mis entrañas, la inquietud de mi pobre corazón, lo que teme y lo que espera? Tú sola, ¡ay de mí!, ¡puedes saberlo!

Adondequiera que vaya, ¡ay! ¡siempre llevo conmigo un amargo, muy amargo dolor!

¡Apenas me quedo sola, cuando lloro, lloro y lloro!, ¡y mi corazón se me despedaza en el pecho!

¡Estas flores han nacido en mi ventana! todos los días las bañaba con mis lágrimas; esta mañana las he cogido para traértelas.

¡El primer rayo de sol que entra en mi alcoba me encuentra sentada en la cama, entregada a todo mi dolor!

¡Socórreme!, ¡sálvame de la vergüenza y de la muerte!, echa sobre mi pena, ¡oh, madre de los dolores! ¡una mirada compasiva!

La noche

La calle de Margarita

VALENTÍN, militar, hermano de Margarita. Cuando asistía a una de esas comidas donde todos se jactan, y mis compañeros me descubrían descaradamente sus amores, bañando el elogio de sus bellas con un vaso lleno, y yo con los codos apoyados sobre la mesa... yo, sentado tranquilamente, escuchando todas sus fanfarronadas, sonriéndome, tomaba mi vaso y "cada cual con su gusto, decía, pero ¡hay una comparable con mi querida Margarita, que sea digna de descalzarla?" ¡Cierto!, ¡justo!, ¡bien!, ¡tiene razón!, ¡es la honra del país!, resonaba alrededor de mí, y enmudecían los alabanciosos. ¡Y ahora... esto es para desesperarse, para arrojarse contra una tapia! El más ruin puede aplastarme con sus burlas y sus desprecios. ¡Y yo estaré delante de él como un culpable: cada palabra que diga me hará sudar a chorros! y aunque los descuartice a todos, nunca podré llamarles embusteros.

¿Quién va?, ¿quién se desliza arrojado a la pared?; no me equivoco, son dos. Si es él, le castigaré como merece, no vivirá mucho tiempo sobre la tierra.

FAUSTO, MEFISTÓFELES

FAUSTO. Por la ventana de la sacristía, se ve lucir allá dentro la claridad de la lámpara eterna, que vacilante se debilita, y cada vez menos brillante, la circundan las tinieblas; así es cómo anochece en mi corazón.

MEFISTÓFELES. Y yo me siento como la gata famélica que se frota contra los canalones al deslizarse a lo largo de los muros. La sola idea

de la magnífica noche del sabbat estremece todos mis miembros, llega para nosotros pasado mañana, y allí, al menos, se sabe por qué se vela.

FAUSTO. ¿Tardará mucho en ver la luz ese tesoro que he visto resplandecer bajo la tierra?

MEFISTÓFELES. Pronto podrás tener el placer de poseer el cofrecito a que últimamente he echado el ojo, y que contiene bellísimos escudos.

FAUSTO. ¿Y qué!, ¿ni una joya, ni una sortija para adornar a mi querida?

MEFISTÓFELES. Algo de eso he visto por allá, una especie de collar de perlas.

FAUSTO. Bueno: tendría un disgusto si tuviese que ir a verla sin llevarle algún obsequio.

MEFISTÓFELES. No perderíais nada, me parece, en gozar todavía otro placer. Ahora que el cielo brilla lleno de estrellas, vais a oír una verdadera obra maestra: voy a cantarle una canción moral que la hará perder la cabeza.

(Canta acompañándose con la guitarra.)

¿Qué haces, di, desde la aurora,

Pobre Elisa,

Esperando hora tras hora

La sonrisa

Del que dice que te adora?

Si llegases, por tu estrella,

A casa del pillo a ir,

Bien puedes entrar doncella,

Mas no doncella salir.

Él te tenderá sus brazos,

Y al instante

Te enredarás en los lazos

Que anhelante

Esconde entre sus brazos.

¡Ay! resísete violenta

En el momento fatal,

Si es que antes no te presenta

Un anillo conyugal.

VALENTÍN se adelanta. ¿A quién pretendes engañar? ¡Por el infierno!

¡maldito cazador de ratones!... ¡al diablo en primer lugar el instrumento!, y al diablo en seguida el cantor.

MEFISTÓFELES. ¡La guitarra en pedazos!

VALENTÍN. ¡Ahora espera este taja-cuellos!

MEFISTÓFELES, a Fausto. ¡Señor doctor, no os acobardéis! ¡Alerta! a mi lado, que yo os guío. ¡Al aire vuestra tizona! Dad ahora, que yo paro.

VALENTÍN. ¡Para, pues, esto!

MEFISTÓFELES. ¿Por qué no?

VALENTÍN. ¿Y esto?

MEFISTÓFELES. Ciertamente.

VALENTÍN. ¡Creo que me bato con el mismo diablo! ¿Qué es esto?, ¡se paraliza mi mano!

MEFISTÓFELES, a Fausto. Herid.

VALENTÍN, cayendo. ¡Oh, cielos!

MEFISTÓFELES. Ya está amansado mi zopenco. ¡Ahora, largo!, ¡es preciso eclipsarnos al instante, que ya oigo gritar, al asesino! Yo me arreglo fácilmente con la policía; pero lo que es con la justicia criminal, no me entiendo muy bien.

MARTA, a la ventana. ¡Socorro!, ¡SOCORTO!

MARGARITA, lo mismo. ¡Aquí, una luz!

MARTA, gritando. ¡Disputan, llaman, gritan, combaten!

EL PUEBLO. Ya hay un muerto.

MARTA, saliendo. ¿Conque han huído los asesinos?

MARGARITA, saliendo. ¿Quién es el muerto?

EL PUEBLO. El hijo de tu madre.

MARGARITA. ¡Dios poderoso!, ¡qué desgracia!

VALENTÍN. ¡Me muero!, pronto está dicho, y más pronto hecho todavía... ¿Por qué os quedáis ahí, mujeres, quejándoos y gritando? ¡Venid, y escuchadme! (Todos le rodean.)

¿Lo ves bien, Margarita? Eres muy joven, y no tienes práctica todavía

para manejarte en tus negocios. Te lo digo en confianza: tú eres ya una ramera, pues solo en regla.

MARGARITA. ¡Hermano mío! ¡Dios!, ¿qué dices?

VALENTÍN. No te burles de Dios, Nuestro Señor. Lo hecho, hecho está, y lo que debe ser, será. Has empezado por entregarte en secreto a un hombre, pronto te entregarás a otro, y a otros después; y cuando lo estés a una docena, lo estarás a todo el pueblo. Cuando nació la vergüenza, se la tuvo secretamente en este mundo, y le taparon la cabeza con el velo espeso de la noche: se hubiera querido ahogarla; pero fué creciendo, se hizo corpulenta, y luego se dejó ver desnuda en medio del día, sin ser por eso menos fea: sin embargo, cuanto más horroroso es su semblante, más apeste la luz.

Ya estoy viendo el día en que toda persona honrada huirá de ti, prostituta, como de un cadáver corrompido. Te sangrará el corazón si llegan a mirarte cara a cara. ¡Ya no gastarás cadena de oro, ya no volverás a la iglesia!, ya no presumirás en el baile con la gorguera bordada; a las enfermerías, entre los mendigos y los estropeados, es adonde irás a tender-te... ¡Y, aunque Dios te perdonase, no serías menos maldecida en la tierra!

MARTA. Encomendad vuestra alma a Dios. ¿Queréis amontonar sobre ella nuevos pecados?

VALENTÍN. ¡Si al menos pudiera yo caer sobre tu carroña, abominable alcahueta, tendría esperanza de que me perdonasen todos mis pecados!

MARGARITA. ¡Hermano mío! ¡Oh, dolor infernal!

VALENTÍN. ¡Deja, déjate de llantos! Cuando te has separado del honor, me has dado en el corazón el golpe más terrible. Ahora el sueño

de la muerte va a conducirme a la presencia de Dios, como un militar y como un hombre honrado. (*Muere.*)

La iglesia

Misa, órgano y canto

MARGARITA, entre la multitud: *el espíritu malo detrás de ella.*

EL ESPÍRITU MALO. ¡Cuán otras eras, Margarita, cuando llena de inocencia te acercabas a este altar, murmurando oraciones en tu viejo librito, con el corazón ocupado, mitad con los juegos de la infancia, y mitad con el amor de Dios! Margarita, ¿en qué piensas?, ¿qué de pecados en tu corazón! ¿Ruegas por el alma de tu madre, a quien hiciste bajar a la tumba con profundos, muy profundos pesares? ¿Quién fué la causa de la sangre derramada en el umbral de tu puerta? ¿Y no se agita en tu seno, para tu tormento y para el suyo, algo cuya llegada será de un funesto presagio?

MARGARITA. ¡Ay! ¡Ay! ¡Dios me libre de los pensamientos que se elevan contra mí!

CORO

*Dies ira, dies illa,
Solvat saeculum in favilla.*

(*Suena el órgano.*)

EL ESPÍRITU MALO. ¡La cólera del cielo te abrumba!, ¡la trompeta suena, las tumbas se estremecen, y tu corazón, preparado para tu paso a las eternas llamas, tiembla oprimido!

MARGARITA. ¡Quién me diera estar lejos de este sitio! Se me figura que ese órgano me ahoga, esos cantos desgarran mi corazón.

CORO

*Judex ergo cum se debet,
Quidquid latet apparebit,
Nil inultum remanebit.*

MARGARITA. ¡Qué angustia! Estas columnas me oprimen, esta bóveda me aplasta. ¡Aire!

EL ESPÍRITU MALO. ¡Ocúltate! ¡El crimen y la vergüenza no pueden ocultarse! ¡Aire!, ¡luz!... ¡Desdichada de ti!

CORO

*Quid sum miser tunc dicturus,
Quem patronum rogaturus?
Cum vix justus sit securus.*

EL ESPÍRITU MALO. Los escogidos apartan de ti sus rostros. Los justos temerían tenderte la mano. ¡Desdichada!

CORO

Quid sum miser tunc dicturus.

MARGARITA. Vecina, ¡vuestro poquito! (*Cae desmayada.*)

Noche de aquellarre

MONTAÑA DEL HARZ

(Valle de Schirk y desierto)

MEFISTÓFELES. ¿Necesitarías un palo de escoba? Para mí de buena gana tomaría el cabrito más fuerte... aún tenemos mucho que andar.

FAUSTO. Mientras no me falte la firmeza de mis piernas, me basta este palo nudoso. ¿Por qué acortar el camino? Deslizarse en el laberinto de los valles, subir después por esas rocas, de cuya cima se precipita esa cascada hirviente, es el único placer que puede hacer agradable este viaje. La pri-

mavera obra ya en esos álamos, y, hasta los pinos empiezan a sentir su influencia: ¿no debe obrar también en nuestros miembros?

MEFISTÓFELES. Nada siento, en verdad: tengo en mi cuerpo el invierno: quisiera que mi camino estuviese todo cubierto de nieve. ¡Qué tristemente eleva su tardo brillo el oscuro disco de la luna! Tan poco alumbraba, que a cada paso tropieza uno con árboles o peñas. Deja que llame un fuego fatuo: allá estoy viendo uno que brilla bastante mal. ¡Hola!, ¡amigo!, ¿puedo invitarte a venir hacia nosotros? ¿A qué lucir así inútilmente? Ten la bondad de alumbrarnos hasta allá arriba.

EL FUEGO. Espero, siquiera por cortesía, llegar a dominar mi carácter ligero; por lo demás, nuestro movimiento es habitualmente ondulante.

MEFISTÓFELES. ¡Eh!, ¡eh!, me parece que quiere remedar a los hombres. A ver si andas rectamente, en nombre del diablo, o soplo tu chispa vital.

EL FUEGO. Bien conozco que sois el señor de todo esto, y con gusto me sujetaré a vuestras órdenes. ¡Pero pensadlo!, hoy está muy encantada la montaña, y si un fuego fatuo es el que os ha de guiar, no podréis caminar muy bien.

FAUSTO, MEFISTÓFELES, EL FUEGO

(Coro alternativo)

Detúvose nuestro vuelo
En un país de quimeras;
Guiános en este suelo
De brezos y enredaderas,
Zarzas, y rocas, y hielos.

Mira cómo el viento muge
Desatando fuerzas locas,
Y, con su violento empuje,
Un árbol con otro cruje,
Y se estremecen las rocas.

Veo ríos y torrentes
Que se mezclan estruendosos,
Y escucho votos fervientes,
Y suspiros amorosos,
Y quejas de mil pacientes.

¡Uhl! ¡uhl! ¡uhl! ¡y qué voces
Garzas y buhos gimiendo,
Y su triste canto uniendo,
Infunden miedos atroces.
De entre las ruinas, veloces,
Se ve que salen guadañas,
Raíces feas y extrañas,
Lomos, brazos descarnados,
Vientres grandes y aplastados,
Y mil reptiles y arañas.

En los nudos que encontramos
Ya nuestros pasos se enredan;
Allí mil ratones quedan;
Allí insectos espantamos.
En las rocas divisamos,
Sobre oscuros agujeros,
Los pájaros agoreros
Y las moscas fugitivas,
Y aquí las chispas más vivas
Iluminan los senderos.

Mas en tan negro pantano
¿Debe uno quedar sumido,
O ver si, con menos ruido,
Se puede salir al llano?
Quizás el valor sea vano
Donde todo se estremece,
Se agita, brilla y parece
Lanzar males horribles,
Donde fuegos temblorosos
Dan luz que no resplandece.

MEFISTÓFELES. ¡Agárrate bien a
mi cola! He aquí una cumbre des-
de donde se ve admirablemente cómo
Mammon resplandece en la mon-
taña.

FAUSTO. ¡De qué manera tan sin-
gular alumbrá el valle la luz de un
triste crepúsculo! Penetra hasta el
fondo del abismo. Allí se eleva un
vapor, allá una nube rasgada; acullá,
en la sombra nebulosa, resplandece
una llama, ya serpenteando como una
senda estrecha, ya hirviendo como una
catarata. Aquí se forman infinitos
arroyos de mil surtidores, que, atra-

vesando la llanura, van a unirse entre
apretadas rocas. A nuestros pies sal-
tan chispas, que por todas partes ex-
tienden un polvo de oro. Pero mira,
ese monte de rocas se inflama en su
elevada cima.

MEFISTÓFELES. ¿No ilumina su
palacio el señor Mammon, según con-
viene, para esta fiesta? Tienes una
gran fortuna en ver esto. Ya adivino
la llegada de los estremitosos con-
vidados.

FAUSTO. ¡Qué fuerte es el vien-
to! ¡Qué golpes me da en la es-
palda!

MEFISTÓFELES. Es preciso que te
agarres a los picos de las rocas, o te
precipitará al fondo del abismo. Una
nube oscurece la noche. Oye cómo
crujen los árboles. Los buhos huyen
espantados. ¿Oyes estallar las colum-
nas de estos palacios de verdura?
¿Oyes cómo se estremecen y se quie-
bran las ramas? ¡Qué poderoso movi-
miento en los troncos! Y entre las
raíces, ¡qué murmullo y que sacudi-
miento! En su caída espantosa se cho-
can los unos con los otros; y sobre
las hundidas cavernas, ¡cómo silban
los remolinos de viento! ¿Oyes esas
voces en las alturas, lejos y cerca de
nosotros? ¡Bien! Sí: toda la montaña
resuena ya con un desaforado canto
mágico.

HECHICERAS, coro

El Brocken todas trepemos:
Los granos verdes están,
Y la paja está amarilla:
Júntase allá la cuadrilla;
Y allí al señor Urian
Cual príncipe le tenemos.

UNA VOZ

La vieja Baubo en el llano
Viene corriendo detrás:
Haced un sitio al marrano,
Y otro a su madre además.

CORO

¡Honor y paso a los viejos!
Pase la vieja granuja...
El cerdo trae a la bruja,
Y su casa viene lejos.

UNA VOZ. ¿Por qué camino vas tú?

OTRA. Por el de Ilsestein, en donde diviso un mochuelo que me está haciendo guiños...

OTRA. Ves, pues, al infierno. ¿Por qué corres tanto?

OTRA. Me ha mordido ella: ¡mira qué herida!

HECHICERAS, *coro*

Muchos son los pasajeros:
Se rompen muchas escobas:
Porque el niño hace pucheros,
Hace la madre jorobas.

HECHICERAS, *medio coro*

Muy mal subimos, señores:
Las mujeres van delante,
Porque dan pasos mayores
Cuando el diablo es su ayudante.

OTRO MEDIO CORO

En eso nada hay que asombre,
Que al fin, si al ir al palacio
Sólo emplea un salto el hombre,
Siempre irán ellas despatio.

Voz, *de lo alto*. Avanzad, avanzad, salid de ese mar de rocas.

Voz, *de abajo*. Llegaríamos de buena gana a las alturas. Todas nos chapuzamos sin cesar; pero nuestro trabajo es eternamente inútil.

LOS DOS COROS

Calmóse el viento espantoso
Y la luna se oscurece,
Pero el coro ruidoso
Con mil fuegos resplandece.

Voz, *de abajo*. ¡Alto! ¡Alto!

Voz, *de lo alto*. ¿Quién llama desde las grietas de las rocas?

Voz, *de abajo*. ¡Llevadme con vosotras, llevadme! Estoy subiendo hace trescientos años, y no puedo llegar a la cumbre: yo quisiera hallarme entre mis semejantes.

LOS DOS COROS

Las horquillas y el cabrito,
Y la escoba allá tenéis;
Montadlos al instantito,
O por siempre os perderéis.

MEDIO HECHICERA, *abajo*

Yo creo que bien trabajo,
Y, sin embargo, ya lejos
Todos están, y yo abajo
Me arrastro cual los cangrejos.

CORO DE HECHICERAS

Buen navío es una artesa;
Por vela un trapo pondremos,
Que, si no se boga apriesa,
Sin bogar nos moriremos.

LOS DOS COROS

Pronto tocamos la cumbre:
Saltén, pues, todos a tierra,
Y que la gente de guerra
Se extienda según costumbre.

MEFISTÓFELES. ¡Esto se aprieta, esto compele, horripila, descalabra, esto silba, y se revuelve, y corre, y charla, y reluce, y chisporrotea, y hiede, y abrasa! Esto es un verdadero elemento de brujas... ¡Vamos, firme conmigo!, o seremos muy pronto separados. ¿En dónde estás?

FAUSTO, *lejos*. ¡Aquí!

MEFISTÓFELES. ¡Qué! ¿Ya estás allá abajo? Es menester que use de mi derecho de dueño de la casa. ¡Sitio, que viene el señor Volant! ¡Sitio, buen pueblo, sitio! ¡Aquí, doctor, agárrame! Y ahora, dispersemos esa turba. Esto es demasiado extravagante, hasta para mis semejantes. Allá abajo brilla alguna cosa con una luz completamente singular. Esto me impele



FAUSTO:

*...por desgracia también, lo estudié todo,
todo lo escudriñé con ansia viva,
y hoy, ¡pobre loco!, tras afanes tantos,
¿qué es lo que sé? Lo mismo que sabía.*

«Fausto» (Trad. de Teodoro Llorente)



FAUSTO:

*Un acento de tus labios,
de tus ojos un destello,
valen más que todo aquello
que nos enseñan los sabios.*

«Fausto» (Trad. de Teodoro Llorente)

hacia ese zarzal. ¡Ven, ven! Nos deslizaremos allá.

FAUSTO. ¡Espíritu de contradicción! Vamos, puedes conducirme. Creo que está muy bien hecho; subimos al Brocken en la noche del sábado, para aislarnos a nuestro gusto.

MEFISTÓFELES. Atiende, mira aquellas flámulas pintarrajadas. Esa es una alegre asamblea. No se está solo en este pequeño mundo.

FAUSTO. Desearía, no obstante, hallarme allá arriba. Ya veo las llamas y el humo en remolinos; allá corre la multitud hacia el espíritu del mal: muchos enigmas deben aclararse allí.

MEFISTÓFELES. Y también se forman muchos. ¡Deja que la multitud siga zumbando! Nosotros descansaremos aquí en silencio. Se cree hace mucho tiempo que en el gran mundo se hacen pequeños mundos... Estoy viendo varias jóvenes hechiceras en cueros, y otras viejas que se cubren honestamente. Sed amables, por mi amor, que os cuesta poco trabajo y aumentáis la broma y el placer. Oigo algunos instrumentos; ¡maldita cerrada! Es menester acostumbrarse a ella. Ven, pues, ven, que no hay otro camino: yo voy delante y te introduzco. Este es un nuevo servicio que te hago. ¿Qué tal, amigo mío? Este no es mal sitio; pero mira, apenas puedes ver el fin. Un centenar de fuegos se encienden dentro del círculo: se baila, se charla, se guisa, se bebe y se ama: dime ahora, ¿en dónde hay cosa mejor?

FAUSTO. Para introducirnos ahí, ¿vas a presentarte como diablo?

MEFISTÓFELES. Estoy, a la verdad, muy acostumbrado a ir de incógnito; sin embargo, los días de gala se deja uno ver sus órdenes. No trato de distinguirme con una jarretiera, pero el pie de caballo es aquí muy respetado. ¿Ves ese caracol? Viene a la

rastra y explorando con sus cuernos: algo habrá echado de ver ya en mí. Si quiero, tampoco me disfrazaré aquí. Ven, pues, vamos de fuego en fuego: yo seré el preguntón, y tú el galán. (*A algunas personas sentadas alrededor de carbones medio consumidos.*) Mis ancianos señores, ¿qué hacéis en ese rincón? Lo aprobaría si os hallase bonitamente colocados en medio, en el seno del tumulto y de una juventud ardiente. Siempre está uno demasiado solo consigo mismo.

GENERAL

¡Ay! ¡loco el que se fíe en las naciones! Porque es en vano trabajar por ellas: Siempre al lado del pueblo y de las bellas, El joven ganará los corazones.

MINISTRO

El discurso del viejo es muy profundo: Hoy todo está revuelto y trastornado: El tiempo en que los dos hemos reinado Era la edad de oro de este mundo.

MAGNATE improvisado

Tampoco éramos tontos, que con ciencia Desempeñamos nuestro sacerdocio; Pero el oficio se halla en decadencia [cio. Hoy, que el que menos quiere hacer nego-

AUTOR

¿Quién puede juzgar hoy nuestros escritos Tan llenos de saber? — Nadie en la tierra ¡Ay! por sus juicios torpes y sus gritos La juventud estúpida me aterra.

MEFISTÓFELES apareciendo muy viejo de repente

Todo va a perecer. En este instante Hacia el Bloksberg mi genio se encamina Ya por última vez, que palpitante Veo que el mundo toca a su ruina.

HECHICERA, revendedora. ¡Señores, no vayáis tan de prisa! ¡No dejéis perder la ocasión! Mirad bien mis géneros, son de muchas clases. Y además, nada hay en mi almacén que tenga igual en la tierra, nada que no haya causado alguna vez un gran estrago entre los hombres y en el mundo. No hay aquí ni un puñal que no haya hecho correr sangre; ni una copa que no haya derramado en algún cuerpo robusto un veneno activo y devorante; ni un adorno que no haya seducido a alguna mujer virtuosa; ni una espada que no haya roto alguna alianza, o herido algún enemigo por detrás.

MEFISTÓFELES. Amiguita, mal comprendéis el tiempo: lo hecho está hecho. Traed novedades, que sólo la novedad puede agradarnos ya.

FAUSTO. No me olvidé de mí mismo. Yo llamaría a esto una feria.

MEFISTÓFELES. Todo el remolino se lanza allá arriba; crees impeler, y eres impelido.

FAUSTO. ¿Quién es aquélla?

MEFISTÓFELES. Mirala bien, es Lilith.

FAUSTO. ¿Quién?

MEFISTÓFELES. La primera mujer de Adán. Ponte en guardia contra sus bellos cabellos, adorno que sólo a ella le es dado lucir: cuando puede atrapar un joven no lo suelta tan pronto.

FAUSTO. He allí dos sentadas, una vieja y otra joven, que ya han saltado en regla.

MEFISTÓFELES. Hoy no hay descanso. Va a empezarse un nuevo baile: ven, las sacaremos nosotros.

FAUSTO, bailando con la joven

Ayer un desvario sobrehumano
Un árbol nuevo, hermoso, me fingia,
Que dos frutos bellísimos mecia:
Subíme a él, y vi que era un manzano.

LA BELLA

Las dos manzanas de ese amable sueño,
Son las manzanas de Eva, nuestra madre,
Y hoy el destino, y esto acaso os cuadre,
También las puso en mi jardín risueño.

MEFISTÓFELES, con la vieja

Ayer un desvario me ha fingido,
Un árbol viejo, y feo, y ya sin hoja.

.....

LA VIEJA

¡Salud, salud! ¡y sea bien venido
El caballero de la pata coja!

.....

PROCTOPHANTASMIST (1). ¡Malditas gentes! ¿Qué pasa entre vosotros? ¿No se os ha enseñado hace mucho tiempo? Un espíritu no debe estar jamás sobre sus pies ordinarios, y ahora bailáis como nosotros los hombres.

LA BELLA, bailando. ¿Qué quiere éste en nuestro baile?

FAUSTO, bailando. ¡Eh! Lo mismo es con todo. Es menester que juzgue cómo los demás bailan. Si no tuviese nada que decir sobre un paso, el paso quedaría como no hecho. Lo que más le pica es veros adelantar. Si quisierais dar vueltas alrededor como él hace en su viejo molino, no daríais

(1) Sería muy largo explicar las mil alusiones que se ocultan bajo los nombres y en el lenguaje abstracto de estos personajes. En toda esta parte de su libro, y especialmente en el *Intermedio* siguiente, ha hecho Goethe la sátira de algunos soberanos, ministros y poetas de su tiempo, empleando la manera de Aristófanes. Sólo por dar la obra entera, traducimos palabra por palabra estos pasajes, cuya ironía no es comprensible siempre, ni aún para nosotros. Mad. de Stael tuvo razón sin duda en proclamar el *Fausto* una obra *intraducible*.

ninguna que no aprobase él, sobre todo si teníais mucho cuidado de saludarle.

PROCTOPHANTASMIST. ¡Conque estáis siempre ahí! No, esto es inaudito. ¡Desapareced! Todo lo hemos ilustrado ya: la canalla diabólica no conoce freno: a pesar de nuestra prudencia, el crisol está siempre lleno. ¡Qué de tiempo no he gastado en esta idea! y nada se depura. Esto es inaudito.

LA BELLA. Pues cesa de fastidiarnos.

PROCTOPHANTASMIST. Os lo digo en vuestra cara, espíritus, no puedo sufrir el despotismo del talento, mi espíritu no puede ejercerlo. (*Se continúa bailando.*) Hoy, lo conozco, nada puede salirme bien. Sin embargo, hago un viaje, y espero que, con mi último paso, derrotaré a los diábolos y a los poetas.

MEFISTÓFELES. Ahora va a meterse en una balsa: así se divierte, y cuando una sanguiuela se ha cebado bien en su trasero, se encuentra curado de los espíritus y del espíritu. (*A Fausto, que ha dejado el baile.*) ¿Por qué has dejado ir a la joven, que tan agradablemente cantaba en el baile?

FAUSTO. ¡Ay! En medio de sus cantos se escapó de sus labios un ratón rojo.

MEFISTÓFELES. ¡Es verdaderamente terrible! No hay que fijarse tanto. Basta con que el ratón no sea gris. ¿Quién da importancia a eso en la hora del pastor?

FAUSTO. ¿Qué es lo que veo por allá?

MEFISTÓFELES. ¿Qué?

FAUSTO. Mefistófeles, ¿ves una joven pálida y hermosa que está sola a lo lejos? Se retira lánguidamente de este sitio, y parece caminar con

grillos en los pies. ¡Se me figura que se parece a la buena Margarita.

MEFISTÓFELES. ¡Deja eso! Nunca se encuentra uno bien. Es una imagen fantástica, una imagen sin vida, un espectro. Nos ocurriría algo malo si fuéramos a encontrarla; su mirada hiela la sangre, y poco falta para que el hombre se convierta en piedra. ¿Has oído hablar de Medusa?

FAUSTO. Esos son verdaderamente los ojos de un muerto, que una mano querida no ha cerrado. ¡Ese es realmente el seno que Margarita me entregó, el cuerpo tan dulce que yo poseía!

MEFISTÓFELES. Eso no es más que magia, pobre loco, que cada uno cree encontrar lo que ama.

FAUSTO. ¡Qué delicias!... ¡y qué sufrimientos! Yo no puedo apartarme de esa vista. ¡Qué cosa tan rara, esa única cinta encarnada que parece adornar su cuello!... ¡no es más ancha que el canto de un cuchillo!

MEFISTÓFELES. ¡Muy bien! También la veo yo: bien puede llevar su cabeza debajo del brazo, porque Perseo se la ha cortado. ¡Siempre esta quimera en el espíritu! Ven, pues, sobre esta colina, que es tan alegre como el Prater. ¡Eh! No me equivoco; un teatro es lo que veo. ¿Qué es lo que se representa?

SERVIBILIS. Va a empezarse una nueva pieza, la última de las siete. Aquí es costumbre hacer ese número. Un diletante la ha escrito, y diletantes son los que la representan. Dispensadme, señores, que desaparezca, porque me gusta mucho levantar el telón.

MEFISTÓFELES. Aunque os encuentro sobre el Blocksberg, no me extraña, porque a vosotros es a quien corresponde estar en él.

Walpurgisnachtstraum

(Sueño de una noche de aquelarre)

O BODAS DE ORO DE OBERÓN Y DE
TITANIA**Intermedio**

DIRECTOR DEL TEATRO

Hijos de Mieding (1), hoy vamos
A distraer nuestra pena:
Esta montaña en que estamos
Será el lugar de la escena.

HERALDO

Las bodas de oro, es sabido,
Se hacen cada cincuenta años;
Mas pasaron los regañíos (2),
Y el oro me es muy querido.

OBERÓN

Pues hoy la reina y el rey
Pactan una nueva unión,
Que brille el ingenio es ley
En tan solemne ocasión.

PUCK

Puck llega con torpeza
Y su pie forma espirales,
Y otros cien de su destreza
Baillando nos dan señales.

ARIEL

Por los cantos que modula,
Ariel se ensoberbece,
Que aunque su voz se enronquece
A veces lo disimula.

OBERÓN

Imiténnos los casados:
Cuando viven dos esposos
Largo tiempo separados,
Son después más cariñosos.

TITANIA

Si queréis que en armonía
Viva un matrimonio solo,
Llevad la mujer al Polo,
Y a su esposo al Mediodía.

ORQUESTA, *fortissimo*

Narices de moscas listas,
Y picos de aves livianas,
Sapos, y grillos, y ranas,
Esos son nuestros artistas.

SOLO

Ya la música escucháis
De la zampoña divina;
Bien se entiende o se adivina
El *schnickschnack* que soltáis.

ESPÍRITU *que acaba de formarse*

A este engendro chabacano
Patas y alas le pondrán;
Vale menos que un gusano...
Mas de él una ópera harán.

UNA PAREJITA

En las nieblas y el rocío
Te lanzas... pausadamente;
Tu paso grave y prudente
Nos place, pero es muy frío.

UN VIAJERO CURIOSO

Sin duda máscaras son
Estos que juegan sin tino;
¿Si encontraré en el camino
Al bellissimo Oberón?

ORTODORO

Ni uñas ni cola, ¡qué juegos!
Con todo, son sospechosos;
Estos diablos tan hermosos
Semejan los dioses griegos.

- (1) Director del teatro de Weimar.
(2) Alusión a las querellas de Oberón
y de Titania, del *Sueño de una noche de
estío*, de Shakespeare, y también a la re-
conciliación de los príncipes alemanes.

ARTISTA DEL NORTE

Bosquejos o aprendizaje,
Son mis obras hasta aquí;
Para Italia voy así
A preparar mi viaje.

PURISTA

¡Ah! Lamentad, pasajeros,
Mis esperanzas frustradas;
De esas brujas que hay en cueros
Tan sólo hay dos empolvadas.

HECHICERA JOVEN

A las viejas las canciones
De empolvarse y de vestirse,
Que mis bellas perfecciones
Desnudas deben lucirse.

MATRONA

¡Ah! muy pronto a nuestro estado
Llegaréis, amiga mía,
Que ese cuerpo tanpreciado
Se ha de pudrir algún día.

DIRECTOR DE ORQUESTA

Nariz de mosca ligera,
Y picos de aves livianas,
Sapos, y grillos, y ranas,
Llevad el compás siquiera.

VELETA, *vuelta de un lado*

Buena gente es la que ensaya
Ese baile atronador:
Hombres y mujeres... ¡Vaya!
¿Podrá haber nada mejor?

VELETA, *vuelta de otro lado*

Si al punto ese monte eterno
No abre a esa tumba un abismo,
En el fuego del infierno
Me precipito ahora mismo.

XENIES (1)

Insectos de circunstancia,
Lo picamos todo al vuelo,
Para honrar la alta importancia
De Satanás, nuestro abuelo.

HENNINGS

Esos pícaros no mienten,
Y cantan juntos con gracia;
Mas ¿cómo llega su audacia
Hasta decir lo que sienten?

MUSAGETE

No hay más: de esas brujas bellas
A los hechizos me rindo;
Mejor me hallara con ellas
Que con las nueve del Pindo.

EX GENIO DEL TIEMPO

Aquí de pies o de nuca
Todo el mundo encuentra paso...
El Blocksberg es un Parnaso...
Allá voy con mi peluca.

VIAJERO curioso

Decidme, ¿qué es lo que agita
A ese hombre grande (2), que todo
Lo anda oliendo de ese modo?...
¡Caza el tuno a lo jesuita!

GRULLA

Señores, yo pesco peces
En el agua turbia y clara,
Y sé que el devoto, a veces,
Es diablo que se enmascara.

MUNDANO

Los devotos en la fe
Tienen un grande vehículo;
Mas sobre el Blocksberg yo sé
Que hacen más de un conventículo.

(1) *Colección de epigramas*, publicados
por Goethe y Schiller.

(2) Nicolai.

BAILARÍN

¡Coros nuevos han venido!...
 Pero la garza real
 No hace en un cañaveral
 Tan monótono ruido.

DOGMÁTICO

Yo solo a defender salgo
 La crítica razonada,
 Porque si el demonio es algo,
 ¿Cómo puede no ser nada?

IDEALISTA

Si sale la fantasía
 Fuera de su estrecho foco,
 Sin remedio se extravía...
 Por eso yo soy un loco.

REALISTA

Sondando el profundo ser
 Mi mente se ha trastornado,
 Mas ya puedo conocer
 Que marchó un poco de lado.

SUPERNATURALISTA

¡Qué fiesta! ¡qué francachela!
 ¡Hallarme esto de improviso!
 Desde el infierno consuela
 Venir a tal para'so.

ESCÉPTICO

Fuegos fatuos, ilusión
 Que a esta gente deja muda:
 ¿Le agrada al diablo la duda?
 Pues quedo aquí de plantón.

DIRECTOR DE ORQUESTA

Narices de moscas fritas,
 Y picos de aves livianas,
 Sapos, y grillos, y ranas,
 ¡Ah! ¡compás, bestias malditas!

LOS DÓCILES

¡Quién tanta virtud tendrá
 como un qué-me-importa? ¿quién?
 Si con los pies no anda bien,
 De cabeza correrá.

LOS FASTIDIADOS

Siempre prontos estuvimos
 A una llamada de platos;
 Hoy no tenemos zapatos,
 Y descalzos nos venimos.

FUEGOS FATUOS

Somos hijos de los lobos,
 Mas pongámonos delante,
 Y pues nos elogian todos,
 Estemos de buen talante.

ESTRELLA caída

Caida aquí desde el cielo
 Sufro el rigor del destino:
 ¿Quién a mi rango divino
 Podrá volverme en el suelo?

LOS MACIZOS

¡Sitio a los bultos que vienen
 Y en tierra caen a plomo!
 ¡Son espíritus!... que tienen
 Todos sus miembros de plomo.

PUCK

A ver si andáis con cuidado
 Los que acabáis de venir:
 Puck es aquí el más pesado,
 Cuya cara hace reír.

ARIEL

Si el espíritu o natura
 Os ha provisto de alas,
 Seguid mi vuelo en la altura,
 Que por mí luce sus galas.

LA ORQUESTA, *pianissimo*

Ya las nieblas, cuyo ceño
 A la ilusión favorecen,
 Del monte desaparecen...
 Todo ha huido como un sueño,

DÍA SOMBRÍO

Un campo

FAUSTO, MEFISTÓFELES

FAUSTO. ¡En la desgracia!... ¡en la desesperación! ¡Tanto tiempo miserablemente extraviada en la tierra, y ahora presa! ¡Lanzada como una criminal en un calabozo, esa dulce y desdichada criatura se ve sumida en insoportables tormentos! ¡Hasta eso, hasta eso! ¡Impostor, infame espíritu!... ¿Y me lo ocultabas? ¡Cállate ahora, calla! Mueve con furia tus ojos de demonio en tu cabeza infame. ¡Calla, e insúltame con tu irresistible presencia! ¡Presa agobiada con una desdicha irreparable! ¡Abandonada a los espíritus malignos y a la inflexible justicia de los hombres!... ¿Y entretanto me arrastras a repugnantes fiestas, y me ocultas tu miseria, siempre creciente, y la abandonas sin socorro a la muerte que la espera!

MEFISTÓFELES. No es la primera.

FAUSTO. ¡Perro, execrable monstruo! ¡Cámbiale, espíritu infinito! ¡Que vuelva a tomar su primitiva forma de perro, bajo la cual se deleitaba en andar por la noche delante de mí, para vagar a los pies del tranquilo viajero, y arrojarle sobre sus espaldas, después de haberlo derribado! ¡Vuélvele la figura que le agrada; que se arrastre ante mí, y que yo le pise, al maldito! ¡No es la primera! ¡Horror, horror que ningún humano puede comprender! ¡Más de una criatura sumergida en el abismo de semejante infortunio! ¡Y no ha bas-

tado la primera, en las torturas de la muerte, para que la eterna misericordia perdonase los pecados de todos! Los padecimientos de esta sola criatura seca la medula de mis huesos, y devora rápidamente los años de mi vida; y tú... tú sonríes tranquilamente con el pensamiento de que participa de la suerte de otras mil.

MEFISTÓFELES. Bueno, henos aún aquí en el límite de nuestro entendimiento, en el punto en que el cerebro os salta a vosotros, los hombres. ¿Por qué andar en nuestra compañía, si no puedes soportar las consecuencias? Quieres volar, ¡y no estás asegurado contra el vértigo! ¿Te hemos invocado nosotros o ha sido lo contrario?

FAUSTO. No rechines tan cerca de mí tus dientes voraces. ¡Te odio! Sublime espíritu, tú que me has juzgado digno de contemplarte, ¿por qué me has unido a este compañero de oprobio, que se alimenta de desastres y se deleita con la destrucción?

MEFISTÓFELES. ¿Has concluido?

FAUSTO. ¡Sálvala... o desdichado de ti! La maldición más terrible caiga sobre ti por millares de años.

MEFISTÓFELES. Yo no puedo desatar los lazos de la justicia vengadora, no puedo descorrer sus cerrojos. ¡Sálvala! ¿Quién la arrastró a su perdición?... ¿Yo o tú? (*Fausto lanza alrededor de sí terribles miradas.*) ¡Ah, quisieras tener el rayo! Felizmente, no os ha sido confiado a los miseros mortales. Aplastar al inocen-

te que se resiste, es uno de los medios que los tiranos emplean para salir del paso en muchas circunstancias.

FAUSTO. ¡Condúceme a donde está! ¡Es menester que sea libre!

MEFISTÓFELES. ¡Y el peligro a que te expones? Ten entendido que la sangre derramada por tu mano, humea todavía en este pueblo. ¡Sobre la mansión de la víctima se ciernen espíritus vengadores, que acechan la vuelta del asesino!

FAUSTO. ¡Todavía esto de ti! ¡Ruina y muerte de todo un mundo sobre ti, monstruo! ¡Condúceme, te lo repito, y librala!

MEFISTÓFELES. Allá te llevo: en cuanto a lo que me es dado hacer, escucha. ¡Lo puedo yo todo en la tierra y en el cielo? Turbaré la razón del carcelero, y te pondré en posesión de la llave; y ya no hay más que una mano humana que pueda libertarla. Yo volaré, aprestaré los caballos encantados, y os sacaré. Es cuanto puedo hacer.

FAUSTO. ¡Vamos! ¡Partamos!

La noche a campo raso

FAUSTO y MEFISTÓFELES, galopando sobre caballos negros

FAUSTO. ¿Qué hacen removiéndose alrededor del lugar del suplicio?

MEFISTÓFELES. Yo no sé lo que cuecen ni lo que hacen.

FAUSTO. Se agitan de un lado a otro, se levantan y se bajan.

MEFISTÓFELES. Es un consejo de brujas.

FAUSTO. Asperjan y consagran.

MEFISTÓFELES. ¡Pasemos! ¡Pasemos!

Calabozo

FAUSTO, con un manojo de llaves y una lamparilla delante de una pequeña puerta de hierro. Siento que un estremecimiento desusado se apodera lentamente de mí. Toda la miseria de la humanidad pesa sobre mi cabeza. ¡Aquí! ¡Estas paredes húmedas... he aquí el lugar que habita, y su crimen ha sido un dulce error! Fausto, ¡temes aproximarte, no te atreves a verla! Entra, pues tu timidez apresura su muerte. (*Coge la llave. Cantan dentro.*)

Fué el pícaro de mi padre

Quien me mató,

La ramera de mi madre

Quien me comió,

Y mi hermanita la lela

Echó mis huesos mondados

Sobre unos trapos mojados...

Y me hice un ave que vuela,

¡Y vuela, y vuela!

FAUSTO, abriendo la puerta. No sabe ella que su querido la vigila, que oye el rumor de sus cadenas y el ruido de la paja en que se reclina. (*Entra.*)

MARGARITA, ocultándose debajo de su manta. ¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Ya vienen! ¡Qué amarga es la muerte!

FAUSTO, en voz baja. ¡Silencio! ¡Silencio! Vengo a salvarte.

MARGARITA, arrastrándose hacia él. Si eres un hombre, apiádate de mí.

FAUSTO. ¡Tus voces van a despertar la guardia! (*Agarra las cadenas para quitárselas.*)

MARGARITA. ¡Verdugo! ¿Quién te ha dado esa autoridad sobre mí? ¿Vienes a buscarme ya, a media noche? Ten compasión, y déjame vivir. ¿No tendrás tiempo mañana al amanecer? (*Se levanta.*) ¡Soy todavía tan joven, tan joven, y debo morir ya! También fui bella, y eso es lo que ha causado mi perdición. Mi querido

estaba a mi lado, y ahora está muy lejos; me han arrancado mi corona, y han esparcido sus flores... ¡No me cojas tan bruscamente! ¡Perdóname! ¿Qué te he hecho? No seas insensible a mis lágrimas: en mi vida te he visto.

FAUSTO. ¿Podré resistir este doloroso espectáculo?

MARGARITA. Estoy enteramente en tu poder; pero déjame dar el pecho a mi hijo. Toda la noche le he estado estrechando contra mi seno, y acaban de quitármelo para afligirme, y dicen que yo le he matado. Jamás me devolverán mi alegría. ¡Me cantan canciones! ¡Hacen mal! Hay un cuento antiguo que acaba así: ¿A qué quieren hacer alusión?

FAUSTO, arrojándose a sus pies. Tu amante se halla a tus pies, viene a librarte de tus cadenas.

MARGARITA, arrodillándose también. ¡Oh, sí!, arrodillémonos para invocar a los santos. Mira esos escalones, el umbral de esa puerta... ¡ahí hierva el infierno! Y el espíritu del mal con sus rugidos espantosos... ¿qué ruido hace!

FAUSTO, alzando la voz. ¡Margarita! ¡Margarita!

MARGARITA, escuchando. ¡Es la voz de mi amado! (Se levanta, y caen las cadenas.) ¿En dónde está? Le he oído llamarme. ¡Ya estoy libre! ¡Nadie puede detenerme, quiero volar a sus brazos, reposar sobre su seno! Ha llamado a Margarita; está allí, en el umbral. En medio de los alaridos y del tumulto del infierno, a través de los rechinamientos y de las carcajadas de los demonios ¡he reconocido su voz tan dulce, tan querida!

FAUSTO. ¡Soy yo mismo!

MARGARITA. ¡Eres tú! ¡Vuelve a decirlo! (Estrechándole entre sus brazos.) ¡Es él, él! ¿En dónde están mis dolores? ¿En dónde están las angustias de la prisión? ¿En dónde están

las cadenas?... ¡Tú eres, sí! Vienes a salvarme... ¡Heme ya salvada! ¡He aquí la calle en donde te he visto la primera vez! ¡He allí el jardín en donde Marta y yo te hemos esperado!

FAUSTO, esforzándose en sacarla. ¡Ven, ven conmigo!

MARGARITA. ¡Oh, espera! Espera todavía... ¡me gusta tanto estar donde tú estás! (Le acaricia.)

FAUSTO. ¡Pronto! Un momento de tardanza nos costaría muy caro.

MARGARITA. ¡Qué! ¿Ya no puedes besarme? Amigo mío, en tan poco tiempo como hace que me has dejado, ¿ya te has olvidado de besarme? ¿Por qué estoy tan inquieta entre tus brazos?... En otro tiempo una palabra tuya, una mirada, me abrían todo el cielo, y me besabas hasta ahogarme. Abrázame, pues, o te abrazo yo sola. (Le abraza.) ¡Oh Dios! Tus labios están fríos, mudos. Tu amor... ¿en dónde le has dejado? ¿quién me lo ha robado? (Se separa de él.)

FAUSTO. ¡Ven, sígueme! ¡Querida mía, valor! Yo me abraso en tu amor; pero sígueme, ¡es lo único que te ruego!

MARGARITA, fijando su vista en él. ¿Es verdad que eres tú? ¿Estás bien seguro de que eres tú?

FAUSTO. ¡Oh, sí, pero ven!

MARGARITA. Tú me libras del peso de las cadenas, vuelves a estrecharme contra tu seno... ¿Cómo es que no te separas horrorizado de mí? ¿Es verdad que eres tú, amigo mío, sabes a quién das la libertad?

FAUSTO. ¡Ven, ven! El velo de la noche empieza a descorrerse.

MARGARITA. ¡He matado a mi madre! ¡He ahogado a mi hijo, que también era tuyo! ¡Sí, tuyo también! ¡Eres, pues, tú!... Apenas lo creo. Dame tu mano. No, no es un sueño.

¡Tu mano querida!... ¡Ah! ¡pero está húmeda! ¡Límpiala! Se me figura que tiene sangre. ¡Oh, Dios! ¿qué has hecho? ¡Esconde esa espada, escóndela!

FAUSTO. ¡Deja lo pasado, no pien- ses más en ello! ¿Quieres matarme?

MARGARITA. ¡No, es preciso que vivas! Voy a decirte las tumbas de que tendrás cuidado desde mañana: es menester darle a mi madre el me- jor sitio, que mi hermano esté cerca de ella; yo, un poco separada, no muy lejos, sin embargo; y el hijo de mi alma sobre mi costado derecho. ¡Que nadie más esté cerca de mí! ¡Descansar a tu lado hubiera sido una felicidad muy dulce!, mas ya no debo esperarla. Siempre que quiero acer- carme a ti, creo que me rechazas; tú, ¡con tu mirada tan tierna y bonda- dosa!

FAUSTO. Ya que conoces que soy yo, ¡ven!

MARGARITA. ¿Afuera?

FAUSTO. A la libertad.

MARGARITA. ¡Afuera está la tum- ba! ¡está la muerte que me acecha! ¡Ven!... Desde aquí al lecho del eter- no reposo, y ni un paso más lejos. ¡Tú te alejas! ¡Oh, Enrique, si pudiera seguirte!

FAUSTO. ¡Puedes hacerlo! No tie- nes más que querer, abierta está la puerta.

MARGARITA. No me atrevo a salir, ya nada espero, ¿y de qué me serviría fugarme? ¡Me están espiando! Y des- pués, ¡verse reducida a mendigar, y con una conciencia mala además, eso es terrible! ¡Es una desdicha vivir en el destierro! Y por otra parte, sabrían muy bien volver a prenderme.

FAUSTO. ¡Me quedo, pues, con- tigo!

MARGARITA. ¡Al instante, al ins- tante, salva a tu pobre hijo! Ve, por el arroyo abajo, en el sendero, en el fondo del bosque, a la izquierda, jun-

to a la esclusa, en el estanque. Cóge- lo pronto, se eleva a la superficie, ¡aún lucha con la muerte! ¡Sálvale! ¡sál- vate!

FAUSTO. Recobra, pues, tu ánimo; ¡un paso nada más y estás libre!

MARGARITA. ¡Si al menos hubiéra- mos pasado la montaña! Allí está mi madre sentada en una piedra, movien- do la cabeza, sin hacerme ninguna se- ñal, sin decirme nada con sus ojos, ¡es tan pesada su cabeza, ha dormido tanto tiempo!... ¡Ya no despierta! ¡dormía durante nuestros placeres! ¡Qué feliz tiempo aquél!

FAUSTO. Pues que ni lágrimas ni palabras pueden nada contigo, es ne- cesario que yo te arrastre lejos de aquí.

MARGARITA. ¡Déjame! ¡No, no sufriré ninguna violencia! ¡No me agarres con tanta fuerza! ¡Demasia- do te he complacido en mi vida!

FAUSTO. ¡El día viene!... ¡Querida mía, amor mío!

MARGARITA. ¡El día! ¡sí, es el día!... ¡último de los míos! ¡Debía ser el de mi boda! No vayas a decir a nadie que Margarita te ha recibido esta mañana. ¡Ah! ¡mi corona!... ¡qué ha sido de ella!... Nos volvere- mos a ver; mas ya no será en el baile. La multitud se estruja, no cesa de oírse: ¿le bastarán las calles y las plazas? La campana llama, llama des- esperadamente. ¡Cómo me agarrotan y me agarran! Ya me arrastran al cadalso, ya cae sobre el cuello de los demás el tajo que hiere el mío... ¡El mundo está mudo como una tumba!

FAUSTO. ¡Oh, por qué he nacido!

MEFISTÓFELES, *apareciendo en la puerta*. ¡Salid, o estáis perdidos! ¡Qué de palabras inútiles! ¡Qué dila- ciones y qué incertidumbre! Mis ca- ballos se inquietan y el día empieza a despuntar.

MARGARITA. ¿Quién se levanta así de la tierra? ¡Él! ¡él! ¡échale pronto! ¿Qué viene a hacer a la santa mansión?... ¡Viene a buscarme a mí!

FAUSTO. ¡Es preciso que vivas!

MARGARITA. ¡Justicia de Dios, me abandono a ti!

MEFISTÓFELES, *a Fausto*. ¡Ven, ven, o te dejo ahí con ella!

MARGARITA. ¡Tuya soy, Padre mío, sálvame! ¡Ángeles, rodeadme, protegedme con vuestros ejércitos!... Enrique, ¡me horrorizas!

MEFISTÓFELES. ¡Está juzgada!

Voz, *de lo alto*. ¡Está salvada!

MEFISTÓFELES, *a Fausto*. ¡Ven conmigo! (*Desaparece con Fausto.*)

Voz *lejana, que se extingue*. ¡Enrique, Enrique!



Plebiscito

Almanaque Rosa

con regalo
de valiosas novelas

TODOS los compradores de este ALMANAQUE pueden tomar parte en este plebiscito literario. Basta llenar el cupón de la página 206, indicando en él los autores y sus novelas que prefiere, a cambio de lo cual recibirá

Una preciosa novela como regalo

Al solicitar de nuestros favorecedores nos indiquen sus autores y obras favoritas, no nos referimos sólo a los escritores de nuestro catálogo, sino en general a todos los novelistas.

Solicitamos la valiosa opinión de todos nuestros lectores para poder orientarnos respecto de sus gustos y preferencias a fin de tenerlas presentes en nuestros futuros proyectos de edición.

A cambio de tan valiosa cooperación, obsequiamos a todos los concursantes con una preciosa novela de 2 pesetas o de 1,50 pesetas, según su libre elección entre las obras de la lista de la página siguiente.

Lista de las novelas entre las que cada concursante puede elegir una como regalo

	<u>Pesetas</u>
A13. Los cazadores de lobos, por J. Oliver Curwood.	2,—
A14. Los buscadores de oro, por J. Oliver Curwood.	2,—
A15. La isla del tesoro, por R. L. Stevenson.	2,—
A18. David Balfour, por R. L. Stevenson	2,—
A19. El rey de los osos, por James Oliver Curwood	2,—
A20. La isla de coral, por Roberto M. Ballantyne	2,—
A21. Una singular aventura, por Francis Lynde	2,—
A22. Los tramperos de Arkansas, por G. Aimard	2,—
A23. Los tiradores de rifle, por Mayne Reid	2,—
A24. Los dos penados, por Gerstäcker	2,—
s1. Dinero para uno, por Berta Ruck	2,—
s2. Pared por medio, por Florencia L. Barclay	2,—
s3. La gloria de Clementina, por William J. Locke	2,—
s5. Juana Eyri, por Carlota Bronté	2,—
s6. Miss Rovel, por Víctor Cherbulier	2,—
NA1. Rebellón, por Salvador González Anaya	1,50
NA2. Disciplinas de amor, por Juan Aguilar Catena	1,50
NA3. Pilar Guerra, por G. Díaz Caneja	1,50
NA4. Las flores, por S. y J. Álvarez Quintero	1,50
NA5. No está escrito, por Julia Mérida	1,50
NA6. El asombroso doctor Jover, por C. Eulate	1,50
NA7. El conde Perico, por E. Gutiérrez Gamero	1,50
NA8. La poesía del recuerdo, por A. M. Olmedilla	1,50
NA9. Doña Martirio, por M. López-Roberts	1,50
NA10. La santa pecadora, por Alfonso Nadal	1,50
NA11. Cartucherita, por Arturo Reyes	1,50
NA12. El ajusticiado, por José Toral	1,50
NA13. El ilustre Manguindoy, por E. Gutiérrez Gamero.	1,50
NA14. La novela de Lino Arnaiz, por M. López-Roberts.	1,50
NA15. Un Pepe corriente, por J. Aguilar Catena	1,50
NA16. María Antonieta, por Jesús R. Coloma	1,50

Basta indicar el número completo de orden que está antepuesto a cada novela (letra y número). Conviene señalar más de una, por si alguna novela estuviese agotada.

Cupón del Plebiscito Almanaque Rosa 1933

Editorial Juventud, S. A.

Apartado 3 - Calle Provença, 101

BARCELONA

Los autores y sus obras que prefiero son los siguientes:

AUTOR

OBRA

.....	
.....	
.....	
.....	

*Deseo recibir como regalo una de las novelas siguientes: Nos
que he elegido entre las de la lista publicada en la página 205.*

*Para sufragar los gastos de envío, mando adjunto cuarenta céntimos en
sellos de correo.*

FIRMA,

Nombre

Calle

Ciudad

Provincia **País**

Para tener derecho a la novela es indispensable enviar este Cupón con los cuarenta céntimos en sellos. El Plebiscito se dará por cerrado el 30 de junio de 1933, después de cuya fecha no se admitirán más cupones ni se enviarán novelas de regalo.

EL ESCRITOR MAS LEÍDO ES
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

el afamado autor de

DOÑA SOL y MARIPOSA

Rafael Pérez y Pérez se ha conquistado en pocos años el favor del público español, que lee ávidamente sus magníficas novelas de palpitante interés.

OBRAS PUBLICADAS:

En volúmenes elegantemente encuadernados, a 5,50 ptas.

DOÑA SOL / MARIPOSA

En rústica, a 1,50 ptas.

Inmaculada

El hada alegría

Madrinita buena

El verdadero amor

EN PREPARACIÓN

El último cacique (2,— ptas.)

El secretario (2,—)

La señora (2,—)

Mari Pura (1,50)

Muñequita (5,50)

Cuento de invierno (5,50)

EDITORIAL JUVENTUD, S. A. - Provenza, 101 - Apartado 3

BARCELONA



El marido (que acaba de vestirse para el baile de máscara con un disfraz que le han enviado equivocado). — Dime, querida: ¿estás segura de que esa gente a la que encargaste mi traje sabe cómo vestían los gladiadores romanos?

(De "The Humorist", Londres.)



DELICIAS CONYUGALES

He aquí el espectáculo que dió el marido que se cansó de esperar a que se fueran las visitas de su mujer.

(De "The Passing Show", Londres.)



— Se han acabado las contemplaciones. Los hombres también han de imponerse de vez en cuando. O me compras una escoba nueva o no barro más.

(De "Popitn", Barcelona.)



Doctor. — Ahora váyase a su casa y descanse.

Paciente. — No puedo, doctor.

Doctor. — ¿Por qué?

Paciente. — Porque en casa tengo mobiliario moderno.

(De "The Passing Show", Londres.)



— Abuelito, ¿es verdad que el calor dilata los cuerpos?

— Sí, hijo mío. En verano, por ejemplo, con el calor, los días son más largos que en el invierno, que hace frío.

(De "Buen Humor", Madrid.)



El último grito de la moda para atraer a los clientes

(De "Punch", Londres.)

KALOGEN

Tónico reconstituyente, recalificante. — Estimula el apetito. — Aumenta el peso del cuerpo. — **EMBARAZO - LACTANCIA - INFANCIA - CRECIMIENTO**
Convalecencia - Anemia - Linfatismo — Escrófula
TUBERCULOSIS (Pulmonar - Ósea - Ganglionar)

PÍDASE FOLLETO A

Dr. TAYÁ y Dr. BOFILL

Plaza de S. Agustín Viejo, 11 y 12 - Barcelona

COQUELUCHE

(TOS FERINA)

SE CURA RADICALMENTE CON

FLUOTHYMINA

PREPARADO ABSOLUTAMENTE INOFENSIVO

PIDA PROSPECTO A SUS AUTORES

Dr. Tayá y Dr. Bofill

Plaza de S. Agustín Viejo, 11 y 12 - Barcelona



El médico. — Su esposo necesita mucha tranquilidad. Le recetaré a usted un narcótico.

(De "Everybody's Weekly".)



— ¿Le has dicho a nuestro hijo que lo heredaremos si se casa con esa muchacha?

— No, porque él se casaría lo mismo A quien se lo he dicho es a ella.

(De "La Domenica del Corriere", Milán.)



— Vamos a ver, joven. ¿Es verdad que a usted le interesa tanto mi hija por la buena dote que llevará?

— ¡Oh, no, señor; de ninguna manera!

— Entonces, salga de aquí. Yo no quiero imbéciles en la familia.

(De "Le Rire", París.)



— ¿Te has fijado que Mercedes lleva siempre unos trajes preciosos de desposada?

(De "Life", Nueva York.)



— Saque mi retrato del escaparate.

— ¿Por qué?

— Porque me ofende; tiene un cartelito que dice: "6 como éste por 5 pesetas".

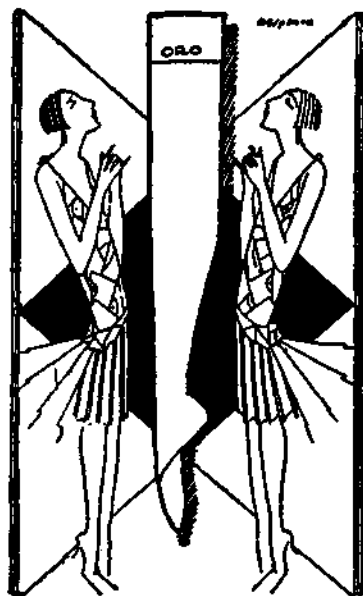
(De "Pepitu", Barcelona.)



— ¿Cree usted, doctor, que los casados viven más tiempo que los solteros?

— No, señora. Lo que pasa es que a los casados les parece más largo el tiempo.

(De "Le Fêlé Mêle", París.)



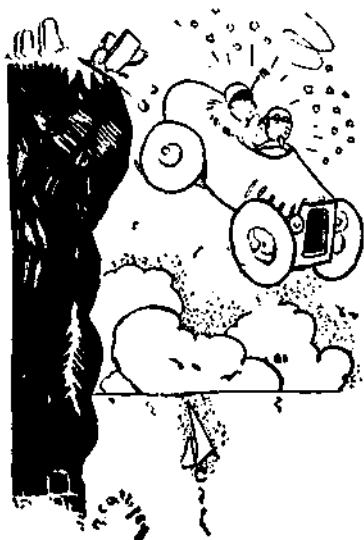
Medias "ORO"

EXCLUSIVAS DE LA CASA
GONZALO COMELLA

10, CARDENAL CASAÑAS, 10

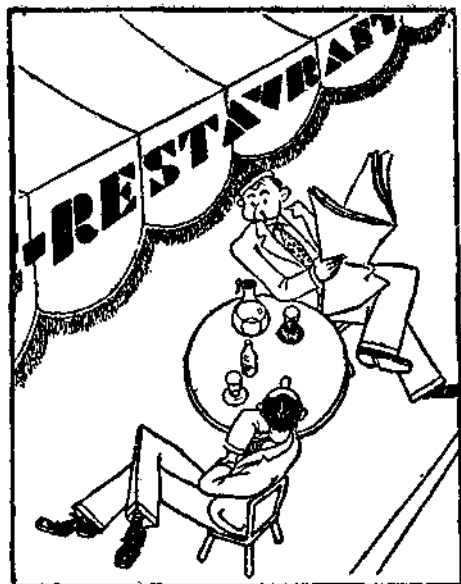
TELÉFONO 18722

Géneros de punto de todas clases y medidas



ERROR DE DIRECCIÓN

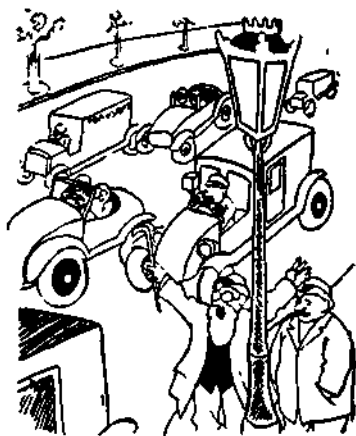
— ¡Da marcha atrás, hombre, que no quiero ir a los baños!



— Dice aquí que van a hacer una subscripción para el monumento a Cervantes.

— Sí, si, más valiera que el dinero se lo dieran a su pobre viuda.

(De "Buen Humor", Madrid.)



URBANIDAD Y URBANISMO

— ¡Te digo que si yo fuese urbano!... (aquí un taco como una catedral).

— Pues sélo, hombre; con un poco de educación, no cuesta gran trabajo...



— Eso de *labor prima virtus* yo no lo hubiera puesto. No veo la necesidad de poner un latinajo...

— ¡Es que va bien con la tinaja!



Señora:

Obtendrá una buena depilación con los

Depilatorios Jovincela

PREPARADOS INNOCUOS

PÍDALOS A SU GUSTO EN TODAS PARTES

En polvo: 5 pesetas frasco. En líquido,
forma de loción, 4,50 pesetas frasco.

FABRICANTE:

I. BELLVÉ

Apartado 808 / BARCELONA

Se manda a reembolso franco de portes y embalaje ha-
ciendo constar el nombre de este Almanaque.



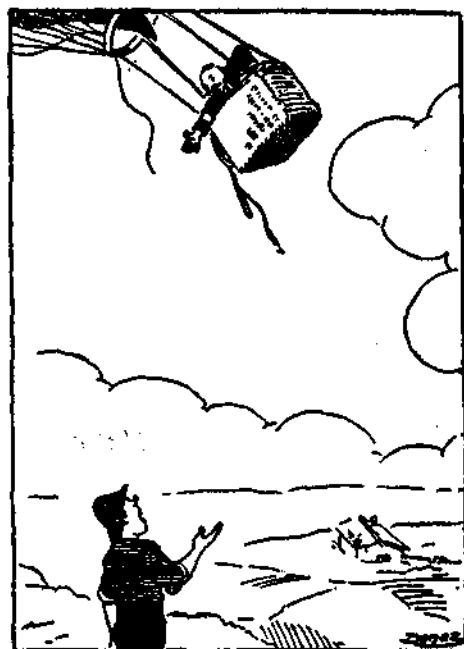
— Pero, ¿qué haces, Anacleto?
 — ¡Calla, mujer! Es que se me ha olvidado agitar la medicina antes de tomarla.



— ¿Qué le pasa con el caballo?
 — Pues que no quiere andar y retrocede.
 — ¡Hombre! Pues engánchelo al revés y se fastidiará.



— Cuando yo miro a una persona, en seguida veo lo que piensa de mí.
 — ¡Ay, amiga mía, qué malos ratos pasarás!



— ¡Eh, amigo! ¿Dónde estoy?
 El labriego. — Encima de mí, metido en un cesto...

¿Quiere rejuvenecerse,

crecer, engordar, enflaquecer, corregir la nariz, orejas, pecho, espaldas, piernas, hacer desaparecer la calvicie, canicie, arrugas, hoyos, cicatrices, pecas, manchas, rojeces, fetidez, desviaciones, imperfecciones y demás defectos? Escriba a

Perfección Estética

**Calle de Sepúlveda, 89
Barcelona**

(INCLUID FRANQUEO)

SEÑORITA

le interesa aprender corte y confección, sin moverse de su hogar; por correo puede diplomarse rápidamente como profesora ganando 300 pesetas al mes.

ESCRIBID A:

Universidad Femenina de Corte

Calle de Viladomat, 101 / BARCELONA

(INCLUID SELLOS PARA EL FRANQUEO)



— Papá, un chico de la escuela me dijo que yo era tu vivo retrato.

— ¿Sí? Y tú, ¿qué le contestaste?

— Nada, porque era más grande y más fuerte que yo.

(De "Le Pêle Mêle", París.)



— Vengo a pedir a usted la mano de su encantadora hija.

— ¿Y qué porvenir tiene usted?

— Malo; ya ve usted, señor: ¡voy a casarme!

(De "Buen Humor", Madrid.)



"Querida tía Asunción: Como no tengo nada que hacer, me dispongo a escribirte..., y como no tengo nada que decirte, termino. Te quiere mucho: Doris."

(De "The Humorist", Londres.)



La señora (a su esposo, que regresa de comprobar un ruido sospechoso). — Di, Juan; ¿era un ladrón?

El marido (temblando). — Sí... ¡sí!... y... sí... ¡gue siéndolo...

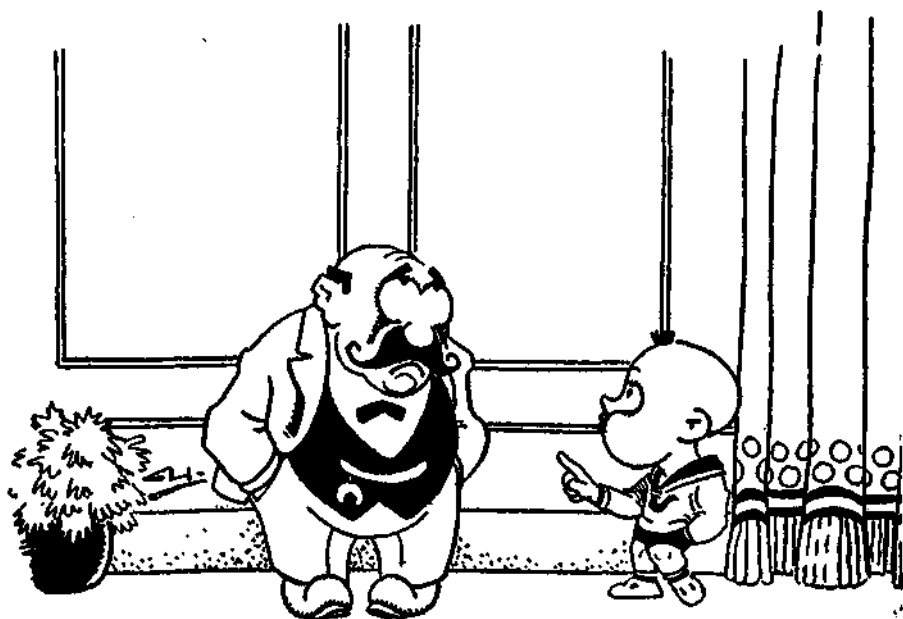
(De "London Opinion", Londres.)

Equipos para novias - Vestidos
de cristianar - Confecciones
Semisedas - Encajes
Opales - Batistas
Tules

E. PUJOLAR

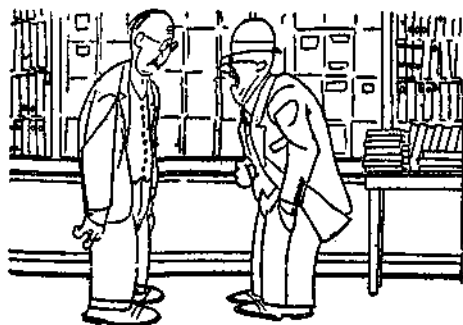
LAURIA, 2 (Challán Plaza de Urquinaona) / Teléfono 12477

Medias - Cuellos
Pecheros - Puntillas
Bordados - Mallas a
mano - Tules para visillos
Adornos malla para cortinajes



— Papá, ¿te acuerdas de donde conociste a mamá?

— ¡Ya lo creo! En una comida en que éramos trece en la mesa.



A LA QUE SALTA

— ¿De modo que toda la semana venden los libros con el 30 por 100?

— Sí, señor.

— Bueno, pues déme usted el libro Diario, el Mayor y el de Caja.



UNA EXIGENTE

— Pero ¿estás disgustada?

— ¿No he de estarlo? Tú, por un lado, repitiendo una vez más que me quieres con locura; por el otro, el gramófono... ¿Quieres más músicas?

Maravilloso y prodigioso invento

En ocho días los cabellos blancos tomarán su primitivo color natural y será imposible conocer que estén teñidos usando el insustituible **ACEITE VEGETAL MEXICANO PERFUMADO**. Premiado en varias Exposiciones. Sólo tiñe el cabello blanco (**Único en su clase**). Se usa con las mismas manos como una Brillantina. No mancha, es inofensivo, quita la caspa, da brillo al cabello y evita su caída. Un estuche grande alcanza para un año de uso.

De venta en todas las
Perfumerías de Es-
paña.

CONCESIONARIO:

LA FLORIDA, S. A.

Fabricante J. Beltrami,
Avenida 14 de
abril, 566

BARCELONA

PERFUMANTE

“REJUVENOL”

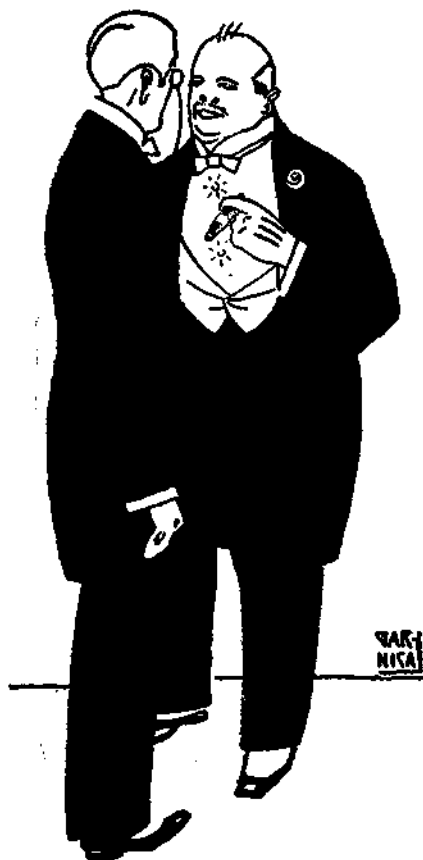
**Loción vegetal para volver a su primitivo color
EL CABELLO Y LA BARBA**

Las ventajas que reúne el “REJUVENOL” sobre todos sus similares son muchas. Tiene la propiedad de no pasar del color que tuvo el cabello o la barba antes de encanecerse, aunque se eche mucha cantidad y aunque se use muchos años, siendo ésta la mejor prueba de ser un regenerador y no una tintura. Se usa con las mismas manos, porque no mancha ni daña absolutamente. Es perfumado, de aroma suave y muy agradable. Sus frascos se pueden tener en el tocador a la vista de todos, pues no indican para qué es su uso. Se usa por toda la cabeza, pues sólo surte efecto en el pelo canoso, emparejándolo exactamente con el color de lo no canoso. Es tan cómodo y rápido para usarlo, como la más sencilla loción.

De venta en todas las
Perfumerías de España
CONCESIONARIO:

La Florida,
S. A.

Fabricante J. Beltrami
Avenida 14 abril, 566
BARCELONA



VIKI
NIKA

El aristócrata. — Mi palacio lo tengo lleno de cornucopias.

El nuevo rico. — No le preocupe. Yo le daré la receta de un excelente insecticida y en una semana no le quedará a usted ni una...



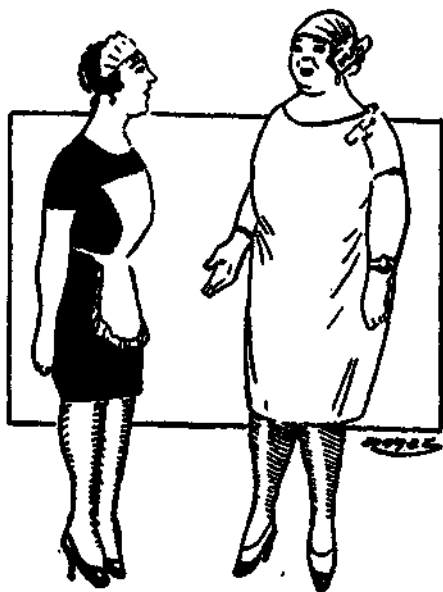
El burro. — ¡En mi vida he visto un tío más terco que éste!



— ¿Está usted pintando aquel árbol?

— Sí; pero cuidese de su trabajo.

— ¡Ah, bueno! Iba a esperar a que terminase, pero si usted quiere que me cuide de mi trabajo... Tengo que cortar el árbol ese...



— Llevaré a uno de los niños de paseo. ¿Cuál crees tú que me hace más juego con el vestido?

EBANISTERÍA, TAPICERÍA Y DECORACIÓN

PARÍS

*Instalaciones completas de hoteles, salas de espectáculos,
palacios, pisos, etc.*

DIRECCIÓN ARTÍSTICA A CARGO DE

F. MARTÍ SUAÚ

*Miembro del Internacional grupo artístico del Arte Moderno
y ex director gerente de los establecimientos "MAVA" de París*

LAURIA, 45
Teléfono 11876

Barcelona

ACABA DE PUBLICARSE

MUSSOLINI

CONVERSACIONES CON

EMIL LUDWIG

OBRA DE GRAN ACTUALIDAD Y DE
GRAN TRASCENDENCIA HISTÓRICA

Un volumen, en rústica, 6 pesetas

EDITORIAL JUVENTUD, S. A. / BARCELONA
APARTADO, 3 — PROVENZA, 101



— En correos se pierden muchas cartas. ¡El otro día escribí a los Pérez anunciándoles que iría a comer, y cuando fui no encontré a nadie!

— Pues eso prueba que recibieron tu carta.



— ¿Cuántos años tiene esta vaca?

— Dos.

— ¿Y cómo lo conoces?

— Por los cuernos.

— ¡Ah, sí! Dos cuernos, dos años. Justo.



— ¡Ay! ¡Vengo medio muerta!

— ¡Hija! Tú siempre has de hacerlo todo a medias...



— Me han dicho que tu mujer te abofetea...

— ¡Eso es una calumnia! ¡Me iba yo a dejar?

— ¡Ah, vamos!...

— Lo único que hace es darme de escobazos...

La Mujer y la Salud

Hay una edad en la vida de la mujer cuando todavía es *niña*, en la que es necesario fijar la atención por estar sujeta a múltiples padecimientos y continuas molestias que ponen en grave peligro su vida y dejan para el porvenir dolencias que la privan de toda felicidad que como mujer y madre necesita.

En esta edad llamada *crítica*, es cuando la *niña* se hace *mujer* apareciendo en ella una *función vital*. Esta en perfecto estado de salud, preséntase de un modo regular desde que se establece hasta que la mujer deja de serlo, señalando el límite entre la juventud y la vejez.

Una mujer bien reglada es garantía de buena salud, hermosura y riqueza de sangre.

Cuando esta función falta o presenta irregularidades en sus períodos, es señal clara que en la mujer se desarrolla la Clorosis o Anemia.

La Anemia y la Clorosis en la mujer se desarrolla por empobrecimiento e impurezas de la sangre, volviéndose pálida y terrosa su piel, labios y encías, su mirada melancólica y triste, languidece de un modo alarmante, pierde el apetito (con dolor de estómago y estreñimiento pertinaz), su respiración es fatigosa con palpitaciones de corazón al menor esfuerzo (con dolor de costado y espalda), vértigos con dolor de cabeza, zumbido de oídos, pérdida de la memoria con gran excitación nerviosa e hinchazón de los tobillos y de los párpados y gran agotamiento de fuerzas.

Pueden presentarse todos estos síntomas, como también puede faltar alguno de ellos o presentarse otros nuevos.

Este conjunto de padecimientos, que presentan estas pobres muchachas en la primavera de la juventud cuando todo sonríe a sus ilusiones, hace que su carácter jovial desaparezca y se apodere de ellas la tristeza y la melancolía, se corrigen de un modo maravilloso usando las PILDORAS POMPEYA.

Las PILDORAS POMPEYA, que purifican y enriquecen la sangre, devuelven a la mujer su alegría perdida, su mirada viva, el color

sonrosado de sus mejillas y de sus labios, recobra su andar ligero y seductor, dando perfección y redondez a sus formas antes angulosas, se redondea su cuello y abulta su seno adquiriendo un conjunto esbelto y gracioso, tórnase su piel fina con esta frescura especial de la juventud, y una abundante y sedosa cabellera, hacen que la mujer supere en hermosura a la más bella creación de un artista.

Las PILDORAS POMPEYA, cuyos componentes son exclusivamente del reino vegetal, tienen propiedades depurativas y tónicas de la sangre, y por lo tanto están indicadas y curan la Anemia, la Clorosis (colores pálidos), la falta o desarreglos de la menstruación; la leucorrea (flores blancas); las enfermedades de estómago; la debilidad muscular y nerviosa, a toda clase de neuralgias y la opilación de las jóvenes.

Son indispensables a la mujer durante el embarazo y la lactancia, asegurando con su auxilio una abundante y rica leche con que satisfacer a la más robusta criatura.

Curan también las PILDORAS POMPEYA la debilidad general, palidez, caquexia, falta de desarrollo; fortifican los temperamentos débiles y linfáticos, enriqueciendo y purificando la sangre y favoreciendo la nutrición del organismo.

Combaten la inapetencia, la dificultad y pesadez de la digestión, la debilidad del estómago, dando fuerza y vigor al mismo y glándulas anexas.

Curan la neurastenia, histerismo, convulsiones, accidentes, agotamiento cerebral y son un poderoso tónico y sedante del sistema nervioso.

Son indispensables en las convalecencias de largas enfermedades, sobre todo del paludismo (fiebres tercianas y cuartanas) y después de medicaciones yoduradas y mercuriales, las cuales empobrecen considerablemente la sangre; en la decrepitud y en todos aquellos casos en que convenga suministrar a la economía un poderoso vitalizador y regenerador total de la misma.

Las PILDORAS POMPEYA se venden al precio de 3,50 ptas. en las Farmacias y Centros de Específicos

Se envían también a domicilio franco de portes remitiendo su importe en sellos de correo o giro postal a la farmacia del autor

LUIS GASULL - San Rafael, 20 - BARCELONA



— ¡Camarero! Le he pedido cien veces una botella de agua.

El mozo, gritando: — ¡A ver! ¡Pronto! Cien botellas de agua para este señor.



— Siento no darle propina, pero no me quedaría para el taxi.

— Le advierto, señor, que un paseo a pie, después de comer, es muy sano.



— Recuerda, Concha, que cuando nos casamos me prometiste obediencia.

— ¡Claro! No era cosa de armar una bronca delante del cura.



— ¿Quién es ése? ¿Algún bailarín extranjero?

— Nada de eso. Es un comensal que se ha quedado con la sopa.



Grandes fueron los descubrimientos científicos que hicieron durante los siglos XIV y XV las expediciones que al mando de los intrépidos navegantes y descubridores como Colón, Cabot, Magallanes, Elcano, Cortés, Vasco de Gama, etc. recorriendo en primer lugar América para después extenderse por las costas de África y las islas oceánicas. Pero la sed de oro y dominación que arrastraba a la mayoría de los expedicionarios no les permitía ocuparse de lo demás. Solo algunos hombres de ciencia y los misioneros que formaban parte de estas expediciones, observaban y recogían cuidadosamente los datos sobre los productos naturales de aquellas lejanas tierras y el uso que hacían de ellos sus naturales alocucionados por la experiencia de siglos. Estos productos y las fórmulas que con ellos se elaboran eran después traídos a Europa donde eran comprobadas sus virtudes que entonces parecían mágicas. A dichos hombres beneméritos se debe el uso de la quina, ipacacuana, atilá, jalapa y tantas otras materias que son actualmente de uso corriente.

Una de estas fórmulas que fueron recogidas pero que posteriormente parecía perdida son los GRANOS DE WINDAY, preparado vegetal totalmente compuesto de plantas tropicales y que está elaborado en forma práctica para su uso, por el farmacéutico Luis Gasull.

Tienen los GRANOS DE WINDAY preciosas propiedades laxantes, purgantes y depurativas.

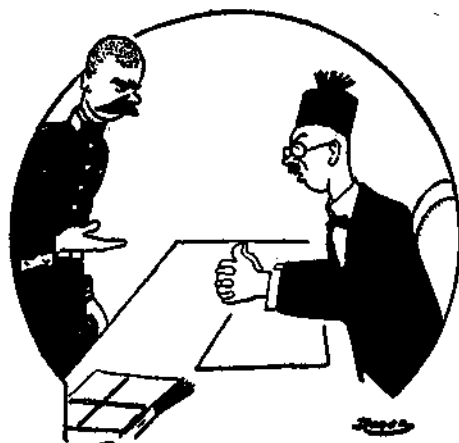
Como consecuencia de su acertada composición esta obra mejor y con más suavidad sobre el organismo que cada uno de sus componentes aislados.

Puede tomarse durante las comidas y no produce irritación ni malestar.

Debe usarse pues los GRANOS DE WINDAY para curar la dispepsia o falta de secreción del estómago. La atonía del mismo órgano o insuficiencia de sus movimientos. El estreñimiento o constipación, nombre con que se designa la pereza intestinal. Las indigestiones de todas clases. Cálculos biliares, facilitando su expulsión. Ictericia o retención de bilis. Congestión del hígado, desintoxicándolo y eliminando los venenos por la bilis. Las impurezas de la sangre y sus manifestaciones (granos, sarpullidos etc.). Debe usarse también para corregir la obesidad, la gota, artritis y como preventivo de toda clase de enfermedades infecciosas.

PRECIO DE LA CAJA : PESETAS

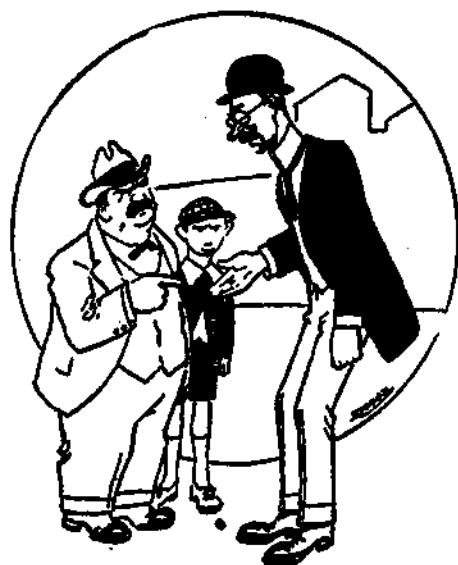
Se envía por correo sin recargo previo el recibo de su valor por giro postal o sellos en la antigua Farmacia de L. Gasull, San Rafael, 20 - Barcelona.



- ¿Fué usted el que detuvo al procesado?
 —Sí, señor Juez.
 —¿El le insultó a usted?
 —Sí, señor Juez.
 —¿Recuerda usted sus palabras?
 —“Es usted un animal y un bestia”, señor juez.



—¡Pero qué chico este! Estoy tocándole *Canción de cuna* y nada, que no se duerme...

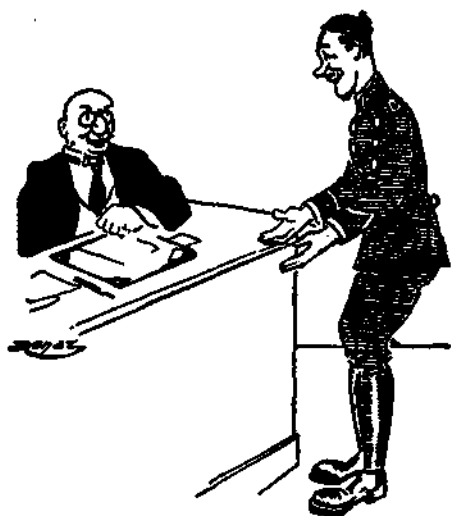


- Me alegro de encontrarle, doctor. Me siento débil y cansado, sobre todo muy cansado. ¿Qué me aconseja usted que tome?
 —Tome usted un taxi.



- El nene pesa mucho, mamá; tómalo y dame la maceta.
 —¿Estás loca, muchacha? ¿Y si la dejas caer?

(De “Le Père Mêle”, París.)

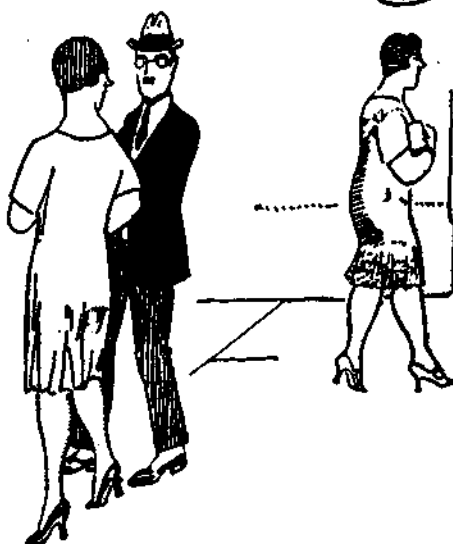


— Aquí los chofers han de ser, ante todo, honrados. Vamos a ver: ¿qué haría usted si encontrara en el coche 20.000 duros?

— Pues no haría nada.

— ¿Cómo?

— Natural. Me dedicaría a vivir de la renta...



— Mira qué encaje lleva en el vestido.

— ¡Precioso! Y debe ser por lo menos del siglo XVIII.

— Y hasta puede que ella misma lo hiciera.



— Yo no he montado nunca a caballo, mi capitán.

— ¡Magnífico! Allí hay un caballo al que nunca ha montado nadie. Se estrenarán ustedes juntos.



— Ese joven del maletín me cogió la mano al pasar el túnel.

— ¿Y por qué no me lo dijiste en seguida?

— Porque no sabía si había algún túnel más.



— ¡Cuánto vale esta langosta?

— Veinticinco pesetas.

— ¡Caramba! Y, diga, mozo, ¿no se podría pagar a plazos?



— Vamos a dejar el baile. ¿No sabe usted más que pisar!

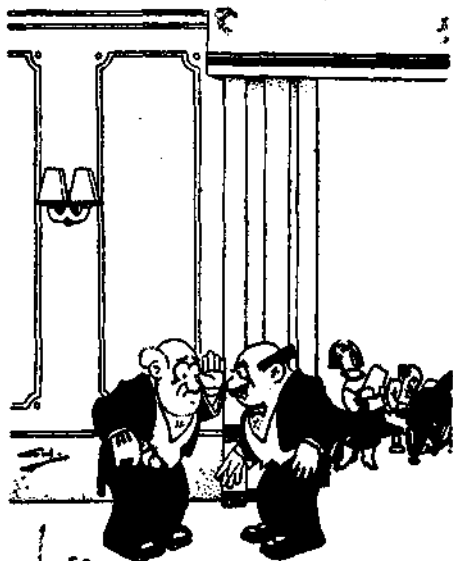
— ¿Y cree usted que si yo supiera bailar, lo haría con usted?



— Cuando me bañé por primera vez, de muy niño, experimenté una gran emoción.

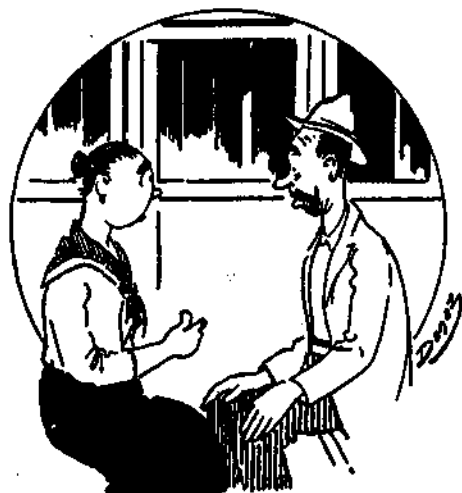
— ¡Y la segunda vez?

— ¡Ah! La segunda... no sé lo que me pasará...

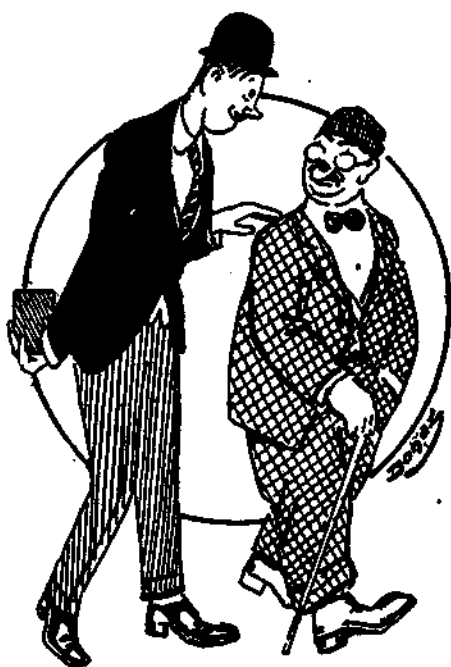


— ¿Qué le parece la voz de mi señora?

— Dispense, pero con los gritos que da esa vieja que canta, no oigo nada... ¿Qué me decía?



— ¡Sabes que tardamos en salir de este túnel?
 — ¡Ay, Cirilo! ¡A ver si con la oscuridad se
 ha perdido el maquinista!



— Dispense una pregunta: si usted se encon-
 trara una cartera, ¿qué haría?
 — Correr a gastarme lo que tuviera dentro.
 — Muchas gracias por el consejo, que seguiré
 ahora mismo.



— Esta sala está destinada a los maniáticos del
 automovilismo.
 — Pero está vacía... ¿Es que no hay enfermos?
 — Sí; pero todos están haciendo reparaciones
 debajo de las camas.



— Pero ¿por qué me multa usted si no llevaba
 exceso de velocidad?
 — ¡Toma! Porque a los que llevan no los puedo
 pescar.

LISTA DE LAS NOVELAS PUBLICADAS POR EDITORIAL JUVENTUD, S. A.

A ruego de un gran número de lectores de nuestras novelas damos en las páginas siguientes una relación por orden alfabético de nuestros autores y de sus obras.

			Ptas.
ACREMANT (Germana)			
368	¡A CASARSE TOCAN!	Obras Maestras.	3,90
3501	LAS DE LOS SOMBREROS VERDES	Obras Maestras.	3,90
H 13	LAS DE LOS SOMBREROS VERDES	Novelas Hogar.	5,00
AGUILAR CATENA (Juan)			
10	HERIDA EN EL VUELO	Novela Rosa.	1,50
86	LOS ENIGMAS DE MARÍA LUZ.	Novela Rosa.	1,50
NA 2	DISCIPLINAS DE AMOR	Novela Amarilla.	1,50
NA 15	UN PEPE CORRIENTE	Novela Amarilla.	1,50
55	NUESTRO AMIGO JUAN.	Novela Rosa.	2,00
E 234	UN SOLTERO DIFÍCIL	Novela Rosa.	2,00
3517	LA TERNURA INFINITA.	Obras Maestras.	3,90
H 28	LA TERNURA INFINITA.	Novelas Hogar.	5,00
591	MOZAS DE MAYO	Nueva Hogar.	5,50
667	PARA ENTRAR EN EL PA- RAÍSO	Nueva Hogar.	5,50
N 42	DOS NOCHES.	Novelas Edita.	5,50
646	LA BODA DE CLAUDIO	Novelas Modernas.	5,50
AIMARD (Gustavo)			
A 22	LOS TRAMPEROS DE ARKAN- SAS	Col. Aventura.	2,00
ALANIC (Matilde)			
16	ERRORES DEL CORAZÓN	Novela Rosa.	1,50
21	DEBER DE HIJO.	Novela Rosa.	1,50
28	LA SOLTERONA.	Novela Rosa.	1,50
HP 7	ESPERANZAS.	Hogar Popular.	2,90
H 21	ESPERANZAS.	Novelas Hogar.	4,00
ALCIETTE (Pierre)			
20	LA NOVELA DE MADDYA	Novela Rosa.	1,50
ALLORGE (Henri)			
A 10	EL GRAN CATACLISMO	Col. Aventura.	1,50
A 35-36	LA TIERRA INVADIDA POR MARTE. (Dos volúmenes en rús- tica, a 1 pta.)	Col. Aventura.	2,00
A 300	LA TIERRA INVADIDA POR MARTE. (Encuadrado).	Col. Aventura.	3,00

ÁLVAREZ QUINTERO (J. y S.) (María Luz Morales)			<u>Ptas.</u>
NA 4	LAS FLORES	Novela Amarilla.	1,50
E 255	LAS DE CAÍN	Novela Rosa.	2,00
389	PIPIOLA	Obras Maestras.	3,90
390	LAS FLORES	Obras Maestras.	3,90
535	LOS GALEOTES	Novelas Modernas.	5,50

ANAYA (Salvador González)

Véase González Anaya (Salvador).

ARAGÓN (Jesús de)

A 217	LOS PIRATAS DEL AIRE . .	Col. Aventura.	2,00
A 218	UNA EXTRAÑA AVENTURA DE AMOR EN LA LUNA . .	Col. Aventura.	2,00
A 220	LA CIUDAD SEPULTADA . .	Col. Aventura.	2,00
A 235	EL CONTINENTE AÉREO . .	Col. Aventura.	2,00
A 60	LA SOMBRA BLANCA DE CA- SARAS	Col. Aventura.	2,00
A 64	CUARENTA MIL KILÓMETROS A BORDO DEL AEROPLANO "FANTASMA".	Col. Aventura.	2,00
A 65	DE NOCHE SOBRE LA CIUDAD PROHIBIDA	Col. Aventura.	2,00
A 66	LA DESTRUCCIÓN DE ATLÁN- TIDA.	Col. Aventura.	2,00

ARDEL (Henri)

2	SOLA	Novela Rosa.	1,50
18	LA SEÑORITA ORLISS . . .	Novela Rosa.	1,50
46	EL ENSUEÑO BLANCO . . .	Novela Rosa.	1,50
61	EL RESCOLD	Novela Rosa.	1,50
69	LAS CONFIDENCIAS DE JULIA.	Novela Rosa.	1,50
73	LA CULPA AJENA	Novela Rosa.	1,50
114	DOS AMORES.	Novela Rosa.	1,50
216	LAS VACACIONES DE LOS BRYCE	Novela Rosa.	1,50
E 231	EL VERANEO DE GUILLER- MINA	Novela Rosa.	2,00
E 254	MI PRIMO GERARDO	Novela Rosa.	2,00
S 4	MI PRIMO GERARDO	Novela Selecta.	2,00
H 10	MI PRIMO GERARDO	Novelas Hogar.	4,00
H 15	EL VERANEO DE GUILLER- MINA	Novelas Hogar.	4,00
H 20	AL VOLVER	Novelas Hogar.	4,00
526	LAS VACACIONES DE LOS BRYCE	Nueva Hogar.	5,50

BAILEY (Temple)

127	LAS DESAIRADAS	Novela Rosa.	1,50
-----	--------------------------	--------------	------

BALLANTYNE (Roberto M.)

A 20	LA ISLA DE CORAL	Col. Aventura.	2,00
------	----------------------------	----------------	------

BALZAC (Honorato de)

387	LA PIEL DE ONAGRO	Obras Maestras.	3,90
388	EL TÍO GORIOT	Obras Maestras.	3,90
3515	CÉSAR BIROTTEAU	Obras Maestras.	3,90

BARCLAY (Florencia L.)

			Ptas.
1	AL SÉPTIMO DÍA	Novela Rosa.	1,50
41	EL ROSARIO	Novela Rosa.	2,00
E 201	LA CASTELLANA DE SHENS- TONE	Novela Rosa.	2,00
S 2	PARED POR MEDIO	Novela Selecta.	2,00
P 9	LA AUREOLA ROTA	Popular Edita.	2,00
GE 6	LA AUREOLA ROTA	Grandes Éxitos.	2,50
P 10	LAS DAMAS BLANCAS DE WORCESTER	Popular Edita.	3,00
H 8	EL ROSARIO	Obras completas.	5,50
N 3	LAS DAMAS BLANCAS DE WORCESTER	Obras completas.	5,50
H 11	LA CASTELLANA DE SHENS- TONE	Obras completas.	5,50
559	AL SÉPTIMO DÍA	Obras completas.	5,50
N 25	EL AMOR DE DAVID	Obras completas.	5,50
H 18	PARED POR MEDIO	Obras completas.	5,50
N 9	LA AUREOLA ROTA	Obras completas.	5,50
508	EL ÁRBOL UPAS	Novelas Modernas.	5,50

BARÓN DE CASAPORTIERRA (EI)

174	¿Y EL OTRO?	Novela Rosa.	1,50
-----	-----------------------	--------------	------

BARRIE (J. M.)

352	PETER PAN Y WENDY	Obras Maestras.	3,90
-----	-----------------------------	-----------------	------

BEAUMONT (C. de)

115	LAS VACACIONES DE UNA CANONESA	Novela Rosa.	1,50
-----	---	--------------	------

BERNAGE (Berthe)

184	ISABEL, MUJERCITA DE HOY.	Novela Rosa.	1,50
-----	-----------------------------------	--------------	------

BLANDY (S.)

12	LA HERMANA MENOR	Novela Rosa.	1,50
----	----------------------------	--------------	------

BOGGS (Winifred)

137	EL ALEGRE PILGRAM	Novela Rosa.	1,50
162	LA RUINA DE SALLY.	Novela Rosa.	1,50
525	LAS SOLTERAS INDIGNADAS.	Nueva Hogar.	5,50
N 41	LA VENTA DE LADY DAVEN- TRY	Novelas Edita.	5,50

BONSELS (W.)

	MAYA LA ABEJA	Edición corriente.	5,00
	Obras Maestras de la Literatura Infantil.	Edición de lujo.	8,00

BORDEAUX (Henri)

GE 13	BAJO LOS PINOS	Grandes Éxitos.	2,50
529	LA CARTUJA DEL REPOSOIR.	Novelas Modernas.	5,50
551	BAJO LOS PINOS	Novelas Modernas.	5,50

BOURGET (Paul)			<u>Ptas.</u>
19	LAS DOS HERMANAS	Novela Rosa.	1,50
BRADA			
33	DESAPARECIDO.	Novela Rosa.	1,50
68	LA RAMA DE ROMERO	Novela Rosa.	1,50
154	LA PALOMA HERIDA	Novela Rosa.	1,50
BRÊTE (Jean de la)			
9	UN VENCIDO.	Novela Rosa.	1,50
160	CHANZAS DEL DESTINO.	Novela Rosa.	1,50
BRONTË (Carlota)			
S 5	JUANA EYRI.	Novela Selecta.	2,00
BRULAT (Paul)			
P 28	EL DRAMA DE UN HOMBRE FEO	Popular Edita.	2,00
BURKE (Edward)			
192	MI ESPOSA	Novela Rosa.	1,50
GE 9	LOS BOTONES DEL SOLTERO.	Grandes Exitos.	2,50
541	LOS BOTONES DEL SOLTERO.	Nueva Hogar.	5,50
BURMAN (Rolf)			
562	EL DERECHO A LA FELICIDAD	Novelas Modernas.	5,50
BURNET (Philine)			
A 63	A LA CONQUISTA DE LA GRAN SERPIENTE DE MAR	Col. Aventura.	2,00
BURNETT (Francis H.)			
147	EL HEREDERO	Novela Rosa.	1,50
CABALLERO DEL MAR (El)			
3532	A BORDO HAY UNA MUJER.	Obras Maestras.	3,90
587	BURLANDO EL BLOQUEO.	Obras Varias.	5,00
616	A LA DERIVA	Obras Varias.	5,00
CARREÑO VARGAS (Juan)			
N 50	EL FIN DE UNA AVENTURA.	Novelas Edita.	5,50
CARROLL (Lewis)			
	ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS.	Edición corriente.	4,00
	Obras Maestras de la Literatura In- fantil.	Edición de lujo.	7,00
CASTRO (Rosalia de)			
E 238	EL CABALLERO DE LAS BO- TAS AZULES.	Novela Rosa.	2,00

CLOVIS EIMERICPtas.

Véase Eimeric (Clovis).

CONWAY (Hugo)

PF 12 MISTERIO. Popular Fama. 2,00

COOPER (Fenimore)

A 62 EL PILOTO Col. Aventura. 2,00

CORTINAS (Laura)

178 CARMITA. Novela Rosa. 1,50

TEATRO DEL AMOR. Obras Varias. 3,00

COULOMB (Jeanne de)

42 EL BOSQUE MARAVILLOSO. . Novela Rosa. 1,50

89 LA QUE QUISO VOLAR. . . . Novela Rosa. 1,50

120 LA SOMBRA DE LAS HORAS. Novela Rosa. 1,50

142 LA CASA SOBRE LA ROCA. . Novela Rosa. 1,50

167 FUEGOS EN EL HORIZONTE. Novela Rosa. 1,50

COURTHS MAHLER (H.)

88 EL AMULETO DE LA RANÍ. . Novela Rosa. 1,50

113 CASADA POR PIEDAD Novela Rosa. 1,50

143 UN IDILIO EN LA INDIA. . . Novela Rosa. 1,50

171 EL RELICARIO Novela Rosa. 1,50

182 EL ERROR DE PÍA. Novela Rosa. 1,50

194 EL DOCUMENTO PERDIDO. . Novela Rosa. 1,50

206 BAJO EL VELO DEL ANÓNIMO Novela Rosa. 1,50

E 225 LA BELLA MISS LILIAN. . . Novela Rosa. 2,00

592 EL COLLAR DE PERLAS. . . Nueva Hogar. 5,50

N 43 LOS HEREDEROS BURLADOS. Novelas Edita. 5,50

N 46 PASIÓN BASTARDA Novelas Edita. 5,50

N 47 LA FUERZA DEL AMOR. . . Novelas Edita. 5,50

N 49 LA CARTA FATAL. Novelas Edita. 5,50

N 53 BAJO EL VELO DEL ANÓNIMO Novelas Edita. 5,50

N 55 TUYO ES MI CORAZÓN. . . Novelas Edita. 5,50

N 56 EL DRAMA DE GLOSSOW . . Novelas Edita. 5,50

N 57 LAS TRES HERMANAS . . . Novelas Edita. 5,50

CURWOOD (James Oliver)

A 50 EL REGRESO. Col. Aventura. 1,00

A 53 EL FÓSFORO. Col. Aventura. 1,00

A 55 EL RATÓN Col. Aventura. 1,00

A 57 LA FUERZA DE LOS HOMBRES Col. Aventura. 1,00

A 1 CORAZONES DE HIELO . . . Col. Aventura. 1,50

62 LA SENDA PELIGROSA . . . Novela Rosa. 1,50

A 13 LOS CAZADORES DE LOBOS. Col. Aventura. 2,00

A 14 LOS BUSCADORES DE ORO. . Col. Aventura. 2,00

A 17 FELIPE STEELE. Col. Aventura. 2,00

A 19 EL REY DE LOS OSOS. . . . Col. Aventura. 2,00

A 32-34 EL CABALLERO DEL VALOR. . Col. Aventura. 3,00

(Tres vols. a 1 peseta) Col. Aventura. 3,00

351 EL BOSQUE EN LLAMAS. . . Obras Maestras. 3,90

353 FUERA DE LA LEY Obras Maestras. 3,90

			<u>Ptas.</u>
355	DONDE EL RÍO NACE	Obras Maestras.	3,90
356	EL VALLE DE LOS HOMBRES SILENCIOSOS	Obras Maestras.	3,90
357	KAZAN, PERRO LOBO	Obras Maestras.	3,90
359	FLOR DEL NORTE	Obras Maestras.	3,90
360	BARI, HIJO DE KAZAN	Obras Maestras.	3,90
362	EL ANTIGUO CAMINO	Obras Maestras.	3,90
364	EL HOMBRE DE ALASKA.	Obras Maestras.	3,90
369	EL LAZO DE ORO	Obras Maestras.	3,90
372	NÓMADAS DEL NORTE	Obras Maestras.	3,90
375	EL HONOR DEL DESIERTO BLANCO.	Obras Maestras.	3,90
378	CENTELLA	Obras Maestras.	3,90
383	EL RETRATO	Obras Maestras.	3,90
394	EL ÁNGEL DE PERIBONKA.	Obras Maestras.	3,90
399	EL CAZADOR NEGRO	Obras Maestras.	3,90
3507	CORAZONES DE HIELO	Obras Maestras.	3,90
3509	FELIPE STEELE.	Obras Maestras.	3,90
3514	EL VALOR DEL CAPITAN PLUM	Obras Maestras.	3,90
3519	EL REY DE LOS OSOS.	Obras Maestras.	3,90
3537	LA ATRACCIÓN DEL ABISMO.	Obras Maestras.	3,90
3540	EN LOS GRANDES LAGOS	Obras Maestras.	3,90
3543	LA MUJER ACORRALADA	Obras Maestras.	3,90
A 401	EL CABALLERO DEL VALOR. (Encuadrado)	Col. Aventura.	4,00
515	LA MUJER ACORRALADA	Novelas Modernas.	5,50
524	LA TRAGEDIA DE LA SELVA.	Novelas Modernas.	5,50
538	LAS LLANURAS DE ABRAHAM	Novelas Modernas.	5,50
550	LA GLORIA DE VIVIR	Novelas Modernas.	5,50
582	LA ATRACCIÓN DEL ABISMO.	Novelas Modernas.	5,50

CUSHMAN (C. F.)

GE 15	LOS NUEVOS POBRES	Grandes Éxitos.	2,50
557	LOS NUEVOS POBRES	Nueva Hogar.	5,50

CHAMPOL

7	CASO DE CONCIENCIA	Novela Rosa.	1,50
15	EL MARIDO DE AURORA	Novela Rosa.	1,50
HP 4	LA LUNA ROJA	Hogar Popular.	2,90
H 16	LA LUNA ROJA	Novelas Hogar.	4,00

CHANTEPLEURE (Guy)

4	ALMAS FEMENINAS	Novela Rosa.	1,50
53	COMEDIA NUPCIAL	Novela Rosa.	1,50
175	EL CASTILLO DURMIENTE.	Novela Rosa.	1,50
E 202	LA PASAJERA	Novela Rosa.	2,00
E 213	EL MAGO.	Novela Rosa.	2,00
E 236	LIL DE LOS OJOS COLOR DEL TIEMPO.	Novela Rosa.	2,00
HP 2	LIL DE LOS OJOS COLOR DEL TIEMPO.	Hogar Popular.	2,90
HP 14	LA AVENTURA DE HUGUET- TE	Hogar Popular.	2,90
HP 18	EL CASTILLO DURMIENTE.	Hogar Popular.	2,90

			<u>Ptas.</u>
H 1	LIL DE LOS OJOS COLOR DEL TIEMPO.	Novelas Hogar.	4.00
H 7	LA AVENTURA DE HUGUET- TE	Novelas Hogar.	4.00
H 17	EL AZAR Y EL AMOR	Novelas Hogar.	4.00
H 23	EL CASTILLO DURMIENTE.	Novelas Hogar.	5.00
H 37	EL MAGO	Novelas Hogar.	5.00
H 12	LA PASAJERA	Nueva Hogar.	5.50
CHERBULIEZ (V́ctor)			
S 6	MISS ROVEL	Novela Selecta.	2.00
P 25	EL CONDE KOSTIA	Popular Edita.	2.00
CHRISTIE (May)			
N 51	EL BESO PERTURBADOR	Novelas Edita.	5.50
N 54	ARDIENTE AMOR	Novelas Edita.	5.50
D'ABLANCOURT (Gouraud)			
A 2	EL DRAMA DE "MAISON DIEU"	Col. Aventura.	1.50
D'ARTOIS (Roman)			
E 222	AMAR O SER AMADA.	Novela Rosa.	2.00
D'ASSENOY (A.)			
92	LOS ZUECOS DE LA REINA ANA.	Novela Rosa.	1.50
DELMAR (E. C.)			
PF 14	EL SECRETO DEL CONTADOR DE GAS.	Popular Fama.	2.00
DELLY (M.)			
E 237	GRANDEZA DE ALMA	Novela Rosa.	2.00
621	LA PALOMA DE RUDSAY- MANOR.	Col. Princesa.	4.00
622	ANITA	Col. Princesa.	4.00
623	LA CASA DE LOS RUISEÑORES	Col. Princesa.	4.00
624	EL REY DE LOS ANDES	Col. Princesa.	4.00
625	HIPÓCRITA	Col. Princesa.	4.00
626	SOMBRAS	Col. Princesa.	4.00
627	HIJA DE HÉROES	Col. Princesa.	4.00
529	GRANDEZA DE ALMA	Nueva Hogar.	5.50
DÍAZ CANEJA (Guillermo)			
6	EL VUELO DE LA DICHA	Novela Rosa.	1.50
NA 3	PILAR GUERRA.	Novela Amarilla.	1.50
DICKENS (Carlos)			
379	DAVID COPPERFIELD	Obras Maestras.	3.90
384	CUENTOS DE NAVIDAD.	Obras Maestras.	3.90
385	HISTORIA EN DOS CIUDADES.	Obras Maestras.	3.90
386	TIEMPOS DIFÍCILES	Obras Maestras.	3.90
3512	GRANDES ILUSIONES.	Obras Maestras.	3.90
3524	OLIVERIO TWIST	Obras Maestras.	3.90

DINIZ (Julio)			<u>Ptas.</u>
HP 5	LOS HIDALGOS DE LA CASA MORISCA	Hogar Popular.	2,90
HP 9	LAS PUPILAS DEL SEÑOR RECTOR	Hogar Popular.	2,90
HP 15	UNA FAMILIA INGLESA	Hogar Popular.	2,90
H 45	LAS PUPILAS DEL SEÑOR RECTOR	Novelas Hogar.	5,00
H 48	UNA FAMILIA INGLESA	Novelas Hogar.	5,00
H 46	LOS HIDALGOS DE LA CASA MORISCA	Novelas Hogar.	6,00
H 47	LA MAYORAZGA DE LOS CA-NAVERALES	Novelas Hogar.	6,00
D'IVOI (Paul)			
A 9	UN VIAJE EXTRAORDINARIO.	Col. Aventura.	1,50
A 11	LOS COMPAÑEROS DEL LOTO BLANCO	Col. Aventura.	1,50
DOMBRE (Roger)			
130	DARDANEL Y Cia.	Novela Rosa.	1,50
DOMINIK (Hans)			
A 230	DE ZAGAL A REY DE DIAMANTES	Col. Aventura..	3,00
A 25-28	DE VENDEDOR DE PERIÓDICOS A MILLONARIO. (Cuatro volúmenes en rústica, a 1 peseta).	Col. Aventura.	4,00
A 503	DE VENDEDOR DE PERIÓDICOS A MILLONARIO. (Encuadernado)	Col. Aventura.	5,00
D'OTHE (Clement)			
35	¿CUAL DE LOS DOS?	Novela Rosa.	1,50
EBENSTEIN (Erich)			
125	LA DICHA DE LOS OTROS.	Novela Rosa.	1,50
ECHARRI (Luis de)			
	AL HABLA	Obras varias.	5,00
EIMERIC (Clovís)			
E 206	LA QUE NO SUPO ODIAR	Novela Rosa.	2,00
514	LA NOVIA DEL EMIGRANTE. EL CABALLERO DE LA CRUZ.	Novelas Modernas. Grandes Cuentos Ilustrados.	5,50 3,00
ELÍAS (Agustín)			
PF 11	LA ESTRELLA NEGRA	Popular Fama.	2,00
ESPARZA (Eladio)			
615	LA DAMA DEL LEBREL BLANCO	Obras Varias.	5,00
510	NERE	Novelas Modernas.	5,50

ESPINA (Concha)			<u>Ptas.</u>
83	DULCE NOMBRE	Novela Rosa.	1,50
110	LA NIÑA DE LUZMELA	Novela Rosa.	1,50
EULATE (Carmela)			
91	TERESA Y MARÍA.	Novela Rosa.	1,50
151	LAS VELEIDADES DE CON- SUELO	Novela Rosa.	1,50
NA 6	EL ASOMBROSO DOCTOR JO- VER	Novela Amarilla.	1,50
FABIAN (Warner)			
GE 3	ESPOSAS LIBRES	Grandes Éxitos.	2,50
GE 12	JUVENTUD ARDIENTE	Grandes Éxitos.	2,50
N 12	JUVENTUD ARDIENTE	Novelas Edita.	5,50
N 15	ESPOSAS LIBRES	Novelas Edita.	5,50
N 31	SOLTEROS DE VERANO	Novelas Edita.	5,50
FERNANDEZ FLÓREZ (Wenceslao)			
3511	LA CASA DE LA LLUVIA	Obras Maestras.	3,90
FERRY (Gabriel)			
A 37-40	EL CAZADOR NÓMADA. (Cua- tro volúmenes a 1 peseta).	Col. Aventura.	4,00
A 513	EL CAZADOR NÓMADA. (En- cuadernado)	Col. Aventura.	5,00
FEUILLET (O.)			
149	UNA BODA EN EL GRAN MUN- DO	Novela Rosa.	1,50
FLETCHER (J. S.)			
PF 3	LA HERENCIA	Popular Fama.	2,00
PF 10	EL DESAPARECIDO	Popular Fama.	2,00
PF 15	EL CASTILLO MALVERY.	Popular Fama.	2,00
381	LA HERENCIA	Obras Maestras.	3,90
3502	LA TRAMPA	Obras Maestras.	3,90
603	EL DESAPARECIDO	Colección Fama.	5,00
604	INDICIOS OCULTOS	Colección Fama.	5,00
605	EL NUEVO TESTIGO	Colección Fama.	5,00
639	LA FÓRMULA MATHESON.	Colección Fama.	5,00
641	EL PASAJERO DE FOLKES- TONE	Colección Fama.	5,00
642	LA CUERDA	Colección Fama.	5,00
658	EL PROCESO DE MARCHESTER ROYAL	Colección Fama.	5,00
659	EL BRAZALETE DE ACERO.	Colección Fama.	5,00
660	EL CRIMEN DE LA GRANJA MORTOVER	Colección Fama.	5,00
665	EL TESORERO DEL PUEBLO	Colección Fama.	5,00
FLEURIOT (Zenaide)			
52	UN AÑO DE LA VIDA DE UNA MUJER	Novela Rosa.	1,50
66	NO ERA BONITA	Novela Rosa.	1,50

FLORAN (Mary)				Ptas.
82	DANIEL LEVAR	Novela Rosa.		1,50
97	EL ÚLTIMO CARTUCHO.	Novela Rosa.		1,50
106	EN SECRETO.	Novela Rosa.		1,50
111	PRIMOS HERMANOS	Novela Rosa.		1,50
117	LA HIJA ADOPTIVA	Novela Rosa.		1,50
E 242	NOVIA IMAGINARIA	Novela Rosa.		2,00
FOLCH Y TORRES (J. M.)				
	EL PRINCIPE BLANCO	Grandes Cuentos Ilustrados.		3,00
	LA NUEVA CENICIENTA.	Grandes Cuentos Ilustrados.		3,00
FOLEY (Charles)				
23	EL PARQUE DE LOS PAJAROS AZULES.	Novela Rosa.		1,50
109	LA NUEVA RICA	Novela Rosa.		1,50
FRAPPA (J. J.)				
43	LA PRINCESA DE LOS CLOWNS	Novela Rosa.		1,50
GABORIAU (Emile)				
P 13	EL LEGAJO 113.	Popular Edita.		2,00
GAIL (Otto Willy)				
A 229	EL DISPARO AL INFINITO.	Col. Aventura.		2,00
GALSWORTHY (John)				
GE 14	EL MONO BLANCO	Grandes Éxitos.		2,50
509	EL MONO BLANCO	Novelas Modernas.		5,50
536	LA CUCHARA DE PLATA	Novelas Modernas.		5,00
GARRIDO (María del Carmen)				
124	MARÍA FERNANDA	Novela Rosa.		1,50
GERARD (Dorotea)				
138	LA CONQUISTA DE LONDRES.	Novela Rosa.		1,50
GERSTÄCKER (Friedrich)				
A 24	LOS DOS PENADOS	Col. Aventura.		2,00
GIBBS (Jorge)				
5	ABNEGACIÓN	Novela Rosa.		1,50
85	CABECITA LOCA	Novela Rosa.		1,50
E 209	LA PUERTA CERRADA	Novela Rosa.		2,00
HP 3	EL CAMINO PROHIBIDO	Hogar Popular.		2,50
HP 16	JUVENTUD TRIUNFANTE.	Hogar Popular.		2,50
H 6	LA PUERTA CERRADA	Novelas Hogar.		5,00
H 9	JUVENTUD TRIUNFANTE.	Novelas Hogar.		5,00
H 14	EL CAMINO PROHIBIDO.	Novelas Hogar.		5,00

GIR (Ilde)**Ptas.**

156	LAS NIETAS DE LOS WALBO-ROUGH	Novela Rosa.	1,50
189	SU IDEAL	Novela Rosa.	1,50

GLYN (Ellnor)

76	LA CONQUISTA DE LA ESPOSA	Novela Rosa.	1,50
P 1	EL GRAN MOMENTO	Popular Edita.	2,00
P 2	SEIS DÍAS	Popular Edita.	2,00
P 3	EL PRECIO DE LAS COSAS	Popular Edita.	2,00
P 4	AMOR TRIUNFANTE	Popular Edita.	2,00
P 5	LA CARRERA DE CATALINA	Popular Edita.	2,00
P 6	LAS AVENTURAS DE EVANGELINA	Popular Edita.	2,00
P 7	SU HORA	Popular Edita.	2,00
P 9	LA FILOSOFÍA DEL AMOR	Popular Edita.	2,00
P 12	HOMBRE Y MUJER	Popular Edita.	2,00
P 14	TRES SEMANAS	Popular Edita.	2,00
P 15	¿POR QUÉ?	Popular Edita.	2,00
P 16	ALCIONE (LA HIJA DE AFRODITA)	Popular Edita.	2,00
P 17	"ELLO"	Popular Edita.	2,00
P 18	LA CONQUISTA DE LA ESPOSA	Popular Edita.	2,00
P 19	LAS VISITAS DE ISABEL	Popular Edita.	2,00
P 20	ISABEL VISITA AMÉRICA	Popular Edita.	2,00
P 22	LAS REFLEXIONES DE AMBROSINA	Popular Edita.	2,00
P 24	CEGUERA DE AMOR	Popular Edita.	2,00
P 26	ESA PASIÓN LLAMADA AMOR	Popular Edita.	2,00
P 29	EL AMANTE DE GINEBRA	Popular Edita.	2,00
P 30	CARTAS A CAROLINA	Popular Edita.	2,00
P 31	RITZI	Popular Edita.	2,00
GE 5	EL PRECIO DE LAS COSAS	Grandes Éxitos.	2,50
GE 17	¿POR QUÉ?	Grandes Éxitos.	2,50
N 1	EL GRAN MOMENTO	Novelas Edita.	5,50
N 2	AMOR TRIUNFANTE	Novelas Edita.	5,50
N 4	EL PRECIO DE LAS COSAS	Novelas Edita.	5,50
N 5	SEIS DÍAS	Novelas Edita.	5,50
N 7	LA CARRERA DE CATALINA	Novelas Edita.	5,50
N 8	LA FILOSOFÍA DEL AMOR	Novelas Edita.	5,50
N 10	LAS AVENTURAS DE EVANGELINA	Novelas Edita.	5,50
N 11	SU HORA	Novelas Edita.	5,50
N 13	HOMBRE Y MUJER	Novelas Edita.	5,50
N 14	¿POR QUÉ?	Novelas Edita.	5,50
N 16	TRES SEMANAS	Novelas Edita.	5,50
N 18	"ELLO"	Novelas Edita.	5,50
N 19	LA HIJA DE AFRODITA	Novelas Edita.	5,50
N 22	CEGUERA DE AMOR	Novelas Edita.	5,50
N 24	ETERNA JUVENTUD	Novelas Edita.	5,50
N 27	LAS REFLEXIONES DE AMBROSINA	Novelas Edita.	5,50
N 29	LA CONQUISTA DE LA ESPOSA	Novelas Edita.	5,50
N 33	EL AMANTE DE GINEBRA	Novelas Edita.	5,50
N 37	CARTAS A CAROLINA	Novelas Edita.	5,50
N 39	ISABEL VISITA AMÉRICA	Novelas Edita.	5,50
N 40	LAS VISITAS DE ISABEL	Novelas Edita.	5,50

FLORAN (Mary)				Ptas.
82	DANIEL LEVAR	Novela Rosa.		1,50
97	EL ÚLTIMO CARTUCHO.	Novela Rosa.		1,50
106	EN SECRETO.	Novela Rosa.		1,50
111	PRIMOS HERMANOS	Novela Rosa.		1,50
117	LA HIJA ADOPTIVA	Novela Rosa.		1,50
E 242	NOVIA IMAGINARIA	Novela Rosa.		2,00
FOLCH Y TORRES (J. M.)				
	EL PRÍNCIPE BLANCO	Grandes Cuentos Ilustrados.		3,00
	LA NUEVA CENICIENTA.	Grandes Cuentos Ilustrados.		3,00
FOLEY (Charles)				
23	EL PARQUE DE LOS PAJAROS AZULES.	Novela Rosa.		1,50
109	LA NUEVA RICA	Novela Rosa.		1,50
FRAPPA (J. J.)				
43	LA PRINCESA DE LOS CLOWNS	Novela Rosa.		1,50
GABORIAU (Emile)				
P 13	EL LEGAJO 113.	Popular Edita.		2,00
GAIL (Otto Willy)				
A 229	EL DISPARO AL INFINITO.	Col. Aventura.		2,00
GALSWORTHY (John)				
GE 14	EL MONO BLANCO	Grandes Éxitos.		2,50
509	EL MONO BLANCO	Novelas Modernas.		5,50
536	LA CUCHARA DE PLATA	Novelas Modernas.		5,00
GARRIDO (María del Carmen)				
124	MARÍA FERNANDA	Novela Rosa.		1,50
GERARD (Dorotea)				
138	LA CONQUISTA DE LONDRES.	Novela Rosa.		1,50
GERSTÄCKER (Friedrich)				
A 24	LOS DOS PENADOS	Col. Aventura.		2,00
GIBBS (Jorge)				
5	ABNEGACIÓN	Novela Rosa.		1,50
85	CABECITA LOCA	Novela Rosa.		1,50
E 209	LA PUERTA CERRADA	Novela Rosa.		2,00
HP 3	EL CAMINO PROHIBIDO	Hogar Popular.		2,50
HP 16	JUVENTUD TRIUNFANTE.	Hogar Popular.		2,50
H 6	LA PUERTA CERRADA	Novelas Hogar.		5,00
H 9	JUVENTUD TRIUNFANTE.	Novelas Hogar.		5,00
H 14	EL CAMINO PROHIBIDO.	Novelas Hogar.		5,00

GIR (Ilde)

			<u>Ptas.</u>
156	LAS NIETAS DE LOS WALBO- ROUGH	Novela Rosa.	1,50
189	SU IDEAL	Novela Rosa.	1,50

GLYN (Elinor)

76	LA CONQUISTA DE LA ESPOSA	Novela Rosa.	1,50
P 1	EL GRAN MOMENTO	Popular Edita.	2,00
P 2	SEIS DÍAS.	Popular Edita.	2,00
P 3	EL PRECIO DE LAS COSAS.	Popular Edita.	2,00
P 4	AMOR TRIUNFANTE	Popular Edita.	2,00
P 5	LA CARRERA DE CATALINA.	Popular Edita.	2,00
P 6	LAS AVENTURAS DE EVAN- GELINA	Popular Edita.	2,00
P 7	SU HORA	Popular Edita.	2,00
P 9	LA FILOSOFÍA DEL AMOR	Popular Edita.	2,00
P 12	HOMBRE Y MUJER.	Popular Edita.	2,00
P 14	TRES SEMANAS.	Popular Edita.	2,00
P 15	¿POR QUÉ?	Popular Edita.	2,00
P 16	ALCIONE (LA HIJA DE AFRO- DITA)	Popular Edita.	2,00
P 17	"ELLO".	Popular Edita.	2,00
P 18	LA CONQUISTA DE LA ESPOSA	Popular Edita.	2,00
P 19	LAS VISITAS DE ISABEL.	Popular Edita.	2,00
P 20	ISABEL VISITA AMÉRICA	Popular Edita.	2,00
P 22	LAS REFLEXIONES DE AM- BROSINA	Popular Edita.	2,00
P 24	CEGUERA DE AMOR	Popular Edita.	2,00
P 26	ESA PASIÓN LLAMADA AMOR.	Popular Edita.	2,00
P 29	EL AMANTE DE GINEBRA	Popular Edita.	2,00
P 30	CARTAS A CAROLINA	Popular Edita.	2,00
P 31	RITZI	Popular Edita.	2,00
GE 5	EL PRECIO DE LAS COSAS.	Grandes Éxitos.	2,50
GE 17	¿POR QUÉ?	Grandes Éxitos.	2,50
N 1	EL GRAN MOMENTO	Novelas Edita.	5,50
N 2	AMOR TRIUNFANTE	Novelas Edita.	5,50
N 4	EL PRECIO DE LAS COSAS.	Novelas Edita.	5,50
N 5	SEIS DÍAS.	Novelas Edita.	5,50
N 7	LA CARRERA DE CATALINA.	Novelas Edita.	5,50
N 8	LA FILOSOFÍA DEL AMOR	Novelas Edita.	5,50
N 10	LAS AVENTURAS DE EVAN- GELINA	Novelas Edita.	5,50
N 11	SU HORA	Novelas Edita.	5,50
N 13	HOMBRE Y MUJER	Novelas Edita.	5,50
N 14	¿POR QUÉ?	Novelas Edita.	5,50
N 16	TRES SEMANAS.	Novelas Edita.	5,50
N 18	"ELLO".	Novelas Edita.	5,50
N 19	LA HIJA DE AFRODITA	Novelas Edita.	5,50
N 22	CEGUERA DE AMOR	Novelas Edita.	5,50
N 24	ETERNA JUVENTUD	Novelas Edita.	5,50
N 27	LAS REFLEXIONES DE AM- BROSINA	Novelas Edita.	5,50
N 29	LA CONQUISTA DE LA ESPOSA	Novelas Edita.	5,50
N 33	EL AMANTE DE GINEBRA	Novelas Edita.	5,50
N 37	CARTAS A CAROLINA	Novelas Edita.	5,50
N 39	ISABEL VISITA AMÉRICA	Novelas Edita.	5,50
N 40	LAS VISITAS DE ISABEL.	Novelas Edita.	5,50

			Ptas.
N 45	ESA PASIÓN LLAMADA AMOR.	Novelas Edita.	5.50
N 48	RITZI	Novelas Edita.	5.50
N 58	LA HORA DEL AMOR.	Novelas Edita.	5.50
GONZALEZ ANAYA (Salvador)			
NA 1	REBELIÓN.	Novela Amarilla.	1.50
366	LAS BRUJAS DE LA ILUSIÓN.	Obras Maestras.	3.90
544	REBELIÓN.		4.00
631	LAS BRUJAS DE LA ILUSIÓN.		5.00
527	LA ORACIÓN DE LA TARDE.	Novelas Modernas.	5.50
545	EL CASTILLO DE IRÁS Y NO VOLVERÁS.	Novelas Modernas.	5.50
546	LA SANGRE DE ABEL.	Novelas Modernas.	5.50
547	NIDO DE CIGÜENAS.	Novelas Modernas.	5.50
570	NIDO REAL DE GAVILANES.	Novelas Modernas.	5.50
653	LAS VESTIDURAS RECAMA- DAS	Novelas Modernas.	5.50
GRANDCHAMP (Jacques)			
139	EL CORAZÓN NO OLVIDA	Novela Rosa.	1.50
177	SUPREMO AMOR	Novela Rosa.	1.50
190	DOBLE ENGAÑO	Novela Rosa.	1.50
202	EL ABOLENGO	Novela Rosa.	1.50
212	FIDELIDAD	Novela Rosa.	1.50
GREVILLE (Henri)			
11	LA PRINCESA OGHÉROFF	Novela Rosa.	1.50
50	EL VOTO DE NADIA	Novela Rosa.	1.50
79	AURETTE.	Novela Rosa.	1.50
81	AURETTE SE CASA	Novela Rosa.	1.50
102	PERDIDA	Novela Rosa.	1.50
150	EL AMA DE LLAVES	Novela Rosa.	1.50
200	SONIA	Novela Rosa.	1.50
H 2	DOSIA	Novelas Hogar.	3.00
GREY (Zane)			
A 48	TAPPAN Y SU BURRO	Col. Aventura.	1.00
A 51	TIGRE	Col. Aventura.	1.00
A 56	CAZANDO PUMAS	Col. Aventura.	1.00
A 58	LA SANTA ROSA	Col. Aventura.	1.00
A 29-31	LLUVIA DE ORO. (Tres volúme- nes a 1 peseta)	Col. Aventura.	3.00
367	LOS JINETES DE LA PRADERA ROJA.	Obras Maestras.	3.90
373	EL CAMINO DEL ARCO IRIS.	Obras Maestras.	3.90
377	EL JINETE MISTERIOSO	Obras Maestras.	3.90
382	BAJO EL CIELO DEL OESTE.	Obras Maestras.	3.90
391	LA HEROÍNA DE FORT HENRY	Obras Maestras.	3.90
397	HASTA EL ÚLTIMO HOMBRE.	Obras Maestras.	3.90
3504	HURACÁN.	Obras Maestras.	3.90
3510	LA LEGIÓN DE LA FRONTERA.	Obras Maestras.	3.90
3522	EL HOMBRE DEL BOSQUE	Obras Maestras.	3.90
3529	EL PASTOR DE GUADALUPE.	Obras Maestras.	3.90
3534	LA ÚLTIMA SENDA	Obras Maestras.	3.90
A 400	LLUVIA DE ORO. (Encuadernado)	Col. Aventura.	4.00

			Ptas.
519	LOS CAMINANTES DEL DE- SIERTO	Novelas Modernas.	5,50
522	RÍO PERDIDO	Novelas Modernas.	5,50
537	NEVADA	Novelas Modernas.	5,50
549	EL CABALLO SALVAJE	Novelas Modernas.	5,50
568	LA FUERZA DE LA SANGRE.	Novelas Modernas.	5,50
594	EL CABALLO DE HIERRO	Novelas Modernas.	5,50
597	LA ESTAMPIDA	Novelas Modernas.	5,50
644	EL PASO DEL SOL PONIENTE.	Novelas Modernas.	5,50
654	CARAVANAS DE HÉROES	Novelas Modernas.	5,50
656	LA VOZ DE LA CAÑADA	Novelas Modernas.	5,50

GUTIÉRREZ-GAMERO (Emilio)

NA 7	EL CONDE PERICO	Novela Amarilla.	1,50
NA 13	EL ILUSTRE MANGUINDOY	Novela Amarilla.	1,50
580	LA OLLA GRANDE	Novelas Modernas.	5,50
595	ENTRE PURGATORIO Y GLO- RIA	Novelas Modernas.	5,50

HAMILTON (Bernard)

GE 4	POR EL AMOR DE UNA REINA	Grandes Exitos.	2,50
N 17	SU REINA	Novelas Edita.	5,50

HANSTEIN (Otfrid von)

A 41-43	EL VUELO ALREDEDOR DEL MUNDO (3 vols. a 1 peseta).	Col. Aventura.	3,00
A 518	EL VUELO ALREDEDOR DEL MUNDO. (Encuadrado).	Col. Aventura.	4,00

HARCOET (M.)

108	ORGULLO DE RAZA	Novela Rosa.	1,50
126	EL CALVARIO DE PAULA.	Novela Rosa.	1,50

HEDENSTJERNA (A. von)

56	EL MAYORAZGO DE HALLE- BORG	Novela Rosa.	1,50
----	--	--------------	------

HEIMBURG (W.)

65	UNA MUJER SIN IMPORTAN- CIA	Novela Rosa.	1,50
93	LA SEÑORITA INÚTIL	Novela Rosa.	1,50
99	MAGDALENA.	Novela Rosa.	1,50

HUESTON (Ethel)

107	ALEGRÍA	Novela Rosa.	1,50
P 11	LA HIJA DE PRUDENCIA	Popular Edita.	2,00

HUME (Fergus W.)

PF 13	EL MISTERIO DE UN COCHE DE PUNTO	Popular Fama.	2,00
-------	---	---------------	------

HUNGERFORD (W. M.)

			<u>Ptas.</u>
123	EL SECRETO DE LAS JOYAS.	Novela Rosa.	1,50
158	LA DUQUESA.	Novela Rosa.	1,50
196	MARI-ROSA	Novela Rosa.	1,50
210	MARAVILLA	Novela Rosa.	1,50
E 215	LA HUÍDA DE LADY WERNER	Novela Rosa.	2,00
E 253	EL PASADO VUELVE. . . .	Novela Rosa.	2,00
HP 10	MARAVILLA	Hogar Popular.	2,90
H 30	MARI-ROSA	Novelas Hogar.	4,00
H 32	POR AMOR Y POR BONDAD .	Novelas Hogar.	4,00
H 34	MARAVILLA	Novelas Hogar.	4,00
H 35	EL SECRETO DE JULIETA . .	Novelas Hogar.	4,00
H 36	FILIS	Novelas Hogar.	4,00

ISAACS (Jorge)

H 4	MARÍA.	Novelas Hogar.	4,00
-----	----------------	----------------	------

KING (Rufus)

575	HORAS MISTERIOSAS. . . .	Colección Fama.	5,00
600	HA MUERTO UNA MUJER . .	Colección Fama.	5,00
640	CRIMEN A BORDO.	Colección Fama.	5,00

KOCH (Henny)

543	EL CHICO DE PAPA	Nueva Hogar.	5,50
-----	--------------------------	--------------	------

KYNE (Peter B.)

A 49	LOS TRES PADRINOS. . . .	Col. Aventura.	1,00
A 52	EL SOLITARIO	Col. Aventura.	1,00
A 54	EL MAS FEO	Col. Aventura.	1,00
A 59	EL SHERIFF	Col. Aventura.	1,00
A 5	EL VALLE DE LOS GIGANTES.	Col. Aventura.	1,50
E 204	EL TRIUNFADOR	Obras Varias.	2,00
354	LA CUESTA ENCANTADA . .	Obras Maestras.	3,90
358	DE UN MISMO BARRO . . .	Obras Maestras.	3,90
361	EL PRIMERO DE A BORDO. .	Obras Maestras.	3,90
370	CAPPY RICKS SE RETIRA . .	Obras Maestras.	3,90
376	EL ORGULLO DE PALOMARES.	Obras Maestras.	3,90
3508	LLOVIDA DEL CIELO. . . .	Obras Maestras.	3,90
3520	TODO UN HOMBRE	Obras Maestras.	3,90
3523	EL VALLE DE LOS GIGANTES.	Obras Maestras.	3,90
3535	AMANECER	Obras Maestras.	3,90
3538	EL CAPITAN SCRAGGS . . .	Obras Maestras.	3,90
N 28	TAMOA	Novelas Edita.	5,50
502	UN CORAZÓN COMPRENSIVO.	Novelas Modernas.	5,50
534	EL RANCHO "ARROYO CHICO"	Novelas Modernas.	5,50
552	EL AVASALLADOR.	Novelas Modernas.	5,50
560	AMANECER	Novelas Modernas.	5,50
598	TAMBIÉN ELLOS SIRVEN . .	Novelas Modernas.	5,50
648	LOS PROSCRITOS DEL PA- RAÍSO	Novelas Modernas.	5,50

LEE (Herbert P.)

3526	LA HERENCIA DEL NORTE. .	Obras Maestras.	3,90
------	--------------------------	-----------------	------

LEE (Mary)**Ptas.**

¡VAYA UNA GUERRA! (Dos volúmenes, en rústica)	Obras Varias.	10,00
¡VAYA UNA GUERRA! (En un solo volumen, en tela)	Obras Varias.	15,00

LE MAIRE (Eveline)

8	EL NOVIO DESCONOCIDO	Novela Rosa.	1,50
25	EL SUEÑO DE ANTONIA	Novela Rosa.	1,50
71	UNA BUENA IDEA DE MI PRIMERA MARÍA	Novela Rosa.	1,50
95	LA ROSA DE ORO DE LOS FLEUROY	Novela Rosa.	1,50
136	EL CORAZÓN Y LA CABEZA	Novela Rosa.	1,50
164	EL ANTEPASADO	Novela Rosa.	1,50
186	EL HOMBRE DEL GUANTE	Novela Rosa.	1,50
209	LA CASADITA	Novela Rosa.	1,50
E 240	IDILIO INTERRUMPIDO	Novela Rosa.	2,00
E 245	TEMPESTAD	Novela Rosa.	2,00
558	LA CASA ESMERALDA	Nueva Hogar.	5,50
563	MUCHACHITAS CASADERAS	Nueva Hogar.	5,50

LICHTENBERGER (André)

22	LA HERMANITA DE TROTT	Novela Rosa.	1,50
54	EL CORAZÓN NO CAMBIA	Novela Rosa.	1,50
48	LA LOCA AVENTURA	Novela Rosa.	2,00

LIS (Pepita)

N 35	LAS MUJERES LOS PREFIEREN MORENOS	Novelas Edita.	5,50
------	-----------------------------------	----------------	------

LIVINGSTON HILL (Grace)

34	LA CASA ENCANTADA	Novela Rosa.	1,50
49	REVIVIR	Novela Rosa.	1,50
60	LA NOVIA DE LOS DOS	Novela Rosa.	1,50
131	BETTY SE VA	Novela Rosa.	1,50
140	MARIÓN QUIERE VIVIR SU VIDA	Novela Rosa.	1,50
168	LA HIJA PRÓDIGA	Novela Rosa.	1,50
173	LA FLOR BLANCA	Novela Rosa.	1,50
199	HOGAR, DULCE HOGAR	Novela Rosa.	1,50
207	EL PADRINO DE BODA	Novela Rosa.	1,50
E 257	MAÑANA A ESTAS HORAS	Novela Rosa.	2,00
554	DÍAS DE PRUEBA	Nueva Hogar.	5,50

LOCKE (William J.)

S 3	LA GLORIA DE CLEMENTINA	Novela Selecta.	2,00
HP 6	EL VENDEDOR DE FELICIDADES	Hogar Popular.	2,90
HP 12	UN JOVEN AFORTUNADO	Hogar Popular.	2,90
HP 17	LA GLORIA DE CLEMENTINA	Hogar Popular.	2,90
392	LA SOMBRA ALARGADA	Obras Maestras.	3,90
398	EL AMADO VAGABUNDO	Obras Maestras.	3,90
3503	EL INVENTOR (SEPTIMO)	Obras Maestras.	3,90
3516	ESTRELLA DEL MAR	Obras Maestras.	3,90

			Ptas.
H 38	LA GLORIA DE CLEMENTINA.	Novelas Hogar.	5,00
H 39	SÉPTIMO	Novelas Hogar.	5,00
H 40	LAS DIVERTIDAS AVENTU- RAS DE ARÍSTIDES PUJOL.	Novelas Hogar.	5,00
H 41	MOORDIUS Y COMPAÑÍA . . .	Novelas Hogar.	5,00
H 42	EL VENDEDOR DE FELICIDA- DES	Novelas Hogar.	5,00
H 43	UN JOVEN AFORTUNADO . . .	Novelas Hogar.	5,00
H 44	EL AMADO VAGABUNDO . . .	Novelas Hogar.	5,00

LÓPEZ ROBERTS (Mauricio)

17	EL NOVIO.	Novela Rosa.	1,50
NA 9	DONA MARTIRIO	Novela Amarilla.	1,50
NA 14	LA NOVELA DE LINO ARNAIZ	Novela Amarilla.	1,50

LORENZANA (Sarah)

185	MIS TRES PRIMITAS	Novela Rosa.	1,50
-----	---------------------------	--------------	------

LYNDE (Francis)

A 8	UN LEGADO ORIGINAL . . .	Col. Aventura.	1,50
A 21	UNA SINGULAR AVENTURA .	Col. Aventura.	2,00

MACHARD (Alfred)

A 12	EL FUGITIVO	Col. Aventura.	1,50
------	-----------------------	----------------	------

MACLEOD RAINE (William)

3518	UN POLICÍA DE TEJAS . . .	Obras Maestras.	3,90
3525	HIJA DE HIDALGOS	Obras Maestras.	3,90
3528	POR EL AMOR DE RUTH. . .	Obras Maestras.	3,90
3530	MUY HOMBRE	Obras Maestras.	3,90
3539	DOBLE LUCHA	Obras Maestras.	3,90
3544	CORAZÓN DE HIERRO . . .	Obras Maestras.	3,90
601	HUELLAS BORROSAS	Colección Fama.	5,00
567	DOBLE LUCHA	Novelas Modernas.	5,50
596	LOS ENGAÑOS DE LA GRAN CIUDAD.	Novelas Modernas.	5,50
599	EL PIRATA DE PANAMA . . .	Novelas Modernas.	5,50
655	EL HIJO DEL SHERIFF . . .	Novelas Modernas.	5,50
657	EL VALIENTE	Novelas Modernas.	5,50

MANEGAT (Luis G.)

E 246	CAUTIVERIO DE ALMAS . . .	Novela Rosa.	2,00
-------	---------------------------	--------------	------

MARIN ALCALDE (Alberto)

39	EL SECRETO DE JULIA GODOY	Novela Rosa.	1,50
----	---------------------------	--------------	------

MARLITT (Eugenia)

78	LA PRINCESITA DE LOS BRE- ZOS	Novela Rosa.	1,50
----	--	--------------	------

MARRYAT (Capitán)			Ptas.
A 44-47	LOS NAUFRAGOS DEL PACÍFICO. (4 vols. a 1 peseta)	Col. Aventura.	4,00
A 521	LOS NAUFRAGOS DEL PACÍFICO. (Encuadernado)	Col. Aventura.	5,00
MARTINEZ OLMEDILLA (Augusto)			
67	PAJARITA DE LAS NIEVES. . . .	Novela Rosa.	1,50
NA 8	LA POESÍA DEL RECUERDO. . . .	Novela Amarilla.	1,50
MARYAN (M.)			
75	LAS HIJAS DE LA SEÑORA AYMEREL	Novela Rosa.	1,50
146	LA ESTATUA VELADA	Novela Rosa.	1,50
E 205	LA MISIÓN DE JOSEFINA	Novela Rosa.	2,00
MAURINO (Carmen G.)			
119	NO TENÍA CORAZÓN.	Novela Rosa.	1,50
MEDINA (Tirso)			
98	EL HIJO DE PAPEL.	Novela Rosa.	1,50
3513	INVIERNO EN PRIMAVERA. . . .	Obras Maestras.	3,90
H 27	INVIERNO EN PRIMAVERA. . . .	Novelas Hogar.	4,00
511	EL MONUMENTO A GORO. . . .	Novelas Modernas.	5,50
MELIDA (Julia)			
141	MARQUESITA Y MODISTILLA. . . .	Novela Rosa.	1,50
165	LA ENTREGA DEL REAL DESPACHO	Novela Rosa.	1,50
NA 5	NO ESTÁ ESCRITO.	Novela Amarilla.	1,50
MENOYO PORTALES (Ángel)			
133	MARI DOLOR	Novela Rosa.	1,50
MERREL (Concordia)			
101	EL AMOR Y DIANA	Novela Rosa.	1,50
112	LA SIN NOMBRE	Novela Rosa.	1,50
131	JULIA APROVECHA LA OCA-SIÓN	Novela Rosa.	1,50
135	CAMINOS DEL CORAZÓN	Novela Rosa.	1,50
155	LOS SIETE PRETENDIENTES	Novela Rosa.	1,50
166	LUCHA DE AMORES	Novela Rosa.	1,50
169	CONFLICTO SENTIMENTAL	Novela Rosa.	1,50
201	ADAN Y ALGUNAS EVAS	Novela Rosa.	1,50
203	LOCURAS DE JUVENTUD	Novela Rosa.	1,50
211	LA SOMBRA DE LOS MASON. . . .	Novela Rosa.	1,50
E 212	LA INCONQUISTABLE	Novela Rosa.	2,00
E 214	AMOR ENCADENADO.	Novela Rosa.	2,00
E 226	CAMINO DIFÍCIL	Novela Rosa.	2,00
E 228	LA NOBLEZA DE MAGDA	Novela Rosa.	2,00
E 233	SU BUENA ESTRELLA	Novela Rosa.	2,00
E 239	BODA POR VENGANZA	Novela Rosa.	2,00
E 241	UNA MUJER VALEROSA.	Novela Rosa.	2,00
E 252	EL CRISOL DEL MATRIMONIO	Novela Rosa.	2,00

			Ptas.
E 258	EL HOMBRE BRUTAL . . .	Novela Rosa.	2,00
GE 7	CASADA POR DINERO . . .	Grandes Éxitos.	2,50
516	UNA MUJER VALEROSA. . .	Nueva Hogar.	5,50
517	EL CRISOL DEL MATRIMONIO	Nueva Hogar.	5,50
530	CASADA POR DINERO . . .	Nueva Hogar.	5,50
540	EL VENDEDOR DE MILAGROS.	Nueva Hogar.	5,50
553	BODA POR VENGANZA . . .	Nueva Hogar.	5,50
556	EL CASAMIENTO DE ANA . .	Nueva Hogar.	5,50
564	EL HOMBRE SIN PIEDAD . .	Nueva Hogar.	5,50
590	LA SOMBRA DE LOS MASON.	Nueva Hogar.	5,50
635	SALLY ENTRE LAS ESTRE- LLAS.	Nueva Hogar.	5,50
MIKSZATH (Coloman)			
H 5	EL PARAGUAS DE SAN PEDRO	Novelas Hogar.	4,00
MIRÓ (Gabriel)			
96	DENTRO DEL CERCADO. . .	Novela Rosa.	1,50
MON (Oliverio)			
197	ORSULA. EXAMÍNAME . . .	Novela Rosa.	1,50
589	UN SANTITO DE DULCE . . .	Nueva Hogar.	5,50
679	¡AHÍ VA ESE NIÑO! . . .	Nueva Hogar.	5,50
MORA (Rómulo Manuel de)			
45	LOS CAUCES.	Novela Rosa.	1,50
MORALES (María Luz)			
Véase también Álvarez Quintero (Hermanos).			
	AVENTURAS DE PETER PAN.	Grandes Cuentos Ilustrados.	2,00
MORENO (Enrique)			
191	UN AMOR ROMANTICO. . .	Novela Rosa.	1,50
MÜLLER (A.)			
	CUENTA-NABOS, EL GIGANTE DE LOS MONTES	Obras Maestras de la Literatura Infantil.	5,00
MUÑOZ Y PABÓN (J. F.)			
26	TEMPLE DE ACERO	Novela Rosa.	1,50
51	EL BUEN PAÑO...	Novela Rosa.	1,50
74	ORO DE LEY.	Novela Rosa.	1,50
103	LA MILLONA.	Novela Rosa.	1,50
104	JAVIER DE MIRANDA . . .	Novela Rosa.	1,50
148	JUSTA Y RUFINA	Novela Rosa.	1,50
157	MANSEDUMBRE	Novela Rosa.	1,50
208	JUEGOS FLORALES. . . .	Novela Rosa.	1,50
213	PACO GÓNGORA	Novela Rosa.	1,50

MUÑOZ (Matilde)Ptas.

59	EL TRISTE AMOR DE MAURICIO	<i>Novela Rosa.</i>	1,50
187	EN LA TIERRA DEL ÚLTIMO AMOR	<i>Novela Rosa.</i>	1,50

NADAL (Alfonso)

NA 10	LA SANTA PECADORA	<i>Novela Amarilla.</i>	1,50
-------	-------------------	-------------------------	------

OLIVER CURWOOD (James)

Véase Curwood (James Oliver).

O'NOLL (Florencia)

122	LA ERRANTE	<i>Novela Rosa.</i>	1,50
-----	------------	---------------------	------

ORCZY (Baronesa de)

588	EL DESQUITE DE PIMPINELA.	<i>Nueva Hogar.</i>	5,50
-----	---------------------------	---------------------	------

ORTOLL (María Mercedes)

172	AMBICIONES DE MUCHACHA.	<i>Novela Rosa.</i>	1,50
181	EL PRECIO DE LA DICHA	<i>Novela Rosa.</i>	1,50
195	DESTINOS DEL CORAZÓN	<i>Novela Rosa.</i>	1,50
215	CORAZONES ORGULLOSOS.	<i>Novela Rosa.</i>	1,50
E 243	ÉL Y ELLA	<i>Novela Rosa.</i>	1,50

PACKARD (Frank L.)

A 6	DE AHORA EN ADELANTE.	<i>Col. Aventura.</i>	1,50
PF 6	DE AHORA EN ADELANTE.	<i>Popular Fama.</i>	2,00
393	VENDIDA	<i>Obras Maestras.</i>	3,90
3506	EL LIBRO CERRADO	<i>Obras Maestras.</i>	3,90

PAGE (Gertrudis)

198	PADDY, LO MEJOR A FALTA DE UN CHICO	<i>Novela Rosa.</i>	1,50
HP 13	PADDY, LO MEJOR A FALTA DE UN CHICO	<i>Hogar Popular.</i>	2,90
H 24	PADDY, LO MEJOR A FALTA DE UN CHICO	<i>Novelas Hogar.</i>	5,00

PAGE PALMBORG (Rilla)

	LA VIDA PRIVADA DE GRETA GARBO	<i>Obras Varias.</i>	3,50
--	--------------------------------	----------------------	------

PALACIO VALDÉS (Armando)

3	JOSÉ.	<i>Novela Rosa.</i>	1,50
205	SINFONÍA PASTORAL.	<i>Novela Rosa.</i>	1,50
E 256	LA HERMANA SAN SULPICIO.	<i>Novela Rosa.</i>	2,00
H 25	LA ALEGRÍA DEL CAPITAN RIBOT	<i>Novelas Hogar.</i>	5,00
668	LA ALEGRÍA DEL CAPITAN RIBOT	<i>Nueva Hogar.</i>	5,50

PALMA (Áurea)Ptas.

- 520 EL VALLE DEL DOLOR Y DEL
PLACER. *Novelas Modernas.* 5.50

PEARCE (Carlos E.)

- HP 1 LOS OJOS DE ALICIA. *Hogar Popular.* 2.90
H 3 LOS OJOS DE ALICIA. *Novelas Hogar.* 5.00

PÉREZ LUGIN (Alejandro)

- E 235 LA CASA DE LA TROYA. *Novela Rosa.* 2.00
E 247 LA VIRGEN DEL ROCÍO YA
ENTRÓ EN TRIANA... *Novela Rosa.* 2.00
579 LA VIRGEN DEL ROCÍO YA
ENTRÓ EN TRIANA... 5.00
584 LA CORREDOIRA Y LA RUA. 5.00
585 ARMINDA MOSCOSO. 5.00
566 LA CASA DE LA TROYA. (Edi-
ción corriente). *Obras Completas.* 5.50
620 TEATRO: LA CASA DE LA TRO-
YA y CURRITO DE LA CRUZ. *Obras Completas.* 5.50
583 CURRITO DE LA CRUZ. 6.00
L 566 LA CASA DE LA TROYA. (Edi-
ción de lujo). *Obras Completas.* 7.50

PÉREZ DE OLAGUER (A.)

- LA CIUDAD QUE NO TENÍA
MUJERES. *Obras varias.* 5.00
¡PASO AL REY!. *Novelas Modernas.* 5.50

PÉREZ Y PÉREZ (Rafael)

- 163 EL HADA ALEGRÍA. *Novela Rosa.* 1.50
170 INMACULADA. *Novela Rosa.* 1.50
183 EL VERDADERO AMOR. *Novela Rosa.* 1.50
193 MADRINITA BUENA. *Novela Rosa.* 1.50
636 DOÑA SOL. *Nueva Hogar.* 5.50
666 MARIPOSA. *Nueva Hogar.* 5.50

PIN Y SOLER (J.)

- 32 ALICIA. *Novela Rosa.* 1.50

PONSON DU TERRAIL

Véase Terrail (Ponson du).

PORTER (Leonor H.)

- 116 KETTY. AMOR Y DINERO. *Novela Rosa.* 1.50

PRAVIEUX (Jules)

- 58 EL NUEVO DOCTOR. *Novela Rosa.* 1.50

PROUDHON (P. J.)

- N 52 EL AMOR Y EL MATRIMONIO. *Novelas Edita.* 5.50

PROVENZA (Luciano de)

		<u>Ptas.</u>
63	CÓMO NACE EL AMOR	Novela Rosa. 1,50

PUERTAS (Serafín)

180	LAS SEÑORITAS DE QUINTA-NILLA DE ABAJO	Novela Rosa. 1,50
-----	--	-------------------

PUJO (Alfca)

14	COMPROMISO DE HONOR	Novela Rosa. 1,50
64	ARIETA.	Novela Rosa. 1,50
77	SACRIFICIO SUBLIME.	Novela Rosa. 1,50

RAINE (William MacLeod)

Véase MacLeod Raine (William).

RAMOND (Edouard)

P 21	LOS AMORES DE RODOLFO VALENTINO	Popular Edita. 2,00
N 6	LOS AMORES DE RODOLFO VALENTINO	Novelas Edita. 5,00

REPARAZ (Gonzalo de)

219	EL INFIERNO BLANCO	Col. Aventura. 2,00
619	EL INFIERNO VERDE	Obras varias. 5,00

REYD (Maine)

A 23	LOS TIRADORES DE RIFLE.	Col. Aventura. 2,00
------	---------------------------------	---------------------

RICHMOND (Grace S.)

565	EL ENCANTO DE JUANA.	Nueva Hogar. 5,50
-----	------------------------------	-------------------

RICHTER (Hans)

A 7	EL CANAL.	Col. Aventura. 1,50
-----	-------------------	---------------------

RIS (P.)

633	LA DONCELLA DE SAN JORGE.	Obras varias. 5,00
-----	-----------------------------------	--------------------

ROBERTS RINEHART (Mary)

GE 2	LA VENTANA DE "EL GATO BLANCO"	Grandes Éxitos. 2,50
GE 8	EL INTERMEDIO DE LA VIDA.	Grandes Éxitos. 2,50
GE 10	EL MISTERIOSO "K"	Grandes Éxitos. 2,50
GE 11	EL ÉXTASIS PERDIDO	Grandes Éxitos. 2,50
GE 16	EL COMITÉ DE LOS DIEZ	Grandes Éxitos. 2,50
578	LA PUERTA	Colección Fama. 5,00
N 20	EL INTERMEDIO DE LA VIDA.	Novelas Edita. 5,50
N 21	EL MISTERIOSO "K"	Novelas Edita. 5,50
N 23	EL COMITÉ DE LOS DIEZ	Novelas Edita. 5,50
N 26	EL ÉXTASIS PERDIDO	Novelas Edita. 5,50
N 30	LA VENTANA DE "EL GATO BLANCO"	Novelas Edita. 5,50

			Ptas.
N 32	LA LAMPARA ROJA	Novelas Edita.	5.50
N 34	EL HOMBRE DE LA LITERA NÚMERO 10	Novelas Edita.	5.50
N 38	LA CALLE DE LAS SIETE ES- TRELLAS	Novelas Edita.	5.50
N 44	EN EL SEGUNDO PISO	Novelas Edita.	5.50

RUCK (Berta)

13	LA MUCHACHA QUE SE DE- CLARÓ	Novela Rosa.	1.50
31	LA SIMPÁTICA ARABELA	Novela Rosa.	1.50
36	YO... NO ERA YO	Novela Rosa.	1.50
44	LA MUCHACHA QUE ERA DE- MASIADO BONITA	Novela Rosa.	1.50
57	UNA TIÍTA MODERNA	Novela Rosa.	1.50
80	AFORTUNADA EN AMORES.	Novela Rosa.	1.50
84	¿QUIEN ROBÓ LAS PERLAS?	Novela Rosa.	1.50
90	EL PUENTE DE LOS BESOS.	Novela Rosa.	1.50
94	EL CORAZONCITO DE UNA CAMPEESINA	Novela Rosa.	1.50
105	¿CHICO O CHICA?	Novela Rosa.	1.50
119	LOS AMORES DE ROSA	Novela Rosa.	1.50
129	LA TAQUÍGRAFA	Novela Rosa.	1.50
152	EL ALOJADO.	Novela Rosa.	1.50
179	LA NOVIA QUE SE ESCAPÓ	Novela Rosa.	1.50
188	LA ENFERMERA.	Novela Rosa.	1.50
72	NO QUIERO VERLE	Novela Rosa.	2.00
E 203	NOVIA OFICIAL.	Novela Rosa.	2.00
E 210	MI PAREJA DE BAILE.	Novela Rosa.	2.00
E 211	LAS DUDAS DE MILLICEN.	Novela Rosa.	2.00
E 227	CORAZONES QUE NO SE EN- CUENTRAN	Novela Rosa.	2.00
E 232	LA DONCELLA DE MISS MI- LLION	Novela Rosa.	2.00
E 244	EN BUSCA DE LA MAS HER- MOSA	Novela Rosa.	2.00
E 248	ATERRIZAJE FORZOSO	Novela Rosa.	2.00
E 249	NI SIQUIERA UN BESO	Novela Rosa.	2.00
E 251	LA JAULA DORADA	Novela Rosa.	2.00
S 1	DINERO PARA UNO	Novela Selecta.	2.00
GE 1	LA VENUS MODERNA	Grandes Exitos.	2.50
363	LA DONCELLA DE MISS MI- LLION	Obras Maestras.	3.90
365	EN BUSCA DE LA MAS HER- MOSA	Obras Maestras.	3.90
3505	LA MUCHACHA QUE SE DE- CLARÓ	Obras Maestras.	3.90
H 31	EL ALOJADO.	Novelas Hogar.	4.00
H 19	CORAZONES QUE NO SE EN- CUENTRAN	Novelas Hogar.	5.00
H 22	NOVIA OFICIAL.	Nueva Hogar.	5.50
528	LA JOVEN VENUS	Nueva Hogar.	5.50
593	LA MUCHACHA DESAPARECI- DA	Nueva Hogar.	5.50
637	OFERTA DE MATRIMONIO	Nueva Hogar.	5.50

SABATER MUR (A.)			<u>Ptas.</u>
	LA EDAD DE ORO	<i>Obras Maestras de la Literatura Infantil.</i>	4.00
SAKHAROW (K. W.)			
645	NINA GRIGOREWNA	<i>Novelas Modernas.</i>	5.50
SANDOVAL (Adolfo de)			
153	ALMAS GEMELAS	<i>Novela Rosa.</i>	1.50
204	LA GRAN FASCINADORA	<i>Novela Rosa.</i>	1.50
E 207	TODA HERMOSA	<i>Novela Rosa.</i>	2.00
E 216	UNA HISTORIA DE AMOR	<i>Novela Rosa.</i>	2.00
"SAPPER"			
A 4	EL CAPITAN DRUMMOND	<i>Col. Aventura.</i>	1.50
PF 8	EL CAPITAN DRUMMOND	<i>Popular Fama.</i>	2.00
SEPÚLVEDA (María)			
132	REVELACIÓN.	<i>Novela Rosa.</i>	1.50
145	ERROR	<i>Novela Rosa.</i>	1.50
176	NOBLE EMPENO	<i>Novela Rosa.</i>	1.50
SOLDEVILA (Carlos)			
	AVENTURAS DE UN APREN- DIZ DE PILOTO	<i>Grandes Cuentos Ilustrados.</i>	5.00
SPYRI (Juana)			
371	SIN PATRIA	<i>Obras Maestras.</i>	3.90
	HEIDI	<i>Edición corriente.</i>	4.00
	<i>Obras Maestras de la Literatura Infantil.</i>	<i>Edición de lujo.</i>	7.00
	OTRA VEZ HEIDI	<i>Edición corriente.</i>	4.00
	<i>Obras Maestras de la Literatura Infantil.</i>	<i>Edición de lujo.</i>	7.00
	LOS NIÑOS GRITTLI	<i>Edición corriente.</i>	4.00
	<i>Obras Maestras de la Literatura Infantil.</i>	<i>Edición de lujo.</i>	7.00
STEVENSON (R. L.)			
A 16	LA ISLA DEL TESORO	<i>Col. Aventura.</i>	2.00
A 18	DAVID BALFOUR	<i>Col. Aventura.</i>	2.00
TAVERA (Pilar)			
70	LA DAMA DEL RUBÍ	<i>Novela Rosa.</i>	1.50
161	SÓLO POR AMOR	<i>Novela Rosa.</i>	1.50
TERRAIL (Ponson du)			
P 27	DIANA DE LANCY	<i>Popular Edita.</i>	2.00
THACKERAY (W. M.)			
	LA ROSA Y EL ANILLO.	<i>Grandes Cuentos Ilustrados.</i>	3.00

TIMMERMANS (Félix)			<u>Ptas.</u>
E 250	EL PARROCO DE LA VINA EN FLOR.	Novela Rosa.	2,00
TIRSO MEDINA			
Véase Medina (Tirso).			
TOLSTOY (León)			
	EL DIABLO	Novelas Modernas.	4,00
	CUAL ES MI FE	Obras varias.	5,00
TOMÁS (Mariano)			
3536	VIENA	Obras Maestras.	3,90
634	SEMANA DE PASIÓN	Nueva Hogar.	5,50
TORAL (José)			
NA 12	EL AJUSTICIADO	Novela Amarilla.	1,50
TORRE (Matilde de la)			
	EL BANQUETE DE SATURNO.	Obras varias.	6,00
TRILBY (T.)			
27	UNA MUCHACHA MODERNA .	Novela Rosa.	1,50
40	UN CARACTER DE MUJER . .	Novela Rosa.	1,50
TROUËSSART (C.)			
30	¡CEGUEDAD!	Novela Rosa.	1,50
37	LA TRISTE VIAJERA	Novela Rosa.	1,50
TURGUENIEV (J.)			
128	NIDO DE HIDALGOS	Novela Rosa.	1,50
214	AGUAS PRIMAVERALES . . .	Novela Rosa.	1,50
TUSQUETS (Enrique)			
A 61	MAS ALLA DE LA TIERRA. .	Col. Aventura.	3,00
UGARTE (Manuel)			
HP 8	EL CAMINO DE LOS DIOS.	Hogar Popular.	2,90
H 29	EL CAMINO DE LOS DIOS.	Novelas Hogar.	5,00
VERDAGUER (Mario)			
	LA MUJER DE LOS CUATRO FANTASMAS	Obras varias.	5,00
VERNE (Julio)			
A 16	MIGUEL STROGOFF	Col. Aventura.	2,00
VERTIOL (Andrée)			
47	LOS ORGULLOSOS CHANTE-NAY	Novela Rosa.	1,50

VILLETARD (Pierre)

			<u>Ptas.</u>
100	MI AMIGO	Novela Rosa.	1,50
374	EL DERECHO DE AMAR . . .	Obras Maestras.	3,90

WALLACE (Edgard)

PF 2	EL CÍRCULO ROJO.	Popular Fama.	2,00
PF 4	EL SECRETO DEL ALFILER. .	Popular Fama.	2,00
PF 6	LA SERPIENTE AMARILLA. .	Popular Fama.	2,00
PF 7	LOS TRES HOMBRES JUSTOS.	Popular Fama.	2,00
PF 9	EL HOMBRE SINIESTRO . . .	Popular Fama.	2,00
PF 17	MANO AZUL.	Popular Fama.	2,00
572	EL CÍRCULO ROJO	Colección Fama.	5,00
573	EL SECRETO DEL ALFILER. .	Colección Fama.	5,00
574	LA SERPIENTE AMARILLA . .	Colección Fama.	5,00
576	LOS TRES HOMBRES JUSTOS.	Colección Fama.	5,00
577	EL HOMBRE SINIESTRO . . .	Colección Fama.	5,00
661	MANO AZUL.	Colección Fama.	5,00
662	EL BILLETE DE CIENTO LIBRAS.	Colección Fama.	5,00
663	EL HOMBRE QUE JUGÓ. . . .	Colección Fama.	5,00
664	EL MISTERIO DE LOS NARCISOS	Colección Fama.	5,00

WAST (Hugo)

W 1	EL DESIERTO DE PIEDRA . . .	Pop. Hugo Wast.	3,50
W 3	FLOR DE DURAZNO	Pop. Hugo Wast.	3,50
W 4	FUENTE SELLADA.	Pop. Hugo Wast.	3,50
W 7	CIUDAD TURBULENTA	Pop. Hugo Wast.	3,50
W 9	EL VENGADOR	Pop. Hugo Wast.	3,50
W 11	LA QUE NO PERDONÓ	Pop. Hugo Wast.	3,50
W 12	UNA ESTRELLA EN LA VENTANA	Pop. Hugo Wast.	3,50
380	LA CASA DE LOS CUERVOS. . .	Obras Maestras.	3,90
W 11	LA QUE NO PERDONÓ	Corr. Hugo Wast.	5,00
W 20	LUCÍA MIRANDA	Corr. Hugo Wast.	5,00

WEBSTER (Jean)

38	PAPAÍTO, PIERNAS LARGAS .	Novela Rosa.	1,50
134	QUERIDO ENEMIGO	Novela Rosa.	1,50
PF 16	EL MISTERIO DE "CUATRO LAGUNAS".	Popular Fama.	2,00
396	EL MISTERIO DE "CUATRO LAGUNAS".	Obras Maestras.	3,90

WENTWORD-JAMES (G. de)

HP 11	UNA VIUDA EXTRAÑA	Hogar Popular.	2,90
H 33	UNA VIUDA EXTRAÑA	Novelas Hogar.	4,00

WHARTON (Edith)

29	LA SOÑADA AVENTURA. . . .	Novela Rosa.	1,50
----	---------------------------	--------------	------

WILDE (Herbert)

3527	LA OTRA RAZA.	Obras Maestras.	3,90
------	-----------------------	-----------------	------

WILLIAMSON (C. N. y A. M.)

			<u>Ptas.</u>
A 3	LA DAMA DEL AIRE	Col. Aventura.	1,50
87	A LA CAZA DE UN DOTE	Novela Rosa.	1,50
144	LAS APARIENCIAS ENGAÑAN	Novela Rosa.	1,50
24	EL DIARIO DE LA NOVIA	Novela Rosa.	2,00
P 23	¿QUIÉN ES ELLA?	Popular Edita.	2,00
395	EL COCHE ROJO	Obras Maestras.	3,90
3521	EL SILENCIO DE ORO	Obras Maestras.	3,90
532	LA SEÑORITA DE LA TIENDA	Nueva Hogar.	5,50
555	EL CHOFER DE LA CONDESA	Nueva Hogar.	5,50
N 36	¿QUIÉN ES ELLA?	Novelas Edita.	5,50

WREN (P. C.)

PF 1	BEAU GESTE.	Popular Fama.	2,00
PF 18	BEAU SABREUR.	Popular Fama.	2,00
3533	EL SALARIO DE LA VIRTUD	Obras Maestras.	3,90
3541	BEAU IDEAL	Obras Maestras.	3,90
602	EL MISTERIO DE LOS WAYE.	Colección Fama.	5,00
512	BEAU GESTE.	Novelas Modernas.	5,50
523	BEAU SABREUR.	Novelas Modernas.	5,50
533	BEAU IDEAL	Novelas Modernas.	5,50
548	EL SALARIO DE LA VIRTUD	Novelas Modernas.	5,50
571	LOS HIJASTROS DE FRANCIA.	Novelas Modernas.	5,50
647	SOLDADOS DEL INFORTUNIO	Novelas Modernas.	5,50

